



BIBLIOTECA CHILENA

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION

DE LOS SEÑORES

LUIS MONTT I J. ABELARDO NUÑEZ.

JOTABECHE.



JOTABECHE.

JOTABECHE.

ARTÍCULOS I ESTUDIOS

DE

COSTUMBRES CHILENAS

ESCRITOS

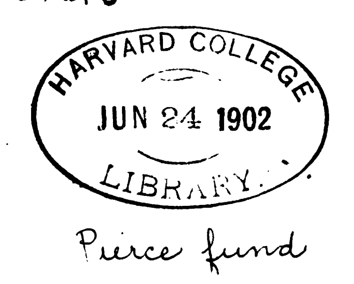
POR

DON JOSÉ JOAQUIN VALLEJO.

1885

SANTIAGO DE CHILE.

SE VENDE EN TODAS LAS LIBRERÍAS DE LA REPÚBLICA.


HARVARD COLLEGE
JUN 24 1902
LIBRARY.

ÍNDICE.

CARTA

DE

JOTABECHE.

MAIPO, *Abril 23 de 1841.*

Mi querido Manuel:

Ya estoi de vuelta, i puedo asegurarte que vengo de cordillera, como dicen, hasta los ojos.

El 10 del corriente salí de aqui con aquel gusto que sentimos al emprender un viaje en el que esperamos ver cosas nuevas, i recorrer lugares de los que no conocemos sino sus nombres. Desde que entré al cajon de Maipo empezó a satisfacerse mi curiosidad. La boca-toma del canal de este nombre, los obstáculos vencidos en su nacimiento, el caudal considerable de agua que contiene ántes de dividirse en sus muchas ramificaciones, i la poblacioncita que forman los encargados de mantener i de reparar esta obra importante, son ya objetos dignos de ser visitados, dignos de un *alto* para examinarlos detenidamente. Hasta este punto, el camino de la capital es magnífico; i con semejante ventaja, la boca-toma del canal podria ser un paseo divertido e interesante para los aficionados a salir al campo en nuestras hermosas

primaveras o en las madrugadas del verano. Hácia el interior, aunque se va aumentando progresivamente el encanto, con el imponente espectáculo de una naturaleza inmensa en sus elementos i en la variedad de sus cuadros, las dificultades del camino son bien considerables, al ménos para los que saben desplegar mucha alegria en sus escursiones i correr a caballo por los campos que acostumbran visitar con frecuencia. Si no fuese así, yo les recomendaria el pueblecito de *San José* i los puntos intermedios, como de los mejores, en las cercanias de Santiago, para divertirse i solazarse sin las incomodidades de Colina, sin los peligros i el polvo de Renca, sin la tristeza mística de Apoquindo, i con todos los atractivos que vamos a buscar locamente, sobre todo, en las dos primeras Babeles. Las cerranias peñascosas por entre las cuales se ha abierto camino el bullicioso Maipo; los bosques que cubren i embellecen las infinitas quebradas que se suceden paralelamente unas a otras; la abundancia de deliciosas frutas, la feracidad del terreno que hai cultivado; las aguas cristalinas i riquísimas de arroyos innumerables; las muchas casitas que se encuentran al paso, i la lozania de las muchachas que viven en ellas, no harian perdido un paseo a esa parte casi desconocida de los habitantes de Santiago. *San José*, en particular ofrece cuanto puede desear una familia para pasar cómoda i alegremente una temporadita de verano, si busca una temperatura deleitable, baños excelentes, aire puro, en medio de una naturaleza noble, pintoresca i brillante, i de un vecindario cariñoso cuyas costumbres sencillas desconocen los corsées, las corbatas i las demas torturas de la etiqueta.

Mas adelante, quiero decir, mas hácia la cordillera, siento confesar que en mi opinion el pais no presenta interes sino al estudio de los que por profesion hacen

el de la naturaleza, o de los que por los sentimientos o el temple de su alma se complacen en contemplar lo mas imponente, lo mas grandioso de esta máquina inmensa, sobre la cual viajamos por el espacio.

Como a 25 leguas de Santiago, dejando atras el caserío de *San Gabriel*, empieza a variar el paisaje i a desnudarse de toda vejetacion para sólo ofrecer a la vista riscos, piedras enormes, abismos, precipicios, torrentes i cuanto no puede mirarse sin esperimentar un involuntario terror i una melancolía alarmante. No hai allí aquel amable silencio del bosque que nos embelesa, cargando de mil gratas ilusiones la imajinacion adormecida; que nos hace recordar la dicha pasada i creemos gozarla de nuevo, o que nos pinta como presente el blanco lejano de la esperanza: nada que embriague dulcemente el alma, que suavice el ardor de las pasiones que la dominan. El corazon se llena de tristeza, pero de aquella tristeza del misántropo, que le hace acusar al hombre; que le trae a la memoria las persecuciones de la ingratitud, las penas en que le han sumerjido la calumnia i la venganza: de aquella que nos obliga a despreciar todo sentimiento de reconciliacion con nuestros enemigos, i aun con la felicidad misma, si nos hubiera de costar el sacrificio de nuestros odios.

No creas, Manuel, que te pinto lo que yo sentí al recorrer esos yermos; porque sabes mui bien que los pocos amigos que tengo, no me hacen echar menos los ya perdidos, i los que iré perdiendo así que me sea mas difícil sujetarlos. Pero al hallarme en medio de aquellos mas que agrestes lugares, me puse a imajinar lo que sentiria un emigrado transandino, que huyendo de los verdugos de su patria, i considerándose ya seguro en nuestro suelo, se parase, por primera vez, a reflexionar sobre su suerte; sobre la que correrian en ese instante

su familia i aquellos de sus amigos que no habia visto subir al cadalso, i sobre las irreparables desgracias del pais de su cuna. Me figuré que los ecos de aquellas horrorosas soledades habrian repetido muchas veces las imprecaciones de esos fujitivos desgraciados, sus horribles juramentos de venganza i la espresion ardiente de su rabia i de su despecho. El recuerdo de una esposa abandonada o el de una querida espuesta a la brutalidad de los bárbaros, no humedeceria allí sus ojos. Los abismos i peñascos que en esos sitios rodean al viajero, alejan de su corazon todo sentimiento de ternura.

A los dos dias i medio de marcha, llegamos a la falda de la cordillera principal, en el punto denominado *Volcan*, por ser la base de un cerro elevadísimo en cuya cima existe uno que tiene el nombre de *San José*. Estaba entónces en pequeña erupcion, i desde abajo divisamos los penachitos de humo que salian por su cráter, de minuto en minuto, poco mas o ménos. Esto fué el 13, a las doce del dia. El aire se hallaba en perfecta calma, ni una sola nube aparecia a la vista, i sentíamos bastante calor a pesar de hallarnos entre la nieve. Divisamos unas vacas que pacian en un lugar todavía mui superior al en que nos hallábamos, i a fin de reconocerlas por si entre ellas habia algunas de las nuestras, nos pusimos a trepar el cerro, buscando lo mas accesible, hasta dominar el punto en que habíamos divisado los animales, no pudiendo por las fragosidades del sitio allegarnos a ellos. Desde allí empezamos a gritar casi todos juntos para hacer que las vacas descendiesen al fondo de la quebrada; pero uno de los vaqueros prácticos que nos acompañaban, nos dijo en ese instante: *no griten Vds. porque el cerro puede enojarse.* Consejo que por entónces creí digno de algunas esplicaciones, aunque poco despues ví realizados los temores del *huaso.* Antes de

cinco minutos la calma en que nos hallábamos se transformó en un viento impetuoso que levantaba remolinos de polvo por todas partes, i cuyo frio se hacia mas i mas irresistible. El cerro del *Volcan* cubrióse de una espesa niebla hasta mas de la mitad, i mui pronto tuvimos que *descolgarnos* por aquellos riscos, huyendo de la borrasca deshecha que se nos venia encima. No necesito decirte que no sé esplicarme este fenómeno verdaderamente asombroso, aunque lo he visto i contemplado con muchísima curiosidad, desde que empezó a manifestarse.

No hai en la Cordillera gran vejetacion, quiero decir bosques, ni aun de arbustos; pero luego que, por los calores del verano, desaparece la nieve, se cubre de pastos abundantes; i puede entónces recibir animales hasta que se acerca de nuevo el tiempo del frio. Las quebradas i pequeñas llanuras forman otros tantos potreros que llevan diversos nombres; i casi todos están tan bien cerrados naturalmente, que la comunicacion de unos con otros es mui difícil; i quizá el instinto mismo de los animales, tan superior para descubrir salidas de sus encierros, no es suficiente a encontrarlas en esos lugares. He visto potreros con mas pasto verde en abril que los llanos mas feraces en primavera, i engordan en ellos las vacas tanto como en los famosos de las cercanias de Santiago.

Hai tambien algunas minas de plata i de cobre, que se están trabajando, aunque no sé decir si con provecho o sólo con esperanzas. Entre los empresarios se cuenta un hombre que parece hallarse *enlazado* con la desgracia; i que, desde mucho tiempo há, es el blanco de los tiros del infortunio. A sus canas han sobrevenido las especulaciones frustradas; a éstas la muerte de sus hijos; a la muerte de sus hijos el *broceo* de sus minas, al *broceo* de sus minas, el incendio de su casa, i al incendio

de su casa, la prision de los hijos que le quedan vivos, por acriminaciones políticas. *¡Bien venido seas mal, si vienes solo!!* El hombre que resiste a tántos golpes ¿no es tan imponente i respetable como las moles de granito de las cordilleras que he recorrido? ¿no es el digno barómetro en que deben conocer los grados de su desgracia, los que tanto lloran i se lastiman por un tropezon que dan en la carrera de la vida?

He visto, en fin, mi querido Manuel, lo que sólo deseaba ver, porque no lo conocia, i lo que ahora quisiera que tú vieses, porque merece ser visto. Cascadas elevadísimas; cerros cortados por la corriente contínua de las aguas, quién sabe durante cuántos siglos; el inmenso Maipo, que fertiliza tantas tierras i se derrama por tantas partes, pasando por entre dos peñascos que apénas le permiten un paso tan angosto que puede salvarse de un brinco; rios que nacen de repente del pié de una montaña i se pierden en los abismos que cubre la base de otra; cerros desquiciados i desprendidos a impulsos de alguna fuerza superior aun a los cálculos de la imajinacion del hombre, i todo esto sembrado en la grande estension que alcanza a abrazar la vista. Acostumbrado a sólo conocer la naturaleza en sus vulgares funciones, si pueden llamarse así, de producir, descansar i volver a producir; a sólo ver bosques, llanos, mansos rios, colinas poco elevadas, donde se halla trazado un órden inalterable i monótono, se abisma uno al encontrarse rodeado de toda la majestad imponente de la creacion: al hallarse en un teatro que la naturaleza parece haber querido adornar con sus propias ruinas, con pruebas sorprendentes del inmensurable poder con que sabe obrar sus revoluciones i trastornos.

Al dejar esos sitios, ¡cuán nobles i elevadas ideas

nos acompañan! ¡qué mezquino nos parece lo que volvemos a ver! Tengo un sentimiento profundo de no saber espresarte, como yo quisiera, lo que he sentido, lo que he gozado, i cuanto me decia el alma en los momentos en que, con tanto placer, me ponia allí a interrogarla.

COPIAPÓ.

Antes de ahora, hubo otra época floreciente tambien para esta *isla del desierto.* Siguióse una larga serie de años en que la pobreza, el hambre i la sed, la peste i los temblores le imprimieron alternativamente el sello de la miseria, haciendo emigrar o morir a sus habitantes, arrasando el recinto de la poblacion i consumiendo la verdura del valle donde está fundada, hasta ofrecer el mismo aspecto de los despoblados que lo circundan.

En mi juventud visité a Copiapó. Un terremoto espantoso acababa de asolarle. Las jentes le habian abandonado casi del todo i vagaban por los áridos peñascos de las inmediaciones llorando sus perdidos hogares, i aplacando con penitencias la cólera divina. Sus calles, señaladas entónces por líneas paralelas de escombros, inspiraban una abrumadora tristeza, un dolor mudo como el silencio de sus ruinas. Nada mas melancólico que la vista de un solar, de un pueblo donde ya nadie habita. Un cementerio tiene mas señales de vida: las cruces, los epitafios i los mismos sepulcros que la vanidad rodea de aparatos, nos revelan una nueva existencia, la existencia de la eternidad; pero una ciudad desierta es la imájen del caos, el tipo de la destruccion jeneral del Universo.

El 10 de mayo de 1819 salí de aquí en compañia de varias familias que emigraban al Huasco i la Serena. Poseidos todos de un sentimiento amargo dijeron sus adioses al pais de su cuna, bien así como si se despidieran de un amigo dejándole abandonado a su irreparable infortunio. Huian de un sitio en que temian encontrar su sepulcro, pero lloraban: porque aun el feliz asilo en el estranjero, hace recordar con doble amargura las desgracias de la patria.

Veinte i dos años despues he vuelto a pisar este suelo que en aquel tiempo ofrecia la pintura de una maldicion. ¡Qué diferencia! ¡Qué contraste forma lo que veo con mis recuerdos! ¡Suerte, fortuna, ser invisible que dirijes los destinos del hombre i de los pueblos! cuanto miro, cuanto hai en este lugar es un primor de tu poder, un rasgo asombroso de las incomprensibles reglas de tu voluntad.

El comercio, la agricultura, las artes i el lujo han borrado ya con sus riquezas hasta la memoria misma de esos tiempos. El ruido de una gran concurrencia, siempre afanosa i activa, siempre ocupada en especulaciones i negocios o entregada a la alegria de las diversiones nocturnas, resuena hoi en aquellos sitios donde ántes no se escuchaba sino el grito del ave de la noche, o el ladrido del perro que, rondando entre las ruinas, queria aun custodiar la destrozada fortuna de sus amos fujitivos.

Por cualquier camino que se viaje a Copiapó, es preciso atravesar desiertos de arena, riscos áridos i vastas llanuras despojadas de toda señal de vejetacion. El calor i la sed quizas no mortifican tanto al viajero, como el aspecto horrible de una naturaleza sin vida, sin gracias; guarnecida sólo de peñascos negros como la tez

del africano, i de cerros cuyas enredadas vetas i ásperas desigualdades se asemejan al arrugado ceño del viejo avaro que quiere defender contra la codicia sus enterrados tesoros.

Al acercarse, pues, a Copiapó, al divisar sus arboledas, sus elevados sauces, cuyo alegre verdor resalta en el fondo descolorido de las alturas que terminan el paisaje, el alma cree despertar de una odiosa pesadilla, e involuntariamente estalla nuestro alborozo como si despues de una larga navegacion avistásemos la costa de la patria i el aire llevase hasta nosotros la fragancia de sus bosques. ¡Salud, valle hermoso, oásis encantado del desierto! El fatigado viajero se aproxima a tí tan contento como al hogar de sus padres; te avista como a su amigo despues de una larga ausencia, i te bendice como el peregrino a la posada que lo alberga por la noche.

El pueblo de Copiapó, por su fisonomía, se distingue de muchos otros. Su calles estrechas, irregulares i tortuosas se conforman mas con la variedad, única base fija que hasta ahora vemos dominar en el gusto de la especie humana. Dos líneas rectas, interminables i paralelas de casas blanqueadas son una monotonía contínua, una vida entregada al ocio. En Copiapó no sucede así. A cada paso que damos, se presentan nuevamente otras casas, otras higueras, otros *chañares*. Mas allá, una carreta de la que, a pocas varas hácia atras, no habiamos visto sino las astas de un buei; viene luego una plazuela; al frente tenemos un horno de fundicion que, a los dos minutos, desaparece de nuestra vista, i entramos en un arenal donde se halla medio enterrada una iglesia. A poco caracolear: ¡nueva escena! Un añoso algarrobo con su tronco convertido en cruz; despues un trapiche, en seguida una casa tejada, molida, remolida i destejada por

los temblores; i así sucesivamente marchamos siempre sorprendidos por algo que no se puede ver sin doblar las jorobas i tortuosidades de las calles.

Es desagradable la vista de los edificios, cuyos techos son bajos i están cubiertos de barro; pero por lo mismo se sorprende uno al examinar el aseo, holgura i lujo con que se hallan adornados en su interior.

Los habitantes son en su mayor parte estranjeros, i de éstos un gran número es de arjentinos, sin que podamos asegurar que mañana u otro dia, tengamos otra cosa en Copiapó, porque diariamente llegan escuadrones enteros a entregar sus armas a estas autoridades. Bien que de poco podrán servir a la República (digo, las armas), pues se hallan tan melladas i maltratadas como, por lo visto, deben encontrarse las provincias unidas del Rio de la Plata. Su conducta en este pueblo los acredita como hombres de órden; i si han sido tan bravos en la pelea como lo son aquí para el amor, no pueden esplicarse sus derrotas sino como un azar del hado, como un capricho de la suerte.

El bello sexo de Copiapó es como el bello sexo de todas partes, con lo que creo hacer su elojio. ¿Dónde no son las mujeres amables, bellas, graciosas, dotadas de bondad i de talento? ¿Quién es el desgraciado que, bajo cualquier clima que las haya visto, no ha encontrado en su trato los encantos de uso i costumbre, los atractivos de tabla i las calenturas de cabeza sin las cuales no se puede vivir en medio de ellas? Cuando yo era jóven i viajaba, como viajo siendo viejo, tuve la fortuna, que habrán tenido muchos, de encontrar en cada pueblo seis u ocho casas con dos niñas por lo ménos cada una, que me gustaban a un tiempo. La que no tenia los ojos verdes, los tenia azules o negros; si eran pardos, color de ojos que se cree insignificante, yo los hallaba

irresistibles por la crespa pestaña que los rodeaba, i aun recuerdo que casi me perdí por unos vizcos, que me parecieron encantadores, desde que descubrí en ellos un *no sé qué*, imposible de definir. Lo mismo me pasaba con las demas facciones, todas eran gracias; i lo mismo me sucederia hoi en Copiapó, si me pesase ménos la fé de bautismo. ¡Qué coleccion de ojos tan variada! Aun ahora que ya mi sangre circula sólo por no perder la costumbre, por un resto del impulso que le diera el ardor juvenil en años que ya pasaron, me siento arrebatado por unos ojos dormidos, cuya interesante tristeza llena de alegría el alma; por unos hoyuelos, por un lunarcito... i por otros mil pequeños tesoros que en aquellos tiempos codiciaba de dia, i halagaban mi fantasía en las visiones de la noche.

Hai un barrio aquí tambien que se llama Chimba, a donde se dirijen todos los paseos, i de donde nadie vuelve sin un lindo ramo de claveles i jazmines. Es en esta parte del pueblo donde las quintas, huertas i jardines se hallan mejor cultivados, razon porque las chimberas son visitadas con asiduidad por cuantos saben apreciar la sencillez de su agasajo, i el fresco de sus parrales i arboledas. La vuelta de estos paseos, en las noches de luna, es deliciosa. Una brisa suave del oeste ajita el aire embalsamado con la fragancia del floripondio; a que debe añadirse el espectáculo de un cielo brillante, puro i cristalino, con el cual compararia un poeta enamorado el mirar de los ojos de su bella.

Las fatigas del hombre terminan a las seis de la tarde: poco despues empiezan las de las cuerdas. El jóven o la niña que se acuesta sin bailar una contradanza, puede esclamar como aquel emperador cuando se recojia a la cama sin haber hecho un beneficio: — *¡Hoi he perdido el dia!*

—Hombre, ¿cómo va?

—Bien; acabo de recibir un propio de Chañarcillo. Dos labores van en barra.

—¡Excelente noticia! Es preciso celebrarla. ¿Dónde nos vemos esta noche?

—En casa de N. Allí hemos quedado de ir con las primas.

—Corriente. Yo iré con mis vecinas, i empeñaré a fulano, zutano, mengano i perejano a que vayan de visita con éstas, ésas i aquéllas.

—Me gusta.—Abur; tengo que ir al buitron.

—I yo a comprar unos combos.

I así se encuentran, se combinan i se despiden, para volverse a encontrar donde se han dado i siguen dándose el *rendez vous.* La casa que recibe las visitas sirve el té; los hombres, por lo regular, sólo piden agua. Pero esta agua de Copiapó, quizás por las partículas metálicas que contiene, es tan cruda i tan indijesta, que por via de precaucion hai que aliñarla con azúcar i coñac, lo que la deja perfectamente potable.

—Vamos a *despuntar el vicio.* Contradanza—cuadrillas francesas—valse jeneral—minué para las señoras que no pueden *correr* el valse jeneral—*churre*—otra contradanza: que canten el *Trovador*—*Sajuriana*—otro i otra—*cuando* en cuatro—un repaso a las cuadrillas americanas—cancion nacional—*Sambacueca*—contradanza para descansar.

—¡Que se van las niñas!—¡*Sujeten* a las señoras!

—¡Jesus! ¡Es mui tarde!—Tengo enfermo en casa. —¡Vivimos tan léjos!

— Nó, por Dios, señorita. Mire usted, las once i media en punto. — Esta otra contradancita, i nada mas. — ¡Las niñas están en baile!

— ¡La *moza*! ¡la *moza*! gritan todos.

Las señoras vuelven a ocupar su lugar, porque aunque han querido desentenderse de tanta instancia, no parece la llave de la puerta. Se baila en fin, la *moza*; i, como no han de salir las niñas con el cuerpo caliente al aire libre, miéntras se refrescan le pasan a una la vihuela para que cante... *Está mui ronca*, *mui olvidada*, *no sabe sino canciones viejas*, *ha cantado mucho*: afina en seguida el instrumento, suenan los primeros compases i empieza...

¡Oh! ¡Cuánta es la ausencia amarga...!

Al concluir la primera estrofa, otro concierto armonioso se deja oir en el parral del patio interior... Están cantando las diucas!...

Un *jesuseo* jeneral estalla en el estrado. Mil carambas de depecho lanzan los hombres. ¡Estaban empezando a divertirse! Despídense de los dueños de casa que sienten en el alma se vayan tan temprano; mas en cambio, todos les aseguran que se han divertido mucho, i que otra noche vendrán mas despacio.

(1.º de febrero de 1842.)

MINERAL
DE
CHAÑARCILLO.

He visto esta poblacion; no de casas sino de cuevas. He visto un cerro cubierto de agujeros redondos, semejante a un madero horadado por la polilla.

A 20 leguas al sur de Copiapó i al terminar una cadena de montañas que, en una larga distancia, se estiende tomando diferentes direcciones, i revistiéndose su superficie de diversos panizos o colores metálicos, descubrió un cazador de huanacos, en mayo de 1832, ese depósito todavía incalculable de plata. Allí han encontrado unos la gran fortuna que poseen o aumentado la que tenian; otros han perdido, estimulados por la codicia, los caudales que ántes disfrutaban, i no pocos, despues de enriquecerse pasmosamente, arrancando a Chañarcillo sus tesoros, han vuelto a caer en la miseria consiguiente a la prodigalidad, a la imprudencia i locas disipaciones. En ménos de diez años este mineral ha producido mas de doce millones de pesos, i si pudiera avaluarse en dinero la cuarta parte de las esperanzas fundadas en él actualmente, muchos guarismos se emplearian en espresarlas. Las minas en laboreo pasan de ciento; algu-

nas están ricas; en otras, su beneficio es continjente; pero todos los cálculos i probabilidades parecen asegurar en casi la totalidad de ellas el deseado *alcance*, tras del cual marchan sus dueños con la misma tenacidad, maña, paciencia i artificios que cuando se quiere conquistar el corazon de una bella desdeñosa. Las vetas de Chañarcillo que han llegado a ser esplotadas en una determinada hondura, dan un metal riquísimo. El conato jeneral de los mineros es, pues, arribar a esa línea, que llaman *planes*; línea donde ninguna esperanza ha dejado de ser satisfecha, i donde la voluble fortuna cansada de resistir a su tenaz conquistador recompensa su constancia.

Una mina es un raro testimonio del poder i de la osadia del hombre, i quizas surcando impávido el borrascoso Océano no prueba mejor la grandeza de su destino, que recorriendo i salvando las cimas que él mismo ha elaborado bajo el enorme peso de desquiciadas montañas. Al marino, mil esperanzas le rodean en los peligros; un bote, una tabla puede conducirle salvo a la orilla. Al minero, solo le rodean tinieblas; una vez desviado su pié del difícil sendero que le guia, nada le favorece en su naufrajio; ni siquiera tiene lugar de divisar la muerte que le sorprende en el acto de dar la prueba mas vigorosa de su existencia.

El estallido horrible de la pólvora que quema el barretero en la labor que trabaja; la conmocion producida en la enorme mole cuyo centro hiere, i el estruendo mil veces repetido por los ecos de las demas concavidades i grietas de la mina, es lo mas imponente de cuanto puede esperimentarse, es la espresion sublime de la omnipotencia de la industria, o como dicen los mineros, *el quejido del cerro que siente despedazadas sus entrañas.* Por preparado que uno se halle a oir aquel

ruido tremendo, un terror violento le sobrecoje, sin que pueda sacudirle aun despues de pasado el fenómeno, dudando, al parecer, que haya podido verificarse sin sepultarle allí mismo, i desprendiendo sólo algunos trozos de piedra para dejar a la vista el metal de la veta que se persigue.

Las labores de la *Descubridora*, mina jefe de Chañarcillo, tanto por ser la primera hallada cuanto por su riqueza, se encuentran trabajadas a mayor profundidad que todas las otras. A la vista de un hombre medio desnudo que aparece en su boca mina, cargando a la espalda ocho, diez i doce arrobas de piedra, despues de subir con tan enorme peso por aquella larga sucesion de galerías, de piques i de frontones; al oir el alarido penoso que lanza cuando llega a respirar el aire libre, nos figuramos que el minero pertenece a una raza mas maldita que la del hombre, nos parece un habitante que sale de otro mundo ménos feliz que el nuestro, i que el suspiro tan profundo que arroja al hallarse entre nosotros, es una reconvencion amarga dirijida al cielo por haberlo excluido de la especie humana. El espacio que media entre la boca mina i la cancha donde deposita el minero los metales, lo baña con el sudor copioso que brota por todos sus poros; cada uno de sus acompasados pasos va acompañado de un violento quejido; su cuerpo encorvado, su marcha difícil, su respiracion apresurada todo, en fin, demuestra lo mucho que sufre. Pero apénas tira al suelo la carga, vuelve a desplegar su hermosa talla, da un alegre silbido, bebe con ansia un vaso de agua i desaparece de nuevo, entonando un verso obsceno, por el laberinto embovedado de aquellos lugares de tinieblas.

Las minas que actualmente se hallan en un estado mas lisonjero son la *Descubridora*, las *Guias*, la *Carlota*,

la *Santa Rita*, el *Rosario de Picon*, la *Colorada*, la *Guia de Carvallo*, el *Reventon Colorado*, *Santo Domingo*, la *Esperanza*, el *Bolaco* i *San José*. Un número considerable de otras, a pesar de hallarse en el dia broceadas, no las venderian sus dueños sino por sumas injentes, lo que prueba cuan bien cimentadas son las esperanzas que prestan; a que se agrega que apénas es desamparada una mina, cuando uno o mas la denuncian i siguen su laboreo hasta encontrar en ella su fortuna o su ruina. Chañarcillo es, pues, un punto donde se trabaja con una constancia digna de la mejor recompensa. Por muchos años seguirá siendo uno de los mas sólidos fundamentos de la riqueza de esta República, sobre la cual derrama el cielo sus bendiciones para la felicidad de sus hijos, i en la que tanto noble americano viene a enjugar las lágrimas de sus desgracias.

En el centro del mineral se ha formado un pueblo llamado *Placilla*. Allí es donde los mineros van a solazarse de noche. El juego, el amor, el ponche i todos los vicios les hacen consumir en una hora el producto de su trabajo, i el valor de las piedras ricas que en conciencia se ven obligados a quitarle al patron para que no gane tanto, trabajando tanto ménos que ellos. La *Placilla* es una Babel, la confusion, no de las lenguas, sino de todas las fortunas de Chañarcillo. Hallándose, dentro de su circuito, abolido aquello de *mio* i *tuyo*, los mineros venden los metales que les han tocado en la quiebra del dia, con la misma franqueza que el dueño de la mina remite a la máquina de Fragueiro i Codecido los que ha podido salvar del hurto.

(2 de Febrero de 1842.)

LA MINA
DE LOS
CANDELEROS.

Cada tesoro escondido en las entrañas de la tierra tiene su dueño; i este dueño, por lo regular, es un jenio que lo defiende, vijila sobre él, lo esconde, unas veces bajo la forma de un huanaco, otras tomando la de un enorme zorro, y no pocas la figura del buitre, señor de los aires. Infinitos mineros, por poco que hayan andado cateando en las solitarias serranias de *Chanchoquin*, *Punta del Diablo*, *Checo*, etc., dan irrecusables testimonios de esta verdad. I la llamo verdad, porque no quiero despreciar tan antiquísima tradicion, i porque seria un descortes diciendo a millares de hombres que mienten.

Sucede, de tarde en tarde, que uno de estos jenios quiere hacer la felicidad de un leñador, i al arrancar en los desiertos los troncos que han de cargar sus borricos, le descubre una veta que mas que de metal es de oro o plata maciza. Es verdad que casi nunca se cumplen las buenas intenciones del jenio, puesto que las mas veces el que hizo el hallazgo se queda acarreando leña para que funda otro la piña que el buitre, zorro o hua-

naco habia querido regalarle. Pero esto no arguye nada contra la primera proposicion, i solo prueba aquel axioma: *el que nació para pobre nunca llegará a ser rico.*

En otras ocasiones, un pastor, que ha salido a buscar una cabra perdida, recorre de madrugada los peñascos, las quebradas i los barrancos; en estas andanzas clávase el pié con una espina, i el dolor le hace sentarse para arrancarla. Maldiciendo está este instrumento de su infame suerte, cuando ve pasar cerca de sí un zorro rojizo, de cola erizada i lomo cerdoso: — ¡él es el asesino de la cabra! Se levanta, corre tras el voraz bruto, llama a su perro *Corbata*, que no parece, i en medio de su despecho coje una piedra con la sana intencion de romperle las costillas al carnicero zorro . . . La sorpresa contiene su ira . . . la piedra que tiene en la mano es mui pesada . . . la examina i encuentra que es ¡¡*un rodado*!! ¡¡Plata pura!! A poco rejistrar el cerro descubre el *reventon* de donde se despegó el *rodado.* ¡Cien burros no bastarian a cargar el metal riquísimo que hai *al sol*! Pero el pastor anda a pié i solo puede llevar consigo dos pequeños pedazos, cuyo valor es de treinta marcos por lo menos. No le cabe duda de que el zorro rojizo es el dueño de aquella pasmosa riqueza; teme sí, que por un capricho, que sabe ser mui comun entre los jenios o brujos, segun él los llama, desaparezca el tesoro, i a fin de marcar el lugar en que se encuentra, de un modo perfectamente inequívoco, forma un gran monton de piedras; cuelga la manta en un algarrobo vecino; toma muchas señales i calculadas dimensiones, i por último, el perro que se le acaba de reunir, queda tambien amarrado al tronco de una *algarrobilla*, devorando un pan grosero que su amo le deja, mientras vuelve a libertarle. Al retirarse todavia marca de trecho en trecho varios puntos, i procura pisar

donde quede señalada la huella para que le guien despues su rastros.

Poco tarda en llegar a *la majada*, conocida con el nombre de *Agua verde*, negra o amarilla, poco importa; llama secretamente a su padre, luego a sus dos hermanos mayores i en seguida a la madre. Empieza la relacion desde su salida antes de amanecer, i sigue contando punto por punto i paso por paso lo que anduvo, lo que hizo, lo que vió i le sucedió; i todos callan, dominados por un estúpido terror, como si escuchasen el asesinato de un minero conocido, teniendo que ocultar a su asesino. Pasados estos inesplicables momentos, ya es otra cosa. El padre toma sus medidas; hace aparejar cuatro borricos, i diciendo al resto de la familia que *van a la leña*, parte con sus tres hijos, caballero cada cual en su respectivo asno. Aguija el pastor su cabalgadura para tomar la delantera, síguele el viejo, despues vienen los otros dos muchachos, i cierra la marcha un escuadron de perros esqueletados i de todos tamaños i colores. El guia empieza ya a reconocer los lugares señalados: aquí vienen sus rastros: la piedra blanca que se divisa al frente la paró al propósito: se está viendo la manta azul que enredó en el algarrobo, i vuela el escuadron de perros al oir los ladridos del *Corbata.* Ya están a pocas cuadras . . . ya llegan . . .

Pero ¿qué se ha hecho el *reventon* . . .? — ¡Aquí está . . .! — ¡El pastor recoje la piedra con que golpeó para quebrar los dos pedazos . . .!! Buscan por todas partes, vuelven i revuelven; todo en vano. La riqueza no parece . . . la han escondido . . .! Una bandada de buitres, negros como el ébano, revolotea sobre sus cabezas, i esta aparicion obliga a que dejen aquel sitio hombres, perros i borricos. ¿Quién no ha visto despues las

piedras del *reventon del zorro*? ¿Qué leñador no conoce la *Quebrada de los buitres*?

Cien historias como ésta se narran en las noches de invierno al rededor de los fuegos de las *faenas*. Casi no hai colecion mineralójica que no contenga un *rodado* o una piedra rica cuya mina orijinal no ha podido descubrirse, o ha desaparecido despues de hallada, por la influencia de causas que confunden, siempre que la razon entra a investigarlas. ¡Cómo contestar a tantos hechos, cómo recusar tantos i tan respetables testigos con solo la palabra *preocupaciones*!

¡Feliz romanticismo! Para la imajinacion que tú has creado, esa palabra no importa un raciocinio. Para ella es verdadero lo que pasma i lo que asombra, sin esperimentar la insípida necesidad de entenderlo. Tus hijos han dilatado el mundo i la existencia hasta lo infinito, i no viven estrechados por mas límites que los de las maravillosas e inmensas concepciones del jenio. A ellos dedico la siguiente historia que siquiera tiene la recomendacion de no ser mui larga.

A mediados del siglo pasado, en una aldea situada a dos millas al sud-este de Copiapó, llamada *Pueblo de Indios*, porque en realidad lo son sus moradores, habia una familia de estos indíjenas bastante pobre, pero que repentinamente empezó a prosperar, sin que nadie supiese cómo, por ser para todos un misterio. Buena ropa, buenos caballos, ricos arneses, repetidas borracheras i comilonas, a que asistia el vecindario, habian sucedido al coton que los cubria i a la harina de cebada, alimento cotidiano i regalado de su apetito. Cuatro eran los hombres de la familia, i el nombre de uno de ellos *Campillai*. Este, hallándose una noche de visita en Copiapó, en casa de un amigo suyo, despues de echar con

él repetidos tragos de aguardiente, inspirado por la jenerosidad i franqueza que despiertan los licores, díjole que iba a hacerle rico descubriéndole un secreto.

Adelantando algo mas su confianza, le contó que él i sus tres hermanos trabajaban clandestinamente una mina a legua i media de Copiapó, de la que esplotaban metales tan ricos que en el Huasco, donde los vendian, se pagaban por poco menos que la plata piña. Pero que los cuatro indios, para no despertar la codicia de los ricos de Copiapó, se habian comprometido a guardar el secreto de tal suerte que su revelacion costaria la vida a quien la hiciese; circunstancia por la cual debia él empeñarse mas en guardarlo. Añadióle que debian este hallazgo a una vieja, muerta poco tiempo ha en el *Pueblo de Indios* en olor de hechicera, a la que le hicieron el juramento de no participar con ningun *blanco* aquella inmensa riqueza. En seguida le invitó a que montase en ancas de su caballo para ir a conocerla, i sacar los metales que pudiera contener un par de alforjas que llevaban con este fin.

Partieron favorecidos por la oscuridad de la noche, i despues de un largo galope llegaron al pié de un cerro que se designa hoi con el nombre *de los Candeleros*. Dejando allí atado el caballo, *Campillai* i su amigo subieron por una senda estrecha hasta la cumbre. El primero dijo a éste que ya estaban en el sitio; que hallándose sus hermanos en el Huasco no habia temor de ser pillados, i que no se asustara de lo que viese. Tomóle entónces por la mano i le introdujo en una escavacion; pero casi hubo de caer muerto al notar que aquel hoyo era la cueva en que dormia un enorme pájaro que, interrumpido en su sueño, desplegó las alas i salió dando horribles graznidos. *Campillai*, sin intimidarse, puso dos grandes piedras ricas en las alforjas, i alentando a su

amigo tornaron a salir i bajar hasta encontrar el caballo que los volvió a conducir al punto de donde habian partido.

La tradicion no está mui de acuerdo en el relato de las circunstancias i acontecimientos consiguientes a este suceso; pero he sacado en limpio, despues de mucho averiguar, que el jeneroso *Campillai* fué poco despues asesinado por sus hermanos; que la justicia les persiguió i ellos no volvieron a aparecer; que la mina fué sin duda trasportada a otro lugar por el pájaro que la cuidaba, pues ni el amigo del indio ni ninguno de los infinitos que la buscaron en esa época pudieron dar con ella, i que el nombre de *Mina de los Candeleros* tiene este oríjen. Al año, poco mas o ménos, del asesinato del indio, se presentó de noche otro indíjena desconocido al cura párroco de Copiapó, advirtiéndole que en la iglesia encontraria un capacho de piedras de plata, las cuales se le daban por una misa para el bien del alma del finado *Campillai*; dicho lo cual, desapareció. En esa misma noche se encontraron las piedras, i el piadoso cura mandó la plata a Lima para fabricar un par de enormes candeleros, los cuales aun existen en el altar mayor de la parroquia, i diariamente alumbran la celebracion de los Divinos Misterios.

(5 de Febrero de 1842.)

EL DERROTERO

DE LA VETA DE LOS

TRES PORTEZUELOS.

El hombre, ántes de emprender, por una maldita regla de prudencia, combina su derrotero para tener la presuncion de persuadirse que no marcha a la ventura. Traza su camino, calcula cuanto en él puede sobrevenirle, todo lo allana i vence su imajinacion valiente i previsora, da el primer paso, i al segundo... ¡*burundum*!..... rueda por un barranco o se mete hasta los ojos en un atolladero. ¡Amargo inconveniente de nuestra facultad de raciocinar! Condicion, que bien considerada por algunos, les ha determinado a vivir a la bartola, sin formar ni seguir mas derrotero que el del cielo: único derrotero infalible, único, segun vemos, en que no hai peligro de meterse en berenjenales, i del cual, si nos estraviamos, como sucede a cada paso para distraer la monotonia del viaje, no cuesta mayor cosa volver a cojerle i continuarle. ¡*Albergues solitarios*, *venerables asilos de la inocencia*, i para mí, pozos de la única ciencia que hai que aprender en este mundo; solo las numerosas caravanas que encerrais dentro de vuestros sagrados

muros atraviesan por la verdadera ruta los desiertos de la vida . . .!

He visto, i desgraciadamente he esperimentado tambien, tantos falsos derroteros, que estoi del todo resuelto a no seguir ninguno en adelante, i a vivir sin plan i sin cosa que se le parezca. El mundo social, el mundo que el hombre cree haber formado, no es obra del hombre, sino puros caprichos del acaso, de esa divinidad, jénio o diablo, cuya diversion permanente es hacer bailar los títeres a la orgullosa especie humana. Pienso desarrollar despues esta doctrina, i para ello solo aguardo ciertas horas que suelo dedicar al aburrimiento, durante las cuales acostumbro aburrirme hasta que me canso. En esos momentos escribo cartas de amor, busco con quien hablar de política o de pleitos, hago que algun arjentino me cuente la historia de Rosas o de Aldao, i en suma, veo modo de que el *spleen* toque lo mas pronto a su *non plus*, que para mí suele ser el sueño, así como para otros es la juiciosa determinacion de matarse. Por ahora voi a ver modo de tratar del derrotero anunciado arriba; i he dicho *voi a ver modo*, porque es probable que haga ántes muchas digresiones. Ya lo he prevenido. Mi único plan es no seguir ninguno.

El que no entiende de minas i viene a Copiapó, viene a no entenderse ni a entender a nadie. Recorrerá las calles, entrará en los buitrones e injenios, visitará los jardines de la Chimba; pero al cabo no ha de saber qué destino dar a su lengua. Los hombres mayores prefieren a todo, hablar del mineral fulano que se halla *vírjen*, del otro que se ha *camorreado*, de la *faena* que les cuesta muchos pesos, de las *aspas*, de los pícaros *cangalleros* i de los *mayordomos de labor* que roban mas que todos. Los jóvenes, aun cuando hablan de amor, dicen mas bien:

he hecho un alcance que *hubo tal cosa*; a la vieja regañona la llaman *arsénico*, a la niña bonita *rosicler*; de la desdeñosa aseguran que es un *metal frio* que necesita *calcinacion* o *majistral*; de la que no lo es confiesan ser *barra pura*, plata *a la vista*, *lei de 6,000 marcos*, mui *metalera*, un *llampo riquísimo*. I aun las mismas señoritas gustan de describir las raras piedras que componen su coleccion, que es el *álbum* de las copiapinas. En cada trozo de metal tienen el recuerdo de algun amigo; i en todos ellos, las producciones del jenio que inspira a Chañarcillo, San Antonio, Bandurrias, Pampa-Larga i a otros infinitos poetas, cuyos versos son preferibles a todos los himnos, cantos i endechas del Parnaso. ¡Cuánto me gusta esta literatura de Copiapó.....!

Ahora tal tez empiece mi relacion. Me hallaba yo una noche en tertulia, con varios buenos amigos, tomando el té que se encuentra mas fragante i sabroso, i cuyo color parece mas rubiecito siempre que se gusta al rededor de una mesa relumbrosa, alternando los tragos con las festivas ocurrencias que entónces brillan mas a menudo en la conversacion. No necesito decir que se hablaba de minas i no del prójimo, el cual suele sazonar frecuentemente la deliciosa infusion de las hojitas de la China. El dueño de casa nos dijo que tenia un derrotero mui fidedigno de una veta riquísima; pero que no se habia determinado a seguirle por sus muchas ocupaciones. No esperó que le rogásemos, para mostrarnos aquella preciosa alhaja, que era un pedazo de papel roto en todos sus dobleces i tan ajado i sucio como las manos del barretero, que no acostumbra lavárselas sino cuando *baja a la villa*, por Carnestolendas.

Por si alguno quiere aprovecharse de los datos que contiene, para hacer su fortuna con un decir Jesus, voi

a copiar este documento, cuya redaccion consta pertenecer al mismo cura que en él se menciona.

«Derrotero que en articulo de muerte descubrió el burrero Fermin Guerra a su confesor D. Nicolas Prieto, cura indigno de esta Parroquia. Andarás como doce leguas por la quebrada de Paipote i tomando por un cajon que tiene en la entrada dos algarrobos mui gruesos, andarás hasta un portezuelo que tiene muchos cardones, i luego subirás el portezuelo, i al otro lado despues de unas quebraditas encontrarás una aguada que tiene un chepical mui grande, i luego andarás a la izquierda por un llano que tiene mucha varilla, i despues de andar hasta unas piedras mui grandes que están en medio del llano, andarás a la derecha siguiendo un zanjon hasta dar con unas lomas de arenas. Desde estas lomas descubrirás, mirando al lado del mar, un cordon de cerros, i andarás hasta llegar al cordon dirijiéndote derecho a unos tres portezuelos que se ven desde mui léjos. En el de tu izquierda, que subirás, encontrarás una veta que la rumbiarás a la derecha hasta dar con un picado de una vara de hondura, i poco mas allá está un creston de plomeria en el cual hai una cruz hecha con cuchillo. Luego que encuentres esta riqueza mandarás decir una misa cantada todos los viérnes del año por el alma del descubridor Fermin Guerra, pagándosela al cura Prieto a razon de veinte pesos cada una, quien hará la limosna de echar a lo último un responso. I te advierto que si no lo haces así, te irá mal. Se advierte que Guerra descubrió la veta, porque se perdió viniendo del *Chañaral* i del *Pueblo-hundido*, pero despues volvió allá, i trajo piedras que en artículo de muerte las ha mostrado al dicho cura, i servirán para su entierro. Al pié del portezuelo del medio hai una buena aguada, donde es mui facil cazar huanacos i burros chú-

caros. — Copiapó, junio 4 de 1792. A ruego de Fermin Guerra por no saber. — *Nicolas Prieto.*»

De la lectura de este documento, i de varias otras circunstancias que allí se refirieron, resultó que tres de los presentes formamos la resolucion de seguir el derrotero por ver, decíamos, en lo que pára; aunque por mi parte me determiné con unas esperanzas del tamaño de una torre. Se fijó nuestra salida, i cuando llegó el plazo, emprendimos la marcha. Llevamos mulas de tiro, dos cargas de víveres i de agua, i dos criados algo prácticos del despoblado en que íbamos a andar. Creimos que nos seria mui útil una brújula, i tambien fué con nosotros. Todo aquel dia trotamos por la quebrada de Paipote, i casi de noche descubrimos el cajon de los algarrobos. No es decible el gusto que esperimentamos al hallar este primer signo de la fidelidad del derrotero. ¡*Vamos bien*! fué nuestra esclamacion jeneral.

Dormimos bajo uno de aquellos árboles solitarios que quizas durante muchos siglos han sacudido sus menudas hojas en el desierto, i al amanecer volvimos a caminar por el cajon del derrotero. A medio dia nos pareció que tocábamos a su fin, i en efecto, a las dos de la tarde subíamos el *Portezuelo de los Cardones.* A las cinco estuvimos, casi muertos de calor i de fatiga, en la *aguada del chepical*, donde resucitaron nuestras mulas que ya perecian de hambre i de sed.

Al tercer dia determinamos seguir la marcha con un solo criado i una lijera carga, en su mayor parte de agua, dejando al otro en aquel punto con las mulas restantes. Poco despues de aclarar entramos en el llano de la izquierda, donde notamos con placer la varilla que el papel indicaba, i despues de seguirlo por un mismo rumbo hasta las dos de la tarde, vimos las piedras gran-

des i nos apeamos al pié de ellas. Mui cerca aparecia el zanjon que debíamos seguir sobre la derecha; descansamos hasta las cuatro; bebieron los animalés unos pocos tragos de agua i continuamos viajando. La noche sobrevino sin que divisásemos ni aun las sombras de las lomas de arena; era mui fácil estraviarse; un cansancio terrible nos acongojaba en estremo, les animales no podian casi tenerse en pié; era necesario, en fin, suspender la marcha aunque la luna alumbraba bastante. Aquella noche fué mui triste. En verdad que el derrotero hasta entónces no nos engañaba; pero no es posible hallarse tranquilo en medio de un yermo espantoso, sin amparo, sin refujio i sin esperanzas de volver a la sociedad, faltando los frájiles auxilios que uno ve aniquilarse sin cesar a su alrededor. Maldije mil veces al derrotero i mi locura. De lo mismo inferia que se ocupasen mis compañeros, porque como yo mascaban en silencio la pobre cena preparada por el riado. Antes de acostarnos nos comprometimos a seguir adelante hasta las doce del otro dia, hora en que debíamos retroceder, si no encontrábamos las lomas de arena.

Amaneció el cuarto dia i proseguimos. A las diez ya el zanzon que nos guiaba se habia borrado; pero mui a lo léjos i al frente veiamos dibujado el perfil de unas alturas que no podian ser sino las lomas buscadas. ¡Cómo detenernos! ¡Tal vez allí cerca estarian el cordon de cerros, los portezuelos, la veta i el agua! En dos horas era seguro vencer esta distancia; pero se pasaron cinco ántes de transitarla. A pié i con mucha dificultad conseguimos trepar los cerros, porque la arena movediza de que se componen rodaba con nosotros a cada paso. Asidos de las manos llegamos a la cumbre; a un tiempo se dirijieron nuestros ojos hácia *el lado del mar*, i a un tiempo tambien nos oimos mútuamente

un grito de desesperacion i de despecho. ¡Solo un mar de arena se nos presentaba a la vista, mar de arena que por todas partes formaba horizonte...! Sin embargo, despues de fijarnos un largo rato, creimos descubrir, a una distancia incalculable, cierta sombra o mancha que pegada a la tierra ofrecia un color mas oscuro que el del cielo, la cual si no era el cordon de cerro de *los tres portezuelos*, debia formar uno de los linderos del infierno. Porque, ¿qué tendria de estraño que el infierno se hallase en esas rejiones?

—Nos volvemos. Yo no doi un paso adelante. El tal Guerra, el demonio i el cura Prieto formaron ese maldito papel para burlarse de nosotros.

—Vd. tiene la culpa.

—Vaya! Ud.......

—No hai que reñir todavia. Nos hallamos en mucho peligro, porque ni los animales ni el agua durarán dos dias que necesitamos para llegar al *Chepical*, donde quedó José con las mulas. Desde aquel punto hasta éste hemos descrito un angulo. Soi de opinion que cortemos aquí derecho para ahorrar camino. El sur es el rumbo que debemos seguir.

Bajamos. Del agua que quedaba hicimos cuatro pequeñas raciones, lo que sobró lo repartimos entre nuestras cabalgaduras, que ya ni el freno alcanzaban a humedecer con sus lenguas resecas. Yo me encargué de dirijir la marcha, no ya consultando el infernal papel que quisimos dejar enterrado en la arena de las Lomas, sino la brújula, como el marino que vela en el timon.

A las nueve de la noche se cansó la mula del criado,

que volvió a montar en la que habia llevado los víveres. Poco despues tomamos descanso hasta el alba, que vino a redoblar nuestra afliccion. Un inmenso arenal nos rodea por todas partes ningun cerro tenemos a la vista. A las doce de este dia quedó a pié uno de mis compañeros i montó en ancas de mi mula. La del criado vivió hasta las dos de la tarde; al anochecer, hora en que ningun motivo teniamos para creer probable nuestra salvacion, toda la caravana se componia de infanteria. Alojamos, i a media noche, con el favor de la la luna, echamos a andar a pié. Ni una palabra nos deciamos; cualquiera que hubiesen pronunciado nuestros labios habria sido una súplica al cielo o una maldicion. La niebla arrastrada que siempre entra de noche en estos despoblados, vino a refrescarnos, i la atmósfera i el desierto se mantuvieron entoldados hasta las diez de la mañana del sesto dia. A esta hora descubrimos mui inmediatos unos cerros que la niebla nos ocultaba. El criado reconoció en ellos los de la *quebrada de las ánimas*, que cae a la de Paipote, lo que queria decir que saliamos del infierno para entrar en el purgatorio. Con todo, fué mucha nuestra alegria, a pesar de las pocas fuerzas con que nos sentiamos para traspasar las fragosas alturas que teniamos al frente, i a pesar de no saber cuándo encontrariamos agua, de la que ya necesitábamos mucho.

En fin, despues de indecibles fatigas i angustias subimos i bajamos el cerro. Al anochecer encontramos una agua salada i llena de insectos, que nos pareció deliciosa. El sétimo dia unos leñadores nos alquilaron sus burros para volver a Copiapó, donde llegamos atormentados de mil dolores i poseidos de la fiebre, en la madrugada del octavo. Felizmente esta espedicion habia sido un secreto para todos, escepto para el dueño

del derrotero que nos lo confió despues de haber firmado nosotros un documento a favor suyo de la sesta parte de lo que descubriésemos; a saberlo nuestros amigos, las zumbas de costumbre hubiesen amargado mas i mas el chasco cruelísimo que sufrimos.

Seis dias despues que nosotros llegó José, que habia partido del *Chepical*, creyéndonos ya muertos en el desierto.

(22 de Febrero de 1842.)

EL CARNAVAL.

Ninguna despedida deja de ser triste. Las lágrimas, los sollozos, o un dolor mudo i desesperante son los compañeros infalibles de los adioses. I sin embargo, es una fiesta ruidosa el adios que anualmente damos a las carnes. Con tres dias de bailes, juegos, paseos, locuras i estravagancias nos despedimos de los asados esquisitos, del sabroso *beefsteak*, del charquican, de las albóndigas i de la olla cotidiana. Bien es verdad que ya las cosas se hallan de manera que esta ausencia es limitadísima, razon por la que nos aflijimos tan poco. Los estómagos del dia no son como los de antaño, i están tan malos para disolver frejoles i pescado seco, como se hallan de buenas las conciencias para dijerir i anonadar los pecados de la gula.

Mucho ántes del 6 de febrero empezaron los preparativos de tan furiosos adioses, que debian ahogarse no en lágrimas, sino en pasteles, pavos asados, agua, afrecho, oporto, coñac, valses, contradanzas, máscaras, carreras a caballo, gritos, risas i trasnochadas. ¡Dios nos asista! Si nuestra vida toda se pasase en tan tumultuosa barahunda ¿la llamaríamos gloria o infierno?

Bien puede ser la *chaya* una costumbre incivil i detestable; digan de ella lo que quieran cuantos juzgan las cosas con una circunspeccion que no les envidio; lo cierto es que los juegos del Carnaval tienen para mí i otros calaveras un atractivo deleitable. Amo con delirio sus lijeras intrigas, sus tropezones, sus mojadas i todas sus *barbaridades*. ¡Que una linda mano restregue diariamente con almidon mi pobre cara, con tal que la sienta detenerse un momento sobre mis labios! ¡Amable *barbaridad*, resiste los ataques de la civilizacion hasta que ya no pueda embriagarme con tus delicias!

Al cabo amaneció el domingo. Un gran baile de máscaras, que habiamos preparado para la noche, nos tuvo todo el dia ocupados en concluir el arreglo de nuestros vestidos. . . ¡Las nueve de la noche! Multitud de turcos, griegos, romanos, militares, mineros, marinos, arlequines, gauchos, viejos i maricones, poseidos todos del jenio de la locura, llegan unos despues de otros al punto de reunion de la comparsa. Su jefe únicamente los reconoce, distribuye entre ellos tarjetas numeradas; ordena las hileras; da la señal, i se rompe la marcha al son de una música que nos presajia mil triunfos i mil deleites. Las calles del tránsito están pobladas de grupos de curiosos. Es inmenso el jentío que nos acompaña, i todos gritan ¡*viva Chile*! como si fuera a romperse una batalla. ¡Esclamacion sublime que no deja ya de oirse cuando los chilenos tienen el corazon alegre!

Un hermoso patio, lindamente preparado, era el salon del baile. Allí empezó a entrar la grotesca compañia, en medio de la mas encantadora algazara. — «¡Vé el turco! — ¡Qué bonito vestido! — ¿Quién será ese viejo? — ¡Jesus, qué hombre tan feo! ¡quién baila con él! — El de las plumas altas es fulano. — Nó, mas bien ese viejo sombrerudo. — ¡Vaya con la barriga . . .! — ¡Miren

el maricon con mi abanico! — ¡Yo presté ayer esa cofia! — Traiga mi delantal. — ¿Cuál será mi tio zutano? — El vestido de naipes. — El militar es Eujenio. — ¡Eujenio! — ¡Volvió la cara, niña! ¡lo pillamos...! — Mire, máscara, dígame por Dios, le guardaré el secreto, ¿cuál es el capitan Yungay? ¡Qué trabajo, no conocer a nadie!»

Los máscaras irritan mas i mas la curiosidad de todas. Las hablan por sus nombres; les citan hechos i circunstancias que no puede saber sino algun amigo suyo; les averiguan cómo marcha *cierto asunto* que jamas falta a ninguna de ellas, i rien del embarazo en que las ponen con sus preguntas.

La voz de ¡contradanza! da un nuevo jiro a este manantial inmenso de actividad i de vida. ¡Momentos queridos aquellos en que emboscado detras de la máscara, se embriaga uno doblemente en los atractivos del baile, sin el contrapeso de que lo sorprendan mirando! ¡Cuán grato es oirse tratar con todos los títulos i fórmulas de cumplimiento por la misma amiga que poco ántes conversaba con nosotros familiarmente, protestando conocernos en el baile a las pocas palabras que le hablásemos; pedir permiso para visitar a la que todos los dias nos recibe en su casa; descubrirse a otra con un nombre que sabemos le agrada, encargarle el secreto, i presenciar despues su amable rabia cuando, por alguna señal o espresion misteriosa, reconoce a poco andar al mismo cuyo nombre habia tomado el otro máscara mal intencionado!

A la una de la noche todos estaban conocidos, a pesar de nuevas combinaciones i trasformaciones de vestidos. En vano el turco se ponia culero, el marino calzoncillos, el minero turbante, el griego cofia i el gaucho

casco o coraza; ántes de dar un paso en el salon su nombre corria de boca en boca. Quitarse las máscaras fué el último partido i la señal de que el baile iba a empezar de nuevo. Las contradanzas se alternaron, por todo el resto de la noche, con esos valses hechiceros, cuyas rápidas vueltas imitan tan bien el ardor i la violencia con que la sangre circula en los lijeros cuerpos que los ejecutan; con la *zambacueca*, cuya música debió componerla algun amante poseido de una voluptuosa melancolía, i con todas las otras danzas que entusiasman tanto mas, cuanto mas se aproxima la aurora que ha de terminarlas. A las cinco, aún se oia la música por las calles. Entónces se entonaba el himno de la patria. Todos saludaban la tierra querida donde el hombre puede entregarse con libertad i sin zozobra al trabajo, i a embellecer la existencia.

Otras diversiones no ménos bulliciosas se ofrecieron el lúnes por la mañana despues de reparar las fuerzas con algunas horas de sueño. A las doce del dia una multitud de campeones se hallaba ya reunida para jugar la *chaya*.

Nos esperan en tal casa. — ¡A ella!

Se combina el ataque; distribúyense las fuerzas: van a vanguardia los que por medio de ciertos *instrumentos* pueden arrojar chorros de agua a mucha distancia; son los tiradores, los rifles: siguen otras columnas armadas de botellas, de cartuchos de almidon i paquetes de harina, i atras los que resueltamente se ofrecen para apoderarse de las tinas, valdes, pozos i demas almacenes i pertrechos del amable enemigo. Este, al avistar las fuerzas masculinas, las saluda batiendo sus pañuelos en los aires, asegurándoles que desea el combate si se atreven a forzar sus atrincheramientos. La puerta de calle

está abierta de par en par; pero ¿quién pondrá el primero sus piés en el patio? Dos dobles filas se preparan a bautizarle hasta las uñas con materiales que, unidos, forman el mas tenaz de los engrudos.

¡A la carga, muchachos! gritan a retaguardia. Esta empuja el centro, i todos a los de vanguardia. En semejante desórden es invadido el campo contrario. El agua, la harina, el almidon, el afrecho i *otras cosas* caen en torrentes i en nubarrones; el sol se oscurece, *se pelea bajo de sombra*, i ántes de un minuto, no parece sino que todos se hubieran bañado en un rio de argamasa. Las malditas amazonas, conocedoras del terreno despues de lograr los primeros tiros, efectúan su retirada a las habitaciones, cuyas puertas se cierran con llaves i trancas; robustas i forzudas criadas se quedan sosteniendo esta maniobra, de modo que al fin de tantos peligros, resbalones, proezas i sacrificios, las únicas prisioneras, el único premio del valor vienen a ser la cocinera, la lavandera i demas habitadores de las pocilgas de la casa. Los pobres vencedores ceban su venganza en tan tristes despojos, hasta que alguna de ellas logra escaparse; corre a la huerta, i vuelve con un refuerzo formidable de perros que, al anunciarse sólo con sus ladridos, ponen en completa derrota la banda de machos, cuya ropa empapada ni aun correr les deja con la velocidad que quisieran. Los gritos de victoria resuenan entónces en todas las ventanas i troneras de la fortaleza.

Sin embargo, poco despues vuelven a reunirse en una suspension de hostilidades estipulada bajo mil protestas de buena fé, no siempre guardadas por las lindas traviesas que hasta en sus abusos encantan. Sírvense copas de licor u otros refrescos . . . una *sajuriana* . . . una cancioncita . . . el infalible himno nacional o el bravísimo ¡*oid mortales*! . . . i adios. — «Hasta la noche. —

Quedamos en baile para la segunda contradanza. — Muĩ bien. Vaya usted a quitarse esa ropa.» — I la ingrata acompaña este encargo con una mirada capaz por sí sola de curar el mas furioso constipado.

Las demas clases se entregan a diversiones no ménos tumultuosas. Grandes cuadrillas de mineros a pié, de *pescuecete con su cada una*, i fuertes pelotones de caballeria armados de odres de agua, no siempre mezclada con esencias aromáticas, recorren las calles repartiendo a derecha e izquierda caudalosos *asperjes*; o visitan las chinganas, donde tomándose de las manos las enamoradas parejas, forman una gran rueda para danzar el *Vidalai*. Este antiguo baile de los indíjenas se ejecuta al son lastimero de una flauta que, oida desde lejos, mas bien inspira tristeza i ternura que acalorado entusiasmo. Al escuchar esa música, los mineros, que tanto gustan de divertirse con intermedios de camorra, aplacan su ira; buscan a su enemigo, le presentan, cual de oliva, un ramo de albahaca i le convidan a tomar un lugar en el círculo danzante.

Así se pasó el segundo dia, i bailando terminó tambien la segunda noche. En el tercero repitiéronse los mismos ataques, las mismas derrotas, los mismos tratados con sus respectivas infracciones, i por último las mismas citas para la segunda contradanza que irrevocablemente se halla consagrada al mas dulce de los sentimientos.

¡Hoi es el último dia . . .!

I ántes que llegue el de mañana, en que nos ha de despertar el triste recuerdo de lo *que somos*, ántes que amanezca ese miércoles melancólico en que nos van a decir que los bellos ojos que adoramos no son mas que

un poco de tierra cristalizada, todo el mundo quiere *echar el último resto.* Los mas pobres se empeñan por tener un banquete opíparo en sus humildes cabañas. Desde las doce del dia empieza a sentirse la fragancia de los pasteles que están cociendose en el horno. Hora excelente para atacar los reductos de *chayeras*; porque entónces se firman las paces bajo la gran mediacion de una fuente color del oro, preñada de cuanto Dios crió para excitar el apetito.

El sol de *ceniza* sorprendió a muchos que salian de bailar, cuando otros iban a la santa ceremonia del *memento homo.*

Las festines del carnaval habian sido costeados por suscricion, i ésta se encontraba todavía con fondos. Fué preciso consumirlos para que la noche del miércoles al jueves la pasásemos tan agradablemente como las tres anteriores. Hoi viérnes, ya casi a ninguno de mis amables compañeros veo en Copiapó. Todos han desaparecido. ¡Las minas se los han tragado . . .!

¡Vuélvalos a ver yo despues de un *alcance* tan rico como el que, desde tanto tiempo há, se hallan esperando por momentos!

(24 de Febrero de 1842.)

LOS DESCUBRIDORES

DEL MINERAL

DE

CHAÑARCILLO.

Excelente asunto para un sermon de cuaresma en que el orador se propusiese pintar lo perecedero de los bienes terrestres, i traer a colacion, sin necesidad de recurrir a parábolas, no sólo uno sino muchos hijos pródigos. Yo que no soi orador, ni tengo en la tierra el difícil encargo de encaminar las triscadoras ovejas, a las cuales me honro de pertenecer, i en cuyos descarrios me suelo a veces encontrar, he elejido esta materia para escribir un artículo.

No es fácil decidir si la fortuna quiso favorecer o burlarse de los que descubrieron las primeras vetas i mantos de este mineral famoso. Dueños de la noche a la mañana de capitales injentes, de la mañana a la noche se vieron aun en mayor pobreza, que aquella en que vivian ántes que la diosa ciega los guiase a las serranías de Chañarcillo. Ellos poseyeron valiosos fundos; su crédito llegó a no tener rivales; hicieron ricos a muchos; contaron con la hacienda, con los servicios, con las consideraciones i obsequios de cuantos les rodeaban. Poco despues no tenian de que vivir; se les ejecutó con cruel-

dad; nadie quiso prestarles un cuartillo, i al fin llegaron hasta a retirarles el *don* que ántes les prodigaban con humillacion, como si dejándoles este miserable título se reconocieran en la obligacion de conservar con ellos relaciones, que ya no podian aprovechar. ¡Especie humana! ¿En qué te diferencias de una prostituta, si no es en que tú nunca llegarás a vieja para enmendarte?

El burrero Juan Godoi se hallaba el 18 de mayo de 1832 dando caza a un huanaco, i fatigado de la tenaz persecucion que le habia hecho, de la cual se burlaba el ájil habitante del desierto, sentóse a descansar sobre una piedra, esperando que sus perros volviesen con la boca ensangrentada a anunciarle que habian atrapado la presa, i le guiaran despues al lugar de la victoria. No tardó en reconocer que tenia por asiento un creston de metal de plata riquísimo, i éste fué el instante en que Chañarcillo vino al mundo, el instante en que el cielo hizo tan magnífico presente a esta feliz República. Godoi, vuelto de su sorpresa, ya no se acordó del huanaco, i hubiera olvidado tambien sus borricos que andaban por allí cerca, a no formar el plan de cargarlos de piedras ricas en lugar de leña, para dirijirse a Copiapó, donde pensaba aconsejarse sobre *lo que haria*, como si se encontrase en grandes apuros.

El primero a quien confió su secreto, para obtener una regla de conducta, fué Juan José Callejas, minero viejo i cateador de profesion, que sin embargo de haber reconocido por mas de cuarenta años las vetas i panizos de cuantos cerros tiene este departamento, solo habia logrado reunir un caudal fortísimo de esperiencia. A éste regaló Godoi una tercera parte de la riqueza hallada, la cual endosó el viejo a un antiguo patron suyo, vecino de Copiapó, por gratitud a los muchos servicios que le debia.

Nuestro descubridor, despues de haber desflorado su tesoro, vendió las otras dos terceras partes que le quedaban, i libre ya de los cuidados de la faena, se retiró a gozar del placer de hallarse rico. *Don Juan Godoi* resultó hallarse mui emparentado, mui relacionado con innumerables individuos que ántes no conocia, sino como *caseros* que le compraban su leña. Sin embargo, era preciso obsequiar tantas i tan finas demostraciones de afecto, manifestarse sensible a la estremosa ansiedad que desplegaban por agradarle. A una comida se seguia un baile, al baile las muchachas, a las muchachas el almuerzo, al almuerzo la *timbirimba*, hasta que al fin i al cabo el aceite faltó a la lámpara, que por cierto no era la *maravillosa* de las *mil i una noches*. La concurrencia empezó entónces a despedirse a la francesa; cada cual tomó su raya, i despertara un dia *Juan Godoi*, como solia despertar algunos meses ántes, sintiendo amargamente que no fuesen una realidad las bellas cosas que habia soñado. ¡Desgraciado! ¡Ni aun borricos tenia....! El jeneroso patron de Callejas, sabiendo la miseria en que de nuevo se encontraba aquel homhre, le dió una dobla en la mina *Descubridora*, que le produjo 14,000 pesos. Con esta suma su reconocido bienhechor le hizo comprar en Coquimbo una chacra, donde no siendo seguido de sus amigos, fué a morir en paz, dejando a su familia una mediocre subsistencia.

El viejo Callejas ha escapado perfectamente de esta catástrofe. Contento con haber hecho rico a su bondadoso patron, goza en medio de una sobriedad ejemplar, de las dádivas con que a su vez ha sido recompensado. Su residencia predilecta es en la *Descubridora*, a quien ama como a la niña de sus ojos; sus paseos favoritos son en las labores *Pique del agua*, *Fronton de castillo*, en *el Fenómeno*, en *la Paloma*, i en todo aquel embrollo

de abismos, cuya productiva fabricacion ha dirijido en su mayor parte. La *Descubridora*, es para él una hija querida, bella i hacendosa en los brazos de un amigo que idolatra; i a cada alcance que aparece en ella se le caen diez canas de contento, como si fuera un nuevo nietecito que recibe en sus brazos. Viejo feliz ¿quién te enseñó tu filosofía?*

No lejos de esta mina está lo que ántes fué el *Manto de los Bolados*. Sólo se ve en el dia de este poderoso depósito de bolas de plata, un gran hoyo redondo, que a los que conocen su historia i la de sus descubridores, no puede inspirar otras ideas que la contemplacion de un osario, el contraste de lo que fué i de lo que llega a ser el hombre. Cuatro mineros encontraron aquel encanto. Sin avaluar los *llampos* i metales que cada uno dió a los infinitos camaradas que forman el voluble séquito de la voluble fortuna, está bien averiguado que produjo a sus dueños mas de 80,000 marcos, 700,000 pesos por lo ménos. ¿Qué se hizo este capital? Tan rápida fué su aparicion en la escena que nadie contestará satisfactoriamente a la pregunta, ni aun a los mismos que, al parecer, sólo representaron el papel de capitalistas.

De uno de ellos no se sabe el paradero. Su nume-

* Ya tenia escrito este artículo cuando supe la muerte de don Miguel Gallo, patron de Callejas, bienhechor de Godoi i de muchos otros pobres. Falleció repentinamente en Chañarcillo, el 8 del corriente marzo, despues de recorrer durante tres horas su mina *Descubridora*. Ha dejado a sus hijos una gran fortuna, una memoria sin tacha i el ejemplo de las mas apreciables virtudes sociales.

Si yo dejo a los mios igual herencia ¡cuán tranquilo será mi sueño eterno!

rosa familia es quiza la que hoi vive en mayor indijencia en este departamento.

Otro disputa actualmente con el cura de su pueblo un solarcito que le dejó por testamento su mujer, ya difunta. Si el cura le gana el pleito, le deja en la calle.

El tercero perdió no sólo cuanto le diera la mina sino tambien la mejor prenda que tenia ántes.

Al cuarto no le quedan mas que los muchos hijos habidos i por haber en su matrimonio.

Estos mismos descubrieron tambien la mina rica llamada *el Bolaco*, que hoi pertenece a otros dueños.

La Colorada, célebre por su feraz produccion en marcos para sus dueños, en robos para los *cangalleros* i en pleitos para medio mundo, tuvo por descubridor a Manuel Peralta, que ya no existe. La jenerosidad dominó como una pasion a este minero, que llegó a dar a diferentes individuos mas de doce cuartas partes de su hallazgo; i hubiera seguido distribuyéndola por esta medida, si su completo broceo no hubiese terminado las demandas. Los que en el dia poseen esta mina, la obtuvieron por un formal denuncio; le pusieron trabajo, al fin alcanzaron, i aquí empezó la pelotera. Cada uno de los doce accionistas entabló un pleito, por lo ménos; cada pleito era por una cuarta parte; cada cuarta parte tenia doce interesados, i cada interesado deducia sus acciones i oponia sus escepciones *ante V. S. como mas haya lugar en derecho*, *jurando no proceder de malicia.* El uno pedia embargo, el otro transaccion; éste comparendo, aquel restitucion *in integrum*, mensura, juicio práctico, compromiso o reconocimiento; i todos, costas, daños i perjuicios: *item* mas, su derecho a salvo. ¡Qué barahunda!

He dicho que Manuel Peralta se murió, en lo cual el pobre hizo mui bien, porque le habrian llevado como le traian, sin saber ni lo que habia hecho, ni lo que querian que hiciese. El infeliz murió cansado de oirse tratar por sus mismos donatarios de *animal!*

La Guia, este almácigo opulento de vetas, guias, mantos i reventones, que hasta la fecha se le cree vírjen, porque cada dia ofrece nuevos primores su laboreo, fué hallada por el barretero *Juancho*, que la vendió ántes que ella desplegase tan brillante riqueza. Con el dinero que le produjo el negocio, quiso tambien darse buenos ratos; se metió a *francachelas*; en una de éstas, un amigo le dió una puñalada, i de sus resultas hubo que cortarle un brazo. El último real se lo llevó el boticario, i estuvo en un tris que se lo disputaran el sacristan i el panteonero.

Los descubridores del *Reventon colorado* no han sacado de esta mina sino varios cajones de enredos de tan difícil solucion, que no parecen sino de *metal frio*, cuyo beneficio, hasta ahora, es impracticable. ¡Bravo pelear! ¡Ni unitarios, ni federales que fueran!...

Mui largo se haria este articulito si quisiese añadir todas las historietas que faltan, las cuales por otra parte son idénticas particularmente en su desenlace: la miseria o los pleitos, como las sublevaciones i las batallas cuando los peruanos creen descubrir un medio de constituirse.

Siempre que escribo algo, que no sea una carta, toco la dificultad de no saber qué decir luego que veo la necesidad de acabar; mas por ahora tengo que cumplir un propósito que me hice al bosquejar lijeramente estos tristes episodios de la historia de Chañarcillo. Quiero llamar la atencion de los afortunados en este mineral hácia las familias de sus descubridores. Nadie tiene mas

derecho que ellas, que esa multitud de chiquillos desnudos, a esperar una jenerosa proteccion de los mineros ricos de este pueblo. Para sostenerlas i educar a algunos de sus niños, creo que no se necesitaria sino de un pequeño fondo; de lo que, por ejemplo, en un dia puede producir el mineral que descubrieron sus padres.

Cuando vayan a Copiapó a visitar sus faenas, como cuatro cuadras ántes de llegar a la capilla de Tierra Amarilla, entren en una pobre choza que está a la izquierda, en la orilla del camino real. Una madre con siete hijos pequeños, no diré viven, yacen en ella. Es la familia de un descubridor. Sólo pido que entren a aquel *ranchito*, que es toda una dolorosa leccion de esperiencia, i estoi seguro que no saldrán sin convenir que allí, por mui poca cosa, se compra la satisfaccion del corazon.*

(4 de abril de 1842.)

---

* Los dueños actuales de la Descubridora de Chañarcillo son millonarios. En Santiago viven en la opulencia; erogan fuertes sumas a beneficio de iglesias i hospitales. I miéntras tanto, los hijos de los descubridores, a quienes compraron por cuatro reales, este inmenso tesoro, se hallan en la indijencia. ¡Cuánto mas satisfechas quedarian la vanidad i la conciencia, si esos ricos invirtiesen sus limosnas en educar a los hijos de sus bienechores! — Jotabeche. — (*Mayo de 1847.*)

VALLENAR I COPIAPÓ.

Son dos pueblos vecinos, dos pueblos hermanos i esto es mas que suficiente para que vivan en eterna discordia.

Algunas veces yo tambien me pongo a pensar en el oríjen de nuestras sociedades; porque me gusta creer que ántes de *illo tempore* éramos mas animales que ahora. ¿Se juntaron los hombres, me pregunto, para mejor amarse mútuamente? Nó. Se juntaron, porque andando el uno por aquí, i el otro por acullá, les era mui difícil morderse i hacerse tiras. En este sentido es verdad que, al reunirse en tribus, buscaron su conveniencia. La primera vez que el hombre conoció la necesidad de tener un amigo, fué cuando vió que no podia con solo sus fuerzas despedazar a otro. No le costaria mucho hallar lo que buscaba, prometiendo a su aliado la correspondencia; i hé ahí los primeros servicios recíprocos que se hicieron nuestros padres, i los que mas comunmente se prestan sus hijos. Tal fué tambien el oríjen de la palabra *Amistad*, signo de una virtud que los poetas creen hija del cielo i con razon; porque bien es cierto que hubo un *Dios-hombre*; mas una *Amistad-*

hombre, una *Amistad-mujer*, ni con todas las creederas de la comunion de los santos pararia semejante misterio.

Vuelvo a mi asunto. Para viajar de Copiapó a Vallenar es preciso atravesar cincuenta leguas de llanos de arena, cuestas de arena i quebradas de arena; cabalgar casi siempre en mulas trasandinas, cuyas mañas de ménos consecuencia son morder, cocear i corcovear; beber agua con gusto a los cuernos en que es necesario llevarla, i pasar el sol del medio dia, que no puede quemar mas el fuego del purgatorio, bajo una *algarrobilla* chamuscada, que con su sombra apénas puede amparar un centenar de culebras i lagartijas, que viven entre sus raices. Hasta los nombres de los puntos que va uno recorriendo o divisando, contribuyen a sofocar el alma. —*Esta es la Punta del diablo.*—Aquel es *el Cerro del diablo.*—Ahí detras está *el Boqueron del diablo.*—Esta noche alojaremos en *el Infiernillo.*—Antes que queme el sol llegaremos al *Agua del demonio.*—En suma, casi todos aquellos lugares están consagrados al dicho caballero; porque no parece sino que fueran secciones territoriales de sus dominios. Si andando este camino, oyen ustedes decir *el Agua buena, el agua dulce, el Sauzal, el Chañaral*, no vayan, por Dios, a imajinarse que encontrarán sombras deliciosas i arroyuelos cristalinos; porque no han de hallar sino fuego, o cuando mucho, en lugar de agua, un brebaje que no lo compondria peor el mas desapiadado boticario. Semejantes nombres son una ironía cruelísima, la burla mas picante que puede hacerse al viajero.

Pocos dias há, transité por la primera vez estas rejiones. (El que diga que no pueden llamarse propiamente *rejiones*, tenga la bondad de pasar a verlas.) En la tarde del segundo dia de viaje, a la hora en que el sol hiere todavía con sus rayos oblícuos, pero que ya

no alcanza a quitar a la brisa toda su frescura, uno de mis compañeros, que marchaba a mi lado, preguntó:

—¿Cuánto te parece que nos falta para avistar a Vallenar?

—¡Quién sabe! Ojalá fuese ahora mismo, porque esta mula, con su trote, no me ha de dejar hueso en su lugar.

—Ya no es mucho lo que nos queda. ¿Ves aquel camino que caracolea por ese cerro que tenemos al frente?

—Sí.

—Pues bien, vamos a subir por él, i desde la cumbre divisaremos el pueblo.

—¡Te juro que no me parece trecho mui corto...! ¡Maldita la mula, i maldito el cuyano que te amansó!

—Antes de cuatro horas te librarás de ella.

—¡Cuatro horas...! ¡cuatro horas de suplicio...! Pero ¿qué es aquello?... ¡Hombre...! el rio...! ¡los árboles...!

I mi compañero se reia de mi sorpresa. Nos hallábamos sobre la ceja de un barranco elevadísimo i casi perpendicular.... Vallenar estaba al pié, en el fondo de una quebrada estrecha, profunda, razon por que no puede verse sino de repente, i no por grados, como empiezan a manifestarse al caminante las poblaciones. ¡Qué sorpresa tan grata! ¡Así será el encuentro de la tierna mirada, que no se animan a esperar nuestros ojos!

En aquel punto hicimos alto para contemplar la vista mas bella que podia ofrecérsenos, aun sin haber recorrido dos dias enteros nada mas que arenales inhospitalarios. Un valle angosto, pero que al poniente se es-

tendia hasta perderse en las sombras de la distancia; pequeños i lindos potreros divididos por alamedas de sauces que parecia peinarlos el viento; una poblacion simétricamente delineada entre infinitas manchas de arboledas i de, bosques, i un torrente que atravesaba el cuadro, señalando su curso con muchísimos borbotones blanquecinos: todo esto mirado desde la altura que ocupábamos nos parecia un precioso paisaje en miniatura.

¡Tambien a tí te saludo, bello Eden, plantado entre las áridas soledades del norte, cual rosa entre abrojos i zarzales! ¡Tú eres el compatriota que abrazamos lejos del pais querido donde nos mecieron en la cuna! ¡Tú eres, en medio de los yermos que te cercan, uno de aquellos relámpagos de dicha que brillan en las borrascas de la existencia!

En efecto, Vallenar es un pueblo precioso. Verdad es que despues de una tan penosa travesia, está uno mui dispuesto a entusiasmarse con cualesquiera objetos que ofrezcan mas alhagüeñas escenas; pero sin esa circunstancia puede asegurarse que el valle del Huasco es de lo mas pintoresco, de lo mejor cultivado de nuestro territorio; i su principal poblacion una de las ciudades mas bonitas de la república. Jamas olvidaré las agradables sensaciones que me embriagaron cuando paseando por sus calles, a puestas de sol, respiraba un aire embalsamado por los jardines, las rosas, la flor de la pasion i otras enredaderas que bordan las paredes divisorias; o cuando al visitar una familia *me llevaban a ver la huerta.* Un desórden encantador reina en todas ellas, que son verdaderos jardines. Al pié de un ciprés crecen un chirimoyo i un diamelo, allí cerca está un naranjo, debajo tiene un rosal o una mata de clavel; sigue un parroncito con racimos dorados; viene una era de repollos, un lirio i un damasco; varias hileras de cebollas, un gro-

nado i un arrayan: un laberinto, en fin, en que felizmente no figuran los perales i las higueras, ni se han introducido los cuadros, triangulos, círculos i ventajas del *buen gusto.*

Es lástima que los edificios no estén plantados tambien con igual confusion. El estafador que quiera elojiar su conciencia, diga que es mas recta que una calle de Vallenar, i viva seguro de que no volverá a echar otra mentira mayor. Esto que para mí es un defecto, bien conozco que para muchos es todo lo contrario. Su paseo público, aunque mui nuevo, podrá rivalizar con los mejores de Chile si conserva su piso *enchepicado* i i sus rosales. Tampoco quisiera que se levantase mas templo que el único que actualmente hai en el centro, dominando con su torrecita a toda la poblacion. No sé por qué me parece esto mas relijioso, mas poético. Innumerables casas al rededor de la *casa de Dios*, es un cuadro espresivo lleno de sencillez, de piedad i de ilustracion.

Los habitantes viven aquí en una paz que llega a fastidiar. ¡Ni un pleito . . . ni un casamiento ruidoso . . . ni una tertulia . . . ni un baile . . . ni un chisme siquiera . . .! Madrugan, no almuerzan, comen a la antigua, duermen la siesta, toman su mate, se van a la huerta, vuelven a rezar el rosario, dan de merendar i acuestan a los niños: los demas juegan la pandorga o el carga burro, las niñas leen o cosen, cenan i buenas noches. ¡Cuánto mas me gustaban los árboles que los hombres! I cuando digo *los hombres*, no hablo de las mujeres, eso por sabido se calla. ¡Este plantel es hechicero en todas partes!*

---

* Cuantos han visitado detenidamente a Vallenar, conocerán que en estas líneas, le he juzgado mui lijeramente. Sus habitantes no son como los pinto. He tenido mil ocasiones de convencerme que cometí un error al escribirlas. — (Mayo de 1847.)

Semejante impasibilidad tiene para los hombres una sola contra, que yo no dejaba de usar para ver animarse una tertulia que desde tiempo inmemorial se reune diariamente en la trastienda de un comerciante. Este estimulante es la palabra *Copiapó* echada a rodar como que no quiere la cosa. Nadie queda tranquilo al oirla; su sonido produce una conmocion en el sistema nervioso; despiertan cuantos se hallan cabeceando i todo el mundo se pone sobre las armas.

—Qué decia usted de Copiapó?

—Hablaba con el señor de lo mucho que adelanta aquel pueblo . . . Ya se vé, ¡ese Chañarcillo es un pozo inagotable de barras de plata . . .!

—¡Chañarcillo . . .! Eso no ha sido mas que un manto metálico al sol. Yo lo he dicho desde un principio; i Copiapó, cuando se brocée su cerro, volverá a las miserias de ántes.

—Creo que Vallenar tendria que sentir tambien semejante desgracia, perderia muchísimo.

—¿Vallenar? Nó, señor. Sus cobres, sus bronces negros i su agricultura le sostendrian en el estado floreciente en que se halla. Nosotros no tenemos minas en Chañarcillo, ni lo deseamos; porque esos hombres, con su codicia, nos matarian a pleitos i a enredos, como quien dice a palos. Nó, señor; déjelos usted con su tesoro, que a la larga nos veremos . . .

—I ¿en realidad creen ustedes que no perderia nada Vallenar, si por desgracia se concluyeran aquellas minas?

—Nó, señor, ni un cuartillo.

—Vamos, caballero, mas injenuidad. Yo sé que muchos productos que en Chañarcillo se venden a peso de

oro i con ganacias exhorbitantes, los compran ántes a usted, al otro i a aquel en este valle, a mui buen precio...

—I ¿qué tenemos con eso? Ahí verá usted que para tomar una buena fruta necesitan los copiapinos de nosotros. Son unos flojos, i luego... ¡ni agua hai en aquel maldito lugar...! Déjelos usted, que al cabo han de volver a sus *chañares* i su congrio seco.

—Señor mio, si el mineral-jefe de Copiapó se brocea, no rejistrarán ustedes mas de 3,000 marcos mensualmente en la aduana del Huasco. Estos valores salen de Chañarcillo, por la puerta falsa.

—¿Qué quiere decir eso? ¿que los 3,000 marcos los robamos? ¿que los compramos a *cangalleros*? ¿No son estas lindezas las que dicen de nosotros esos mentecatos? Si ellos son tan bobos para dejarse robar por sus peones, ¿lo seremos nosotros para no comprar la piña que vienen a vendernos? ¿No han hecho i están haciendo muchos copiapinos el mismo negocio? ¡Vaya, por Dios, que esto me quema...!

—Mire usted, todos saben que es casi inevitable el robo de metales, ni los copiapinos reprueban que haya comerciantes que hagan este negocio, porque al cabo es preciso que alguno los compre; pero lo que realmente les hace quejarse de ustedes es que aquí se permita la inmoralidad de beneficiarlos públicamente en los buitrones, cosa que parece alentar el robo, asilarlo, i hasta cierto punto, protejerlo.

—¡Qué protejerlo, señor, ni qué calabazas! Dígales usted, que cuiden ellos personalmente sus faenas: que no lo pasen de ociosos en la villa; que paguen mejor a sus mayordomos para que les sirvan hombres honrados; que arreglen una policia interior en sus labores, i que esto será mas racional que cuantas medidas hagan to-

mar a la autoridad pública contra los *cangalleros* i contra nosotros. Dígales usted que no he de tener mayor gusto que verlos . . .

— Pero, señor, yo no les he de decir nada. Sosiéguese usted.

— Amigo, no puedo. Jamas he deseado vernos envueltos en una guerra; pero si al fin sucede esta desgracia, yo les aseguro a los copiapinos que con veinte de nuestros cívicos se les irá a pedir satisfaccion de un millon de agravios que hemos recibido . . .

— ¡Jesus, señor, cómo puede ser eso! Nunca he oido a ningun copiapino hablar de un modo agraviante respecto a ustedes.

— En fin, cortemos este asunto. Siento una revolucion en toda mi máquina . . .

Me apretó la mano i se salió con harto sentimiento mio. Cuando volví a Copiapó era otra cosa.

— ¿Cómo ha ido en Vallenar?

— Bien, mui bien.

— I ¿qué hacen esas pobres jentes?

— Allí están . . . trabajan sus minas . . .

— ¿Qué minas? Si no tienen mas minas que las *cangallas* de Chañarcillo. ¡Qué hombres tan sin vergüenza!

— Vamos despacio. Mire usted que son excelentes, i al cabo son nuestros vecinos.

— ¡Ojalá no lo fuesen tanto! Ya no tenemos vida con esa peste de diablos que habilitan en aquella miserable villa para que vengan . . .

— En la ciudad de Vallenar, querrá usted decir, porque lo es en virtud de una lei.

—¡Cuidado!... ¡en virtud de una lei!... En virtud de otra lei todos los que a sabiendas compran cosas robadas deben ir a un presidio, i si ésta se ejecutase ¿en qué vendrian a parar los tales ciudadanos?

—¡Qué quiere usted!...

—Lo que quiero es que no se permita a ningun huasquino en Chañarcillo.

—Eso es imposible. No todos los que vienen al mineral han de ser *cangalleros.*

—Todos, sí señor, todos son *cangalleros.* ¡Qué no se fuera la tal ciudad donde no le oyéramos ni el nombre!...

Con cualquiera otra que ocupase su lugar sucederia lo mismo. El odio desempeña en la vida moral del hombre las mismas funciones que ciertos humores asquerosos en la actividad de su máquina; sin ellos se suspende su ejercicio, i por último toda ella se disuelve. Al que no ama a nadie, al que aborrece cuanto miran sus ojos, se le dan los títulos respetuosos de *lunático* o *misántropo*; pero métase usted a humano i compasivo, ame a todos sus semejantes, i al instante le sospechan de imbécil, declaran que ha perdido el juicio i le nombran curador o le encierran para siempre en un hospicio.

(5 de abril de 1842.)

EL

PUERTO DE COPIAPÓ.

—¿Qué haces, hombre de Dios? ¡Siempre de pluma en mano!...

—Voi a escribir una cartita.

—¿Para don MERCURIO, eh?

—Nó. Todo el mundo sabe quién es el corresponsal de ese caballero.

—Así será; pero yo no vengo mas que a hacerte un convite. El vapor debe llegar al puerto pasado mañana, si es que no nos engaña, como lo acostumbra. ¿Quieres que nos vayamos allá esta tarde. Hai caballos prontos, rosquitas, su respectiva botella de Oporto...

—¿Oporto has dicho? No se hable mas. Todas las dificultades están allanadas. Saldremos a las cuatro.

—Asunto concluido. Hasta las cuatro.

Las daban en el cuartel, en la cárcel, en la casa de

cabildo, en los juzgados de letras i de comercio, en la escribanía pública i en San Andres cuando partimos. Que el polvo nos cegó en los callejones de la Bodega, eso no hai para qué decirlo; i que tornó a cegarnos en varios otros puntos del tránsito, recuérdolo todavia, restregándome maquinalmente los ojos. Lo mas notable que ví en todo el camino fué uno de esos horribles trofeos que mas que sentimientos de justicia, denuncian en nuestras sociedades inclinaciones patentes de antropófagos: quiero hablar de dos brazos humanos clavados en una picota, i puestos de modo que, si sobre la punta de ésta hubiera un gorro, saldrian a lo vivo las armas de la República Arjentina.

A las diez de la noche llegamos al puerto. ¡Cuán grato es tomar alojamiento despues de un largo galope! Nosotros lo hicimos en una fonda, cuyo dueño es un viejo italiano de tan buena voluntad, que con ella detiene a sus huéspedes cuando no tiene otra cosa que ofrecerles, lo que le sucede a menudo. Por entónces nos dió pescado frito, i la esperanza de un buen almuerzo para la mañana siguiente; con lo cual, i una botella de carlon mas áspero i desabrido que la cara de un administrador de rentas fiscales, nos fuímos a dormir contentísimos.

Llegando uno de noche a un punto desconocido, desea la luz del dia para ver lo que le rodea; i esto, mas que las inhospitalarias pulgas, me hizo madrugar en el puerto. Al amanecer ya andaba yo recorriendo las alturas que dominan la bahía i la poblacion. Parado sobre una roca a cuyo pié venian unas en pos de otras a despedazarse las olas del Océano, me sorprendí a mí mismo con la vista fija en la inmensidad de las aguas, sin que ninguna idea, ningun pensamiento ocupase mis faculta-

des. Es preciso que yo sea mui bruto, me dije, para que no se me ocurran aquí a millares las reflexiones poéticas i filosóficas. Llegué a creer que la postura que tenia no era adecuada para sentirme inspirado, i al instante me senté con las piernas cruzadas, apoyando, por supuesto, la mejilla sobre la mano derecha, despues de encasquetarme la gorra; i a falta del libro que debia tener indefectiblemente cerrado en la izquierda, descansando con abandono sobre el muslo, tomé mi cartera, i en tan interesante posicion me quedé esperando la visita del númen. Pero ni por esas; ántes bien, sintiendo que no era difícil me visitase el sueño, abandoné aquel punto, de miedo que una pesadilla me hiciera rodar en cuerpo i alma por el abismo que tenia a mis pies.

A las diez de aquel dia se anunció ¡*buque a la vista*! i a las tres de la tarde fondeó la barca nacional *Esperanza*. Veíase su cubierta llena de personas, que por los variados colores de sus vestidos no dejaban duda de su sexo. El capitan de puerto vuelve ya de la visita.

—Capitan, veo a bordo muchas señoras. ¿Son familias que vienen de Valparaiso?

— Nó, señor. La *Esperanza* trae siempre muchachas. Ahora vienen veinticuatro . . .

—¿Cómo es eso de *muchachas*?

— Muchachas, pues, señor, muchachas . . . que vienen de Valparaiso ¿eh? . . . ¿no me entiende usted? Muchachas de *consecuencias* . . .

—¡Ah! Ya lo entiendo. ¿I no ponen al buque, al cargamento, a la tripulacion i a las muchachas en cuarentena? ¡Dios proteja a los consignatarios de tales

mercaderías! Un dia de estos nos trae la *Esperanza* el *coléra-morbus.*

La lancha de la barca empieza a echar la carga a tierra, i las primeras son las niñas. Cada cual trae, a mas del sombrero con plumas o de la cofia enflorada, un elegante parasol. (¡Santa Bárbara doncella, envíanos contra esta tempestad un para-rayos!) Ya están en la playa. Ya pueden verse aquellas caras cuyas recientes pinturas les dan el brillo pasajero de un plato de loza recien lavado; aquellos vestidos lujosos que quizás sirvieron no ha mucho a alguna honesta bella ya difunta; aquellos calzoncitos con encajes; aquel conjunto, en fin, donde las mismas gracias sólo pueden arrancar un ¡*qué lástima*! del curioso que las examina. No tardó en cubrirse la playa de mesas de arrimo, alfombrados, lavatorios, colchones, sillas, baules, catres desarmados i demas trastos *ad hoc* de las viajeras que, acariciando unas a sus loritos i otras llamando a sus falderos, se separaron por grupos a buscar posada.

El litoral del puerto Copiapó es mui curioso por las caprichosas formas i dimensiones de sus rocas, por sus grutas i por la variedad de las conchas i piedrecitas que abundan en la playa. Los paseos de la madrugada i de la tarde son por esta razon entretenidos i agradables. No hai, es verdad, árboles entre cuyas coposas ramas se oiga suspirar el viento, ni arroyuelos que serpenteen, ni pajarillos que trinen, cosas que para un romántico son *sine qua non*; pero en cambio, el jeólogo puede hallar allí motivos de estudio i de sublimes meditaciones. ¿Cuántos años cuenta esta mole inmensa de conchas i plantas marinas petrificadas? ¿Que tiempo tardó la naturaleza en obrar este fenómeno? Esas cuevas, esas ahoyaduras fabricadas en los peñascos, ¿son el resultado del continuo

trabajo de las olas durante siglos de siglos, o es el dedo del Creador quien las ha pulido? Aquellos cerros que amarillean en medio del mar ¿son o nó de estiércol de pájaros? I si lo son ¿cuántos pájaros i cuántos siglos han sido necesarios para formarlos? Cuestiones son éstas que si me obligaran ahora a resolverlas, haria cuenta de que me condenaban a prision perpetua. Felizmente mi escuela les ha dado de mano, por antipáticas; que a no ser así, infinitos, entre ellos yo, la habriamos mandado al diablo, haciéndonos ántes sectarios del Profeta que de los maestros *Dumas* i *Victor Hugo.*

A la seis de la mañana del segundo dia que ví amanecer en el puerto, desperté a los gritos de ¡*el vapor*! ¡*viene el vapor*! ¡*el vapor a la vista*! Medio vestido salí de mi cuarto i eché a correr detras de varias personas que se dirijian a las alturas ya mencionadas. Efectivamente el *vapor* venia vomitando un torbellino de humo negro, rodeado su casco de espumosos penachos por todas partes. La poblacion se hallaba en el mas completo alboroto. Suben, bajan, corren, se paran a mirar, gritan, preguntan i esplican lo que pasa. Los tarros de azogue vacíos, que sirven de campanas, llaman a los cargadores i a los guardas; los marineros achican la bomba en sus botes i chalupas; nuestro posadero enarbola toda una coleccion de banderas i señales; los pasajeros arreglan sus equipajes, i sus amigos se preparan para ir a decirles adios en el buque mismo. Las señoras toman sus sombreros, reprenden a los niños, llaman al marido, arreglan el peinado de las hijas, dan órdenes a los criados i echan una mirada al espejo. Todo es movimiento, nadie está parado en un sitio; parece que cada uno tiene una máquina de vapor dentro de su cuerpo. Miéntras tanto el *Chile* se aproxima sin mas trapo en su arboladura que la bandera británica, cuyo actual color negro

i ahumado como el de un *chinguillo*, podria inducir mui bien a sospechar de pirata al buque que la enarbola. Cinco minutos despues retarda su movimiento; sus ruedas coloradas no jiran; vuelven a moverse otro poco; hacen alto, tornan a dar vueltas, como quien va con la sonda en la mano, hasta que persuadido el huésped flotante de que no habrá otro como la de *Quinteros*, desprende de su proa un anclote.

La playa está llena de espectadores esperando la vuelta del bote del resguardo. Ya viene, i con él una lancha, dos chalupas i otras embarcaciones que traen a pasear en tierra ingleses taciturnos, franceses presumidos, alemanes tiesos, italianos alegres, peruanos pálidos, arjentinos erguidos, españoles flemáticos i chilenos *ahuasados*. El primero que pisa tierra es el amable capitan Peacock. ¡Qué de abrazos i de furibundos sacudones de manos! — ¿Cómo ha ido? — ¿Cómo va? — ¿Cómo viene? — Qué nos dice? — ¿Por qué tanta demora? — Yo no tiene culpa. — ¿Muchos pasajeros a bordo? — Bastantes. — ¿Qué hai de nuevo en el Perú? — Mucho de huano. — ¿Cuántos jefes supremos? — Siete libras toneladas por Inglaterra. — No me ha entendido. — ¿Se han batido los peruanos con Ballivian, o todavia los deja usted en el pantano? — Sí, señor; nunca acabar allí el huano. — ¡Maldito sea el huano!

Miéntras esto sucede por una parte, en otra se reconocen dos amigos que no esperaban verse, felicitándose de ir a viajar en compañía; aqui leen cartas i periódicos venidos en el Vapor; allí despachan lanchas con equipajes; mas allá se embarcan en las chalupas hombres i señoras para ir a bordo. ¡Qué alegría en las niñas, i qué susto de irse a meter al buque a riesgo de marearse! — Siéntese aquí, mamita. — Deme usted la

mano. — ¡Cuidado, niña! — ¡No se carguen a un lado! — ¡Ai! ¡se da vuelta! — ¡Don Ramon, no meta tanta bulla! — ¿Para qué vendria yo? — ¡Vírjen santísima! — No hai cuidado. ¡Hola muchachos!

Los últimos que se embarcan son las barras de plata, las chirimoyas de Chañarcillo, i al llegar a bordo, suena la campana llamando a los pasajeros. ¡*Se va el vapor*! ¡*se va el vapor*! No tarda en cubrirse el puente de hombres, mujeres i niños, unos que se van i otros que se quedan. Una niña pide que la paseen; otra se siente *no sé cómo*, los colores huyen de sus mejillas, sécansele los labios i su cabeza se inclina sobre el pecho de una amiga. — Llévenla a su camarote. — Hombre, no te olvides de mi encargo. — Cúidame mucho a las niñas. — Vé que den de comer a las catitas. — No te vayas a quedar en Santiago. — Mui divertidos van a ir ustedes. — Si te mareas, te hará provecho. — No dejes de escribirme a vuelta del vapor. — ¡Qué linda es aquella niña! — Es una limeñita recien casada. — ¡*Feliz quien junto a tí por tí suspira*! esclama un poeta, que nunca falta alguno en habiendo mas de cuatro hombres reunidos.

Los marineros están levando ancla, i la campana vuelve a sonar para despedir las visitas. — ¡Adios! — ¡Un abrazo! — ¡Felicidad! — ¡Buen viaje! — ¡Dios los lleve con bien! — Memorias a fulano — ¡Adios, mi alma! — ¡Adios, hijita! — I entre chanzas, cariños, lágrimas, suspiros i náuseas, tiene lugar la mas afectuosa despedida.

Apénas nuestro bote abandona la escala, las ruedas del vapor baten el agua i su proa la corta, como el buitre el aire, cuando desplegando sus alas parece desprenderse del peñasco donde se anidan sus polluelos.

Siguen aun cambiándose los adioses, i luego que no se oyen éstos, ajítanse pañuelos i sombreros en el aire, como para decir: ¡*todavia te veo*! ¡*no me olvides*!

Al pisar tierra ¡qué tristeza! ¡qué silencio por todas partes! un perrito ahullaba en la playa, buscando a su amo que habia partido. Yo sentia un vacio inesplicable en el corazon. ¡Cuándo la copa del placer dejará de tener acíbar en el fondo! . . .

(18 de abril de 1842.)

COPIAPÓ.

LAS TERTULIAS DE ESTA FECHA.

Esta costumbre de reunirse las jentes a *pasar la noche* no debe ser mui antigua, ya que a la verdad no es tan mala; ni tampoco puede ser cosa de ayer, porque hai hombres tan connaturalizados con ella, que en las tertulias no mas viven, i fuera de las tertulias duermen. Verdad es tambien que solo desde 30 años a esta parte tenemos nosotros de qué hablar; i es tanto el material con que se encuentran algunos, que en tomando la palabra, hacen cuenta que han tomado la posta; i guárdese usted de salirles al camino, porque se lo llevarán con palabra i todo por delante. Antes de esta nueva era, la tertulia nocturna se consideraba como un privilejio de la jente mayor, que en casa del vecino mas condecorado, regularmente el mas gotoso, se reunia a beber un *punch*, a jugar a los cientos o al mediator. Los mozos i las niñas se quedaban en casa a puerta cerrada; éstas, oyendo de su abuelita, la historia de los hijos de Noé que eran *Bran*, *Bren*, *Brin*, *Bron* i *Brun*, i los otros esperando que el viejo entrara a acostarse, despues de hacer colacion, para ir ellos a saltar paredes,

atravesar solares, herir a los perros i ver a la querida sin escandalizar a nadie. Cosa por supuesto mucho mas cristiana que lo que sucede ahora; que en medio de una numerosa concurrencia i a la vista i paciencia de padres i madres, se sienta un mozalvete al lado de una criatura con la leche en los labios, i empieza a *abrirle las orejas.* Hacen mui bien sus reverencias en declamar contra la corrupcion del siglo.

La asistencia pues, a los círculos de sociedad, se ha jeneralizado pasmosamente; i en ningun pueblo de la república, cualquiera que sea su jerarquía, faltan dos o muchas casas donde de noche se pasa el tiempo sin sentir, que es el mejor uso que hasta ahora hemos alcanzado a hacer de él.

Pero hai tertulias de varias clases.

Perjudiciales, se han denominado siempre por los comerciantes las que, bien a su pesar, se forman en sus propias tiendas; considerando que semejante concurrencia no puede traerles sino una infalible bancarrota. Como en estas reuniones la tijera se encarniza en las flaquezas del prójimo, los dueños de casa, tanto por su utilidad como en descargo de su conciencia, acostumbran poner al lado de la patente que les permite su industria, la siguiente amonestacion en letras gordas: *caballeros, la tertulia perjudica!*

Tertulias de cortejo, son aquellas a que concurren diariamente tantos hombres como niñas hai en la casa donde se reunen. Pasado cierto tiempo que la prudencia pública toma a su cargo regular, resultan de aquí los matrimonios; i aun cuando no resulten, en la vecindad se dan por hechos. — «Se casa fulano con sutanita. — Mui bien determinado. — Dicen que ya no se casa. — Hace mui bien. — No quieren los padres. — Hacen mui

mal. — Se han casado en secreto. — Bien lo decia yo. — Están haciendo la ropa. — Anda comprando alhajas. — Ha sacado plata a interes.» I toda esa ridícula chismografía que, mas que a verificar, contribuye a disolver un proyectado enlace. Esto es, cuando los tertulios cortejantes son solteros, que cuando son *pavezas* . . . ¡el Señor del milagro nos favorezca! Mas valiera a las niñas cortejadas que lo fuesen por algun fraile cuyos votos, malo que malo i por pronta providencia, son un tapaboca contra cualquier *lapsus linguæ*.

Tertulia terrible, es aquella en que uno de los concurrentes *canta solo* para ponernos al corriente en lo relativo a su persona i al talento, delicadeza i honradez con que sabe manejarse. Un empleado recien destituido, un litigante que acaba de perder su pleito, un valetudinario que está tomando el quimagogo, convierten en *terrible* la mejor tertulia, si aquellos empiezan a manifestar la bárbara injusticia de que son víctimas, i éste a referir los prodijiosos efectos del purgante i las cantidades de emolientes, estimulantes i precipitantes que se echa al cuerpo todos los dias.

Las *tertulias de juego* no son propiamente tertulias; son una plaza de toros, un reñidero de gallos. Los hombres han reducido a una diversion el maldecirse i hacerse unos a los otros todo el mal posible. No pudiendo saltearse sin correr el riesgo de ir a parar a la horca o a un presidio, convienen en que la casualidad juzgue el negocio i decida cuál ha de largar la bolsa i cuál la ha de tomar, quedando siempre en su buena reputacion i fama.

Tertulia amigable, es aquella a que concurren diaria e infaliblemente cierto número de hombres, sin otro objeto que conversar por dos o tres horas de la noche.

Entre jóvenes, casi nunca es permanente ni del todo buena: entre viejos, su importancia no va mas allá de la de un archivo de raidos protocolos; pero si la reunion se compone de mozos i de hombres de esperiencia, es mui difícil que jóvenes i viejos dejen de aprender en ella.

Tertulias de gusto pueden llamarse las que, admitiendo en su seno individuos de ambos sexos de todas edades, porporcionan gran variedad de entretenimientos. Los hombres de alguna edad arman su malilla, hablando de política, descubrimientos, de los tiempos pasados o de sus respectivos negocios. Las señoras de respeto hablarán de cuanto hai, ménos si se suscita la imprudente averiguacion de algun acontecimiento remoto, porque entónces no toman cartas, se hacen sordas, i si chistan es para pedir que canten, bailen o hagan alguna cosa de provecho. Para los jóvenes de ambos sexos los recursos son inagotables. Fuera de sus cuentecitas corrientes, del piano i de la guitarra, de los matrimonios en tabla, nunca falta algun tertuliano orijinal, algun ñato o narigon, algun futre relamido, algun viejo sahumado, algun templado sentimental o algun otro *infeliz* que costee la diversion. Bien que despues que este se despide, toda la sociedad esclama en coro: ¡*es mucho este fulano*! —¡*Tan bueno, el pobre*! —¡*Qué alma tan bien puesta*!

¿He descrito hasta aquí las tertulias de Copiapó? Francamente respondo que nó. I ¿a qué vienen la pregunta i la respuesta? Vienen, señor, a sosegar ciertos temorcillos que tienen mis paisanos de que el tal *Jotabeche* resulte ser un mala-lengua; cosa que aunque saliese cierta bastaria saber que la mia es como la de cualquier otro para no estrañarlo tanto.

Ahora sí que voi a las *tertulias de esta fecha.* Las siete de la noche. Cubierto del polvo que me han echado

encima las bestias que andan de galope por las calles (permítaseme hacer algunas honrosas escepciones: los burros no salen de su paso comedido i son los únicos que respetan hasta la veneracion los bandos de policía), cubierto, pues de polvo, llego a la casa de un amigo donde se reunen varios otros. Un criado, al entrar, me pasa el plumero para sacudirme, determinacion excelente tanto para la mejor salud del alfombrado, como por que así no me reconozco obligado a seguir la moda de limpiar los zapatos con el mismo pañuelo, que poco despues ha de recorrer ojos, narices i boca. Miéntras se toma el té, cada cual habla con el que tiene al lado o con el que mas le place sobre lo que mas le conviene; pero impensadamente todos se ocupan de un solo asunto, se abre una discusion, se pasa a otras, se cuentan anécdotas, se rie, se fuma i todo *sans façons*; que para mí es la sal de las tertulias, así como las cortesías i cumplimientos me hacen renegar de ellas, ni mas ni ménos que el ají, de los guisados que lo contienen. He notado varias veces que los asuntos ventilados con cierta preferencia son las necesidades del pueblo, las enfermedades de este cuerpo social que, como en casi todos los otros cuerpos sociales de la república, parecen de mas difícil curacion que las afecciones del hígado o el obstinado *flato frances*. Al hablar de los males suelen tambien iniciarse algunos remedios; pero siempre se topa con ciento i mas inconvenientes, de los cuales el mas pequeño se reduce a saber que no hai fondos; porque la caja municipal se halla tan limpia como si la hubieran concebido sin pecado orijinal. En estas i otras cuestiones se pasan las horas hasta que llega la de retirarse.

Mas como todavia no suele ser la de dormir, me voi de aquí a otras partes con peligro de que en las calles atravesadas, al *maromear* sobre un puente se sumerja

mi humanidad en el agua, o que al dar vuelta a una esquina me reciba alguna tropa de perros que, no temiendo a esas horas al lazo i al garrote de los carniceros, andan de gran tertulia a favor de las tinieblas. Llego, en fin, a la casa que me propongo visitar; desde el patio infiero el inocente entretenimiento que hai adentro. — El 41. — Alonso el Ñato. — Los chifles de ño Villalobos. — ¿Quién me da unos porotitos? — El dia de la patria. — Apunta el 18, niña. — ¿Cómo está usted *Jotabeche*? — Aguárdese, no cante tan lijero. — Vaya con la voz del hombre. ¡A no sacarme una bola! — El 30. Siéntese usted, ¿qué viento le ha traido? — La edad de las niñas. — ¡Cuaterno! — ¿Cómo pide? — Está bueno. Siga sacando. — Pues señor . . . i salió . . . el triste. — Los anteojos de Pilatos. — El 84. — La Cármen Pino . . . — ¡Plata! ¡Me la saqué! — ¡Se la sacó, se la sacó!

Antes de conclnir la partida ya he tomado cartones para la siguiente, esperando ganar el placer de apostar al *ambo* con alguna de las amables tertulianas. El *ambo* es lo romántico de la loteria. Por lo demas es tan clásica como la tabla pitagórica, i tan insustancial como la última pájina (con permiso de usted, señor redactor) del Mercurio de Valparaiso: *For Liverpool.* — *Ojo interesante.* — *Al gran prototipo de la moda.* — *Nuevos progresos en el arte.* — *Colejio de los señores Zapata.* — *Bolos de Armenia.* — *Jabon de Mendoza*, i toda esa monotonia contínua que felizmente no excita la curiosidad de leerla.

Cuando no estoi para divertirme concurro a donde se juega malilla. El mal humor no se quita muchas veces sino con pelear, i este pasatiempo no se reduce a otra cosa. Se pone la carpeta, se dan las cartas, pasan todos i vuelve a distribuirse el naipe. La mano *canta*

solo, arrastra de mayor i se lo pagan de oros. Ponen un torito; dice uno *bola* para quitar el *solo* al otro; le tienen el caballo en cuarto i se la cortan. Así marcha el juego; así va aglomerándose el fluido eléctrico, i luego estallará la borrasca.

—¡Qué juego hemos perdido! ¡De mano se lo han llevado! ¡I usted, compañero...!

—La chambonada de usted tiene la culpa. ¡Con la runfla de bastos i no me embarca su mallilla...! ¡Qué barbaridad!

—Pero yo queria deshacerme del triunfito... Descabece usted sus copas, i habriamos hecho otro juego.

—No embarcarme el caballo siquiera, teniéndolo con la sota...! ¿Para qué diablos se mete usted a jugar?

—He conocido hombres porfiados, pero ninguno como usted... ¡Si no se convence nunca...!

—¡No darme el caballo...! ¡Treinta i siete le habriamos hecho...! Jugar con el señor es lo mismo que botar la plata... ¡Tantos años de malillero i no sabe todavia hacer una salida!

De cualquier cosa, caballero, cobra el victorioso; con lo que se suspenden las hostilidades para romperlas cuando cada cual lo estime por conveniente, sin que ninguno de los otros tenga derecho a estorbárselo: porque entónces vendria abajo la base de esta diversion que es el conocido principio: *el choreo es libre.* Frecuentemente me despido ganando; algunas veces perdiendo, pero siempre satisfecho de haber peleado a mi gusto, quedando con todos tan amigo como antes.

Otras veces *por variar*, razon excelente a falta de otras, me voi al café, punto en que la tertulia arjentina se ha declarado en sesion permanente. Rosas, Oribe,

Benavides i Aldao, son los temas sobre los cuales versan las variaciones de degüello, mantanzas, mas-horcas, estupros, saqueos, azotes i proscripciones. Cansado de oir horrores, vuelvo a casa; entro en mi cuarto, i metiéndome en la cama, bendigo el pobre rincon donde puedo entregarme al sueño tranquilo de que no gozarán ya los caribes del Plata, ni aun en la noche del dia de sus triunfos.

(4 de junio de 1842.)

PAMPA-LARGA.

Muchos, al ver el título de este artículo, se prepararán a leer la descripcion de una campiña hermosa, con sus bosques, sus riachuelos, sus rebaños i sus felices moradores; pero les prevengo desde luego que no la esperen. I ojalá siempre recibiéramos avisos tan oportunos, que así no correríamos por esos mundos de Dios, buscando lana i no saliendo sino trasquilados. Bien es verdad que en esto, el corte va por parejo; que en punto a chascos i porrazos cada cual ha recibido los suyos; que el mal es de muchos, i aunque a semejante consuelo le llamen de tontos, no es por eso ménos indudable que un mal así, sirve de bálsamo al nuestro. Nunca cargo con mas resignacion la cara que traje al mundo, que cuando me rodea un buen número de desmolados, narigones, lampiños i boqui-abiertos.

Pampa-larga, pues, no es una campiña, sino una antigua mina de plata situada a nueve leguas del Sud-este de Copiapó. El camino que conduce a ella es el mismo que va hasta Chañarcillo, pasando por el pueblecito de *San Fernando*, por *Punta-Negra*, *Tierra Amarilla*, *el Cobre*, *Nantoco* i otras bonitas haciendas, cuyo actual cultivo honraria al mismo Renca, sin tener que envidiarle las polvaredas de sus callejones; pero sí, la barbaridad de

sus chinganas, de esos célebres torneos con que allí se santifican las fiestas, i en los cuales *les amateurs* tienen el raro placer de darse un dia *a la bruta.*

En el tránsito a Pampa-Larga encontrarán Uds. al bullicioso arriero que solo parece distinguirse de sus mulas i borricos por la facultad que tiene de montarlos i de maldecirlos; al *apire* o barretero que abandonan el combo i el capacho para venir a la villa a ver al *cangallerito* recien nacido, i de paso publicar una nueva édicion de los diez mandamientos quebrantados; al dueño de faena que corre al mineral, de donde acaban de anunciarle la aparicion de unos *plomitos* en el *chiflon* del *Cármen Bajo*; al otro que despues de pasar tres o cuatro meses en su mina, esperando *su santo advenimiento*, se vuelve al pueblo con la barba tan larga i con un humor completamente broceado; al *cangallero*, en fin, que galopa en un excelente caballo con plateados arneses, pistolas en la montura, puñal al cinto i sombrerito al ojo, yendo o viniendo de recojer su parte de cuanta labor se halla en beneficio. El camino es bastante mas animado que el de Rancagua a la capital, aun en aquellas épocas en que una alza repentina en el precio de los trigos blanco i candeal, da cierta espresion a las caras largas i tiesas de los hacendados que lo transitan, pasmando a cuantos encuentran con la magnitud de sus espuelas i con el talento desplegado en recortar su idolatrada montura de pellones.

Antes de dar a mis lectores una noticia del estado actual de la mina anunciada, quiero decirles algo sobre su descubridor, su descubrimiento i su tan famosa riqueza. Como sesenta años há, Pedro Arenas cateaba un dia en las serranias de la quebrada de Nantoco, serranías tan cubiertas de vetas metálicas que, a la distancia, parecen recien surcadas por la punta del arado. La última noche

que habia de pasar entregado al sueño tranquilo del pobre, le sorprendió ocupado en picar una veta real en su anchura i constante corrida; pero que a pesar de su precioso panizo, no prometia gran cosa, segun las observaciones hechas en las piedras que el cateador le arrancaba con su pequeña barreta. Alojado al abrigo de unos peñascos i sobre la misma veta que iba reconociendo, durmióse despues de tomar su humilde *mate*, refrijerio consolador del poco fruto que hasta entonces sacaba de sus fatigas.

El *mate* debia tambien prepararle a sufrir las del siguiente dia; pero al revolver las cenizas del fuego encendido en la noche anterior, desentierra...... ¡una planchita de metal fundido, salpicado de municiones de plata! ¡Instante indefinible aquel en que la fortuna deja caer a nuestros pies una de sus flores......! Arenas habia dormido sobre un tesoro. ¡Cuántas casualidades concurrieron a descubrírselo! Todos nuestros mas considerables minerales deben su aparicion a sucesos tan estraños, los poseemos por un tan misterioso capricho, que no seria un disparate persuadirse de que estos dones los debemos tambien a las que Dios fabricó del frájil material de una costilla. Es preciso que anden mujeres en tan incomprensible negocio.

Arenas, volviendo al que me ocupa, en sociedad con don Ramon Rosales, esplotaron esta mina, llamándola *Pampa-Larga*. Aun hai en Copiapó varias personas que en aquel entónces fueron testigos de la opulencia de este descubridor, i son públicas las anécdotas relativas a la magnificencia en que vivia, a la profusion ostentosa con que gastaba su dinero, i al alto rango que con esta importante recomendacion ocupó entre los hombres de su época, cosa que en el dia no habria sido para ménos. Pero es mayor el número de los que viven i alcanzaron

a verle sumido en la miseria; agoviado de la vejez i de la pobreza; sin conservar otra prenda, otro recuerdo de sus felices tiempos, que una andrajosa capa colorada, en la cual amortajaron su cadáver.

En el laboreo de *Pampa-Larga* dió Arenas tan pocas pruebas de juicio, como en el uso de sus capitales. Sus trabajos no fueron mas arreglados que su vida, i en lugar de cultivar una mina que, segun vemos ahora, pudo llamarse desde entónces inagotable, solo trató de devorar aquella riqueza, como si le hubieran dado la comision de saquear una plaza. El cerro que horadaba es naturalmente blando, ninguna precaucion se tomó para impedir que éste se sentase sobre los piques i frontones que tan locamente se fabricaban en su base: empezaron a desmoronarse, i la entrada a la mina llegó a ser tan peligrosa, que, al fin, ningun trabajador quiso arrostrarla. En pocos años no quedará mas de *Pampa-Larga* que un barranco producido por la caida del cerro, i sus amontonados desmontes. Sin embargo, era fama que bajo esos escombros habia un venero poderoso enterrado por la imprudente codicia de su dueño; i aun éste, ántes de morir, las faltas que mas lloraba eran las que habia cometido como minero.

Animados por esta noticia, se propusieron ocho accionistas denunciar la mina de Arenas, i rehabilitar su laboreo. Pero la empresa iba apareciendo cada dia mas costosa, sin que su éxito se creyese ménos incierto; el desaliento se apoderó de la mayor parte de los socios; empezaron a volverse del camino, hasta quedar solo dos sosteniendo tan valiente i digno empeño que al fin ha coronado la victoria. *Pampa-Larga* ha resucitado. Siete años i meses de constancia en desembolsar cuarenta i tantos mil pesos, tornaron a la vida este manantial, hoi mas apreciable que en su prosperidad pasada por las

operaciones difíciles que en él ha practicado el injenio, i por la abundancia de metales que ya produce.

Las nuevas labores de esta antigua mina merecen ser visitadas por los intelijentes i aficionados a la minería; pues que dirijidas todas profesionalmente les ofrecerán lecciones útiles, i *palparán por sus ojos* las ventajas de la ciencia sobre nuestra práctica rutinera, práctica en que un error se hace de tan difícil enmienda, que quizá muchas veces se desampara un trabajo hallándose a dos dedos mas adentro la conquista de un toison de oro. Allí se convencerán, si no lo están todavia, de la economia inmensa que ofrece el uso de los piques-tornos, i de que mediante estas sencillas máquinas el robo escandaloso que hoi se hace de metales se hará sumamente difícil si no se estingue del todo. No tengan temor ninguno de ir a recorrer aquellos subterráneos, porque hallándose enmaderados con firmeza, puede uno meterse allí con mas seguridad que a las casas de la sociedad inglesa, a quien en parte pertenece Pampa-Larga.

Los frontones son tan horizontales i su piso tan parejo que los apires hacen por ellos las *sacas* en carretillas. En esto no se parecen a nuestras calles, aunque tienen mucho de las tortuosidades i culebreos de éstas.

Si se desea bajar a los planes, la marcha es mas cómoda; se hace por medio de una especie de navegacion aérea, con la diferencia que no se dirije el navegante hácia la luna, si no hácia los antípodas. Parado dentro de un valde de fierro, teniendo en una mano la vela encendida i aferrándose con la otra (i con uñas i dientes, si se quiere) de la gruesa cuerda que mantiene suspendida la estrecha embarcacion en que se mete el viajero, atraviesa mansamente las tinieblas por una línea perpendicular que, prolongada hasta la otra banda de la tierra, seria

el camino mas corto para irnos al Imperio Celestial, si es que el infernal no se halla de por medio, como lo aseguran varios que lo han visto.

Algunos de los barreteros de Pampa-Larga son ingleses. Infatigables e intelijentes en el trabajo, corteses i pulidos en sus maneras; morales en su conducta, resignados bajo un cielo sin nieblas i en la ausencia de sus esposas e hijos, serian en la faena un ejemplo precioso de virtudes, si nuestros mineros lo buscasen fuera de la depravacion i de la ignorancia. Pero ya se vé, ¡cómo imitar a unos ingleses, a unos *judios*, herejes, que se han de ir al infierno, llueva o truene; aunque ni roban, ni matan, ni estupran, ni son tan salvajes, ni tan bestias como sus mercedes...! Este argumento no tiene réplica, i si la tiene, no seré yo quien la interponga, porque entre creer o reventar, prefiero lo primero; i entre mártir o confesor, estoi por lo segundo.

La mayor parte de la riqueza actual de la mina de que hablamos, se halla en un crucero formado por la veta de Arenas i otra de rumbo opuesto que le cae perpendicularmente. Es indudable, por estar bien conocido, que el beneficio tiene mas de cuarenta varas de altura con variedad en su ancho, sin que todavia en los frontones armados sobre tan soberbio alcance se observe que la veta vaya en broceo. Esta gran masa de metal se halla en cerro vírjen, es decir, fuera de los antiguos laboreos; los cuales tambien ofrecen a sus rejeneradores motivos mui fundados para esperar el premio de su constancia. En posesion de la veta mas real i majestuosa que hasta ahora se conoce en nuestros cerros, de una veta, cuyo curso se señala en las alturas que dobla por un alhagüeño panizo, ¿por qué no han de poseer tambien una de las mas ricas que en el dia se trabajan?

Yo así lo deseo para que con sus productos se formen nuevas empresas que alienten a otros especuladores; para que estas serranias, que no quiere fecundar el agua del cielo, fructifiquen con el sudor del hombre, i las alcance a ver yo pobladas de todos los aparatos de la industria, i de mineros mas intelijentes que el desgraciado Arenas.

(7 de junio de 1842.)

PASEOS POR LA TARDE.

(PRIMER ARTÍCULO.)

Mui rara vez me he sentido triste en ayunas. La mesa me predispone a la melancolía de tal modo, que a veces llego a creer a mi alma en oposicion con los principios liberales de mi estómago. Ya se vé, la pobrecita, en achaque de goces, nunca se ha encontrado de mantel largo. Para restablecer la buena armonía entre ella i mi cuerpo, tengo pues que sacarlos todas las tardes a pasear, lo que felizmente produce una *fusion*, si no durable, parecida, al ménos, a la de dos partidos que se quisieran devorar.

Despues de comer, nada hai por consiguiente que me detenga en casa. Me abrocho herméticamente la levita, me *ensombrero*, me *embastono* i me planto en la calle. (Iba a decir *i me callo*; pero bastan los dos verbos anteriores para probar, que si me agrego a las *capacidades* que han tomado a su cargo la obra de enriquecer el idioma, no he ser yo el mayor salvaje mashorquero contra la Academia Española.) Entonando un valsecito, echo a andar hácia los extramuros del pueblo sin hacer gran caso de la puntita de *spleen* que me in-

comoda como un lento dolor de muelas; i seguro de distraerlo a fuerza de canto, si las bocanadas de polvo no me obligan a cerrar la boca al atravesar las calles.

Impensadamente, llego a cierto punto desde el cual se divisa el panteon, barrio que en todas las poblaciones me ha gustado siempre visitar por la grata tristeza que inspiran sus cruces, sus sepulcros, su silencio i esa muda elocuencia con que la relijion nos promente allí un paraiso, mostrándonos con el dedo los irrecusables testimonios de nuestra nada. ¡Contraste incomprensible, misterio consolador, del que no me deja dudar este fuerte instinto con que mi alma busca i persigue la felicidad, cuya sola sombra, cuya sola fantasma me embriaga con las ilusiones que produce! Así reflexionaba al dirijir mis pasos a esa solitaria mansion de los muertos, imajinándome, en un blando acceso de romanticismo, que los amigos que allí reposan se felicitarian de verme vagar tiernamente conmovido, alrededor de la cuna de la eternidad. Quizás de un dia a otro, me dije, abrirán en aquel recinto un hoyo cuadrilongo para *Jotabeche*; hoyo donde se sepulten conmigo un surtido completo de esperanzas, los recuerdos de algunos momentos felices, la satisfaccion de no haber publicado nunca mis versos, porque he caido, como uno de tantos, en la frajilidad de componerlos, pero diferenciándome en esto de nuestros vecinos de Oriente que hacen tantos i tan malos i los publican sin remordimiento; i sobre todo el entrañable arrepentimiento del mayor de mis pecados... ¿lo diré? haberme hallado del otro lado del Maule en tiempo de elecciones. (Señor Redactor del Mercurio. Mui señor mio i mi dueño. Si se le hace cargo de conciencia publicar este mi pecado, puede usted omitirlo sustituyéndole quinientos de los suyos, a fin de que no pierda su equilibrio mi arrepentimiento). Entónces, es verdad,

no viviré, seguia diciéndome; habré pasado al otro *mundo*. Corriente, señor. Irse de *este* al otro mundo, cuando todo turbio corra, será lo mismo que emigrar a Chile de las Provincias Unidas del Rio de la Plata; será un negocio parecido al de enviudar i volver a casarse; despedirse con cuatro lágrimas de una mujer impertinente, prometiéndole que en memoria suya quedará obligado nuestro sombrero a cargar una tercia de crespon negro, i consolarse de tamaña pérdida con la dulce posesion de un pimpollo. ¿No es éste un partido mui *confortable? Item*: si hai allá, como aquí, la necesidad de tener amigos, eso no debe aflijirme; porque con correr la voz de que me hallo *in tempora nubila*, bien sé yo que esto equivale a vaciarse la caja de Pandora, i que cual en ella la esperanza, quedarán uno o dos en el fondo, a prueba de agua. Si los ojos lindos, a par de embusteros de alguna bella, quisiesen conmigo hacer de las suyas, les diré, pues gracias a Dios soi gato escaldado: «señoritos, a jugar con tierra;» i adelante, para no caer en tentaciones. En la otra vida, tan luego no me han de hacer oficial de milicias, i es mas que probable que así no me hagan otras cosas... *otras cosas* he dicho; i yo me entiendo...

Tal cuenta me formaba al aproximarme al cementerio; i cuando creia gozar a mis anchas del dulce abandono que la simpatía con la eternidad iba comunicando a mis ideas, sentí que se evaporaba el encanto al fijarme en los asquerosos objetos, en medio de los cuales me encontré repentinamente como sitiado. Figúrese cualquiera un salon de hospital en el que varios centenares de enfermos se vuelven locos, cosa que no está al nivel de la cuadratura del círculo; i que armándose entre todos una gresca, se tiren con cuanto pueden haber a las manos, médicos i boticarios inclusive. El campo de batalla

quedaria ménos sembrado que los alrededores de nuestro panteon, de colchones, almohadas, pellejos, frazadas, polleras, calzones, cataplasmas, vendas, vasos i demas *instrumentos*, ropas i tiestos que, en nuestros últimos momentos, consuman el fin para que fuimos creados; el cual, digan lo que quieran, tengo para mí por punto resuelto, juzgado i sentenciado, que no pudo ser otro que el martirio.

Mi primer movimiento fué taparme boca i narices para no aspirar aquella atmósfera envenenada, i mas que de prisa me metí en el cuadro adonde es preciso que lo lleven a uno mas que muerto para no ir a desesperarse. Una cruz enorme en el centro rodeada de infinitas otras caidas, por caer o levantadas, son los únicos monumentos que adornan este sitio, sin contar un monton de tierra que hai sobre cada sepultura, hasta formar un conjunto de cerrillos como los de Teno. Sembrado el suelo de fragmentos de huesos humanos, cada paso que se da entre esas cuatro paredes ha de ser precisamente una profanacion, un insulto impío a las cenizas de los que ya no existen, cenizas que, por una costumbre contemporánea del hombre, han sido i son veneradas relijiosamente.

Lo primero que se presenta a mi vista son unas cuantas calaveras puestas en batalla; miro a un lado, i veo un monton de muelas: quiero dar un paso, i piso una canilla; trato de retroceder i hago saltar un pedazo de cráneo. ¿Es esto, Dios mio, un campo santo? ¿No se asemejará mas a los contornos de la hoguera en que los antropófagos acostumbran celebrar sus horribles festines? ¿Es aquí donde mis amigos permiten que se entierren los restos queridos de sus padres i de sus esposas? A un lugar tan espantoso como este, que importa todo un argumento del materialismo; que si algo

dice al corazon es para arrancarle la consoladora esperanza de un feliz i eterno porvenir; a un lugar tan inmundo, repito, ¿vienen sacerdotes católicos, sacerdotes ilustrados, a implorar la piedad del Juez Supremo, por los que, con tanta indiferencia, ven sufrir la impiedad de los vivos? No sé a dónde hubiera ido a parar con mis reflexiones si no me ocurre la de que todos mis paisanos eran quizas sectarios secretos de Diójenes; i que para ostentar todavia mas cinismo que el filósofo del tonel, querian que despues de sus dias, se les inhumase i exhumase, se les revolviese i pisase en aquel asqueroso enterratorio.

Si un sepulcro no tuviera mas objeto que ocultar a los vivientes la corrupcion de nuestra miserable humanidad, e impedir que sus exhalaciones envenenen el aire respirable, claro es que no habria que esperar a muchos que muriesen para echarles tierra encima; importaria mui poco, en ese caso, el lugar a que se nos destina, puesto que la operacion se reducia a no tener ya que hacer con otros seres que los gusanos. Pero la relijion ha consagrado las tumbas, la filosofía las respeta i consulta como a un libro de verdad i de consuelos, i el hombre civilizado las embellece, se complace en animarlas, las rodea de objetos en cuya contemplacion siente adormecerse sus pasiones, i llega a persuadirse que la muerte es otra vida de delicioso descanso.

En nuestra ilustrada época no se cumple, pues, con los muertos, arrojándolos a un muladar sobre el cual nos desdeñamos de fijar los ojos. La ilustracion, sin proscribir los responsos i las solemnes exequias, aunque no se le oculta que por lo regular en ellas tiene mas parte el bolsillo del finado que el corazon del doliente, quiere que se adornen las sepulturas; exije en memoria

de los muertos, manifestaciones mas sinceras i espresivas, tributos ménos hipócritas. Los cánticos eclesiásticos pueden llegar quizás a los pies del Altísimo, cuando ya su misericordia ha pronunciado sobre el reo un fallo irrevocable; pero las lágrimas de gratitud i de ternura que un huérfano derrama sobre la tumba de una madre, siempre serán la ofrenda mas pura que el Hacedor reciba de la obra de sus manos. La ilustracion no se opone precisamente a que para solemnizar un funeral, se mendigue una silenciosa concurrencia, i se le haga presenciar las sacras ceremonias que los sacerdotes celebran al rededor de un catafalco, cuyo luto superficial es las mas veces un símil de nuestro dolor; pero esa misma ilustracion parece mas satisfecha i complacida cuando el rosal, el lloron i la siempre-viva nacen del polvo en que se han convertido el padre, el hermano o la esposa.

Si cuando yo muera, todavia se hacen enterrar como ahora mis paisanos en un lugar tan indigno, protesto en tiempo i forma, i como si tratara de anular una eleccion, contra la fuerza que se emplee para arrastrar hasta allí mi cadáver. I encargo desde luego a mis amigos que lo conduzcan en alta noche, ni mas ni ménos que si *cangalla* fuera, a ese cerrito aislado que hai en un rincon de la amable i pintoresca Chimba. Quiero ser sepultado al pié del sauce que se ve en su cumbre, sauce que desde entónces será mi universal heredero, porque pienso i es mi intencion dejarle mi nombre. Declárolo asi para que conste.

Mucho sentiré que haya quien se queje de mis *paseos por la tarde*; i que ojos peor intencionados que mi humilde pluma, descubran en esta lijera defensa que acabo de hacer de los muertos, tiros calculados para agraviar a los vivos. No hai tales tiros. Si alguna vez

tengo la desgracia de desagradar a determinadas clases, nunca será sin que en mi interior deje de amar a sus individuos, sin que para mí haya tantas excepciones como personas contienen aquellas. Pero si a pesar de todo, quieren indispensablemente ofenderse i vengarse, yo les indicaré el medio: no me hagan caso; trátenme como a los muertos, o figúrense que solo he querido escribir sobre *la aplicacion del juri a los juicios de minas.*

(13 de junio de 1842.)

PASEOS POR LA TARDE.

(SEGUNDO ARTÍCULO.)

Héme aquí otra vez en campaña, buscando alguna veta mal elaborada que denunciar, o ciertos usos *cangalleros* que perseguir. ¿En qué vendrán a parar mis paseos? No te aflijas, santo varon; pues segun todas las probabilidades, ellos han de ir a dar al paradero jeneral de las cosas: pararán en nada, Dios mediante. El poder colosal de Santa Cruz, a poco andar, tocó su Waterloo, i se redujo a nada. Aquel desafio a muerte, entre los hijos de la gloriosa Francia i el ilustre Restaurador de las Leyes, se terminó con un almuerzo *a la fourchette*, i los bloqueos i las escuadras i los *ultimatum* quedaron en nada. Pero sin salir de casa, echemos una mirada sobre nosotros. ¿Amanecen los proyectos que se han formado la noche ántes? ¿Cuántos planes de reformas se archivan diariamente para plantearlos *a su tiempo*? Nuestros hombres públicos, ¿no vienen a parar en la vida privada? Nuestros héroes, ¿son reconocidos por tales ántes de podrirse en un sepulcro? ¿Qué es lo que vemos todos los dias sino un edificio que se vino al suelo, una vida que ha terminado, una flor que se des-

hoja, una esperanza frustrada, una amistad deshecha, una fortuna en bancarrota, una reputacion perdida, i sucesivamente mil acontecimientos que pasan como las horas, i siguiendo su camino unos en pos de otros, a manera de las sombras de una linterna májica? ¿En qué paran la belleza i los hechizos de una mujer? ¿Tiene acaso mas larga vida que sus promesas de amor? I este amor, este sentimiento omnipotente, esta tortura de delicias, ¿no hai un tiempo en que creemos de buena fé que sobrevivirá al corazon? ¿No lo juramos así a los piés de la otra loca que lo cree tambien? I sin embargo, ¿no estamos viendo que el amor, el formidable amor pasa como la juventud, o como un acceso de la fiebre?

Si todo muere, si todo queda en nada, ¿me pondré yo a temer las consecuencias de mis inocentes escritos? — Te atraerán odios i venganzas. — I digo yo, con no escribir ¿me habré librado de este azote? ¿Hai por ventura algun preservativo contra esa peste? — Pero ¿quién eres tú, me replicarán, para querer correjir al hombre? — ¿Están ustedes en su juicio? Yo ¿*querer correjir al hombre*? Qué calumnia tan grande! Mas posible que eso seria que un contador fiscal, al revisar una cuenta, dejase de formar su pliego de reparos; mas fácil empresa es la de empeñar a mis paisanos en desistir de un pleito; menor locura me poseyera si se me metiese en la cabeza el proyecto de convocar una asamblea de beatas para tratar de la abolicion de los conventos. *Correjir al hombre* es alcanzar el cielo con las manos, es pedirle lana al burro o sermones a un caballo. I ¿me ocuparé yo de una empresa tan necia? Nó, en mis dias. Solo hago lo que la mitad del mundo hace de la otra mitad, lo que hace un dentista del infeliz que le encarga la refaccion de su boca, o el peluquero de la calva que

va a vestir con los despojos de un difunto; solo quiero divertirme i emplear mis ocios, como llama un poeta a su tiempo mas ocupado, en tomar las represalias mas justas i lejítimas, las que el enemigo autoriza con sus propias hostilidades.

Dicho esto, venga el sombrero, i a la calle. Pero en este Copiapó, donde no llueve sino por la muerte de un obispo, hiela lo mismo que en las provincias del Sur. ¡Aquellos sí que son frios! No puedo recordarlos sin temblar. Felizmente pasaron como pasan todas las cosas, quiero decir que pasé yo por ellos; que así Dios me dé su gloria, como no pienso volver a navegar en tan altas latitudes...

Venga la capa i sigamos nuestro camino...

¡Otra te pego! ¡Nueva digresion tenemos...! ¡La capa...! ¡Invencion sublime de algun sastre filósofo que al ofrecerla al hombre, quiso darle una piedra para matar dos pájaros: la intemperie de la naturaleza i la intemperie social; los ataques del frio i los de la maledicencia pública! Desde Noé hasta nosotros, la capa ha ocultado las flaquezas de los descendientes de Adan, que habiéndose hecho todavia mas flacos que su padre, quizas porque son tantas las tentadoras Evas, no bastarian las hojas de higuera a cubrir sus debilidades i se verian obligados a tener vergüenza, cosa que, en nuestros tiempos, es preciso evitar a toda costa. Con la capa hai valor para llevar un frac que tiene la desgracia de haber servido, circunstancia que basta para que le desprecie su dueño considerándose con él como de hombre a hombre; con la capa el petimetre se avanza a cometer la falta imperdonable de andar a su gusto, i consiente en libertar sus espaldas de la presion de los tirantes. Con la capa el viejo consigue hacer ménos perceptible la

corvadura de su cuerpo, i aunque el peso del paño estimule la ciática, todo es poco en cambio de que el mundo al sumarle los inviernos, omita cuatro o seis por error de cuenta. El calavera, embozándose de noche hasta los ojos, en tan anchuroso ropaje, hace prodijios que inmortalizarian si los lugares de estas exhibiciones fuesen tan públicos como son acostumbrados. Ninguna calle sospechosa se le queda sin recorrer, ninguna intriguilla deja por concluir, ningun desarreglo hai que le pueda arredrar; i sin miedo de que le descubran, sin temor de manchar su fama, aunque en todo lo demas no escape mui limpio, desplega la glotoneria de un Heleogábalo, en punto a frajilidades. Al dia siguiente concurre a la tertulia, seguro de que nadie le dirá «por ahí te pudras.» ¡Si habrá capa que no haya recibido un mal ejemplo . . .!

Estoi por dejar mi paseo para otra tarde, i seguir ahora hablando de las capas . . . pero nó. Es preciso cumplir con mi propósito, con el *prospecto* de este articulito. Quiero parecerme los ménos posible a un escritor público.

¿Por qué calle me meto? Vamos por la *Calle Grande*, que al fin allí hai ménos tierra. Es empedrada. No importa: ahora es de dia i se pueden evitar los hoyos. No sucede lo mismo en la noche, que andan las jentes cayendo, levantando i jurando lo necesario en derecho.

Marchaba yo por una veredita que en lo angosta no se parece a las conciencias de estos tiempos, cuando . . . ¡zas!! artículo al Mercurio . . .! una muchedumbre de hombres armados de palos gritan, corren, alborotan, persiguen . . . ¿un ladron? Bien pudiera suceder; i si es *cangallero* el gremio de minería celebrará la captura con un baile, aunque en la misma noche el reo se salga

de la cárcel dejando en su lugar algunas onzas de oro. Mas no sale siendo sino un pobre perro, que ya enlazado ladra, embiste, llora, rabia i se despedaza por conseguir su libertad i huir el inevitable suplicio. Suplicio bárbaro, espectáculo sangriento que los carniceros ofrecen al pueblo para que la policia no les cobre una multa. ¡Viva nuestra civilizacion! Ahora sí que convengo en que vamos por la via de los progresos, paso de vencedores. Sí, señor; que se ilustren las masas; que se suavicen las costumbres; i que entretanto salgan por las calles las pandillas de asesinos con sus garrotes, sus piedras, sus cuchillos, i su alma atravesada, haciendo el ejercicio de mas-horqueros, para que no anden torpeando si mañana ascienden a verdugos. I luego, que el pueblo se acostumbre tambien a ver cómo saltan ojos, sesos i todo cuanto contiene una cabeza, a impulsos de un garrotazo... ¡Vivan los mataperros! ¡Viva muchos años la policía! (Es natural que tengamos mata-perros i policía, miéntras vivamos entre animales).

Admirado de que aun para las bestias fuese una maldicion la sociedad con el hombre, i de que éste les volviese mal por bien, ni mas ni ménos que si fuesen semejantes suyos, seguia mi camino procurando espantar con mi baston los perros que encontraba en el tránsito, a fin de alejarlos de un sitio en que se procedia contra ellos tan sumariamente como suele hacerse cuando se halla de por medio la salud de la patria.

No tardé mucho en ponerme al frente de la callejuela que va hácia la máquina de amalgamacion. La vista de aquellas altas chimeneas en medio de un bosque de sauces elevados, cuyos cogollos al moverse con el viento parecen decirle al romántico: «ven acá, calavera, si quieres tener un buen rato;» la vista de ese caserío bajo el cual la industria ostenta sus prodijios, i

donde el minero, segun los marcos que recibe, puede decir si tiene mina o mujer con suegra; esta vista, repito, es demasiado atractiva para no acudir al llamamiento de los sauces. Es verdad que la Chimba me llama tambien, la Chimba es deliciosa; pero ese San Francisco, ese templo añejísimo que tiene toda la facha de un viejo anacoreta; esos enormes estribos puestos allí para probar que no es por un milagro del santo que se sostiene su iglesia; i despues, aquel médano mas pesado que un pecado mortal... son obstáculos para no atravesarlos cuando solo se trata de hacer un moderado ejercicio. Vamos por ahora, a la Máquina.

Allá viene ya el *Patarata* a mi encuentro espresándome su cariño en los borneos de su cola, cola con mas sinceridad que la de que son capaces muchas lenguas. Un tajo no indiferente que tiene sobre un ojo, atestigua que tambien se ha visto atacado mas que de cerca por alguna pandilla de mataperros; pero el pobre bruto, por mui mal que le hayan tratado los hombres, no los aborrece a todos; su instinto sabe distinguir un verdadero amigo, lo que muchas veces no alcanza a conocer toda la razon de un misántropo. El *Patarata* dirá, «me ha herido un hombre furioso,» como cualquiera de nosotros dice «un perro loco mordió a fulano.» Ni nosotros ni el *Patarata* vemos en eso algo de estraordinario.

Ya estoi a la puerta del establecimiento. Tengo al frente una pilita mui apurada en arrojar al aire algunos delgados hilos de agua, elemento tan precioso dentro de aquel recinto, como la sangre dentro del cuerpo. El agua que entra allí no sale sin haber circulado ántes por una ramificacion complicadísima de canales, caños i tubos; sin haber recorrido todas las de ese cuerpo que le debe la actividad i la vida. I en efecto, aquello es un movimiento que atolondra, un ruido aturdidor, una

fonda francesa concurrida por *la Jeune France*, una sociedad patriótica en vísperas de una eleccion, una orquesta de liras arjentinas . . . Aquí labran palos i majan fierro, allí descargan metales, mas allá refinan piña; en este cuarto las guardan, en el otro forman las planillas; del rincon sacan azogue, de unos cuantos hoyos barro, i donde uno ménos piensa estorba a alguno que pasa. Ruedas que van, ruedas que vuelven, ruedas horizontales i perpendiculares, ruedas que revuelven el agua, agua que mueve las ruedas; ruedas, en fin, que jiran al reves para que otras jiren al derecho; contradiccion mui natural en este mundo en que unos bajan para que otros suban, pierden éstos lo que aquellos ganan, lloran aquí por lo que bailan mas allá; circunstancias todas cuyo conjunto forman la *armonia social*, como burlescamente se llama la barahunda de los negocios humanos.

En medio de tantas máquinas que con levantar una compuerta empiezan a trabajar estrepitosamente, hai un trapiche de viento cuyas aspas enveladas se dejan estar en la ociosidad mas completa, por lo cual ha merecido el título de «el mayorazgo» en aquella familia laboriosa. Si de tarde en tarde tiene el capricho de dar algunas vueltas, todos le celebran la gracia; i como si quisiesen mimar a un niño regalon, aseguran que con el tiempo será un trapiche de provecho. Mas si ha de hacer en Copiapó el huracan necesario a movilizar aquel imbécil aparato, no será sin traernos lo que aun no ha venido de los arenales de la Bodega, Chamonate i Ramadilla.

En esta agradable visita me sorprende la noche. ¡Es tan fácil quedarse largo rato contemplando el contínuo volver de una rueda, el uniforme movimiento de las aguas! Dicen que esta ocupacion es la favorita de

los tontos, i lo siento en el alma; porque en aquella casa me he pillado varias veces *in fraganti*, tomándome este entretenimiento. La fragancia atractiva del *Yungas* recien tostado, suele arrancarme de mis éxtasis, i maquinalmente me dirijo a la salita de donde parte aquel olor balsámico. Venga una taza de café, que he guandado la tijera hasta otra tarde.

(7 de Junio de 1842.)

CARTA DE JOTABECHE

A UN

AMIGO EN SANTIAGO.

Si no me hubieses escrito por el vapor *Perú*, ¿sabes el castigo que queria darte? Te iba a dedicar uno de mis artículos para que tu nombre i apellido hubieran aparecido en letras de molde, como un ECCE HOMO a la cabeza de algunas columnas del MERCURIO. Has escapado de una buena, escapándote de una dedicatoria; i en esto eres mas feliz que algunos ministros de Estado, que apénas alcanzan a serlo, cuando ya se les encuentra colmados de ilustracion i de virtudes, e irremisiblemente les rinden, segun una usanza añejísima, tan añejísimo homenaje. Pero tenlo entendido para en adelante: si no me escribes por todos los vapores, te pierdo: te saco a la vergüenza pública, te planto un obsequio en estos o parecidos términos: — «Tributo de amistad al ilustra- «do i virtuoso jóven poeta, don Fulano de Tal.» Lo de «ilustrado i virtuoso» son piropos que se cambian entre amigos; i en cuanto a lo de «poeta,» aunque a decir verdad no sé si lo eres, basta que no seas mui bruto para concederte esa habilidad a ojos cerrados.

Prevéngote tambien que no es mi voluntad me escribas por buque de vela o por buque *a vela*, como te parezca; porque esto no es ya de tono, ni hai valor aquí para leer una carta de Santiago con mas de cuatro dias de fecha. No te tomes tampoco el trabajo de remitirme papeles públicos, a no ser que rotulándomelos a mí se los quieras regalar al administrador de correos de este puerto; el cual se ha hecho un confiscador de periódicos, i los decomisa todos desde que los traviesos han dado en injerir su nombre en las cosas del huano. ¡Si las cosas que han sucedido con este huano!... ¡Felices nosotros que nacemos a tiempo de conocer la no indiferente importancia de esta materia, que caracteriza tan bien a nuestro siglo! ¡El siglo de Napoleon, el siglo de la libertad, el siglo de las luces, el siglo de los románticos, el siglo del huano!

Pero volviendo a tu carta ¿es posible que todavia no quieras reconciliarte con el romanticismo? ¡Qué hombre tan retrógrado! Sin embargo, no te lo creo; i apostaria a que eres romántico sin conocerlo, sin comerlo, ni beberlo, ni entenderlo, como nos pasa a muchos. Por mí, sé decirte que lo soi por instinto, por rutina, por práctica, esto es, sin maldito el trabajo que me cueste. ¿Habrá cosa mas fácil? si no tienes mas que dejarte ir, i quieras que nó, *¡papam habemus!* Enamoras? Eres romántico. ¿No enamoras? Romántico. ¿Vives *a la fashionable*? ¡Qué romántico! ¿Vives *a la bartola*? Idem per idem. ¿Usas corsé, pantalon *a la fulana*, levita *a la sutana* i sombrero *a la perejana*? Romántico. ¿Tienes bigotes con pera, pera sin bigotes i patilla *a la patriarcal*? Romántico refinado. ¿Cargas baston gordo i nudoso *a la tambor mayor*? No hai mas que hacer. ¿Te peinas *a la inocente*? No hai mas que desear. ¿Hueles a jazmin, o hueles, pero no a jazmin? ¿Te pones camisas sin

cuellos, o cuellos sin camisa? ¿Sabes saludar en frances? *Il suffit. Tu es fièrement romantique.* No hai escapatoria, hijo mio; romántico i mas romántico. Que si Platon i Diójenes, Eráclito i Demócrito i aun el mismo Aristóteles, hubiesen vivido en este tiempo, románticos habrian sido, bien o mal de su grado; pues de otro modo, al ostracismo con ellos, por *demasiado literatos*, es decir, por *retrógrados absolutistas*; mas claro, por *anacronismos perjudiciales*, i por qué sé yo cuantas otras calabazas, que no quiero detallarte aquí por *no profundizar mas de lo necesario los arcanos del idioma*, ni *detenerme mucho en las esterioridades del pensamiento*; en una palabra, porque no entiendas lo que voi diciendo.

No te canses, querido amigo; no pierdas tu tiempo en resistir al romanticismo, al torrente de esta moda que es la mas barata que nos ha venido de Europa, con escala en San Andres, del Rio de la Plata, donde la recibieron con los brazos abiertos las *intelectualidades* nacionales, espresándole su *sensibilizamiento* i espíritu de *socialitismo*, i asegurándole que ellas, desde el 25 de mayo, *brulaban* por los progresos *humanitarios*. Hazte romántico, hombre de Dios, resuélvete de una vez al sacrificio. Mira que no cuesta otra cosa que abrir la boca, echar tajos i reveses contra la aristocracia, poner en las estrellas la democracia, hablar de independencia literaria, escribir para que el diablo te entienda, empaparse en arrogancia, ostentar suficiencia i tutear a Hugo, Dumas i Larra, hablando de ellos como de unos calaveras de alto bordo, con quienes nos entendemos *sans compliments*. Prepárate a recibir este sacramento de penitencia leyendo el artículo de la Revista de Valparaiso sobre el romanticismo i clasicismo; i avísame si el castellano, en que está escrito, es el castellano que nosotros hablamos, o es otro castellano recien llegado;

porque, juro a Dios, que aquí no hemos podido meterle el diente, aunque al efecto se hizo junta de lenguaraces.

Me preguntas «¿cómo va de amor?» Si es a mí, te confesaré la verdad, ya no me ataca tan fuerte; pero si quieres saber cómo va de amor en Copiapó, puedo asegurarte que este asunto marcha aquí ni mas ni ménos que en Santiago. Ya, gracias a Dios, no se enamora, sino que sólo se chancea; se busca en ello un pasatiempo, una ocasion de mentir sin responsabilidad, de perjurar sin pecar, de hablar por no dejar de prometer lo que no quedamos obligados a cumplir i de solicitar lo que sabemos que no se nos ha de conceder. Punto es este en que hombres i mujeres estamos mui de acuerdo, i sobre el cual nos entendemos a las mil maravillas, como si precisamente hubiéramos nacido hombres i mujeres para entendernos en algo. En achaque de amoríos nos encontramos, pues, tan adelantados en Copiapó, como en cualquiera otro de nuestros pueblos en que las jentes se hacen ya un deber de vivir a la moda, i de adoptar entre sus usos i costumbres las ridiculeces que nos vienen de Europa por el purísimo conducto de los peluqueros i de las modistas, o cuando mas por el de algun baron a quien han echado a viajar los burdeles de esas grandes capitales. Nos dicen que en Paris es una boberia enamorarse de veras de una mujer; que un Lovelace es todo un dije en las sociedades del *grand monde*, i hétenos aquí haciendo la parodia del héroe, empeñados en representar burlescamente el papel de seductores. Bien es verdad que los que despuntamos por esto, despuntamos tambien por otras mil fatuidades i tonterias de las que sacan un provecho inmenso las niñas amigas de divertirse; pero lo malo está en que somos muchos, i en que han de seguirnos los demas a trueque de no pasar, ante la turba, por orijinales.

Mozos hai que si parecen enamorados, si visitan asíduamente a alguna señorita, no es mas que por hacerse el blanco del *qué dirán*, por ostentacion, porque vean que se ocupan de cortejar, porque sepan todos que tienen una conquista; i nada se les queda por conseguir si las malas lenguas dan por hecha una seduccion, o por lo ménos una correspondencia, que quizás no han llegado a solicitar.

Mozos hai que esperan hallarse ante testigos para desplegar el talento de insinuarse a su bella con jestos, miradas, sonrisitas i secretillos, a fin de mostrar que existen entre ambos intelijencias misteriosas. Felices ellos, si así llegan a mover la envidia de cuantos procuran que les observen.

Mozos hai que solo visitando a alguna niña, sin que ni sus ojos ni su lengua le hayan dicho jamas otra cosa que los cumplimientos usados, si tú les encuentras i felicitas por sus progresos con la señorita, te apretarán la mano sonriéndose maliciosamente como para decirte: — «Eres mui perspicaz: me quiere mucho, es verdad; pero no lo cuentes a nadie.»

Mozos hai que pasan años enteros derretidos en amor por una linda muchacha; que la aman, la buscan, la persiguen, la hostigan, la celan, como si ya fuese suya: mas si corriendo el tiempo encuentran alguna vieja rica, olvidan la linda muchacha, se abrochan con la vieja i se meterian a una cloaca por tal de manosearle los talegos.

En vista de tantos *mozos hai* i de otros muchos que, aunque aquí no lo digo, no por eso dejan de haber, fácil es calcular a lo que se atiene la otra parte con quien uno se las ha de haber, al tratar de enamorarse. Es, pues, este un negocio *ahuesado* completamente, negocio

en averia, negocio solo bueno para hacer una bancarrota. I enamórese usted. Hé aquí lo que pasa.—

—Mire usted, fulanita, le dices a tu adorado tormento; créame, la amo mui de veras.

—Vean eso. ¿Con que me quiere usted? ¿I de ahí?

—Sí, la amo a usted. Se lo juro por mi honor.

—¡Vaya! No se le conoce en la cara.

—Usted es mui cruel. ¡Siempre con sus bufonadas!

—¿Quién le ha dicho eso? ¡Caramba! ¿Sabe usted que hoi hace mucho frio?

—Usted, que es la misma nieve ¿siente frio?

—Muchas gracias. ¿Estuvo usted en el teatro el domingo? Dicen que es antigua la pieza que representaron.

—En verdad, no es cosa de estos tiempos...... *¡La mujer firme......!*

—Pero ¡cómo sabia querer aquel galan! Tiene usted razon: eso debe ser mui antiguo.

I te embroma i te entretiene i te irrita i te gasta la paciencia, sin que de ningun modo puedas avanzar un paso, ni salir del *statu quo* en que te encontrabas al principio del *camote.* I enamórese usted.

Hasta aquí mi primera carta. I si la encuentras corta, no lo estrañes; porque no tengo el talento de escribir largo. Espera mi segunda; pero guárdate bien de la dedicatoria.

(Julio de 1842.)

COSAS NOTABLES.

¿Qué pais no tiene sus curiosas particularidades? Id a la provincia de Concepcion, i encontrareis el paraiso perdido, la naturaleza ataviada de sus mas espléndidas galas, la creacion en los primeros dias de su virjinidad. En aquel jardin de Chile vereis el suelo mas bello i pintoresco; probareis las dulzuras de la vida campestre i la grata soledad de esos bosques donde el poeta sueña un porvenir fantástico de felicidad. Allí están los campos de Chillan i del Roble, los altos del Quilo i de Curapalihue, Talcahuano, Gavilan i otros mil lugares de gloriosos recuerdos, regados con la sangre de nuestros libertadores i en los cuales empezó a brillar la estrella de las armas de la República.

Pasad al norte del Itata, i entrareis en otro territorio cuyas vastas llanuras están cortadas por dos órdenes de rios de corrientes opuestas: el Perquilauquen, el Longaví, el Achihueno, que bajan de los Andes; el Purapel, el Tutuven i el Cauquenes que, teniendo un nacimiento opuesto, corren hácia el oriente hasta encontrarse con los otros para dirijirse juntos al norte i vaciarse en el Maule.

Llegad a Talca. Talca tiene la torrecilla mas gar-

bosa de Chile. Os servirán en la mesa el peje-rei de Rio-Claro, para no gustar quizá otra cosa mejor en vuestros dias. Conocereis una sociedad tan entusiasta por sus progresos, tan ardiente en sus deseos de adelantar, que no quiere demorarse en aprender i sólo se desvela por imitar. Este es el pueblo de las mujeres de ojos lindos. Allí cerca está Cancha-Rayada, campo de tres batallas sangrientas, consagrado ahora a la cosecha del trigo, de la *chala*, i a la crianza de ganados.

Al norte de Lontué, se estiende nuestra provincia cosaca, la *huasa* Colchagua i su capital la andrajosa San Fernando. ¿Qué cosa mas notable que los enormes sombreros de sus campesinos, los Cerrillos de Teno i el Monte de los Barriales, guaridas, en otros tiempos, de salteadores? ¿Qué hombres mas esclavos, i qué esclavos mas estúpidos que sus inquilinos? Pero hai en Colchagua un rinconcito precioso, un rinconcito deleitable,

.. la campiña hermosa
Del Olivar ameno......

Vadead el Cachapoal; la plaza de Rancagua os recibe. ¡PLAZA DE HÉROES en 1814! Al doblar cada esquina de sus calles vereis el nombre de algun mártir de la libertad: *Calle de Campos, calle de Cuevas, calle de Gamero, calle del Estado.* El Estado fué en Rancagua el primero de los mártires; pero mas felices que él, no resucitaron sus compañeros para sufrir nuevos martirios despues.

Sigamos al norte. La capital, la corte, las cámaras, la aristocracia, los mayorazgos, el cuartel jeneral, el estado mayor, los empleados, los agregados a plaza, los canónigos, los padres provinciales, los economistas, los literatos, los abogados, los frailes, los románticos, los pipiolos i un océano de morralla que no se toma en

cuenta sino cuando se quiere echar abajo un gobierno o cuando se subastan las calificaciones electorales.

Viene Aconcagua, el *refugium pecatorum*, el puerto de salvacion para los náufragos trasandinos. Al entrar en aquel valle enriquecido por el arte i la naturaleza, los guerreros del Plata arrojan la lanza ensangrentada, i pulsan el laud para dirijir a la patria ausente esas melancólicas endechas, cuya gracia i espresion inimitables solo pueden encontrarse en aquella nacion de trovadores.

La Serena con su casa de moneda, su colejio, su biblioteca i su imprenta, se asemeja mucho a una viuda, cuyas pingües haciendas se han ido destruyendo poco a poco desde que murió el hábil administrador que las cultivaba.

Llego, de una vez, a mi pueblo, a este Copiapó querido, que tambien tiene sus curiosidades de no pequeña importancia, i quiero publicarlas en obsequio de los *aficionados*.

Aun existe, como si recientemente le hubieran fabricado, el camino por el cual vinieron los pueblos del Perú, al traves del desierto i de los Andes, a conquistar las tribus salvajes i vagabundas de nuestros valles. La tradicion le ha conservado hasta hoi el nombre de *Camino del Inca.* Las piedras que le forman i señalan no aparecen removidas en ninguna parte; i es seguro que durante muchos siglos permanecerá todavia intacto este monumento indiano, esta obra jigante de un pueblo animoso, valiente, emprendedor; de un pueblo orgulloso de su poder i de su oríjen; humillado, despues, mutilado i envilecido por los conquistadores, predicadores, libertadores, protectores, rejeneradores, cooperadores i restauradores que sucesivamente se han encargado de su tutela.

Andando algunas leguas al norte de este valle, despues de traspasar las serranías de *Chachoquin*, se encuentra el antiguo mineral de oro de *Cachi-yuyo* i las ruinas de una poblacion al parecer numerosa, que rodean los escombros de su capilla. Pero está todavia en pié, i estará hasta la consumacion de los siglos, su famoso campanario, formado de dos enormes peñascos que, al golpearlos con otras piedras de lijero tamaño, producen un sonido sordo i lúgubre, capaz de oirse a mas de dos leguas a la redonda.

En la hacienda de Ramadilla podeis asilaros en verano bajo un sombroso algarrobo de tan manifiesta antigüedad, que quizás os recostais en el mismo sitio donde, mas de tres siglos ha, celebraron los indíjenas sus consejos de guerra, i resolvieron el degüello de los soldados españoles que recientemente se habian aparecido entre ellos con el sospechoso objeto de ofrecerles su amistad. Ha sido tasada la madera de este árbol en mil pesos; puede cubrir con su sombra un batallon entero, i a pesar de su ancianidad, se conserva tan vivo i tan verde como el jóven roble que acaricia con sus ramas las corrientes del Maule o del Bio-bio.

Id de paseo al puerto de Copiapó, en uno de estos dias del mes de agosto, i vereis allí venderse en un mismo punto el mosto de Penco i el aguardiente de Pisco, la chicha de Valdivia i el turron cuyano, las pasas del Huasco i las lúcumas de Coquimbo, las papas de Chiloé i los dátiles de Guayaquil, los quesos de Chanco i los cocos de Panamá, las naranjas de Quillota i las piñas i chirimoyas del Ecuador, las gallinas i pavos de Valparaiso i el congrio seco de Paposo, los camotes i los plátanos traidos de la costa-arriba. Vereis sostenerse una poblacion donde el agua salobre se compra por mas de la mitad de lo que cuesta la chicha baya en San-

tiago, donde importa ocho reales una gallina, cuatro un repollo i seis u ocho un quintal de leña, donde los fondistas os cargarán en cuenta un tanto hasta por las pulgadas de aire que respirais en cada minuto.

En Copiapó escribió un célebre poeta arjentino la mayor parte de sus fábulas i poesías sueltas que impresas en dos tomos circulan por el mundo literario. Aunque es ajeno el mérito de la nacionalidad del vate, Copiapó siempre reclamará la gloria de haberse trazado, bajo su hermoso cielo, algunos de los mas brillantes rasgos que descuellan en la literatura arjentina; en esta literatura tan feliz bajo las inspiraciones del patriotismo, como precoz i susceptible al proclamar la emancipacion intelectual, al librarse el vuelo desembarazado del jenio.

Pero entre estas i otras curiosidades de mi tierra ninguna es mas importante que la existencia de un pueblecito en que, mas de mil hombres, viven sin cargar la cruz; quiero decir, sin mujeres. Gracias a Dios, tenemos resuelto el problema: puede vivirse sin estos amables tormentos, sin sentir el amargo hechizo de sus miradas; comprobante de no ser del todo fabulosas las del basilisco, sin ver sus voluptuosos talles, sin que el alma se envenene al contemplarlos, sin amar, en fin, que es la verdadera dicha suprema.

Convencidos, pues, mis paisanos de que, por punto jeneral, no hai mujer buena bajo del sol; de ser ellas las que corrompen a los pobres hombres; de que si éstos roban, beben i enamoran es porque las susodichas mujeres les obligan a que roben, beban i por supuesto, enamoren; plenamente satisfechos de que los machos solteros son de mejor conducta que los padres de familia, i considerando convicto al sexo femenino de ser la causa de los desórdenes de nuestro rico mineral, consiguieron

que la policía lo limpiase de mujeres; i en efecto así se verificó para honra i gloria de Dios, como no me seria difícil probarlo. Dichos los adioses, dados los abrazos entre las esposas o amantes que se iban i los inocentes *cangalleros* que se quedaban, aquello mudó de aspecto. Ya no se roba metales como ántes, sino como ahora, que es mas que ayer i ménos que mañana. No se roba para darle a una buena moza, sino para comprar aguardiente a los contrabandistas o para tapar con oro la traidora sota. Si una mina está rica, su dueño tiene que sostener en la faena un piquete de fuerza armada para espantar los ladrones que hormiguean como los pájaros en una viña que se ha atrasado en la cosecha. Todo se remedió con espulsar a las mujeres de Chañarcillo, i con declararlas allí un artículo de contrabando. Por lo demás aquello es un portento social. Hombres barriendo, hombres lavando, hombres espumando la olla, hombres haciendo la cama, hombres friendo empanadas, hombres bailando con hombres, hombres cantando la *extranjera* i hombres por todo i para todo: es una colonia de maricones, un cuerpo sin alma, un monstruo cuya vista rechaza i que no es la cosa ménos notable de nuestro Chile.

(8 de Setiembre de 1842.)

UNA ENFERMEDAD.

No tanto pido a Dios que me libre de una enfermedad, como que me ahorre su misericordia los horrores de una curacion. Las dolencias del cuerpo serian, poco mas o ménos, tan llevaderas como las furibundas flaquezas de un antipipiolo gobernante, si no nos atrajesen la compasion del prójimo, si no nos hiciesen el blanco de la cruel solicitud de infinitos deudos i conocidos... que, empeñados en darnos la salud, torturan nuestra triste humanidad i ejercitan nuestra paciencia mui mas que la corrupcion de humores, los tabardillos o los ataques nerviosos. Tanta es la prisa que todos se dan en visitar a un paciente tarde i mañana, en rodearle de dia i de noche, que es preciso persuadirse de que *caer enfermo* no es *caer en desgracia:* a no ser que se parezca este caso al de una sospechada bancarrota, ya que entónces sucede tambien que no hai casa mas concurrida ni persona mas rodeada i cortejada que la del que se presume en olores de quiebra. En este mundo todo es inesplicable, la política del ministerio actual inclusive. Si necesitamos de la ajena conmiseracion, si buscamos quien nos haga un servicio, harto sabido es que no hemos de encontrarlos; pero caiga usted a la cama, lléguese el caso de que un furioso dolor no le deje alien-

tos sino para suplicar que ni le sirvan, ni le cuiden, ni le asistan, i le asesinarán a usted poniendo el mayor interes i dilijencia en rodearle, manosearle, consolarle, volverle i tornarle. Todavia cuando el enfermo es pobre no escapa tan peor, salvo que en su pueblo haya hospital i le conduzcan a él, para que, despues de pasar a mejor vida, le trasborden a la sala de diseccion, i solo allí vengan a saber los medicos de que mal murió.

Pero lo que se convierte en una feria es la casa de un paciente acomodado. Es de ver entónces aquella pantomima de esclamaciones i mudos aspavientos, aquel correr por los pasadizos, aquel entrar i salir del cuarto del enfermo. En un dos por tres queda la pieza convertida en una trastienda de botica: frasquitos, botes, jarras, tazas, teteras, drogas i yerbas coronan las mesas, ocupan las sillas i los rincones. Todos se atropellan i al mismo tiempo recomiendan el silencio casi siempre interrumpido por una silla que se tumba, por el sirviente que se descalabra i por los prolongados *chiiiiits* de las enfermeras i curiosas, que amontonadas tras las cortinas de la cama, como quien asiste a una farsa entre bastidores, forman con su *secretéo* un ruido igual al llover de una noche silenciosa. I es lo peor de tal bullaje las consideraciones i miramientos que en él se guardan, para quitarle a la víctima el derecho de quejarse i no darle lugar a que rábie siquiera, lo que hasta cierto punto suele calmar cualquiera dolencia.

Un caso de enfermedad produce, pues, una revolucion en todo el vecindario, una alteracion notable en la marcha doméstica de las familias inmediatas. La madre que pasa todo el santo dia en trajines de la despensa a la cocina, de la cocina al cuarto del criado, de aquí al comedor, del comedor al jardin, del jardin a la carbonera, siempre ocupadísima siempre olvidando algo de

lo que se propone hacer, al oir *¡fulano está mui malo!* todo lo abandona, llama a la hija mayor, le da el manojo de llaves i sus órdenes, quítase el delantal i los zapatos de orillo, cambia de cofia i se marcha a convidar a alguna amiga, que tambien se deshace por cumplir la consabida obra de misericordia. Otra que mas que en coser emplea el tiempo en pararse i sacudirse para buscar las agujas, el hilo i el dedal contínuamente perdidos entre los pedacitos i recortes que la inundan, al recibir la misma nueva, grita al criado i por pronta providencia le encarga de llevar un mensaje fúnebre a la familia en desgracia, mensaje que, aunque no llegue a su destino, bien sabe el portador que ha de traer de vuelta las gracias dadas i el parte de que el enfermo *está así no mas.* En fin, ninguna amiga de éste, despues de saber su estado, prosigue las ocupaciones en que la sorprende la noticia; i basta que ni se les llame ni se les necesite, para que todas vuelen a llevar la confusion donde ha fijado su residencia el dolor.

Cierto dia presentóse a mis puertas el criado de un amigo mio que, avisándome el peligroso estado de su salud, me suplicaba pasase a verle. — «¿Qué tiene tu patron, Pedro José? — Quién lo sabe, señor. El pobre caballero se queja muchísimo: la señora no halla qué hacerse: los chicos andan por su cuenta, i la casa se está llenando de jente. — I el medico ¿qué dice? — No ha ido médico ninguno; pero están llegando muchas señoras, i creo que se preparan algunos remedios. — Corre a buscar a don Guillermo. Dile que tu patron está malo, i condúcelo a casa, yo me voi allá en el momento.»

Así lo hice. La primera que encontré, al introducirme en las habitaciones, fué la desolada esposa que alargándome su mano, me dijo llorando: «favorézcame

usted, por Dios.» Seis u ocho amigas la rodeaban, diez o doce corrian en todas direcciones, fuera de otras muchísimas que iban llegando, las que, como las anteriores, formaron al cabo su punto de reunion en el dormitorio mismo del paciente, donde saludándose misteriosamente empezaron a cambiarse los: *¡cómo ha sido esto! — De repente. — Ayer le he visto bueno i sano. — Nó, niña; si andaba así. — ¡Está de cuidado! . . . . — ¡Madre mia del Cármen! ¡Con tantos hijitos! — ¿Ha pedido confesor? ¡Tan buen cristiano! Manden llamar un médico. — Nó, amiga mia. Su salvacion en primer lugar.*

El desgraciado objeto de tanta compasion, al examinar esta poblada de Verónicas, hizo el último esfuerzo para volverse a la pared, como la víctima que ya en el patíbulo, aparta la vista de sus verdugos. Mui pronto la discusion se abrió sobre los remedios que debian adoptarse. La una habia padecido el mismo mal, i vino a sanar, despues de Dios, con cierta untura que detalla simple por simple, maniobra por maniobra, i con lavativas de una composicion complicadísima. La otra juzga que el mal es un *calor elevado*: prescribe sinapismos, sudoríficos, i, por supuesto, lavativas para llamar el calor hácia abajo. Aquí opinan que es un *frio concentrado*: fomentos al vientre, friegas, unto sin sal i ayudas de tal i cual cosa. Allí dicen que es ramito de chabalongo con puntada; por acá, empacho; en un rincon juran que es alfombrilla, i en otro, principios de bicho. Finalmente, las opiniones varian tanto relativamente a la enfermedad, como a los remedios; hallándose sí todas mui de acuerdo en uno de los puntos de ataque quiero decir: en el de las lavativas. Hubo inhumana que las recetó con tan poco miramiento, que no parecia sino desempeñar el cargo de fiscal en aquel tribunal inexorable.

Miéntras de esta manera se debatia, otras piadosas mujeres cerraban herméticamente puertas i ventanas, forrándolas de modo que ni aire ni luz penetrar pudiera. El lecho de mi amigo es nuevamente recargado de cortinas; echan sobre este desgraciado cuantas frazadas hai en la casa, i colocan en su cabecera varias estampas milagrosas, para que desde allí le deparen lo que mas le convenga. Aquello era un horno. El calor i las exhalaciones de las medicinas i de las médicas iban a sofocarnos con el enfermo, que desesperado maldecia el desapiadado interes con que una a una se arrimaban a preguntarle: *Don Fulano ¿cómo se siente?* Su desasosiego fué calificado de *delirio*, motivo para que se duplicara el fervor en cuidarle, atolondrarle i consumirle. Irritado contra tan oficiosa concurrencia, me atreví a observarles que era necesario esperar al médico, i que entretanto podian despejar el dormitorio, renovar el aire, hacer ménos ruido... *¿Qué sabe usted? — Los hombres no sirven en estos casos. — Usted está aquí de estorbo. — Sálgase de aquí* — i otros cumplimientos semejantes recibí por contestacion.

La feliz aparicion del doctor paralizó súbitamente las maniobras, cocimientos, brebajes i aprestos de las inflexibles Esculapias que, siguiendo al recien llegado hasta la cama, se pusieron a contestarle en coro sus averiguaciones i preguntas, unas veces por la dueña de casa, otras por sí mismas i otras por el enfermo, de manera que el doctor se quedaba en ayunas i yo me desesperaba. Pidió el médico tintero i papel; i todas gritaron «que traigan tintero i papel,» todas querian saber si se llevaria vaso o botella a la botica; a qué horas i en qué períodos se administraria la medicina; si se le daria chuño o caldo al enfermo, i ninguna se acordó de preguntar por su peligro. Bien deseaba el

doctor libertarse de este enjambre, despacharlas a sus casas; pero entre ellas habia muchas de sus parroquianas; no se resolvia a quedar por descortes i poco amable. Así me lo hizo entender al suplicarle que no se fuera, dejando a mi amigo en tan inminente peligro de morir dado al diablo o a las mujeres.

Una feliz inspiracion vino a nuestro socorro. El medico contó en confianza a una de aquellas caritativas señoras que la enfermedad de mi amigo eran las *viruelas* i de mui mal carácter. Antes de treinta segundos el secreto se corrió de boca en oreja i de oreja en boca por toda la casa; mudas de terror i abandonando tareas, capas i pañuelos se agolparon a las puertas a buscar salida, como cuando en un incendio se grita *¡hai pólvora!* como cuando en una tertulia se siente el remezon de un terremoto. Así se desvaneció como el humo la ardiente caridad de las vecinas, que fueron a su casa a sahumarse, lavarse i sacudirse por si algo se habian contaminado con el contajio. Mi amigo recobró la salud asistido por el doctor i cuidado por su mujer.

El mayor inconveniente de la poligamia, para mi modo de considerar este negocio, seria de que, cayendo enfermo el marido, se pusieran seis u ocho esposas a curarle.

(20 de Octubre de 1842.)

TEATRO DE COPIAPÓ.

Para uno de los dias del 18, la compañia cómica de este pueblo, a la que debemos mui buenos ratos, anunció la primera representacion de una petipieza, obra orijinal del doctor don Enrique Rodriguez, nacional arjentino, titulada: «*La Batalla de Maipú*, o un Brindis a la Patria ..... El autor, se dijo en las tablas al hacer el convite, la dedica al Presidente de la República, el señor jeneral don Manuel Búlnes.»

La merecida reputacion del señor Rodriguez como abogado, sus conocimientos literarios, su juicio ilustrado i otras prendas intelectuales que le adornan, nos hicieron esperar que la composicion ofrecida al público fuese digna de su autor, quien la daba a luz al mismo tiempo que su nombre, sin ningun miedo de comprometerlo. I viendo que la dedicaba al primer personaje de Chile, nos persuadimos enteramente de que el obsequio corresponderia a la confianza desplegada por el poeta. Mis esperanzas por lo ménos salieron frustradas, bárbaramente frustradas. *La batalla de Maipú* se volvió disertaciones interminables sobre asuntos mas propios para llenar las columnas de un periódico redactado por *demagogos*, que para preparar i producir efectos dramáticos; resultó ser una coleccion de diálogos narcóticos

sobre cosas que ya todos sabemos de memoria, sembrado de ocurrencias triviales, de vulgaridades sin gusto, de anacronismos insoportables, i nada de accion, nada de ntriga, nada de pasion, nada de teatro, en fin, que era lo que allí íbamos a buscar.

¡Ninguno de los héroes de la batalla de Maipú, ni uno solo de los tiros que allí se dispararon, ni una gota de sangre que en ese dia corrió a torrentes.....! ¿Para qué profanar la memoria de esa jornada inmortal, dando su nombre a las bachillerias de doña Isabel, a las simplezas de don Cándido, i a las brutalidades de don Pacífico i de doña Circuncision? ¿Qué jiro dió a los acontecimientos, qué efectos produjo, qué parte tuvo en el desenlace *el brindis a la Patria?* Cuando yo creia que el poeta nos conduciria al campo de batalla a presenciar mil muertes, o que del bríndis resultasen noventa i nueve desafíos entre patriotas i españoles (todos estos descalabros pueden esperarse del furor romántico que anima a los literatos trasandinos), he aquí el raton que parió la montaña.

Aparece Isabel, jóven, segun presumo, de la misma edad de la señora Montesdeoca i sobrina de don Cándido, en un balcon de su casa en Santiago, proclamando al ejército de los independientes, que en los llanos de Maipú, traba descomunal batalla con los realistas. En esta ocupacion la sorprende el susodicho su tio, que es un godazo del mismo tamaño de los patriotas de estos tiempos. Armase entre ámbos una disputa, en forma de catecismo, defendiendo este la causa del rei Fernando, i la amable niña hechando flores a favor de la independencia, de la libertad, de los imprescriptibles derechos, de la igualdad i de otras infinitas maravillas, cuya pérdida o conquista iba a decidir la jornada de ese dia. De estas resultas trata don Cándido de obligar a Isabel

a que se case con don Pacífico, otro viejo mas realista que un torrente i mas bruto que un caballo puntano; pero la niña, que parece haber sido la precursora de las niñas de ahora, rechaza con horror este enlace, i protesta no unir su suerte sino a la de don Cárlos, jóven arjentino i por supuesto mui bizarro, que a la cabeza de una mitad de granaderos esparce a la sazon la muerte en las filas de Osorio. Entra inesperadamente el tal don Pacífico, i su presencia derrota de la escena a doña Isabel; anuncia a don Cándido (aquí empieza la intriga; ponga cuidado el lector, no se le pase por alto), el triunfo de las fuerzas de Su Majestad, la muerte de su rival el teniente don Cárlos; reclama del viejo el cumplimiento de su palabra respecto a su matrimonio con Isabelita; obtiene la reiteracion de la promesa, i no ofreciéndose otra cosa, se va probablemente a alguna parte. Por la misma razon que este se marchó, vuelve a salir doña Isabel a ventilar otro poco con su tio los negocios de esclavitud i tirania, la libertad del pensamiento i del casamiento. Que la regaña don Cándido, que la amenaza, que la quiere *agarrar* i, en consecuencia, hacen las paces conviniendo el buen hombre en casarla con don Cárlos, si este escapa con vida del combate, lo que sabe mui bien que no sucederá. Ademas, que seria escusado casarla con un difunto.

En estas i otras, cuélase en las tablas doña Cincurcision, vieja loca de la vecindad, mas goda aún que los godos que han ido saliendo hasta ahora, i otro de los interesantes caracteres de aquella época; aunque por lo visto no debia haber entónces en Chile sino godos viejos i viejas locas. Doña Circuncision trae asímisimo la nueva de haber vencido el ejército real, cosa que doña Isabel no cree, porque a mas de no cuadrarle la noticia, es un motilon franciscano, godo tambien incuestionable-

mente, el que la ha comunicado a la vieja. Con motivo del motilon, Isabelita predica horrores contra los malos sacerdotes que, olvidando su ministerio, toman cartas en los alborotos de este mundo. I tan bien lo estaba haciendo la linda predicadora, que es una lástima no se hallase presente el reverendo Alday para que su conversion, i no otra cosa hubiese sido el desenlace de la pieza. El sermon es interrumpido por la intespestiva aparicion de don Pacífico, a quien su futura recibe, como quien dice, en las hastas; descarga sobre él cuanto adentro le quedaba contra los malos frailes, i añade por via de apéndice, diez mil lindezas a favor de los derechos i garantias individuales, de la emancipacion de Chile, de los mártires de Rancagua, entre los cuales supimos que habia caido su padre, i de resultas muerto su madre.

Don Pacífico se venga brutalmente de su querida, asegurándole que los héroes de Cancha Rayada están otra vez vencedores, i que don Cárlos ha mordido el polvo en la refriega. Créelo doña Isabel, por que al fin ya era tiempo de que cayese desfallecida, que para eso i mucho mas habia hablado, i en efecto recibióla en sus brazos doña Circuncision, con gran dolor del tio don Cándido, que casi se traga al bestia de don Pacífico. En esto estaban cuando se oye un golpe de alegre música i confusos vivas, ruido que hizo levantarse tan alta a la bella Isabel como si le hubieran aplicado álcali volátil a las narices; lo mismo que a un señor que a mi lado estaba cabeceando en su luneta. Isabel es la primera que oye gritar *¡Viva la Patria! ¡Maldicion para los viejos godos!* Un momento despues el teniente don Cárlos, acompañado de un estado mayor numeroso, recibe en los brazos de Isabel el premio de su valor i denuedo. Cuenta en pocas palabras el triunfo de los estandartes chileno i arjentino, lo que basta i sobra para que el

godàzo de don Cándido vuelva casaca, i resulte mas patriota que su sobrina, i mas liberal que un pipiolo desgraciado. Bendice la union de ámbos jóvenes; en vista de lo cual don Pacífio, que se mantenia arrinconado desde la llegada de los vencedores, lanza un suspiro, i es descubierto en su escondite por estos. Al punto se echan sobre el infeliz caballero, le arrastran, le confunden, le hacen arrojar un *¡Viva la Patria!* a pescozones; i como no se habia quedado en aquel sitio sino para recibirlos, váse con viento fresco.

No faltará lector malicioso que crea que usando de la amistad i confianza que unen entre sí a los literatos, el señor Rodriguez haya empretillado en su pieza algunas ideas del *Liberal por fuerza* de Breton de los Herreros; pero yo, que la he visto, les aseguro que nó; i aunque la tramoya se asemeje i el desenlace sea uno mismo, Breton i el Señor Rodriguez quedan ámbos orijinales i en sus lugares respectivos. *Les beaux esprits se rencontrent.*

¿Se concluyó la petipieza? Nó, señor; se canta a *post data* el himno nacional compuesto ya con música i todo, el 5 de abril 1818; ocurrencia mui feliz, por lo que tuvo de favorable para los espectadores, que con este motivo pudieron ponerse de pié, i suspender la inhumana sentada que se estaban llevando sus posaderas.

El *Bríndis a la Patria* es un *otrosí* de la pieza; una reminicencia que el autor hace de la *Ponchada* del mismo Breton, su amigo prestamista, quien no le cobrará jamas la deuda. Don Cándido confiesa con ardor que habia preparado algunas botellas para secarlas con ciertos amigos a la salud de las armas victoriosas del Rei; pero desengañado como está de sus errores, invita a sus

huéspedes a apagar con su contenido la sed gloriosa que deben traer de la pelea. Pide *¡un bríndis a la Patria!* Llénanse las copas i llueven versos, que se recitan a duo con el apuntador, los cuales versos, van con sus respectivos *encumbrados Andes*, *trompas guerreras*, *ruidos del cañon*, *estampidos del trueno i bocinas de la fama.*

La caida del telon nos anuncia el fin de la pieza, que al paso que llevaba, todavia admitia el funeral de los muertos en la batalla, un baile i una fiesta de toros.

Moral de la *Batalla de Maipú*, o un *Bríndis a la Patria:* que siendo viejo i godo, ningun hombre ha de pensar en casarse; i que no deben creerse las noticias dadas por los motilones de San Francisco.

La señora Montesdeoca, a quien no se puede ver en la escena sin aplaudirla, sin tributar a su talento mui debidos testimonios de aprecio, dió, representando el papel de Isabel, una prueba incontestable de su robustez pulmonar, como la rindió tambien el admirable señor Casacuberta de los tiernos recuerdos que conserva de la Patria, cuando abrazando el descolorido pabellon que hoi ensangrienta un tirano, le habló de sus glorias i triunfos, como si quisiera consolar su tristeza, como si quisiera que ellos, i no los cadalsos, pronosticasen su porvenir.

(18 de Noviembre de 1842.)

CARTA

DE

JOTABECHE.

Copiapó, noviembre 12 de 1842.

Mui querido paisano:

He de mandarte una carta, i pienso divertirme mientras la escribo, sin perjuicio de que tú te fastidies cuando la leas. Fuerza es confesarlo: siento tanta inclinacion a escribir como los arjentinos a emigrar, los peruanos a sufrir, los militares a apalear, los pelucones a influir i los hijos de mi tierra a litigar. No puedo, pues, resistir a esta propension, bien así como la mujer no puede prescindir de engañar, el poeta de mentir i toda la especie humana de murmurar. La pluma es para mí cuanto hai en el mundo: sin la pluma, el mundo me parece nada; sin ella no sé qué me haria, ninguna ocupacion me quedaba. Tu *Juan Bautista* era en ese caso un ser bien desgracido, bien inútil, bien inservible, el hombre mas a propósito para un convento, salvo que le cuadrase al ministerio recomendar mis aptitudes para diputado.

Si en estos tiempos se usasen encantamientos, temeria que a algun brujo, vista mi tan estraordinaria

aficion a escribir, se le antojara convertirme en pluma; lo que, sabes mui bien no le costaria gran trabajo, porque mas de la mitad de la metamórfosis se la encontraba hecha. Con todo, no se me daria mucho que me trasformase en pájaro. Si era en loro, emigraba; i donde cayese me metia a periodista. Si en canario, me iba a gorgoritear al otro lado del Maule, donde las jaulas no son de manera que desesperen las aves de verse en libertad, si por su desgracia o su destino, que allí son sinónimos, vienen a parar en ellas. I si en gavilan, dirijia el vuelo hácia el norte, para en llegando al Perú, ser pájaro de gran predicamento; benemérito señor gavilan tercero en discordia, o qué sé yo que otro título tomaria, aunque nunca seria uno nuevo, por no haberlo ya en el diccionario.

Pero vamos a la carta que quiero dirijirte. Sabrás, pues, que desde tu partida para Valparaiso ha habido aquí ocurrencias mui de bulto; entre ellas un temblor tan fuerte, aterrador i repentino, como un golpe de autoridad calculado por lo que se llama alta política: de la que Dios nos libre lo mismo que de ser aplastados por una casa. El sacudon estalló a las doce de la noche, hora en que todos los sustos son grandes, inclusos los que en años pasados se daban mútuamente los pipiolos i el gobierno al volver de cada esquina.

Despues del temblor, ocurrió en Chañarcillo un cambio de ministerio, novedad que, si siempre se celebra en todas partes, ha de ser por lo que el suceso tiene de porrazo, pues en cuanto a lo demas, no veo yo por qué nos ha de alegrar la caida de un ministerio, sabiendo que a la mañana siguiente se levantará algun otro. Hablando en confianza, en punto a ministros opino *ita pariter* que en punto a mujeres. Unas son mas jóvenes i bonitas que otras, esta nos parece un ánjel de bon-

dad, aquella no respira sino modestia i candor, la de hoi es un pedazo de cielo, la de mañana es linda como el amor; pero al fin, paisano mio, todas dan en mujeres, que es una desesperacion el persuadírselo: todos los ministros dan en pelucones, que es otro chasco que nos llevamos.

Vuelvo a Chañarcillo. Cayó el subdelegado Mardones, pues al cabo no era intendente para que no le removieran jamas de su destino. Ha llevado a la vida privada, entre otras cosas, la grata satisfaccion de haber servido a su patria i la conciencia *et cætera, et cætera.* No quiero conmoverte: la despedida de un hombre público es un paso mui tierno. En consecuencia, no sé si del temblor o de la caida del subdelegado, los fondos que se anticipan al cuatro por ciento mensual con mas cuatro reales en marco, un real en cada peso, a pagar en piña a siete pesos, despues de descontado un seis por ciento por los gastos de *refoga* i reduccion a lei de once dineros veintitres granos, todo con hipoteca de la persona i bienes del deudor, han escaseado considerablemente, i siguen escaseando segun van en aumento los peligros de las especulaciones sobre *cangallas.* Mucho han sentido en Chañarcillo la deposicion del señor Mardones: ya se vé, era un bienhechor de los pobres, i parece que llevaba por delante el plan liberalísimo de que todos tuviésemos mina. En su lugar se halla el capitan Palacios, jóven sin mas defectos que sus muchas enfermedades; pero aquel temperamento es magnífico, de suerte que si no sanan los males del mineral, sanarán los del subdelegado, que no será poco conseguir. Para completar la reforma de la policía de Chañarcillo, desde dos meses a esta parte estamos esperando por momentos una remesa de húsares que viene a relevar la guarnicion que actualmente tenemos; guarnicion compuesta de hombres que

así como los engancharon para enviarlos a Copiapó, pudieron, sin gravarse la conciencia, enviarlos a poblar un presidio, i aun así los indultaban.

Sucede que en esos dias del temblor i de quitar i poner subdelegados hubimos casi de morir de hambre, porque la policía que para todo se da maña i le sobra tiempo, hizo de modo que no se encontrase carne en la plaza ni para hacer una albóndiga. Fué el caso que los carniceros no habian hecho a la susodicha polícia una ofrenda de perros muertos que les exije; i ella vino, los cojió a todos i los metió en la cárcel por dos dias. El delito no era para ménos, i el talento de la polícia no es para mas. Los carniceros creen que no hai derecho para sujetarlos a obligacion tan vil, que ya no existe la lei por la cual ellos debian reemplazar al verdugo; i la policía les dice que eso es romanticismo, les arguye con la costumbre i sobre todo con la cárcel, razon jigante, razon bruta, si quieres, pero con la cual te convencerán hasta de no haber Dios si te la ponen por delante.

Despues sobrevino otro arranque enérjico de la policía, no ya contra los carniceros ni contra los perros, sino contra las *muchachas*, que habian dado en andar tambien con hidrofobia. Ello es que no ha quedado ninguna ni para un remedio; de lo que debemos alegrarnos, porque ya no ganaban aquí los hombres mas que para quimagogo i zarzaparrilla. Se asegura que van a tomarse medidas a fin de no permitir mas en nuestro puerto el desembarque de estas desgraciadas, i que el celoso ministro de aduana se encargará de inspeccionar el negocio, como si fuese rigorosamente fiscal, en todas sus partes. Haz publicar esto en Valparaiso para los fines que convenga.

En cuanto a nuevos descubrimientos i riquezas mine-

ras, todos los dias amanecen varias lindas mentiras que, semejantes a ciertas flores, se marchitan i mueren luego que el sol calienta el ambiente que las rodea. Sin embargo, tengo para mí que debe haber muchas minas buenas, porque hai muchos pleitos malos. Sabido es que cuando alcanza un minero, hablando en oro, quien alcanza no es el minero sino el escribano. No ha quince dias escribia uno de Chañarcillo a un abogado: «Mui señor mio: despues de dos años de broceo topé ántes de ayer un crucero que hizo pintar la veta, i la lleva en buen beneficio. Por lo que pueda tronar, incluyo a Ud. un ámplio poder para que me represente en cuanto pleito promuevan ahora, en mi contra.» El abogado le contestó: «Mui señor mio: me es mui sensible no poder servirle admitiendo el poder que le devuelvo, porque cuando recibí su apreciable, acababa de comprometerme a defender a don N. que va a demandar a Ud. alegando su derecho a la mitad de esa mina; don X. se presentó ayer demandando la otra mitad; don Y. se la ha denunciado hoi mismo por disfrutada, i los menores de don Z. andan buscando abogado para interponer una tercería. Sus acreedores celebran mañana una reunion para pedir la mina en prenda pretoria.» El minero habia alcanzado en una labor, i el escribano en cinco.

No dejan de ser satisfactorias las noticias que aquí tenemos de las provincias trasandinas San Juan i la Rioja. La guerra está al terminar en esa parte del territorio arjentino, i solo se espera que acaben de matarse unos pocos que quedan disputándose la posesion de aquellos cementerios. El *Chacho*, caudillo unitario, ocupa ahora Binchina, despues de haber visitado a Jachal, donde se vió en la dura necesidad de fusilar unos cuantos ciudadanos federales para proporcionarse recursos: con todo, las víctimas no pasaron de diez, aunque

parece que no se pudieron haber mas en el pueblecito. Lo que recomienda a los jefes unitarios es que matan de una manera mas conforme con la ilustracion del siglo; fusilan, pero no degüellan como lo hace el bárbaro, el caribe Rosas.

Hasta aquí mi carta. Solo me resta concluirla por donde debí empezarla, por desearte mucha salud; que en cuanto a *pesetas*, por pobres que esos lugares se encuentren, siempre las hai de sobra. En caso que tu hígado se ponga allí tan bueno como está aquí la *Colorada*, no te vengas: mira que pueden ponértele pleito creyendo que lo traes en beneficio. — Tu paisano.

JOTABECHE.

(24 de noviembre de 1842.)

ALGO
SOBRE LOS TONTOS.

Esta razon de que tanto se vanagloría el hombre, en la cual funda su superioridad sobre todos los otros seres de la creacion; que constituye el orgullo de nuestra especie, el timbre i el blason de la familia humana ¿no es tambien una fuente de los males que sentimos, el principio de esa pena lenta i contínua, de ese descontento roedor que nos inquieta durante los mas largos períodos de la vida? ¿No es la razon la que aparta de nuestros lábios la copa del deleite, la que nos vijila como un impertinente pedagogo, la que enfrena las deliciosas propensiones con que nos dotó la naturaleza, la que nos desvía, en fin, de un camino de rosas para empujarnos tras otro, sembrado de abrojos i de espinas? ¿No es la razon la que nos ha despojado de la mejor parte de nuestra libertad natural, i no se funda en ella la sociedad para descargar su coleccion de *males necesarios* sobre los individuos que la forman? ¿No te impone la razon el olvido de los agravios al mismo tiempo que manda levantar cárceles, presidios i cadalsos para castigar tus deslices sin misericordia? ¿No te dicen que es de razon sobrellevar la existencia por maldita que te parezca; i de razon

tambien, no te corta el verdugo la cabeza cuando mas te gustaria pavonearla sobre los hombros? ¿No te despotizan en su nombre, en la cuna, en la escuela, en la sociedad i aún en la tumba? Si alguna vez te entregas a las halagüeñas ilusiones de tu fantasía ¿no viene la razon, cual una mujer celosa a desbaratar con su presencia el dulce sueño que dormias? ¡La razon...! ¡Presente bien funesto, maestro de desengaños, libro fatídico cuya mas bella pájina es el capitulo *resignacion!* La razon no nació quizas con el hombre en el Edén de nuestros primeros padres. Ellos se amaban como se aman las palomas, i adoraban a su Hacedor acompañando a las aves en sus cantos matutinos. Fué una sujestion de Satanás el primer raciocinio de la mujer, i este raciocinio de la mujer, este primer destello de la racionalidad nos arrojó a todos del Paraiso, nos despojó de la inocencia de los ánjeles i nos hizo presa del infierno.

Impensadamente he trepado a estas alturas preparándome a probar una cosa que tal vez nadie quiere negarme, una cosa que para mí es un axioma i que solo en estos tiempos de polémicas i controversias, puede haber riesgo de que me la disputen, *maxime* siendo ello, segun creo, un punto de romanticismo, a saber: «la dicha social está en razon inversa del talento del individuo;» o sea, «los tontos son los hombres mas felices.»

Tan indudable es esto, que aún las mismas naciones poseen mayor suma de bienestar si las favorece cierto temple de tontedad; i viceversa es mas efímera su estabilidad, son mas tardíos sus adelantamientos si un talento brillante, una imajinacion ardiente i vivaz, una razon, en fin, valientemente despejada caracteriza la jeneralidad de los hijos de su suelo. La anarquía de los pueblos arjentinos, en mi humilde opinion, trae su oríjen del número infinito de doctores, poetas, economistas, políticos

i elocuentes tribunos que se improvisaron allí con los primeros ardores del sol de mayo. Aquel árbol sin engrosar su tronco, elevó sus ramas sobre las nubes para troncharse al rabioso soplar del *pampero* revolucionario. El escándalo peruano no podrá ciertamente esplicarse del mismo modo, ni quizas de ningun otro, las luces nada han tenido que ver en esa merienda de negros, pero tampoco las revoluciones del Perú son obra de los pueblos anarquizados sino de una soldadesca vagabunda que, huyendo la pelea, abre i termina sus campañas con defecciones. Al contrario, soi de opinion (en conformidad del principio arriba sentado) que sin estas malditas jentes, los descendientes de Manco formarian la república mas feliz, el pueblo mas rico i dichoso de nuestro hemisferio.

La prosperidad de Chile... Pero a un hijo suyo no le toca hacer este elojio. Baste recordar que ciertos grandes talentos, ciertos *hombres-jenios* nacionales han sido maléficos para nosotros i funestos para sí mismos. Plantas exóticas cuya no-aclimatacion la hemos abonado en nuestra cuenta corriente con la fortuna.

Todo esto no es de mi propósito. Voi a contraerme de una vez a la cuestion, voi a pintar cuán bienaventurados son los tontos. Aquí venia perfectamente una invocacion a la musa respectiva; pero no quiero apartarme un punto de los preceptos de mi escuela, que ha incluido, si no me engaño, esta flor retórica en su bando de proscripcion.

No se necesita mas que un mero instinto para distinguir a un tonto. Si es pobre, nunca anda por la calle sin un cortejo de muchachos que os lo descubrirán con sus gritos i chifladera. Sin pasiones, sin vicios, sin pasado ni porvenir, sus dias son una agua estancada

conmovida solo por la brisa de los movimientos de su máquina. Unos mendrugos de pan son para él otras bodas de Camacho, una peseta todo un capital i las cenizas de un fogon, el muelle lecho donde no le despiertan ni pesadillas ni remordimientos.

El tonto de categoría se hace notable entre mil por su aire de importancia, por el esmero que pone en cuidar de su persona, por la prisa que se da en llevarla a todas partes para que la vean, la examinen, la envidien, la copien i la exalten. No hai fiesta, ni procesion, ni espectáculo donde no comparezca con ella. La persona es el todo de un tonto, es el centro de su existencia, el ídolo de su alma. ¡Qué fuera de él si no tuviese una cabeza que erguir, una cara que ostentar, una cintura que ceñir, un pié firme i elegante que mover! Regularmente no tiene mas vicio que el rapé o el cigarro puro por el garbo i desenvoltura con que de ámbos modos se usa el tabaco. Su mejor amigo, su confidente íntimo es un espejo de cuerpo entero. En casa le consulta durante largas sesiones: si va a paseo i encuentra una sastrería o peluquería abiertas, cuélase dentro, mírase de frente i de perfil, pásase la escobilla, echa una ojeada a los últimos figurines i prosigue su camino. ¿Entra a una visita? Se dirije ántes al espejo que a los dueños de casa con el pretesto de colocar el sombrero o de doblar la capa; i de noche, nadie mas atento que él para despabilar las luces colocadas al frente de un vidrio reflexivo. Es un Narciso perdidamente enamorado de sí mismo. Por eso gusta con ardor de hacerse retratar para gozarse en la contemplacion de su imájen; por eso el mismo se compra i se hace el presente de una gruesa sortija en la cual está gravada la cifra de su nombre: ¡el nombre de un buen mozo! I en todo esto su placer es inmenso; por-

que un tonto se imajina que se halla en la mas noble carrera siendo jeneralmente reconocido por hombre galan en la sociedad en que vive.

Ninguno de estos individuos (otra dicha incomparable) se cree escaso de bienes de fortuna, aunque tenga invertida toda la suya en fraques, estuches, bastones, gorros i perfumería. Basta que un tio o pariente remoto posea algun fundo rústico en arriendo para que todos los tontos de la familia os hablen *de la hacienda, la chacra, la quinta* i os inviten a pasar allí algunos dias de campo, diciéndoos: «cuando Ud. guste; va Ud. a su casa.»

No importa que haya sido poco aficionado a recibir lecciones en un colejio, para que deje de poseer la conciencia de su instruccion i saber. En disputas literarias es tan formidable como en cualesquiera otras, porque si os proponeis convencerle, tendreis con quien altercar por toda la vida, i aun sobrará altercador para vuestros herederos. La divisa del tonto es: «no me doi.»

La política es el campo de su ardimiento. Aunque nada le vaya ni le venga en negocios de esta clase, seria mucha desgracia para él no considerar los intereses de su persona íntimamente ligados a los de los primeros caudillos.

Si su nombre llega a sonar públicamente en algun chismecito en alguna pequeña intriga, señalándosele como *la persona que hace o la que padece* del suceso, al instante publica su vindicacion por la prensa, i apela al juicio de la opinion para que se pronuncie entre la delicadeza i circunspeccion que caracterizan su persona i la *perversidad i estupidez* de su calumniador, a quien desafia a discutir este negociado en letras de molde. El otro, si es tonto tambien, como puede suceder, sobre todo en

pueblos grandes, alza el guante, i se arma una de San Quintin de *gacetazos*, que por muchos dias divierte en estremo a los ociosos i tertulias de la ciudad; concluyendo al fin la polémica con decir cada uno de los articulistas: que no quiere seguir adelante porque el pícaro, ladron i borracho de su contrario le ha contestado con injurias i no con razones, prueba irrefragable de su mala causa, en cuya consecuencia se declaran ambos dueños del campo, i cada cual canta para sí la victoria.

Tan felices son los tontos que si uno solo hai en un pueblo, de la noche a la mañana el tonto i no otro alguno aparece de empleado. I es tal la buena estrella de este linaje de hombres, que si no son conocidos o no hai tontos en el lugar, en tontos de allende se proveen las vacantes.

Que por último, se casa el tonto, i precisamente ha de ser con mujer rica, jóven, sentimental o vivaracha.

Yo canto la dichosa carrera de mi héroe hasta el acto de las bendiciones matrimoniales: hago más, le doi la mia. I suponiendo que mi articulito es una mala comedia, al llegar aquí toco el pito, cae el telon i esclamo: «¡Corramos un velo, etc., etc., etc.!»

(8 de diciembre de 1842.)

SEGUNDA CARTA

DE

JOTABECHE.

Copiapó, diciembre 18 de 1842.

Mi querido paisano:

Como de nunca mas pecar, hice no sé qué dia el propósito de no volver a escribir ni cartas ni artículos, porque es un horror los compromisos en que la tal manía me envuelve: pero imposible, paisano mio, que no está en mi mano enmendarme de esta flaqueza. Tengo que escribir, tengo que cojer la pluma o estarme con los brazos cruzados, a lo que a nadie se puede compeler miéntras el fisco no le pase la correspondiente renta. No siendo buena mi pluma mas que para trazar malos artículos, es preciso dejarla en su ejercicio, como se están en sus puestos tantos peores gobernantes por la bellísima razon de que sacándolos de ahí, no sabria el ministerio dónde acomodarlos o dónde metérselos. A esto se agrega que tú te demoras en Santiago, lo mismo que si hubieras ido a pelear por pobre, i que en ésta ocurre por demas de qué noticiarte, motivos ámbos que harian caer en tentacion al mejor preparado a resistirla.

Por fin, se acabaron aquí las calificaciones con arreglo, segun dicen, a la lei últimamente publicada, correjida i aumentada por el soberano congreso, lei que Dios preserve, sin que prevalezcan contra sus irrevocables decretos las correcciones de los intendentes, gobernadores, cabildos i mesas electorales; para que no suceda con ella lo que dice no sé quién ha sucedido con el romanticismo de Victor Hugo, que a fuerza de pasar por tantas manos, de fermentar en tantas cabezas i de emigrar en todas direcciones, se halla de tal manera torcido i estropeado, que es ya imposible le reconozca la misma madre que le pariera. Díjete que las calificaciones se habian concluido; pero es una del diablo que no sabemos todavía si somos o no somos, si estamos o no estamos calificados, porque hemos venido a parar en nada, en protestas i recursos de nulidad sobre lo hecho: cosa que siento en el alma, ya que en esta vez pensaba alistarme en el partido ministerial, para no morirme sin saber lo que es ganar una eleccion, i para que así mi calificacion fuese de ciudadano activo i no de *tonto liso i llano*, como me ha sucedido en los períodos anteriores.

Han dicho, pues, de nulidad de la eleccion de la mesa calificadora fundándose: 1.° en que este acto no se verificó en sesion pública sino en una reunion de confianza: razon que para mí no vale nada, porque los mandatarios consideran ya los asuntos de elecciones como simples negocios de familia, a que todos los demas somos estraños. Ellos se congregan para estas cosas, ni mas ni ménos, como para una partida de timbirimba. 2.° En que no se reunió el suficiente número de municipales para *formar sala*: tampoco me hace fuerza, pues, si habiendo únicamente los que hubo, salió mala la eleccion ¿como habria resultado siendo mayor la concurrencia? 3.° En que uno de los calificadores electos ha per-

dido la ciudadanía por condena a pena infamante. Por angas ó mangas la vamos perdiendo casi todos; con que así, no hai que pararse en tan poco, i sigamos adelante para salir cuanto ántes del mal paso. 4.° En que en lugar de nombrar un cabildante para presidir la mesa, dieron este encargo a un subdelegado: la objecion se funda en un punto controvertible. Supone la existencia en Copiapó de una municipalidad, lo que para muchos es cuestionable. 5.° En que acusan a la mesa calificadora de *haber hecho lo que ha querido*: si la cosa se reduce a juicio i no pára en protestas, puede contestarse este capítulo ofreciendo una sumaria informacion de que la mesa, obrando así, no hizo mas que sujetarse a la costumbre.

No puede ser mas fácil la absolucion de los cinco puntos en que los protestantes fundan su recurso, a que debe añadirse la esperiencia que hai adquirida relativamente al remedio, que solo cuando lo usa el Ministerio, como los médicos el calomelano, no produce funestas esplosiones, ni empeora la enfermedad de cuya curacion se trata. Así, pues, todo quedará en nada, i en llegadas las elecciones haremos lo que gusten, o será lo que Dios quiera: hasta la fecha no alcanzamos a penetrar los altos juicios del Supremo motor de tantas máquinas.

Aunque parece que los ministeriales tendremos que luchar contra otros dos partidos (sábete que hai tres; a ninguno le veo cabeza todavia, de lo que debes inferir que todos la echamos de liberales) aunque tendremos, como te digo, toda esa resistencia, es *ministerialmente* imposible que la perdamos. Sin embargo, conviene que hagas correr en esa que la causa del gobierno peligra, que hai una oposicion de treinta mil demonios, a fin de que hagan salir por la posta los húsares de que te hablé en mi anterior, cuya necesidad es mas que

urjente para espantar ladrones en todo el departamento Tanto se ha pensado este negocio, que no será mucho si de ello resulta un disparate.

Fuera de nuestra poblacion creo que no debe haber habido estos últimos dias uno solo en completa salud. I lo digo, porque ninguno ha podido venir a calificarse, sino que todos han mandado sus poderes haciendo constar ante los subdelegados territoriales la gravedad de sus dolencias. Con todo, gran chasco se han llevado la mayor parte de los enfermos, pues no pudieron obtener la calificacion por no venir sus poderes *en forma.* Felizmente esto solo sucedió con los que nos eran *sospechosos*; que en cuanto a los nuestros, esos remitieron los suyos a qué quieres boca. La oposicion grita que se la hemos jugado, que con tiempo mandamos a los subdelegados dos formularios, uno bueno i otro falso para que usasen de ellos *segun su leal saber i entender*; pero es una calumnia: la cosa ha sido casual, i no me llamo Jotabeche si no ha pasado lo mismo con los subdelegados de otras partes.

A propósito de subdelegados, ve lo que sucede con el del mineral de San Antonio. Con fecha mui reciente tiró allí una circular, como quien tira una piedra, a los dueños de minas i mayordomos de faenas, en estos términos:

«Acabo de ser noticiado que varios malvados tratan de asaltar hoi en la noche las faenas de este mineral... Encargo a ustedes vijilen i se cuiden por esta noche, que mañana yo respondo de la tranquilidad...»

Es decir, cuídense ustedes hoi que van a degollarlos; que despues que estén degollados, todo quedará en sosiego i la autoridad pública les encomendará a Dios en

sus cortas oraciones. Ya ves que no andamos tan mal en punto a seguridad de vidas i haciendas: a lo ménos nadie negará que tenemos por subdelegados hombres de algun talento.

A propósito ahora de hombres de talento, he visto las observaciones i dicterios que *un arjentino* me dirije en el PROGRESO, número 20. Al leer esos renglones mi pluma se ajitaba por escribir, tan de suyo como mi cuerpo por bailar cuando escucho alguno de los vivarachos valses de *Strauss*; pero vino la calma i me llamé a cuentas. Ví que lo que se queria era atraerme a una emboscada o a una polémica, que tanto vale; que de saltar a la arena me las habria con *un arjentino* que debe escribir bien, bien largo i bien *metafísicamente*; con *un arjentino* que para defenderse se envolverá, como lo hace para insultar, en «sus males mui profundos» i en «sus desgracias»; quizas con el mismo arjentino que si en Chile ha dado pruebas de su talento, no las ha dado ménos de su triste juicio i de su mala crianza: ítem mas, con toda la coleccion de literatos arjentinos que, en ese caso, saldrian en el MERCURIO, la GACETA i el PROGRESO echando mil piropos al ilustrado compatriota, mil maldiciones a mi infraccion de los deberes de hospitalidad, i firmándose a renglo seguido *unos jóvenes chilenos*, sin considerar que descubre la oreja el jenio nacional al primer *inhumanitarismo* o *cedro literario* que se les escapa. Nó, paisano querido, no me harán caer en pecado por mas que, para picarme, me naturalicen en su tierra, creyéndome capaz de «jugar con las cabezas que allí ruedan para leccion de todos los pueblos americanos;» leccion efectivamente mui propia para nosotros, por lo mismo que *haria furor*, si los que la dan, la exhibiesen en los infiernos. Sobre todo, señor, ¿quién me reta? ¿Debo tan alto honor al PROGRESO? Muchas

gracias; pero entre tanto, mas bien que me dejen a un lado entre las prometidas noticias *meteorolójicas*, pues no quisiera que mi nombre, por infeliz que sea, siga saliendo entre los fastos del presidio, del panteon, de la cárcel i de los hospitales de Santiago; entre las cosas de Chanfaina i las degollaciones de Rosas, que si en algo se diferencian de la decretada por Herodes es solo en que por ahora no serán canonizadas las víctimas. ¿Me reta *un arjentino*, i nada mas? Pero señor, eso es mui vago. Si es algun tomo sobre romanticismo, aseguro que no le conozco ni por las tapas. Que levante la visera; que me dé su tarjeta, su nombre al frente, en el frontispicio de la obra: de lo contrario no le reconozco por literato de las Provincias-Unidas, i declaro que no me batiré con quien usa una firma apócrifa.

Todo ello bien considerado, me resuelvo a no chistar, digan lo que quieran de mi silencio. Me trago la píldora, como lo hacen con las que reciben los gobiernos, que son unos modelos en punto a contestar *gacetazos*. No es esto sólo, sino que cuando le vienen a uno males se le dejan caer en pelotones. Me han dicho que el otro literato arjentino, autor de la *orijinal* composicion «la batalla de Maipú» va a batir en brecha el artículo del *Semanario* «Teatro de Copiapó,» i es de presumir que no me deje hueso en su lugar, que me descuaderne lo mismo que al *pirateado liberal por fuerza* del señor Breton. ¡Maldito artículo aquel! Suya es la culpa de que se hayan sublevado en mi contra aquellos hijos del Plata, que por ser literatos dejarian de ser hasta arjentinos. Desde que se publicó me juzgan prevenido contra su patria... ¡Prevenido yo contra tan noble madre, porque parió Nerones! ¡Prevenido yo contra esa augusta desgraciada, cuyos atractivos han sido i son el pasto de la violencia brutal de los bandidos! Nó; por el gorro

que descuella en sus armas, eso es mentira. Me horroriza tanto como a sus dignos hijos que conozco, el abismo de maldicion en que se ha despeñado.

Pero si continúo hablándote de esta manera, vendremos a parar en ponernos tristes, i ni tú ni yo somos para el paso. Este mundo, paisano mio, es otro don Juan Manuel de Rosas, la suma de todos los males i de todos los venenos. El que lo mira por los anteojos de *Dormand* no hace otra cosa que oponerle la contra, emigrar, huirle el bulto a su *mas-horca.* Tal es mi doctrina, bajo cuyos principios espero vivir i escribir miéntras en mi bella patria, en esta querida *Pelucona*, nos dejen la boca libre para gritar, *tijeretear* i rabiar por lo demas que nos quitan.

Si no te vienes pronto, voi a encontrarte por esos mundos; voi a verte, a abrazar unos cuantos amigos, i despues de darme un par de hartazgos en el *Semanario* me vuelvo a Copiapó trayéndote a remolque. Entre tanto, diviértete; busca unos lindos ojos que te engañen, porque ni torcidos los encontrarás que sepan hacer otra cosa; líbrete Dios de la escarlatina como, mediante su Omnipotencia, vamos escapando tú de los pleitos, i yo de los arjentinos literatos.

(29 de Diciembre de 1842.)

UN CHASCO.

I.

— Le asesinaron en la misma esquina de la casa en que está usted alojado.

— Pero . . . ¿como?

— Del *cómo* sólo se sabe que a puñaladas, porque bien se vieron ellas al examinar su cadáver. Tenia tres heridas mortales: la mas espantosa era en la espalda.

— ¡Que bárbaros!

— Recuerdo bien, dijo un tercero, que el dia que amaneció asesinado el pobrecito, me hicieron madrugar las mujeres de casa para que saliese a traerles pormenores de aquel triste suceso. Al parecer le corrieron mas de una cuadra, pues algunos vecinos declararon haber oido gritos i tropel a media noche, hora en que el finado se retiró de la tertulia ganando algunos pesos. El infeliz fué completamente desnudado despues de muerto; pero ni rastro dejaron sus asesinos.

— ¡Cosa horrible! Felizmente han pasado esos tiempos en que mataban hombres por aquí tan lisa i llanamente como en mi pais se pide una limosna. Aunque

recien llegado, pienso conocer bastante este pueblo para creer que semejantes delitos ya no se cometen.

—¿Usted lo cree? A fé mia que se equivoca. Ahí está el señor que le contará lo que le sucedió no ha muchas noches.

—¡Cómo! ¿Quisieron asesinarle a usted tambien?

—No juraré que sí, ya que gracias a mis piernas, no me ví tan cerca de ellos que pudiese convencerme de sus intenciones. Pero tres hombres embozados intentaron, hace hoi quince noches, detenerme en la calle. Al ver que se dirijian hácia mi, tratando de rodearme, dí media vuelta i volé hasta entrar en la plaza pidiendo a gritos auxilio al cuerpo de guardia. Los disfrazados me persiguieron a carrera por mas de cuadra i media.

—I ¿no pudo usted conocerlos?

—¡Qué conocerlos, hombre de Dios, si estaba la noche como ahora! no se veian las manos!

—¡Caramba...! ¿ni tampoco llevaba usted armas?

—Ninguna otra que las que me pusieron en salvo.

—Pues yo ni con esas cuento por ahora. Mis pistolas se han quedado en mi alojamiento: puñal no lo uso nunca: baston con estoque no puede cargarse andando uno de viaje; i luego mis piernas, juro a ustedes que me estorbarian en un caso semejante lo mismo que la artillería gruesa a una division que marcha en retirada.

—Antenoche, dijo el dueño de casa, me recojia a eso de la una, i en la esquina del estanco, dos mujeres mui tapadas i de estatura jigantesca empezaron a llamarme con esos silbidos que usan los muchachos para atraer los jilgueros a sus trampas. El cebo de una grata aventurilla casi me tentó a hacer un reconoci-

miento, pero el tamaño de aquellos bultos me hizo sospechar un *quid pro quo* respecto a su sexo. Eché a andar mas que de prisa; las traidoras sirenas venian tras de mí a tan desmesurados trancos, que tomé entónces un vola-piés hasta llegar a casa sin aliento. Ayer amaneció un forado casi concluido en la esquina donde las mujeres . . .

—Vamos, eran hombres disfrazados, interrumpió el forastero. ¡Este pueblo es una nidada de asesinos i de malhechores!

—Si le digo a usted que no es posible descuidarse, sobre todo en noches como ésta. ¡Oiga usted como sopla el norte!

—¡Ciertamente! Mas, debian empeñarse ustedes porque se estableciesen serenos. En Santiago es quizás donde hai mas bribones; i sin embargo, uno puede amanecerse recorriendo cualquier barrio de la ciudad, seguro de que el sereno de ese punto, i cuantos puedan oir un pito, se pondrán a su lado a la mas lijera aparicion de un peligro. Aquí, por lo que oigo, hai una inseguridad horrible, una policía abominable.

—Esa es una verdad como una torre. ¡I luego, estas noches oscuras i tempestuosas favorecen tanto a los ladrones en su pesca! Se le dejan caer a usted de manera que la herida, el garrotazo o la feroz puñalada, son los primeros anuncios de encontrarse en medio de ellos.

II.

Conversando así, pasaban, algunos años ha, una noche de invierno cuatro amigos en un pueblecito del sur. Era el sitio de la tertulia el cuarto de uno de los interlo-

cutores, soltero lo mismo que sus huéspedes, grandes aficionados todos ellos a lo que jenéricamente se llama *calaveradas.* I es fama que al rededor de una mesa habian hablado aquella noche, ántes de venir a parar a los sucesos ya referidos, de las buenas i malas reputaciones, de las niñas bonitas, de las viejas impertinentes, de los maridos celosos, de los maridos de otro temple, i de cuanto habia i no habia en la poblacioncita, cuyo nombre me permitirá el lector dejar en silencio. Entre los tertulianos se hallaba un jóven forastero recien llegado a la villa con el objeto de comprar en sus alrededores bueyes i carneros que, como es mui sabido, los produce el sur de la República en abundancia i de calidad inmejorable.

Los sucesos que acabamos de oir le habian sobresaltado en gran manera: la noche estaba tan negra i borrascosa como suele andar allí el humor de los gobernantes, no tenia consigo arma alguna, i debia caminar seis cuadras lóbregas i llenas de lodo para llegar a su casa. Estas consideraciones le pusieron taciturno i reflexivo, miéntras los demas seguian contando varias otras historias mui poco a propósito para tranquilizarle. En aquellos momentos recordó, mas vivamente que nunca, lo que desde su infancia habia oido sobre los muchos malvados i bandidos del pais que pisaba, del pais de los *pela-caras.*

De buena gana quisiera quedarse a pasar allí la noche o suplicar a alguno de los presentes que le acompañara; pero su vanidad no quiso arrostrar las zumbas i desechó ámbos partidos por mas espuestos. Su reloj señalaba las doce i media de la noche, hora en que ni calaveras andarian por las calles. Sin embargo, era preciso marcharse a pesar de sus vivos recelos i de encontrarse desarmado. ¡Terrible apuro! Levantóse de

su asiento sin haber tomado todavia ningun partido, i a ese tiempo pregúntale el dueño de casa:

—¿Se va usted?

—Me voi. ¿Tiene usted alguna arma que prestarme?

—Pues qué ¿estamos con miedo a las mujeres que me salieron antenoche?

—Yo no temo nada; con todo, una arma inspira cierta confianza que nunca estorba. Dicen que la prudencia es madre de la seguridad.

—Así debe de ser; pero siento que no haya ni un garrote que ofrecer a usted. Las únicas armas que aquí se encuentran, son las piernas del señor, i ya ve usted que no es cosa mui sencilla cortárselas. Vamos, no haya miedo; en cinco minutos se pone usted en puerto de salvamento.

Durante estas lijeras bromas, el forastero estuvo algo pensativo por algunos instantes, al cabo de los cuales, como si hubiera tomado una resolucion repentina i valiente, dirijióse a la puerta dando i recibiendo la «buena noche.»

III.

—Va muerto de miedo el *abajino*, dijo uno de los que quedaban, luego que éste saliera; está bien preparado para recibir el chasco. No hai que perder un momento: vengan los ponchos, los botones i a lo dicho. Nos divertirémos mañana oyéndole contar la historia.

I diciendo i haciendo se disfrazan, toman sus puñales i parten de carrera por una calle estraviada. No tardan en llegar a la esquina inmediata al alojamiento del camarada a quien iban a dar un susto tan tremendo.

Repártense i se agazapan de manera que a una señal convenida puedan echarse sobre él, quitarle la capa, el sombrero, intimarle silencio i escurrirse entre las tinieblas. Ya hacia mas de un cuarto de hora que esperaban en sus incómodos puestos, i no se oía en las calles otro ruido que el del viento. Nuevamente reunidos entónces, pensaron que el miedo habria hecho volar al *abajino*; i que viniéndose éste por un camino mas recto, estaria ya en su casa cuando ellos habian creido adelantársele. Sentian retirarse sin divertirse; pero a este tiempo escuchan pasos precipitados al principiar la cuadra......

—¡El es......! a su puesto cada uno.

I en efecto, era la pobre víctima que se adelantaba hácia ese punto marchando con celeridad, i reparando poco en los charcos de agua en que se metia por tal de no dejarse cojer desprevenido en alguna emboscada. Traia la capa doblada sobre el hombro izquierdo i el sombrero bien metido en la cabeza, pero de modo que quedaba enteramente descubierta su ancha frente. Al llegar al sitio fatal, la voz terrible de *¡alto ahí!* le zumbó como una bala en los oidos...... tres hombres se le vienen encima... ¡Atras!... dice el forastero, acompañando este grito con la mas enérjica de las interjecciones españolas, i cubriendo su espalda lo mejor posible, contra la muralla próxima. Los agresores le rodean, le acometen: uno de estos estira ya el brazo en ademan de asirle por el cuello, cuando el acometido le descarga una pistola a quema-ropa, i le arroja de espaldas sobre uno de sus compañeros que tambien rueda por el suelo; pero que mui pronto se levanta. El otro derribado no pudo conseguirlo.

IV.

Dos dias despues el jóven forastero compareció reo ante el alcalde del lugar.

—Antenoche han muerto a un hombre de un balazo en la esquina de vuestra posada. ¿Es cierto que vos le asesinasteis?

—Yo le maté, señor, pensando defenderme de un asesino.

—¿Creeis que tratase de ofenderos o de haceros daño?

—Ahora no lo creo.

—¿Alegais algo en vuestra defensa?

—Sí señor. Hasta las doce i media de esa noche estuve de tertulia con el finado en su cuarto, i en compañía de los señores M.** i G.** A los tres oí contar varios sucesos recientes que me convencieron de que en este pueblo, a que no ha muchos dias he llegado, no se podia andar tarde de la noche, sin correr el peligro de topar con ladrones o asesinos. No teniendo conmigo por entónces arma alguna, ni habiendo podido obtenerlas del finado ni de sus amigos, me despedí de ellos con la determinacion de pasar al cuarto del señor B.**, recordarle i pedirle una pistola que por la mañana habia visto sobre su mesa. El me la prestó, proseguí mi camino, i al llegar a casa me acometen tres hombres. La fuga era impracticable: solo esperé mi salvacion de hacer fuego sobre ellos i aprovechar su turbacion para entrar en casa. Todos los que en ella viven recordaron a mis gritos, todos vinieron conmigo al sitio donde aca-

baba de ver caer a un hombre. Solo entónces conocí que éste era el desgraciado amigo de cuya habitacion recien yo salia. Al instante, confiado en mi inocencia, me presenté preso en esta cárcel....

El jóven fué absuelto; pero nunca pudo recordar sin un profundo sentimiento este suceso fatal.

(19 de enero de 1843.)

JOTABECHE DE VISITA.

¿El MERCURIO de Valparaiso se halla en grande? Pues, señor, allá me voi. No he de ser yo el primero que falte a la costumbre recibida de buscar nuevamente a los olvidados amigos que suben, de anudar con ellos las rotas relaciones así que dejan su *statu quo*, i ocupan una posicion social mas ventajosa.

Así es precisamente como estamos montados los hombres de mi tierra; i por el modo con que se encuentran, se buscan o se huyen los *amigos*, conócese de a legua quién es del progreso i quién de los retrógrados, cuál anda en *beneficio* i cuál *broceado*. Este último marcha siempre por donde no estorba, a todos mira a los ojos con vista incierta, sus vestidos son contemporáneos del último *alcance*, por lo comun a la moda pasada i en el mismo desaliño que el ajuar de casa de un penitente soltero. Cuando más, los que le topan en la calle le echan un *servir a usted*, que si se les averiguase de qué responderian de *sepulturero* o *de verdugo*. Si va a verse con álguien para pedir habitacion, se le recibe de prisa; i si por un exceso de condescendencia le permiten entrar en materia i que relate el memorial de sus cuitas, por cada suspiro que lanza le arrojan diez *choreos* sobre la *barbaridad* de lo que se les debe, otros tantos sobre la

barbaridad de lo que no se les paga, i en conclusion le despiden dándole por junto el consejo de presentarse por quebrado. No hai, pues, para él sino ojeadas de desconfianza, i palabras ásperas i secas como el tono de esos gringos de mirar aljebraico, que suelen administrar la caja de casas de comercio, i cuya fisonomía de palo no se anima mas que a la vista de una onza de oro, al rechinar los goznes de una arca de fierro o al ingresar en la suya el valor de una cuenta corriente *profesionalmente* alquitarada.

Pero vaya usted a ver cuando la mina está en beneficio: no parece sino que el dueño anduviera de novio. ¡Qué ojos tan risueños i juguetones! ¡Qué garbo, qué lujo en la persona! i luego, qué faldones los del frac, que ya no son faldones sino *culeros*! Nadie le disputa la vereda, ni él la cede tampoco a alma viviente, como no sea a las buenas mozas, que entónces le hallan *tan amable* i le sonrien con una gracia que para los demas es de morirse de celos i de envidia. I los *amigos* ¡que chuscos, qué solícitos, qué francos con este tan excelente sujeto, tan honrado, tan caballero, tan trabajador! Le toman por su Benjamin i nada tienen reservado para el — *Ocúpeme usted con franqueza. No me gusta que ande usted incomodando a nadie. Vea usted si necesita unos reales que hai disponibles. No crea usted que lo hago por interes* (se entiende en singular; que en plural esos son pecados imperdonables). ¡Oh! con un *alcance* se alcanza cuanto tiene de bueno este maldito mundo. No digo amigos, quizá puede uno pasarlo sin ellos; pero amores, sonrisas i miradas de amor llenas de seduccion, *cuerpos de delito*, que es ya tiempo perdido buscarlos platónicamente...! todas estas vitales tentaciones dejan de ser uvas agrias para el hombre feliz a quien le da un *alcance* la fortuna. Sábelo Dios, que no por otra cosa

deseo algunas veces ver una edicion de mi persona publicada en papel grande.

Imajínese usted ahora, papá MERCURIO, si viéndole en la grandeza que usted ostenta, podia dejar de hacerle esta visita a fuer de hombre enterado en las costumbres de mi tiempo, costumbres que por otra parte respeto como a todos es constante. I créame usted que este pequeño obsequio importa para mí lo de una via i dos mandados. Ando tambien un si es no es en camino de emigracion; no de los *violines* de Rosas; ni de las silletas del PALACIO DEL SUPREMO GOBIERNO EN LIMA, nueva milicia peruana garantida de pronunciamientos, sino de un diario de Santiago en que la triple alianza del chileno neófito G..., el literato N... i el tonto F... han querido armarse camorra o polémica; negocios que si se diferencian en teoria, prácticamente se cambian uno por otro: i tanto, que ya nadie dice aquí «fulano tuvo un pleito con su mujer,» sino «tuvo una polémica con su mujer.»

Miéntras pasa la nube, vengo, pues, a solazarme en el departamento *Correspondencia del* MERCURIO, en este almacen jeneral de *píldoras* en tránsito, donde todos concurrimos a tomar las que nos vienen consignadas, i a depositar las que enviamos de retorno. Habria querido «cual otro Temístocles» aparecérmele a la triple alianza del *Progreso* en las puertas de sus mismos hogares; pero estas jentes que en cuanto hago ver *algo sobre los tontos* i en cuanto escribo encuentran zumbas, pullas i guerra a la tirania de los literatos, no se persuadirian de mi buena fé i me pondrian de patitas en la calle. Usted, papá MERCURIO, no hará otro tanto con su antiguo amigo *Jotabeche.*

Verdad es que con el nuevo empresario sólo me ligan algunas cartas cambiadas, eso sí, a cual mas llena de

cumplidos de amistad i de deseos de conocernos; i esto es precisamente lo que me cuadra, pues en punto a amigos i a *idolatrados tormentos*, tengo por la mejor estacion la de las zalamerias i de los buenos modos. Vivir en intimidad con los primeros, tratarlos en confianza, es estar con el pié en el estribo esperando el rompimiento. La amistad es como esos quimones pintados que el uso i roce descoloran i ponen ralos, es como un cristal que a la accion viva del calor estalla.

Con las nietas de Eva pasa peor cosa. Véalas usted en el primer ardor del sentimiento, en la época en que buscan un dueño, un corazon que comprenda el suyo (si lo encuentran, cóbrenme las albricias), un eco que les responda, un amante protector, o algun *infeliz* a quien hacer dichoso. Entónces las gracias del cultivado talento no les parecen lo bastante; para tan poca cosa, poco les parece la posesion de ese tren omnipotente; todavia recurren a cuanto el arte, el jenio i la elegancia les ofrecen de mas fascinador e irresistible. Estudian un modo de andar que nos haga parar embelesados a contemplarle; si hablan son donaires; si a un tiempo miran i sonrien, le cojen a uno entre dos fuegos; si dicen *nó* tratan de que se entienda que *talvez sí*, si dan el *sí*, es para hacer mas temible que lo revoquen con un *nó*. En cada rizo, en cada vuelta del pelo al rededor de la cabeza hai una mala intencion, un designio asesino, i en las flores que nacen de sus senos, mil consejos de amor para rendirse por de pronto, dejando para despues aquella antigüedad de *antes... mira lo que haces*, Ahora sus vestidos que siempre son el resultado de las mas profundas combinaciones i muchas veces la formal decision de un consejo de familia, ¿creeis que haya en ellos un adorno, un solo pliegue sin su objeto que llenar, sin su mision que cumplir? ¿No responden todos de *mancomun*, i cada

uno *in insolidum* a la hechicera cuyo cuerpo estrechan, de hacerla tan amable como en su ardiente ambicion desea serlo? I sin embargo, esta ambicion que solo con los años debia entibiarse muere con la soltería; un marido es la parca que la sofoca i la destruye, i con la menguante de la luna de miel, mengua tambien la pasion de ser querida i admirada. En habiendo intimidad matrimonial ya no hai para qué ser buena moza, ya no hai para qué peinarse a la *griega* ni a la *Maintenon*; el vestido anda suelto, el pañolon a la rastra, los zapatos enchancletados, el pelo de su cuenta i toda la persona en el mas desabrido *allá se te lo haya.* El piano es un embeleco; el canto *ya no asienta*, porque si se aprende la música no es mas que para casarse; el corsé se guarda para cuando repican fuerte, las gracias se van quién sabe adónde, i al marido, al *hijo* como matrimonialmente se le llama, le dejan el esqueleto de encanto. ¿Habrá valor, señor, para que un pobre hombre sufra este chasco? I luego se enojan si uno les dice embusteras, que especulan con la constancia.

Por el santo de mi nombre, *San Jotabeche*, que es preciso convenir en que así como la amistad mas quebradiza es la mas estrecha, los amores mas insípidos i ménos intelectuales son los amores caseros, los *amores anidados* son como un chocolate sin espuma, un *dieziocho* sin bailes. I la culpa se la tienen *ellas*, pues consta que a los maridos no se les acaba el gusto; por eso solemos verles inquietos fuera de casa, a pesca de amoríos que tengan sal i pimienta.

Entre tanto *mi visita* al MERCURIO ya no parece de cumplimiento sino de confianza, tanto por lo que se estira, cuanto por el papel que en ella están haciendo nuestros prójimos; pero cómo ha de ser, esta etiqueta me abruma, entumece mis nervios. Ni tampoco me he

de poner ahora a hablar a mi antiguo amigo del calor que hace, del viento que sopla, de las enfermedades reinantes i de asuntos así, que esclusivamente se han de tocar en una visita de ceremonia: no me da el naipe para estos reverenciales comparendos, talvez porque en cinco años que me tuvo cerca de sí la intendencia del Maule, me arrociné de modo que hasta el saludar con aire se me olvidará. ¡Dichosa intendencia! Siempre serás tu la última de nuestras arraigadas preocupaciones nacionales que nos haga el honor de podrirse! (*Apóstrofe* se llama esta figura.)

De todo se ha de hablar; i sepa usted, amigo Mercurio, que si, como dicen por acá, es cierto que se han acabado los trabajos del Congreso Nacional, lo celebramos muchísimo, porque no nos gusta ver en trabajos a nadie; ménos al Congreso a quien solo le toca discutirlos i a las pobres provincias sobrellevarlos. «Yo lo digo, i las pensiones i sueldos sancionados lo prueban.» Dios me dé dos cosas despues de mi muerte: la remision de mis culpas i un diputado amigo en la Cámara para que pida, si es posible *de cuerpo presente*, se vote un consuelo pecuniario a la viuda, hijos i nietos del ciudadano *Jotabeche*, cuya desaparicion, diria el representante, ha esparcido el luto en el corazon de los buenos chilenos,» amen de todos los.... *no suene en tu boca mas*..... i largue el fisco, que a caballo ajeno espuelas propias i hoi por tí, mañana por mí, i pasado mañana gozarán un mensual cuantas familias tengan su diputado, que haga por que la nacion las mire en caridad. Miéntras tanto, a la nacion no le dejan con qué ponerse un par de zapatos, ni con qué mandar sus niños a la escuela, sino sólo intendentes i gobernadores que no gustan de estas cosas.... Ya se vé, en sus tiempos no las habia.

Como a la despedida son los encargos, hago la mia previniendo al amigo MERCURIO, que si me manda sus diarios no vengan sin la correspondiente póliza, a fin de que esta aduana no los decomise. Siete paquetes de impresos nos tiene detenidos: que siete plagas de Ejipto se le vuelvan.

(10 de febrero de 1843.)

UN

VIAJECITO POR MAR.

No ha muchos años que hacer un viaje era lo mismo que resolverse a un sacrificio, i arrostrar con valor peligros inminentes. Diez dias de marcha o de navegacion era todo un trabajo concluido, formaban una época, fecunda en recuerdos para todo el resto de la vida. En las veladas del invierno las jentes escuchaban atónitas lo que alguno les decia haber visto en la quebrada del Negro yendo para Santiago, o al surcar las olas en el barco inglés que le llevara a Valparaiso. ¡Oh! Haber navegado en barco inglés era propio de ciertas almas atrevidas, tildadas en secreto por el vulgo de no andar mui a derechas con el santo temor de Dios i las creencias de la Iglesia.

Mucho ántes de la partida oíanse ya los suspiros de la inmediata ausencia. Los ojos de la madre, de la hermana o de la esposa se llenaban de lágrimas al encontrar las miradas del que iba a verse entre estraños, a esperimentar voluntades i a recorrer otras tierras. El viajero para distraerlas, esforzábase en aparentar alegria, sobreponerse al temor de los futuros riesgos, i arreglando sus armas i equipaje prometia mil cosas para su

vuelta, aunque siempre habia un si *Dios me trae con salud* por condicion espresa de sus propósitos i proyectos.

Bien podria llamarse hora de desesperacion la hora de la despedida. El hijo recibia arrodillado la bendicion de sus padres, ceremonia patriarcal que el pobre niño no recordaba por mucho tiempo sin lloros i suspiros. El marido, abandonado entónces por su valor, sollozaba mas que la esposa; los chicos se le colgaban al cuello; los criados se deshacian en llanto; toda la vecindad acudia a enternecerse con tan dolorosos adioses, i hasta el mastin casero ahullaba desesperado por no poder, rompiendo su tramojo, seguir la suerte del amo que veia montar a caballo i despedirse. Las plegarias de la familia seguian fervorosas i contínuas por la vida i salud del caminante: la madre de Dios oia a toda hora la *salve*, *esperanza nuestra*, implorando su proteccion a favor de aquel que hallándose léjos del hogar doméstico, debia andar rodeado de todos los peligros de la vida i de todos los amagos de la muerte.

En el dia ¡qué diferencia! un viaje es un paseo, una recreacion, una tertulia. Todos viajan: este por negocio, aquel por gusto, varios por no estar de valde en un solo punto, muchos por remedio, e infinitos porque los parieron en el Perú, Bolivia o el Plata. No hai especulacion que no demande la necesidad de correr de pueblo en pueblo i de mercado en mercado, de tomar pasaje en los vapores i de hacer volar carruajes i caballerias. En quince dias parte i vuelve uno a su tierra despues de haber vencido centenares de leguas, visitado docenas de ciudades i conquistado innumerables relaciones; dcspues de haber, en puntos distantes, liquidado i cancelado cuentas, hecho ventas i compras, que si no aumentan la fortuna del individuo, le pondrán en camino de una bancarrota. Tan poca cosa es hoi un viaje que

se puede entablar una apelacion en Copiapó, embarcarse para Valparaiso, pasar a Santiago, encargar la defensa de recurso al abogadito mas en boga, lanzarle un par de *mercuriazos* al juez de la causa, vender un cargamento de metales i estar de vuelta en el punto de partida antes que le acusen una sola rebeldía en los otros pleitos que se le quedaron pendientes.

Es verdad que los vapores nos han metido en una actividad tan repentina como estrepitosa. Es moda visitarlos en su tránsito por nuestros puertos, i causa vergüenza tener que confesar que no se ha dado una vueltecita en ellos. Matrimonios ha habido en cuyas capitulaciones entró la de que la novia haria incontinenti un viaje por vapor a Valparaiso.

Al aproximarse los dias de arribada de estos buques, viniendo del Perú, es de admirar el alboroto en que nos envolvemos. Amigas i familias enteras *piden órdenes* para tal o cual parte, las oficinas califican cargos, los negociantes harian pacto con el diablo por un libramiento contra don Diego Duncan, cobran sin consideracion i pagan sin misericordia; los litigantes solicitan decretos de arraigo, los marcos de piña pasan de mano en mano, como la *llave* en el amable juego de este nombre; los birlochos ruedan en todas direcciones; los arrieros levantan equipajes, los hornos de fundir plata ahogan calles i habitaciones con su hedionda i venenosa humareda; la policía los deja humear, porque todo lo mira con el ojo filósofo del *inseparable compañero* de Sancho Panza; las niñas encargan al amigo que se despide, papas i semillas de flores, i cada cual, en fin, alista su correspondencia i encomiendas para remitirlas a sus rótulos por favor de don Fulano, que bien a su pesar tiene que convertirse en correo i contrabandista, a trueque de que sus amigos ahorren un par de reales,

Tal era el cuadro que ofrecia este mi pueblo no ha muchos dias; i en uno de ellos amanecí con el capricho de hacer por mar un viajecito. Sin detenerme a pensarlo acomodé mi maleta, pedí pasaporte a la policía, que me lo estendió de mil amores, como quien ve tomar el sombrero a un huésped importuno, i no contando ya con mas embarazos para mi marcha que los que podia oponerle una que otra desgobernada puente, salí de Copiapó por el barrio de la Chimba, a horas en que sus moradores reparaban en el sueño sus fuerzas agotadas por la epidémica *resbalosa.*

Antes de sufrir los abrasadores rayos del sol, las brisas del Océano, empezaron a silbar suavemente en mis oidos. El puerto se me descubrió poco despues con cuatro buquecitos, a cuya popa jugueteaba el tricolor de la buena estrella; i mas afuera una enorme fragata sueca de pabellon amarillento, desplegaba sus trapos para no volver a aferrarlos sino en las costas lejanas i borrascosas de la Noruega. Un buque que zarpa de una bahia i se lanza en la inmensidad de los mares, es el hombre que nace al mundo, que se engolfa en las tempestades de la vida, i que orzando aquí, virando o bordeando mas allá, siempre entre bancos i escollos, siempre impulsado i batido por las propias o ajenas pasiones, dobla al fin, en mas o ménos tiempo, el cabo del Sepulcro. ¡Qué habrá a la vuelta de tan misteriosa esquina! Gruesas tinieblas puso en este punto la mano del Hacedor; tinieblas que traspasadas quizá por la imajinacion de los hombres privilejiados hasta vislumbrar el paraiso que nos ocultan, arriman entónces la mecha a la Santa Bárbara para volar a la mansion de paz que entrevieron en sus sueños. ¡Larra, español ilustre: un atolondrado que escribe en mi patria, i cuyas producciones i *zamoraidas* meten el mismo ruido

que los cascabeles de un farsante en exhibicion pública, ha hecho de tu último pensamiento una burla impía! Empero, sólo él ultraja en Chile tu memoria. Yo respeto el fin de tus dias como las inspiraciones del jenio divino que los anima i creo que no se habrá aniquilado i perdido esa chispa brillante que, al nacer tú, arrojó la *Luz* de los cielos entre los humanos.

Mis lectores, si los tengo, me perdonarán esta paradilla i cuantas mas hiciere en el viaje.

Pocas horas despues de mi llegada al puerto, divisóse mui a lo léjos un cuerpo flotante, arrojando de sí un penacho de humo pardusco a manera de una isla volcánica recien abortada por las olas. Era el vapor *Perú*, uno de los dos infatigables alborotadores de nuestras costas, i a los cuales deben éstas casi toda la animacion i vida que de poco a acá han desplegado. Antes de ahora tuve ocasion de bosquejar la barahunda que la visita de alguno de estos buques produce en uuestros pequeños puertos. El momento de embarcarse nunca se acerca sin que el corazon lata con violencia: es una novedad de que no goza sin esperimentar cierto embarazo, cierta lucha de impresiones i de sentimientos que por instantes se posesionan del alma.

Cuando el vapor fondeó, todo lo teniamos listo en la playa para meternos a bordo. Dos horas despues los marinos volvian a levantar el ancla, mandando sus adioses a la tierra, en cantos tan monótonos i tristes como los graznidos de las aves que anuncian las tormentas. La orilla empezó a huir de nosotros: la orilla sobre cuyos empinados peñascos, nuestros amigos batian sus pañuelos en el aire, ciertos de ser vistos desde la cubierta del bergantin que a palo seco rompia el viento i las aguas con la violencia de un carro llevado por potros enfurecidos.

El mareo comenzó mui pronto a ahogar en los recien embarcados la lijera tristeza que sigue a toda despedida. Aquellos semblantes que poco ántes ostentaban el vigor de la existencia, cubríanse por grados de la palidez de la muerte. Ensimismados a popa, ya no dirijian a la tierra que se alejaba, esas miradas llenas de poetica melancolía: sus ojos medio dormidos parecen no fijarse en cuanto les rodea sino con una moribunda indiferencia. Entre tanto el buque trepa mar afuera sobre las olas; i al descender de ellas con toda la fuerza de su gravedad, los mareados se sienten suspender por los cabellos, el estómago se subleva, i en alguna de tan estrañas convulsiones arroja la carga al agua, semejante a la nave que alijera su peso en la borrasca.

La noche llega, i el puente del vapor casi está desierto. Una que otra pareja de amigos se pasea todavia al aire libre; pero son ingleses, i sus borbotones de habla vienen a mis oidos ni mas ni ménos que el ruido de la maquinaria que nos arrastra sobre la superficie del océano.

Dos franceses se han quedado tambien arriba capeando *bras dessus, bras dessous*, los balances del bergantin; i miéntras el uno debate sobre la cuestion de la rejencia, el otro maldice *l'abominable Bordeaux* de la comida que le ha *abimado* el estómago.

En un salon *confortable* i alegremente iluminado se sirve, a esta hora, un té cuya aspereza no alcanzaria a neutralizarla toda la dulzura atribuida al primer beso de amor por el mas inflamado de los poetas. Aquí es el punto jeneral de reunion para pasar la noche en la vivaz timbirimba, el cachaciento ajedrez, la lectura de los diarios, los buenos tragos, las esperanzas del Almendral i los recuerdos de Lima. Entonces la cámara se

asemeja mucho a un concurrido café, con la diferencia que a bordo no hai la humareda del tabaco, pero sí cierto gasecillo de carbon de piedra que demasiadamente lo reemplaza. El murmullo de la tertulia no es interrumpido sino por las estrepitosas arcadas que de vez en cuando se dejan oir en los camarotes, sin que los doloridos ayes que las preceden o las siguen, hagan mas impresion en los compañeros de viaje que los quejidos de una enfermeria en el alma de un farmacéutico, o el histérico de la mujer en la del marido descorazonado, que no ve mas que una maula en este *non plus* del sentimiento.

Antes faltaria un literato *ultramontano* en las polémicas i escándalos de nuestra prensa, que un desterrado o proscripto americano a bordo del vapor. No ha mucho se dijo aquí, que el *Chile* habia pasado con *cien mil peruanos de Cuzco* embarcados en el Callao para Valparaiso, bajo partida de rejistro, por uno de los insaciables patriotas de aquella república. La vez que yo navegaba venian al destierro varios personajes bolivianos, en cuya fisonomía se veia mas bien la interesante humildad de los súbditos de los antiguos Incas, que la altivez republicana de los hijos del gran Bolívar. Hai entre los individuos de esta nacion tal aire de familia, que no parece sino que todos ellos fuesen unos de otros parientes mui inmediatos.

A las once de la noche ya no quedaban en la cámara sino dos alemanes concluyendo una partida de ajedrez; pero por haberse quedado dormido el uno miéntras el otro meditaba *nacionalmente* un ataque decisivo, se suspendieron las hostilidades murmurando ambos, probablemente algunos reniegos o quizas las buenas noches. Envuelto entonces en mi capa, recostéme sobre uno de los sofáes de popa no queriendo encajonarme

en aquellas camas ni respirar la atmósfera biliosa de los estrechos camarotes. El sueño cortó mis meditaciones; i a su vez, mi sueño fué violentamente sacudido por un cañonazo, que a las tres de la mañana tiró el vapor al fondear en el puerto de Huasco.

Mi navegacion tocó a su término. ¡Adios, lindo barco, díjele al bajar su escala: que las aguas del Pacífico te sean siempre tan amigas como los brazos que hoi esperan en tierra a *Jotabeche!*

CARTA DE JOTABECHE.

Copiapó, 13 de abril 1843.

Mi querido paisano:

Te dejas estar en Santiago tan tranquilo como un partido de oposicion cuyo jefes han variado de circunstancias, o como un liberal de cuya conducta en épocas electorales depende que el ministerio recuerde sus servicios prestados a la causa de la independencia. Pero no quiero hacerte un cargo de tu larga permanencia por esos mundos, sino solo hacerte notar que ella motiva mi vuelta a la *cartimania* i que nuevamente me pongo a pique de que otro que tú salga contestándomelas en letras i desvergüenzas de molde. Bien me guardaré, te lo juro, de dar márjen a que en lo sucesivo se me haga tal desaguisado: no quiero concitarme odios, en primer lugar porque no es necesario incomodarse en provocarlos para contar con ellos, i en segundo porque no me coja enemistado esa revolucion sangrienta en que, segun un profeta loro, nos envolverémos en Chile el dia ménos pensado. De veras que a no ser por el olfato de este hombre hubiera metídome en compromisos, con la misma confianza que el dichoso profeta a camisa de once

varas. I luego que no es chanza el servicio que nos hace a todos anunciando la que nos espera, porque así nos prepararémos a salir perfectamente del mal paso tomando una de dos: o la casaca, o las de villadiego, únicos medios de no perder en revoluciones. Sin embargo, el pronóstico es un horror. . . . ¡*Vírjen de la Serena*, que será del porvenir de Chile! ¡Qué será de la mina *Colorada*, de esa niña de tus ojos, mi querido *Jotaeme*! Tú diras que nada, que no me ande en aflicciónes, que tal profecia fué una pomposa tontada: corriente, eso mismo digo yo; pero paisano mio, ¿i si por esta vez los niños i los locos hablan las verdades?

Para exordio basta.—Voi ahora a referirte cosas de mi tierra, aunque varias de ellas son para vistas i no contadas. Las elecciones de diputados, por ejemplo, fueron para vistas i no oidas: pasaron como quien dice por el aro, como huevos por agua, como cosa pasada en autoridad de cosa juzgada. El 22 de marzo llegó el correo trayéndonos los candidatos ni mas ni ménos que una aparejada ejecucion, i cuatro dias despues el negocio estaba despachado. Ningun médico emplea ménos tiempo en despachar a una alma viviente. Nuestro diputado es el señor ministro don Manuel Montt, i a fé que ningun pueblo lo tendrá mejor por mas que lo haya escojido como en peras. Es representante de voz i voto, que otros hai que solo tienen voto i muchos que parecen *bóvedas*, porque como ellas sólo tienen *eco*. Le hemos dado por suplente a nuestro jóven paisano don Tomas Gallo (cuando te digo *le hemos dado*, *hemos elejido*, etc. ya entiendes que es por decencia). Cualquiera que haya sido el oríjen de estas propuestas, que, bufonadas a un lado, fueron admitidas como se lo merecen, está visto que se nos ha querido mirar con ojos misericordiosos; porque, paisano mio, el campo estaba de manera que si

nos mandan de candidatos al *puente de palo* i al *cerro de Santa Lucia*, ellos en persona habrian sido representantes. Mira de la que hemos escapado.

Esto no es decirte que haya dejado de haber un tanto cuanto de refunfuñadura contra la costumbre de elejir candidatos designados por el ministerio i anunciados por el gobernador respectivo, que viene a ser lo mismo que promulgar un bando a voz de pregonero; pretenden que así se ridiculiza la eleccion, se ridiculizan los candidatos, el ministerio, los sufragantes i el gobernador pregonero mas que todos juntos; pero, habladurías i nada mas de hombres que todo lo han de contradecir i comentar. Vaya usted a ver ahora que no pueda nadie ridiculizarse cuando mejor se le antoje; para esto precisamente hai en el pais una libertad ilimitada: nacionales i estranjeros gozan de ella a sus anchuras.

Los Huasquinos por esta vez no comulgaron con ruedas de molino, i en lugar de los candidatos que les trajo el correo elijieron los que les dió la buena gana. Van a ver si así les sale la misma cuenta, si les importa lo mismo estar representados en la cámara que no estarlo, como creen haberlo pasado hasta ahora; porque sus anteriores diputados, o qué sé yo, ni aun siquiera les acusaban recibo del acta que se les remitia avisándoles su nombramiento. I era necesario que así sucediera, para que la irrision fuese completa.

Sabrás cómo hai esperanzas de que nuestra villa tenga hospital por un milagro. I te digo por un milagro, porque seguro está que aquí se consiga maldita de Dios la cosa de otro modo. El empresario es el presbítero don Joaquin Vera, el cerro del arenal grande está dando abundantes materiales, los obreros son todos los pobres del pueblo, su salario la esperanza de morir en un colchon, i en cuanto a dinero para lo demas que se ofrezca,

ese saldrá de la bolsa de la Providencia, erario inagotable, merced a que no ha dispuesto de él ningun Gobierno que yo sepa. Cabalmente esta empresa se halla mui de acuerdo con la idea en que abundo respecto al camino que debemos tomar para obtener por aquí su tal cual adelantamiento; opino que es preciso rodear las cosas de modo que lo que se ha menester aparezca como por milagro. Los pueblos de provincia han dado en exijir que el gobierno de la República les proporcione lo que les falta, precisamente cuando el buen señor apénas puede con sus huesos, o lo que es lo mismo, con sus empleados. El gobierno, dicen, está obligado a darnos con qué tener escuelas, colejios, hospitales, cárceles, iglesias, etc.; para eso dispone de todas nuestras rentas; para eso, gritan mis paisanos, produce Copiapó a las arcas nacionales ciento i tantos mil pesos por año. Pero venid acá, pueblos del demonio, i repondedme: ¿qué caudales bastarian para plantar i sostener estos establecimientos en cada ciudad i villa del estado? ¿No es mejor que todas estas grandezas se hallen reunidas en un solo punto, i que allí las ofrezca el gobierno a la disposicion de todos vosotros? ¿No teneis en Santiago una universidad nacional, una biblioteca nacional, un museo nacional, un instituto nacional, una escuela normal nacional, varias academias nacionales, un teatro nacional? ¿Qué cosa, en fin, hai en Santiago que no sea nacional? Hasta las cámaras ¿no se llaman congreso nacional? ¿En qué ocasion invierte medio real el gobierno que no sea en honra i provecho de todos vosotros? ¿Paga una lista militar numerosa? De ella salen gobernantes para cuanto departamento tiene la república; i si gobiernan bien los militares no hai para qué averiguarlo: tiempo perdido, pues háganlo bien o mal no queda otro recurso que sufrirlos. Me direis que los empleados de la otra lista ganan sueldos injentes i lo pasan de ociosos. Bien está. I os

pregunto ahora ¿de dónde sacariais representantes al congreso, pueblos desagradecidos, si el ministerio no pusiera a vuestra disposicion, en todas las elecciones, ese plantel florido de candidatos entre los cuales os tomais la confianza de elejir apoderados sin tener el honor de conocerlos, sin saber si son cojos o mancos, tuertos o ciegos, mudos o charlatanes?

Por el Bautista que me dió su nombre, que el gobierno hace mui bien en despreciar tales hablillas e injustas exijencias. Me gusta que se ria de ellas, i que a imitacion de

el padre Frai Ramon, que no es novicio,
coma, beba i responda: *juicio, juicio*!!

Siguiendo con las cosas de mi tierra, te diré que en punto a médicos hai los suficientes para morir bien asistidos i con todos los auxilios farmacopólicos. Tenemos tres que vienen a ser los tres clavos de nuestra crucifixion, o los tres miembros de un consejo de guerra permanente. Dos de ellos se hallan con boticas, pudiendo decirse de las yerbas, drogas i medicinas allí reunidas, aquello de Dios las cría i el diablo las junta, para que los médicos nos las administren. Ninguno de estos dos receta por escrito, sino que de memoria i a una hora señalada despachan, en sus respectivos laboratorios, brevajes, píldoras i papelillos para cuantos desgraciados han visitado en el dia. Del mal el ménos: así no hai cuidado de que en muriendo alguno, les quede a sus amigos el sentimiento de decir, le envenenaron. ¿Dónde ni cómo averiguar lo que le dieron? ¿Cómo saber si le mató el mal que padecia o si murió de *mal médico*? Ya veo que te rebelas contra esta costumbre; dirás que eso no se permite en ninguna parte, que está prohibido, etc., etc. Pero, hombre de Dios, cada pais tiene sus usos. En otros pueblos hai autoridades que contengan abusos,

hai quien repare por la cosa pública: en Copiapó, gracias al cielo, no existen tales trabas, todos la pasamos *enterando*, todos vivimos a la bartola. Lo único que no puedes hacer aquí es criar perros, porque te los tragará irremisiblemente la policía el primer sábado que los sorprendan los carniceros i la noche en medio de la calle. Hubo un emperador que no hacia otra cosa que matar moscas: pues bien, nuestra policía trabaja mas mantando perros. Ya se ve que tampoco puede exijírsele mayores cosas: los militares no tienen otra obligacion que morir en sus puestos, i en ellos se dejan estar como unos estafermos.

Estamos, pues, gobernados bajo el célebre principio de *laissez aller*. Ya sabes que por allá decretaron que las estafetas de la República recibiesen la correspondencia para los vapores i distribuyesen la que éstos conducen a los pueblos en cuyos puertos tocan. Tú creeras que al momento se arregló aquí este negocio en conformidad del decreto: pues no fué así, porque nuestras cosas nada tienen que ver con los ingleses de los vapores ni con las disposiciones supremas, salvo aquellas que traen la recomendacion de incomodar al prójimo, a las que se les da cumplimiento tan a tiempo, como a una eleccion de candidatos gubernativamente designados. Un espreso pagado por suscripcion está llenando en lo posible la ordenanza dirijida a las estafetas; pero nos tienen tamañitos esperando que el ministro de aduana, que tambien es administrador de correos en el puerto, haga a su vuelta alguna de las suyas con nuestro espreso, i otra vez quedemos en la misma. Lo que fuere ha de sonar; porque es mi intencion estamparlo en el *Mercurio* para que conste. Escrito está que para otra cosa no hai que publicar palabras en materia de abusos de empleados i gobernantes.

Entre las nuevas que corren tenemos todavia, i como de seis meses a esta parte, la de que nuestro gobernador ha hecho su renuncia. La dimision es la coqueteria de los hombres públicos: i como, cual mas cual ménos, todos estamos al cabo de lo que es el coquetismo por lo que diariamente vemos en los estrados, bien sé yo a lo que debo atenerme cuando los empleados dan en tan interesante manía. Si me aflijen tales cosas, es porque sé claramente que el gobierno nunca está dispuesto a complacerlos; porque sé que todo pára en nada, i que los pobres caballeros tienen que seguir en sus puestos sacrificándose por el pais con una resignacion edificante. ¡Buena cosa de hombres patriotas!

Aquí concluye mi carta, aunque no ibamos sino en el cristus de lo que ocurre en mi tierra. Quizás te agregue una postdata en los dias que faltan para la arribada a este puerto del vapor *Perú*, que será el 2 del entrante, centenares de horas mas o ménos. Porque este buque cumple de tal manera sus citas i compromisos, que me inclino a barruntar sea al *vapor hembra* de los dos que primero llegaron al Pacífico.

(17 de mayo de 1843.)

ESTRACTOS

DE MI DIARIO.

Hablando con perdon de mi especie, de las máquinas locomotoras, ninguna como el hombre. Dígolo por mí que con solo algunas *onzas* de impulsion he corrido, por muchos dias, a la par de otra máquina movida por la fuerza de ciento i mas caballos, su mayordomo i subalternos inclusives.

De vuelta ya en la *villa de San Francisco de la Selva* i mas propiamente de las *llagas*, despues de un sueño agradable que es a lo que se redujo mi viaje, publico los siguientes estractos de mi diario; trabajo que desde luego quiero dedicar a quien quiera perder su tiempo dedicándolo a tan pobre lectura. Vaya este cumplimiento segun el plan de aquel otro: *memorias a cuantos te pregunten por mí.*

JULIO 4.

¡Preciosa vista!... Al doblar la punta de Teatinos se nos ofrece en toda su vasta estension la bahia de Coquimbo, su playa circular, las vegas cuyos totorales semejan a la

distancia sementeras de trigo, i las lomas i alturas superiores que sirven de fondo a este bello paisaje. A las faldas de las primeras se divisa la Serena. Las torres i fachadas reflejaban entónces los últimos rayos del sol que se ponia, resaltando el brillo de su blancura en las sombras que percibiamos de sus arboledas de lúcumos, naranjos i chirimoyos. Varios humitos que la calma de la tarde dejaba elevarse formando delgadas columnas, aparecian diseminados en la campiña para animar mas todavia la encantada escena que teniamos delante.

Dejábamos atras las áridas costas de Copiapó i el Huasco, los desnudos islotes de Choros, Chañaral i Pájaros; habiamos recorrido toda esa rejion de Chile en que es mas fácil encontrar un venero metálico que una flor o una gota de agua: ahora los cerros i los llanos veíanse cubiertos de verdura; i campos con esta gala siempre admiran al navegante que se aproxima a la costa, mucho mas sí, como yo, ha partido de otra en que el hombre es lo único en la naturaleza que vejeta. Porque si fuese cierto que la libertad es un árbol, preciso seria desesperar de verle florecer i reproducirse bajo el cielo de mi tierra... Pero nó, la libertad no es un árbol; la libertad, suponiendo que algo quiera decir esta palabra, es un mineral como cualquiera otro; siempre en broceo para todos; algunas veces rico para cuatro o cinco, que todavia tienen que partir lo que sacan con un enjambre de cangalleros.

La vista de tan pintoresca costa, si a todos los pasajeros divertia agradablemente, a mí me arrojó en uno de esos éxtasis, cuya melancolia deliciosa pagarian a peso de oro los poetas de esta época. La linda ciudad que divisábamos es la patria de mis primeros años, la patria de los amigos i protectores de mi niñez: allí cumplí mis quince años, que se pasaron dejando para todo el resto

de mi vida los recuerdos de una fiesta: esa edad a que el hombre llega sin otra ambicion que la de los triunfos de la escuela, sin mas amor que el de los padres, sin que le haya aun engañado la mujer; querido de todos i sin aborrecer a nadie. ¡Feliz mil veces quien no aborrece a nadie! porque ni le habrán calumniado, ni puesto en ridículo, ni roto la cabeza, ni le habrán hecho, en fin, mal de ninguna especie; lo cual constituye esencialmente la felicidad posible de este mundo de pecadores.

Estas mis antiguas relaciones con la Serena me hacian desear ardientemente volver a recorrer sus calles; i en efecto, sabiendo que el vapor no volveria a seguir viaje hasta la media noche, determinamos varios amigos bajar a tierra. Al desembarcar vimos el muelle concurrido de muchas señoritas en cuyo exámen no nos permitian detenernos el chalupero que nos cobraba su flete, el otro que nos ofrecia un buen coche para ir a la cuidad, i muchos a la vez, *caballos ensillados*, *gordos, de paso, de buena rienda*, *de un galope que da gusto*, i de otras muchas excelentes cualidades dichas con tal aire de verdad i tal fineza, que desde luego creí nos recitaban el ofrecimiento de sus servicios profesionales algun dentista, peluquero, horticultor o modista franceses, al último gusto de Paris.

Pocos minutos despues, cuatro de nosotros corriamos a revienta cinchas en un suavísimo coche-dilijencia por la playa que conduce a la ciudad; dos de mis compañeros ejecutando la bien conocida cancion *Arrojado de climas remotos*, atributo por otra parte peculiar de toda nuestra música nacional, i yo haciendo notar al otro el progreso que en punto a rodados habia hecho la capital de mi provincia. Quince años ha, poco mas o ménos, que cuando corria un birlocho por las calles de la Serena, salian

todos los vecinos a sus puertas a admirarle: entónces no se conocian allí otros carruajes lijeros que la *carretilla de don Manuel el inglés* i la enorme *calesa de Nuestro Amo.* En el dia viajan cuatro coches-dilijencias, sin parar entre esta poblacion i su puerto. Dígase ahora que no progresamos en el norte. Cuánto mas civilizado i de buen tono es romperse una pierna por volcar el coche que por corcovear el caballo.

Era ya bien de noche cuando penetramos en la plaza principal de la Serena, recinto a la verdad bastante oscuro i solitario, cubierto con los escombros de la antigua iglesia matriz i con los materiales para levantar, si Dios quiere, la nueva Catedral.

De aquí echéme a andar guiado por mis recuerdos, que puedo decir se ponian en mas i mas fermentacion a cada instante. Aquí desconozco una casa, mas allá me desconoce el dueño de otra miéntras yo le abrazo como un loco. Esta calle me parece nueva; métome i a los pocos pasos me sorprendo engañado por la memoria: pregunto en una tienda por la familia que ántes vivia ahí cerca, i es un amigo, un condiscípulo el comerciante que me recibe. Sigo adelante; una iglesia hai al frente: ¡San Agustin! i a su lado la recova; la he reconocido sin titubear; se halla a medio concluir como la dejé hace catorce años, ni un adobe ni una miasma ménos. ¡Qué cosa tan estable! lo mismo sucede con el panteon de Copiapó; lo mismo sucedió con un intendente del Maule.

En seguida dirijí mis pasos a mi colejio, i un largo rato vagué por entre los sauces que ahora tiene al frente. Mi alma gozaba de un modo indefinible, imajinándose que habian vuelto aquellos dias en que todo es un juguete para nosotros, al reves de éstos en que somos nosotros el juguete de cuanto nos rodea. ¡Que Dios te bendiga,

edificio para mí sagrado, como bendice la cuna de los justos, como bendice los templos donde sacrificamos su nombre!

Muchos años trascurrirán sin que se borre de la memoria esa hora de mi vida en que, poseido de tan bellas ilusiones, corrí por las calles de este pueblo querido. ¡Cuánto mas vale una hora de esta existencia, que la mitad de la que hasta aquí llevo vencida i soportada!

A las once de la noche me reuní con mis compañeros en el punto convenido, i emprendimos nuestra vuelta al puerto, despues de echar *el del estribo* i otros varios, en casa de un amigo, cuyo obsequioso hospedaje se ha hecho famoso en los pueblos donde ha residido.

Adios, Serena. No he visto tus buenas mozas, i me alegro. Las buenas mozas son como los malos pasos, que a todos hacen parar en su carrera.

JULIO 6.

Al amanecer, ¡los cerros de Valparaiso a proa! — El frio era insoportable sobre cubierta; pero ¡cómo dejar de seguir en todos sus aspectos sucesivos la hermosa vista que iba a desplegarse a nuestros ojos!

Ahí está el faro: la luz del faro es la única de las luces que manifiesta apreciar un valiente marino. Ni la luz del sol le importa una ventolina, porque en no ver el sol cifra todo el bienestar de su existencia.

El telégrafo, el alto del puerto i sus molinos de viento, los tortuosos caminos que van a Santiago i a Quillota; un bosque de mástiles, i en este enmarañamiento, flameando las mas orgullosas banderas de la tierra; buques estendiendo sus velas para enmararse a manera del

pájaro que prepara su vuelo; los barrios del Arrayan con sus casas apiñadas como los números en las tablas de los guarismos; todas esas quebradas i desfiladeros en que el hombre ha pegado su habitacion como el marisco su concha, cuando, en siglos pasados, estaban bañados por el mar; las elegantes torrecillas que coronan la Planchada i el Almendral i otros nuevos jigantescos objetos vánse descubriendo al acercarse por mar a esta brillante poblacion, que el tiempo simbolizará en la estrella blanca de nuestra bandera.

Nuestra entrada a Valparaiso me parecia una fiesta. Miéntras a bordo permanecíamos embebidos en contemplar la mas soberbia perspectiva que se haya desarrollado nunca a mi vista, el vapor bogaba ya en las aguas del surjidero donde, a las ocho i media de la mañana, varamos sin novedad como todo el mundo sabe, ménos el capitan Holloway, que no acierta a esplicar por qué, tan desusadamcnte i en plena paz, intentó irse al abordaje sobre el castillo de San Antonio. Dios le perdone, i de capitanes como él salve la decencia del Pacífico, a esos pobres vapores con mas porrazos i remiendos en tres años, que interpretaciones ha sufrido nuestra lei fundamental en diez.

Pero ello es que los vapores van escapando, que nuestra lei fundamental sufre sin chistar las interpretaciones, como si le pagaran un sueldo, i que yo piso la tierra de Valparaiso, o mas bien el barro de Valparaiso: el cual barro túvelo desde luego por una consecuencia de haber llovido, i no por una consecuencia de haber autoridades, segun graves periodistas se empeñan en probarlo todos los inviernos.

Vamos adelante. Pero ¿quién diablos puede ir adelante en este Valparaiso? ¿a dónde irá que no estorbe?

¿a dónde irá un pobre provinciano acostumbrado a a marchar por las calles de su tierra sin que ningun cargador amenace aplastarle con un fardo, sin tener que cederle el paso a un carreton, sin que le empuje un gringo, le repela otro gringo, le codee un tercero, se le venga encima un cuarto i le atropellen un quinto i un sesto? — *Cuidado señor!* aquí, *cuidado señor!* mas allá, *cuidado señor!* por delante, *cuidado señor!* por detras, *a un lado!* i le dan a usted un empellon; *¡quitarse del camino!* i por lo pronto le quitan a uno el sombrero, que rueda por otro camino donde acertaban a pasar las patas de un caballo o las ruedas de un *omnibus*. No alcanza el tiempo para ser bien criado, todos quieren pasar adelante; todos corren, todos se precipitan, todos reniegan; nadie está parado, nadie piensa en nadie; cada cual piensa en sí mismo, en su negocio, en volar con sus papeles i por sus papeles a la aduana, al correo, al resguardo, al muelle, a bordo, a la Bolsa, a la seca i a la meca. I el centro de este hormiguero, el foco de esta loca actividad es una estrecha plazuela, el único punto quizás de Valparaiso, donde puede pararse un recien llegado entre los fardos, cajones, barricas i equipajes que lo cubren.

Nada hai que hacer allí, si no se vende o se compra; para tratar con jente, es preciso contratar algo. Si se quiere andar por las calles, pobre del que emplee sus ojos en otra cosa que en mirar por donde va, o lo que por delante le viene. No hace cuenta acompañar a nadie: lo único que en Valparaiso jamas anda solo es el aire respirable, siempre jira bajo la razon social de *aire, alquitran i compañía.* El alquitran perseguirá en todas partes tus narices, como persigue el vijilante al roto, el roto al vijilante, el *paquete* a las modas, las modas al bolsillo, los poetas a los rancios i Pedancio a los poetas.

En semejante Babel el elegante es una planta exótica, el filósofo distraido un suicida, el provinciano una bola que rueda en todas direcciones i el poeta otra cualquier cosa vagando en un «desierto poblado,» en un desierto sin ilusiones que le alimenten, sin bellas que le inspiren, i, lo que es peor, sin otra cruz que le melancolice que la imajinaria *Cruz de Reyes*. Yo, que por la gracia de Dios, no soi mas que un humilde provinciano, sin nada de elegante, de filósofo, ni de poeta, aunque la verdad sea dicha, el jénero romántico, despues del femenino, es de todo mi gusto; yo, que nunca ví correr las jentes de mi pueblo en tan tremendo tumulto i batahola por ningun negocio de este mundo, hube de sofocarme en esa terrible plazuela; i aturdido, estropeado i oprimido por su bullidora i descortés concurrencia, me figuré que se estaba ya verificando el *rendez vous* del valle de Josafá, reunion en que, segun todas las probabilidades, vamos a estar unos sobre otros i como tres en un zapato.

Sacóme un ánjel de mi aprieto, un ánjel en figura de birlochero, disfraz que por lo comun solo le toma el maldito.

— ¿Necesita, usted, un birlocho para Santiago?

— Sí, amigo mio.

I en efecto, lo necesitaba como el ovillo de Ariadna, como una tabla el náufrago, un capitan mejor el vapor varado i un gobernador idem, mi tierra; que si no está encallada tambien, harto mal hace en parecerlo, porque apénas se le nota el mecerse de una boya.

Dos horas fuí espectador de la ajitacion mercantil de Valparaiso, al cabo de las cuales me *embirloché* i partí hácia el Almendral, barrio inmenso de aquella poblacion; pero no tan diabólicamente montado a la europea como la Planchada, de donde salia. Es fácil notar aquí que

todos andan en su negocio con mas calma que en el Puerto, sin ese anhelo comercial que raya en frenesí i que prueba que el lucrar es una pasion tan violenta como cualquiera otra. En el Almendral ví bellísimos edificios, una alameda, por ahora de lumas, i sobre todo alcancé a divisar mujeres bonitas en varios balcones i ventanas, con las que, bien se deja entender, celebrarán algunas transacciones aquellos fenicios. ¡Por el caduceo de *Mercurio* que si estos hombres andan tan de prisa en materia de amor como en correr pólizas i formar facturas, se llevarán por delante a todas las Amazonas i al mismo Satanás, en una conquista!

Satisfecho de haber vivido un dia, que no espero tenerle mas ajitado en una batalla con su respectiva derrota, me alojé a las 7 de la noche en Casablanca, islote bien conocido de ese lago de lodo que hai que surcar entre el portezuelo de Ovalle i la cuesta de Zapata.

— «Dentro de 24 horas, me decia entónces restregándome las manos, estoi en Santiago!»

I este porvenir de deliciosa embriaguez se voló....! Hoi me pregunto: «Volverá?....» La duda induciria al suicidio.

(27 de agosto de 1843.)

SUPLEMENTO

A LOS

ESTRACTOS DE MI DIARIO.

Siempre pierde algo el hijo de las provincias que llega a Santiago, i no cuenta entre sus pérdidas la del pañuelo colorado que le ratean del bolsillo el primer dia que da una vueltecita por la plaza. Si va a solicitar algun empleo, mui pronto pierde la paciencia i la esperanza; si a quejarse contra el militar que gobierna su departamento, pierde el pleito o su equivalente en moneda usual i sonante; si a avecindarse, mui viejo ha de ser para que no pierda el sonsonete de su provincia; si a divertirse, pierde la salud; i si le han llamado de diputado, pierde la vergüenza para hablar en unos casos, i el uso de la palabra en otros. Yo llegué a Santiago i al instante perdí el hilo de mi dario; aunque, gracias a Dios, no perdí cinco minutos de mi tiempo.

Poned a la vista de un niño todos los juguetes que cautivan su atencion, todas las golosinas que irritan su voraz apetito; entregádselas a su disposicion, i le vereis aturdirse, sin vacilar, no determinarse a emprender el estrago, no saber qué punto elejir para empezarlo. No de otro modo el escritor de costumbres, como han dado

en llamarme mis buenos amigos, se pasma i enmudece encontrándose de repente en la ruidosa capital de la república, en medio de esa sociedad brillante que con tanta razon aspira al título de alumna mui distinguida de la de Paris o de Lóndres; al ver tantos objetos i cuadros de los cuales uno solo puede dar motivo a diez artículos, i sabiendo cada dia, cada hora nuevas ocurrencias no ménos adecuadas para este jénero de composiciones. ¡Oh! Santiago es un fondo inagotable, un pozo de oro para el escritor sastre. Allí hai poetas, hai orijinales, hai elegantes, hai lindas coquetas a cuyo lado si no se conquista un corazon, se conquista pensamientos i grátas inspiraciones. Las lindas coquetas son las musas que se permite invocar la moderna escuela, i en Santiago se puede reunir algunos coros: así es preciso que sea para que no falten musas i sobren poetas.

¿No se quiere tocar nada de esto? Venga la política atornasolada, color en moda desde que lo adoptó por suyo nuestro gabinete, i que prueba la popularidad de que goza. Ahí están los ministerios: el uno que no acaba de desentenderse de las reideradas renuncias que le han o nó dirijido los intendentes i gobernadores que en sus puestos se han llenado de canas i de cosas peores i mejores. Este que sube a unos i baja a otros; que da un palo aquí i un empleo allá, títulos muchos i sueldos pocos, que prefiere a un liberal puesto al lado de un liberal. El de hacienda apareciendo los ménos *ministerial* i lo mas laborioso posible: siempre animado de un interes verdaderamente nacional i filopolita. El de la guerra, en su ardua tarea de avanzar con la clase militar, que en la marcha que llevamos hácia el progreso es la seccion de bagajes, hospitales i pertrechos; pero que por una anomalía estratéjica se quiere que vamos adelante llevando estos estorbos a la vanguardia.

Ahí está tambien la cámara de diputados, ese piano-forte-político, cuyas teclas tocadas una a una suenan diferentemente; mas cuando las recorre todas algun profesor intelijente producen siempre unisonancias armoniosas.

I si tampoco se quiere escribir sobre estos puntos, todavia quedan los empleados, los pretendientes, los tejedores, los ajentes de policía, el intendente i otras materias así, que si no son costumbres, harto se parecen a los malos hábitos en lo difícil que es libertarse de ellos. Un intendente es todo un almacen de paños para la tijera. I no lo digo por el de Santiago, a quien no conozco, ni de quien he recibido mal alguno a pesar de haberle dado *por qué*; pues gran pipiolo fuí en aquellos traseros tiempos en que dicho señor era un punto ménos liberal que en éstos; precisamente cuando todos somos un punto mas pelucones que entónces.

¿No gusta la política? Hai tambien costumbres monacales, campo intacto, vírjen, inculto i por lo tanto con sus espinas i abrojos. Bien que difícil seria ir mui adelante por esta senda; porque de todas partes le gritarian luego al escritor, lo que no sé quién a no sé cuál de mis contemporáneos: *¡mira niño! no toques eso*, etc.

Corriente: si eso no debe tocarse, no hai que menearlo. Párese usted ahora en la esquina de la cárcel (ahora puede cualquiera hacer esto sin que al dia siguiente le juzguen por delito de sedicion). I para que le dejen a usted observar en paz la concurrencia que allí bulle, sin que le atisben i le rodeen tomándole por pichon de litigante o de negociante, aparente usted leer los números premiados de la loteria pública que la municipalidad sostiene de acuerdo con los fundadores del banco de ahorros: los cuales números se exhiben en uno

de los balcones de la casa consistorial, para que todos vean que el cabildo juega limpio i que no se anda con trampas. ¡Qué articulon se le viene a usted a las mientes! Póngale usted por epígrafe, no importa el clasicismo: *Scila* i *Caribdys* o *las escribanias i las Ajencias*, i al buzon del *Progreso*, que admite artículos al gusto de la plaza, desde que le mudaron paladares.

¿Mas costumbres? ¿Qué hace ese inmenso jentío la noche del sábado bajo el portal? ¿Venden? ¿Compran? Nó, precisamente: su ocupacion principal es la de mostrarse unos a otros alguna cosa. El comerciante muestra sus ricas telas i pañuelones; el dependiente muestra su finura, su peinado i sus blancos dientes; el pacotillero frances su joyería falsa, la vieja sus niñas, las niñas su dulce metal de voz i su desden gracioso, el mendigo sus obras, el *futre* sus barbas, el novio su novia, el escritor *un injenio de esta corte*, autor del artículo que se publicó esa misma mañana, el ratero su destreza, la policía su vijilancia, las compradoras la muestra del jénero que andan buscando: en suma exhibir o exhibirse es el objeto, el interes comun de esta feria tan animada i divertida.

¿Mas costumbres¿ Las encontrareis buenas i malas donde quiera que dirijais vuestros pasos: las buenas cantando victoria, las malas capitulando con la reforma. En todas partes está patente la fermentacion rejenerativa de nuestra época, la lucha de la razon entre lo nuevo i lo viejo, entre los ardientes innovadores i el calmoso justo medio, entre los que gritan *¡adelante! ¡abajo el estorbo!* i los que contestan, *¡no hai que atropellar! ¡caerá a su tiempo!* El gobierno, entre tanto, dice a cada cual: *piensa usted mui bien*; i siguen andando las cosas, sigue el gobierno con su opinion i sigue cada loco con su tema. ¡Lo que vale un gobierno bien educado?

Sí, Santiago es un pueblo que progresa admirablemente, que empieza ya a cumplir su mision de brillar sobre la tierra: la lástima está en que no haya otro como él en Chile, en que solo allí haya ilustracion i grandeza i en los demas ignorancia, miseria i morralla. Sin embargo, podemos los chilenos hacer con Santiago lo que, en una ciudad del Sud, hacian sus vecinos con una sola buena moza i de talento, que logró criarse bajo su clima. Todo forastero era presentado *ante omnia* en casa de la linda niña; i como es natural, el huésped quedaba prendadísimo de sus ojos verdes i habladores. Al retirarse, preguntábale su interlocutor: — «¿qué dice usted del bello sexo que tenemos por acá?» Nosotros, despues que el estranjero haya visto i observado bien a Santiago, debemos preguntarle: — «¿Qué dice usted de estos pueblos que tenemos en Chile?»

(28 de Agosto de 1843.)

EL ESPIRITU

DE SUSCRIPCION.

Convengo en que el mundo es una bola, i los hombres que lo pueblan la mas perfecta de las obras de Dios «hecha a su imájen i semejanza,» i no convengo en poco, a fé mia, porque hombres conozco yo que parecen sarcasmos del diablo contra esas palabras de la Escritura. Convengo tambien en que el jénero humano no fué en su condicion primitiva sino una raza ociosa i vagabunda de salvajes; i a la verdad que no son pocos los testimonios que de ello nos quedan en el estado altamente civil que hemos alcanzado. Item, convengo en que, como quiera que fuese, se fundó la sociedad en algun dia del año de algun tiempo, *dans un jour de beau temps, en face du soleil;* pero niego, no convengo, no doi mi voto (espresion que empieza a usarse en nuestras cámaras) a la tan válida opinion de que el primer acto, el primer paso que dieran los asociados fué la eleccion de su gobernante. Los que tal creen, no han pensado el negocio detenidamente, no han consultado la esperiencia de nuestros tiempos: 1.° porque todo gobernante, para ahorrarnos litijios i que nadie se incomode en obsequio suyo, observa la costumbre de ele-

jirse a sí mismo; i ahí están, para no dejarme mentir, tantos gobernantes de *los pueblos libres americanos*, el de Copiapó inclusive: nuestro amable usurpador, inclusive; 2.° porque hallándose la sociedad en sus pañales, no podia tener rentas propias para cubrir un sueldo, circunstancia que no determinaria a alma viviente a cambiar la vida privada por la pública: mucho menos en aquellos tiempos en que el amor a la patria, que hoi nos arrastra a tan doloroso sacrificio, debia hallarse aun tan laxo i tan flojo como un hermano franciscano, un militar en guarnicion o un gobernador de mi tierra, varones que en punto a flojera los tengo por ejemplares.

Otro que la eleccion del gobernante, fué el objeto del primer plebíscito establecido por los individuos primitivos de la familia humana. Redújose ese gran decreto a la famosa operacion de renunciar, de *suscribirse* cada socio con una porcion de su libertad natural para poder conservar mejor el resto o para que el diablo cargase con el resto, que de todo se ve en el mundo, desde que el diablo ha dado en disfrazarse preferentemente de mandatario. Hé ahí el fasto humanitario mas remoto que la imajinacion descubre cuando, por mal de sus pecados, se echa a vagar en este campo de cálculos conjeturales.

Una *suscripcion* fué pues, la primera piedra sobre que se fundó el *edificio social.* (Metáfora inmortal! ¿Qué escritor, qué orador no te ha echado diez elocuentes manoseos en su vida?): una *suscripcion*, vuelvo a decir, fué el primer torno que dieron las ruedas de esta inmensa máquina, la primera espresion de vida de este cuerpo *monstruo* creado por el *fiat* de la razon, como el universo lo fué por la voz de la Omnipotencia, como nuestra literatura nacional lo será así que vayan disipándose las tinieblas que envuelven aun su crepúsculo.

Siguióse a esta suscripcion otra no menos importante tambien, pues que tuvo por objeto hacer una bolsa social para el pago del gobernante que pensaban elejirse despues, o del gobernante que, vista la bolsa, cayó en la tentacion de elejirse a sí mismo despues. Estos son pasos contados que se dieron ántes de venir a parar a la instalacion del gobierno de la sociedad; i nadie me disputará que de este modo se hace mas esplicable e intelijente esa teoría politica, en cuyo análisis han gastado tantos jenios las mas preciosas horas de su inspirada existencia.

Establecido el gobierno, nuevas i varias *suscripciones* tuvieron lugar entre los súbditos. Un hombre i una mujer se suscribieron para hacerse mútuamente felices. Puso cada cual un fondo de amor para quererse, i noventa i nueve fondos de astucia i de paciencia para engañarse i sufrirse: no es mas la historia del primer matrimonio, píldora que, como la penitencia, fué dorada despues con el prestijio sacramental por nuestra santa madre Iglesia.

Anduvo la sociedad i otra *suscripcion* vino a ocuparla sériamente. Ofreciéronse diversas compañias de asentistas a abrir un camino desde este valle de suscripciones hasta el cielo, como quien dice, un ferrocarril de Paris a Versalles. Con tan jigante motivo, el pueblo erogó una parte del producto del sudor de su frente, i otra de sus ahorros o pillajes el poderoso; los injenieros asentistas pusieron íntegramente i sin desfalco alguno sus oraciones. I en efecto, el camino quedó franco, abierto i a la disposicion de mis lectores, que pueden echar por él cuando gusten; pero para repararle i sostenerle, los injenieros tienen que recaudar i los otros que repetir la suscripcion, tan sin descanso, como la pasion de Cristo nuestro bien por los pecados del hombre.

Corrió mas tiempo, i llegó el dia en que un tribuno que se *desahogaba* (espresion parlamentaria mui fresca) en una asemblea, dijo: «para vernos libres de nuestros enemigos, lo mejor es matarlos a todos.» — «Pues, que mueran,» gritó la turba-multa. Nueva *suscripcion* al efecto. El pueblo se despojó de otra parte de su hacienda para que los *bravos*, dando su continjente en sangre i en dias de vida, se lanzaran a la matanza. De aquí nació esa profesion que se llamó *de la gloria*, para diferenciarla en el nombre de la del verdugo.

La vida social no fué al cabo, sino una serie de operaciones practicadas en virtud de una *suscripcion* o de muchas *suscripciones* anteriores. Nada llegó a ser el hombre con el hombre o con los hombres, sino a título de co-suscriptor de todos ellos: todos ellos suscribiéronse para medrar unos a costa de otros, para convertir en utilidad propia el perjuicio ajeno, para hacerse recíprocamente el mayor número posible de flacos servicios. I en este sentido no es del todo embustero eso de *me suscribo servidor de usted*, que no es dado suprimir ni en los carteles de desafío, de acuerdo con aquello otro *lo cortés no quita lo valiente;* aunque estoi por que lo valiente suele quitar lo cortés, i que el valor no siempre es una virtud bien educada. De ahí viene, sin duda, el andar de punta la milicia i la buena crianza.

Todas estas que pido se me tengan por reflexiones, me las hacia yo mismo no sé que dia, en el cual tres *suscripciones* se me echaron encima, sin consideracion a los *broceados* tiempos en que vivimos. I era lo peor que esta lluvia caia sobre mojado; porque en los anteriores, otras cuantas me habian abrumado con su peso, exhalando el de mi poético bolsillo, fuera de algunas mas que por entónces andaban en campaña, sin que en ellas figurase todavia, en letras de oro, el humilde nom-

bre de *Jotabeche.* ¡Oh! el espíritu de *suscripcion* se desarrolla en Chile como el estro se desarolla, con cargosidad, con furor, terriblemente.

La facilidad de levantar casas es admirable en Valparaiso; la de levantar falsos testimonios ha inmortalizado nuestras prensas; la de levantar procesos mentirosos ha hecho la triste celebridad de mas de un tonto; la de levantar cabeza parece un tantico cuesta arriba para el hombre público que cae en nuestros dias, como la manzana de Newton: pero si se habla de facilidad para levantar *suscripciones*, vengan ojos a verla i bolsas cristianas a sufrirla en este Copiapó de mis pecados, donde tales levantamientos son ya mas frecuentes que los de las tropas peruanas.

¿Enviudó una niña? *suscripcion* tenemos. — ¿Quiere casarse una doncella? *suscripcion* para que el novio lleve pan i pedazo. — ¿Quiere la otra ser monja? *suscríbase usted.* — ¿Cegó un pobre? El médico le dice: «levante usted una suscripcion de doce onzas de oro para pagarme las medicinas, i le daré vista de balde; vaya con Dios.» — ¿Murió un amigo en desgracia? Un cuarto de onza para darle sepultura en muerte ya que no se le dió cuartel en vida. — ¿Está otro amigo de parabienes? *suscripcion* para festejarle. — Qué, señor, es preciso hacer venir una imprenta, *se suscribe usted?* — Con mucho gusto; i por lo que pueda tronar, encárgueme usted tambien un para-rayos.»

Ello es para no concluir; porque a estas *suscripciones* acompañan las que podemos llamar endémicas del pais i son las que el gobernador cobra mensualmente para pagar los vijilantes que montan guardia de honor en su palacio; para los serenos que de noche duermen en la calle, ménos su commandante que hace esta fatiga

como es debido, es decir en la cama; para los celadores de agua, limpiar acequias, refaccionar puentes, ect. Tras estas vienen las del MERCURIO, el PROGRESO, las poesías de Zorrilla i la GACETA; i entre unas i otras se interpolan ya para el hospital, ya para una francachela; ayer para esplotar una antigua mina, rica en tradiciones; hoi para un ensaye de tierras auríferas; mañana para un almuerzo de brevas *en lo de las niñas Apancoras*, i todos los dias de Dios para las ánimas benditas, la cera del Santísimo, el Señor de la agonía, la redencion de cautivos cristianos, la iglesia de san Francisco, el sustento del santo, una avergonzante, el pobre tullido i para cuantos el mundo, el demonio i la carne han puesto como un *ecce homo.*

Pero de todas las *suscripciones* ninguna como la que se ajita para un baile, ninguna tan fecunda como esta en agradables i chistosas incidencias. Regularmente es promovida en alguna tertulia de mozos por el mas enamoricado de todos ellos, con el honesto motivo de atacar la tristeza en que se halla el pueblo. La tertulia nombra incontinenti una comision de su seno para que pesque suscriptores i dirija la fiesta; i aunque no se consigue sin trabajo la aceptacion del cargo, pero al fin, se consigue que es lo que interesa a los suscriptores. Ahora, que la comision rabie i reviente, que pierda la paciencia i gane un chabalongo, importa poco: semejantes sacrificios, como todos los que se hacen a un bien comunal, caen en saco roto.

Todo enamorado que desea repetir a la querida lo que ya la picarona sabe de pe a pa, a fuerza de oirlo a sus muchos *suscriptores*; el comerciante que espera ver en el baile no precisamente las buenas mozas, sino los rasos, los encajes, el terciopelo, las plumas i flores que

no mira en la tienda sin una inquietud paternal por lo incierto de su porvenir; el otro que se propone hacer en la reunion una via i dos mandados, bailando por sí i bebiendo por la salud de cuantos hai; aquel que da un ojo de la cara porque le vean bailar con el garbo i jentileza que Dios le dió i el frac azul que *Vera* le ha remitido por el último vapor, i en suma, toda esa clase de individuos que van a un baile *sólo por ver o por jarana*, son *suscriptores* que se enrolan con presteza, sino siempre con largueza.

Pero éntre usted despues a invitar el resto; éntre usted a pedir algo a ciertos hombres cuyo corazon es tan frio como un baño de lluvia i mas le valdria a usted pedirle lana al burro o milagros a un santo, en estos corrompidos tiempos. El uno contesta, que mas bien prestará su casa «que es un palacio,» i el palacio es como el casco de una hacienda que hai que llevarlo todo para poblarla.

El otro dice: «me suscribo con dos docenas de silletas.» Se entiende bajo la condicion de que se le volverán enjutas i bien acondicionadas, i salvando su derecho a daños i perjuicios.

— «¿Con cuánto te suscribes?» dice usted a otro su amigo.

— No vengas a embromar: ya sabes que yo no bailo.

— Pero te divertirás con las niñas.

— Tampoco me divierten las niñas.

— Bien, ahí se reunirán muchas jentes, habrá tertulia, conversacion, risa.

— Tampoco me gustan esas cosas.

—¿Cómo no te han de gustar?

—No me gustan, ya sabes que yo soi así.

—A pesar de todo, te prevengo que voi a suscribirte con dos onzas.

I el amigo de usted da las dos onzas, porque el objeto de su resistencia es manifestarse inconmovible por placeres de este linaje.

La comision en cuerpo, échase a dar caza a otro individuo de esos cuyo bolsillo es para las pesetas lo que el infierno para las almas.

—«¿Cuándo será el baile, caballeros?» —Tal dia, mui señor nuestro.

—«¿Qué lástima! precisamente no estaré para entónces en el pueblo; mis atenciones me llaman fuera. ¡Cuánto siento no darme ese buen rato en compañia de ustedes!»

Miente; porque no entra en sus planes ni tener ese sentimiento, ni dejar de darse ese buen rato, ni salir a maldito de Dios el viaje: i sí concurrir a la fiesta de gorrista mondo i lirondo. La noche del baile se presentará en el salon ántes que el encargado de encender las luces: le verán ustedes bailar con las mas elegantes, cortejar a la de moda, comer hasta que le sofoque el hipo i beber por la libertad i qué sé yo, echando al aire vasos, platos i botellas, como si le costara su dinero. Todos le declaran el campeon de la noche en punto a *dansista*, *eladista*, *pabista*, *vinista i coñaquista*. (Estas palabras no son del castellano sino mias, i por tanto *americanas*. He querido escribirlas con la ortografía de su nombre, en primer lugar porque de lo mio puedo hacer lo que se me antoje; i en segundo, por declararme

de una vez *suscriptor* a la reforma propuesta por el *ante-cristo literario* que amenaza nuestro alfabeto.)

En fin, a duras penas reune la comision la cantidad necesaria para cubrir los gastos ordinarios i estra-ordinarios, previstos e imprevistos del *gaudeamus;* pero es de advertir que la susodicha cantidad no se halla mas que en guarismos, porque como no corria prisa el contado, ni tampoco le andaban trayendo los suscriptores al incorporarse en la lista, se ha dejado para despues la cancelacion de estas cortedades. En el entretanto, los comisionados anticipan el costo íntegro de la funcion, seguros de reembolsarle cuando a bien lo tengan.

Que, por último, tiene lugar el baile; baile que pasa, como pasan todas las cosas del mundo; lo cual no es poca fortuna para los que pasamos por las peores de ellas. Aquí empieza otra incidencia de la *suscripcion* para un baile. Los comisionados destacan un recauda-dor de las cantidades por pagar; i es preciso convenir en que muchos cubren su compromiso con gusto, bien que no con el que manifestaban, bailando la contradanza i las cuadrillas, en el salon. Pero no sucede lo mismo con los demas. Don Pedro dice que solo se suscribió con cuanto i no con tanto: don Juan no paga porque no alcanzó a tomar helados en la funcion: don Sancho tampoco, porque en toda la noche no bailaron con su mujer: don Martin ménos, porque no le dieron tarjeta de entrada para toda la familia compuesta de la mujer, tres hijas, seis tias ya de respeto, dos chicos i la ñaña de los chicos. Hai suscriptor que protesta no dar un cuarto si la comision no rinde préviamente una cuenta documentada de lo invertido i recibido hasta esa fecha. I para remachar el clavo, en todas las tertulias se las ajustan a los comisionados, declarando unánimemente

que hai gato encerrado en el negocio i que con la mitad de los fondos obtenidos cualquiera habria costeado un baile magnífico, no como el que dieron *ellos*, que fué la mayor indecencia.

Despues de todo esto, si ha de ser uno miembro de una comision así, vale mas ser miembro de cualquiera otra cosa: i en todo caso, mas quiero ser la víctima que no el instrumento del *espíritu de suscripcion.*

(14 de Enero de 1844.)

INVOCACION.

«Salve, tijera mia, jenio de mis festivas inspiraciones: despierta de tu sueño modorral, sacude la pereza en que vejetas: tu mision no es la del sacerdocio ni la del ejército permanente. Ven a mí, don que recibí del cielo para juguetear contigo a manera que el gato con su cola, el gobierno con sus empleados, los ministros con sus dimisiones, la niña con sus muñecos, los mojigatos con Dios i el diablo con los mojigatos. Tú eres a la vez mi refujio i el arma con que alicuando ataco; porque tú, tijera mia, me fuiste dada como la concha al galápago i los cuernos a varios vivientes, como el fuero al senador i el anatema al fraile, como la poca vergüenza a tantos hombres i la mucha lengua a las mujeres i a todo el jénero humano.

«Ven, alma de mi vida de escritor, alma que animas mi pluma lo mismo que la plata ministerial las de varios i esclusivamente el interes público las de todos: ven, fabriquemos un articulejo para el MERCURIO, en cuyas pájinas se ha hecho mas raro un *Jotabeche* que en nuestros pueblos un beato honrado, un frances *poli* o un español no vizcaino.

«Inspírame un asunto inocente, un asunto que no huela ni a humanitario ni socialista, ni a cosa que me

deje mucha fama i me saque muchas multas; un asunto, en fin, sin compromisos i sobretodo, sin *aches*; sin estas condenadas que se desgranan de mi pluma tan a pesar mio, como su proscripcion fué sancionada a pesar de tantos.»

Despues de esta corta invocacion que nuestros literatos pueden calificar, si quieren, de anacronismo, sin temor de que por ello coja yo una pesadumbre, hago mi segunda salida a la luz pública. I a imitacion de la que de su lugar hizo el Injenioso Hidalgo, es mi ánimo recorrer, por esta vez, pueblos, campos, encrucijadas i vericuetos i habérmelas con los mismos demonios, si se me presentan por delante, aunque tomen la figura de beatos o disciplinantes, de molinos de viento o de escritores públicos; de esos, cuyas plumas tanto parecen aspas, hinchadas i movidas por el aire que corre... (presupuestado para el año de 1845: acá para entre nos, lectores mui amados.)

Solo me falta que escojer asunto. I como si se tratase de elejir un diputado por indicacion del ministerio, doi mi voto al mas humilde, inofensivo, manso i manejable... elijo un infeliz, uno de casa...

EL PROVINCIANO.

Ante omnia. ¿Es el provinciano un animal racional? Punto es éste en que, gracias a Dios, vamos estando todos de acuerdo, todos por la afirmativa, sin esceptuar al mismo gobierno, que hasta no ha mucho, ha tenido al provinciano por un semovente mas digno del jénero, que de la diferencia de la definicion del hombre. Sin embargo, no hai aun sobre este negocio una declaracion oficial. Bien es cierto tambien que si el buen señor ha juzgado de la racionalidad de la especie provinciana por los individuos de ésta que han alcanzado el honor

de servirle de intendentes o gobernadores, diputados o senadores, debemos convenir en que sérias apariencias le hicieron formar esta opinion errónea, que hoi parece querer conservar, solo por ser consecuente al sistema de conservar cosas mucho peores todavia. Mas, al fin, algo se ha hecho. Porque ello no fué una simple opinion, sino todo un principio fundamental en esa época no mui remota, de la cual quedan aun en pié cuatro o seis vivos escombros, a manera de esos pontones viejos i bromados, que flotan en un rincon del puerto de Valparaiso, i que bien pueden irse a pique cuando gusten, seguros de que todos les celebrarémos el lance. Entre tanto, Dios los confunda.

Pero, es preciso ser francos. Si nadie nos puede disputar a los provincianos la dósis de racionalidad que nos tocara, en el desigual repartimiento que de este don precioso hizo la madre Natura, debemos confesar tambien que, mui diferentemente de los demas hombres, poseemos ciertos instintos o propensiones no para realzar nuestra condicion de racionales, sino para aproximarnos a otras razas que, con perdon sea dicho, se llaman *brutas*.

Véase, si nó:

Los provincianos en nuestra villa, como el perro en casa (repito mis escusas), no permitimos que nadie venga a comer, dormir o solazarse; a comprar, vender o negociar; a enseñar, escribir o disparatar sin mostrarle los dientes, sin gruñirle con los apodos, de *estranjero*, *advenedizo*, *gringo*, *intruso*, *cuyano*, *aparecido*, etc. Al perro i a nosotros nos parece que nadie puede pisar el suelo que pisamos, beber el agua que bebemos, respirar el aire que respiramos i hacer lo que en nuestra villa hacemos, sin cometer una profanacion, sin atacar mortalmente nuestros derechos; porque hai que advertir, de paso, que los derechos que mas apreciamos i que mas

perfectamente conocemos son andar, beber, comer i hacer cuanto hace el perro, i nada más. Gracias a su Divina Majestad, en punto a derechos sociales, no tenemos los provincianos que envidiar ni aun aquella celestial ignorancia de los hombres que soñó Rousseau, cuya feliz condicion dió ganas a papá Voltaire de echarse, por esos bosques, a buscar el Paraiso terrenal, andando en cuatro piés.

Tampoco nos parece que debe permitirse a los forasteros esto de enamorar i casarse con las niñas de nuestro pueblo; calidad que nos asemeja bastante al gallo, aunque no tanto como quisiéramos.

¿Qué cosa mas parecida al mico que ciertos provincianos? Estos, como el otro, todo lo imitan, copian i remedan sacando el único provecho de ridiculizarse a sí mismos. ¿Llega un elegante de la capital a nuestra aldea? ¡Misericordia!... Si, como es indispensable, trae barbas largas, el provinciano se las deja tamañas, i no se las peina ni se las lava nunca. Si viste un pantalon escoces, basta para que el mico se cubra, hasta las uñas, de listas i de cuadros; con lo que le tenemos de de arlequin. Si el elegante es de aquellos que no pueden espresarse sino cultamente, el provinciano recuerda incontinenti ciertas frases i palabras estraordinarias que tiene amalgamadas en la memoria, i hételo ahí hablando prodijios de simplezas. — *Permítame usted que le interpele, señor*, le dice al elegante en la mejor tertulia, *¿Reinciden aun el señor Toro i el* PROGRESO *en su poligamia, sobre el señor Renjifo? I ¿a cuál de los dos belijerantes haria usted, señor, la durindaina?* Un — *a su abuela*, que murmura, no mui bajo, el elegante *interpelado*, es la señal de un coro de carcajadas que algo embarazan al fatuo, pero que rara vez producen su escarmiento.

El provinciano i el burro son los dos seres para quienes esclusivamente fué fabricada la paciencia: los únicos a quienes, como dicen, les asienta; i en ambos, tan apreciable virtud está como en su mata. Digo mas, sin pretender hacer mi elojio; mas que el burro, somos nosotros para ello. Porque este animalito no tiene, por lo regular, sino un dueño a quien sufrir, un amo que le apalee; i nosotros. ¡Dios de mi vida! ¡cuántos burreros nos echan por delante!... Son innumerables. En primera línea tenemos a los ministros, al fisco i a sus amables ajentes de todas jerarquias i taimas. En seguida se nos vienen los intendentes con todas sus lejiones de gobernadores, subdelegados, inspectores i vijilantes, jente toda casualmente sin pero ni tacha. Luego nos cojen los curas, que nunca dejan de ser unos bellísimos sujetos. Despues de misa nos esperan los comandantes de instructores de milicias que tambien son unas perlas; i, por último, nos recibe toda la morralla que ciñe espada, cordon o cíngulo *puritatis*; morralla que, siendo para el provinciano lo que los muchachos para el burro, se cree en el derecho de montarle, punzarle, lacrarle, traerle i tomarle, sin tener que dar cuenta de ello a nadie; inclusa la perra que la parió.

El provinciano i *Mr. Holloway*... Pero basta de parangones, basta de lástimas i vamos adelante.

Bien se deja entender que en este corto articulito no trato de describir al provinciano, como quien describe o caracteriza a un individuo. La especie se halla en nuestro pais tan variada como los climas, i tiene tantas distinciones i diferencias como nuestro suelo pueblos i latitudes. El indomable, pero noble orgullo, característico del talquino, nada tiene de comun con la anjelical resignacion de mis hermanos del Maule, ni con la agreste i habitual servidumbre de las bandadas de inquilinos de Colchagua.

El amable i *sans façons* coquimbano es una castaña al lado de un huevo, si se le compara con el estirado, ceremonioso i adoctorado copiapino. El chilote fatalista, a quien sorprende engolfado una borrasca i que, por toda medida de salvacion, toma la de amarrarse a su piragua para esperar se cumpla en él la voluntad de Dios, no parece ni prójimo del penquisto tesonero, que debe sólo a las maniobras de una heroica constancia, su actual casi emancipacion de los espíritus fuertes de sus espiritados mandatarios. Nada sé, ni de oidas, del valdiviano ni del aconcagüino. Ni creo hallarme mas atrasado de estas noticias que cualquiera de mis lectores; porque ambas provincias suenan tan poco, que aquí en Copiapó, por ejemplo, hai quien las pone al otro lado del Estrecho. Puede, sin embargo, asegurarse a ojos cerrados, que entre sus habitantes i los demas de la república hai diferencias, que coloran diversamente su carácter i costumbres.

Pero, por evidentes i muchas que sean estas diverjencias, no es necesario pelear para convenir en que todos los provincianos tenemos cierta maldicion, cierto aire de familia que nos traiciona i descubre cuando mas esfuerzos hacemos para disimularlo. Somos como los tomos de una enciclopedia, mui distintos en el fondo; pero iguales en el *in folium* i en la pasta de las tapas: somos como las mujeres, que ninguna se parece a ninguna, aunque en realidad todas son cortadas por una tijera: somos un vivo trasunto de los miembros de nuestro gabinete; cada cual su opinion, cada cual sus principios, cada cual su presupuesto, cada cual sus dolamas; pero todos conformes, todos unidos *nemine discrepante*, en obrar el gran milagro de hacernos felices, dejando correr la bola i viviendo a la bartola: somos, en fin, como muchos diaristas, que en cuanto a monjas,

finanzas, literatura, Congreso Americano i llevarse en paz unos con otros, difieren de todo punto; pero que siempre les hallareis de un color i de acuerdo en que el ministerio es liberal i progresista, como todos estamos de acuerdo con ellos, en que serian mui ingratos, si fuesen mas liberales i progresistas que el ministerio. (Vuelta a fuera, cuidado con los bancos, *Jotabeche.*)

Nos parecemos, pues, los provincianos en muchas cosas. La primera i mui principal es la circunstancia casualísima de haber nacido todos en provincia, i no en la capital: de aquí parten todas las otras semejanzas i miserias que nos son comunes, i que nos constituyen responsables *in solidum* de la carga que llevamos a cuestas.

Las mismas monomanías o enfermedades nos atacan de ordinario. La *fiebre liberal* nos devora. I si bien no hai riesgo, en el dia, de que nos la curen haciéndonos mudar de temperamento por Mendoza, Perú, o Juan Fernandez, mucho me temo que los médicos, con su indolencia cínica, nos dejen morir en el delirio.

Tambien nos barrenan horriblemente el juicio i (esto llaman los ministros *fiebre provincial*) los celos, la envidia con que miramos esa debida atencion que dispensa el gobierno a las necesidades de lujo de la capital; cuando nuestras mas vitales, si por mucho favor son creidas, se consideran irremediables, o no hai atribuciones para ponerlas en cura.

De aquí viene la otra *fiebre* llamada *municipal*, endémica de los cabildos; i es esa majadería de pedir al mismo gobierno fondos para escuelas, iglesias, cárceles, hospitales, caminos i otras bagatelas, que aunque no hacen notable falta donde hai niños que enseñar, reos que guardar, misas que oir i pobres que curar, siempre quieren los pueblos tener estos establecimientos así como

tienen diezmos, catastro, derechos de esportacion i de internacion, patentes, papel sellado, multas, alcabala de contratos, pólizas, estanco i otras comodidades de este jénero.

No hai necesidad de asegurar a mis lectores que ni en sueños he sido jamas ministro de estado: ni en sueños se me ha puesto a tiro alguno de ellos para echarle una zancadilla i sucederle. Pero sin haber practicado el oficio, sé mui bien lo que hai que contestar, por medio del intendente respectivo, a un cabildo de provincia que incurre en la *huasería* de tocar las puertas de un ministerio para pedir fondos. I como puede suceder que muchos los hayan solicitado i estén esperando contestacion, les prevengo que esperen en Dios i se contenten con el *modelo* que voi a trascribir. Dice así: *He puesto en conocimiento de S. E.* (no ha habido para qué) *la solicitud que por conducto de US. ha elevado al gobierno la ilustre municipalidad de... tal parte; i aunque S. E. el presidente la considera justa i digna de la mayor atencion, tiene el sentimiento de no acceder a ella por estar agotados los fondos de que puede disponer el gobierno en el presente año. Sin embargo, debe US. asegurar a ese cabildo que su peticion será atendida con preferencia, así que el gobierno cuente con los medios de proporcionarle el auxilio que tan justamente solicita. — Dios guarde a US.*

En cuya confianza queda durmiendo la solicitud i se echa a dormir el cabildo, como es mas que probable que se queden durmiendo los ministros, la lejislatura, los cabildos, los intendentes i su amigo *Jotabeche*, dentro de treinta i tantos años, a mas tardar.

Larga la tendriamos si quisiera yo terminar la tarea de referir los puntos de semejanza, los usos, las simpatías i antipatías que son peculiares a la gran comunidad

provinciana i que hacen de ella una inmensa familia. Entre sus usos enumeraria indefectiblemente el indefectible del *mate*; injeniosa invencion, segun me lo ha asegurado un jesuita, de dos amantes paraguayos, que quisieron valerse de la bombilla como de un tercero para enviarse sus fragantes e inocentes ósculos, quizás por no poder practicar esta dilijencia, de un modo mas satisfactorio. Nosotros los provincianos, sin abrigar precisamente la intencion de mantener esta correspondencia de besos, conservamos inalterable aquella costumbre, no obstante saber como el bendito que en nuestros dias han mejorado todos, todos los *gustos* menos el *gusto a bocas*, que ha sufrido una descomposicion *revoltante*: descomposicion mui capaz de acabar con un hombre, si se topa con ella en la punta de una bombilla: descomposicion de tan mal carácter, que sigue su desarrollo a pesar de los antídotos con que la ataca la fecunda i filantrópica industria francesa; descomposicion, en fin, que no la ha de contener ni aun el poderoso *líquido deterjente*, cuyas pasmosas i asquerosas virtudes están anunciadas, en el PROGRESO, al público i a la REVISTA CATÓLICA de un modo eminentemente inmoral i nauseativo.

Descansemos, señor lector. Cuando uno escribe o lee composiciones de este jénero se siente la necesidad de concluir, así que se haya borrajeado o leido cierta estension de papel o cierto número de renglones. Tengo, por otra parte, que hacer un viaje a la capital, llevando a mi *Provinciano*. Allí pienso exhibirle sin que le cueste medio a nadie; pero con mi segunda de tentar al ministerio la gana de hacer de él un diputado en las elecciones próximas. Dios me ayude a pintarle de manera que los ministros se enamoren de sus aptitudes.

(3 de abril de 1845.)

LA CUARESMA.

Tiempo delicado i asunto que no deja de serlo, si se quiere formar sobre él otra cosa que pláticas doctrinales i sermones. I es gran lástima; porque darian material para chuscos artículos las costumbres cuaresmales, si fuere dable publicarlos de cuenta i riesgo de algun *libre*; de algun *Lamennais* o de algun . . . qué sé yo cómo denominar ya a estos valientes progresistas mis contemporáneos. Porque quiero que sepais, carísimos lectores mios, que ántes me podriré con los retrógrados a cuyo bando tengo el honor de pertenecer, que consentir en que se enmienden frajilidades dominantes esponiendo mi pellejo: en tal caso quédese cada cual como Dios le hizo i yo con la circunspeccion que me deseo para no caer en tentacion en el curso de tan escolloso artículo.

Fuera de que, dígolo de paso, tengo un modo de pensar nada comun en materia de mejoras i de reformas sociales. Opino que esa carrera de progreso, en que sus ardientes apóstoles nos quieren arrojar cargándonos a la bayoneta, es empresa que al fin llevarán a cabo, no ellos con su descomedida petulancia, sino los panteones con la calma i tino certero que les vemos desplegar al engullir instintivamente todos los estorbos. Déjeseles obrar

a estos establecimientos con la libertad que solo a los médicos les es dado ampliar o restrinjir, i de un dia a otro la rejeneracion aparecerá consumada a pedir de boca, sin que cueste sangre i sin que nos andemos a mojicones.

Desengañaos, misioneros del progreso: los panteones i no vosotros harán el milagro. Mas poderoso empuje dan ellos a la civilizacion en una sola temporada de escarlatina, que en un año todos vuestros dramas, diarios, poesías, folletines, ortografías i tendencias. Los panteones tiran el carro victorial de la nueva era: vosotros no sois sino el vulgo que le canta el *Hosanna* i le rodea en su marcha de triunfo.

Esa que juzgas tumba de los hombres
Porque en ella reposan sus cenizas.
Es la cuna sagrada donde empieza
A renacer el *mundo* a mejor vida.

Cojiendo ahora mi asunto, la cuaresma es la conmemoracion de una época en que la humanidad vió desarrollarse un suceso tan estupendo como la misma creacion: es un recuerdo de un tiempo en que Dios peregrinó sobre la tierra, asegurando a los hombres su bienaventuranza con solo sujetarse a este sencillo precepto: *amaos i perdonaos.* Pero no me sentaria, a mí, Jotabeche, tratar este negocio por aspecto tan serio, aun cuando para ello las fuerzas me alcanzaran, que lo niego por supuesto. Yo voi no mas que a echar una ojeada sobre la cuaresma de mi pueblo; voi a escribir algunas observaciones hechas en estos dias en que, para parecer cristianos, declaramos esa especie de guerra a nuestros amigos mundo, demonio i carne, i abrimos contra ellos hostilidades semejantes a las que nuestro gobierno sostiene con el de las provincias arjentinas, no permitiendo entre ambos paises otra especie de comercio que el contrabando.

Se ha dicho que el mundo es una comedia: eso mismo digo yo. Pero esta analojia no la encuentro en que la vida del mundo sea un buen rato, sino en que, cual mas cual ménos, todos representamos lo que no somos, o somos lo que no representamos. I estoi en el pecado de creer que la cuaresma de mi tiempo nos hace ser mas comediantes, mas actores que el resto de los dias del año. (Declaro, por lo que pueda convenirme, que en lo dicho i por decir hai lo de muchas honrosas escepciones entre las que cuento a todos mis lectores, sin distincion de estado, edad, ni sexo. Me he propuesto esta vez marchar con la sonda en la mano.)

Sonó la última horá de los ruidosos dias del carnaval: pasaron esas noches cuya locura tradicional forma desde muchos siglos ha, una costumbre venerada, una prenda de familia que conservan i heredan, unas de otras, las jeneraciones de la cristiandad. ¿Qué viene en pos de tan deliciosa batahola? Un contraste que sorprende lo mismo que una muerte repentina. Al rocío oloroso que el enamorado derrama sobre el pecho de su bella, sucede la ceniza que el sacerdote esparce sobre sus humilladas cabezas; a la armonía de las orquestas, las llamadas del campanario; a una grata ociosidad, las tareas del colejio; a las declaraciones de amor, la confesion auricular; al brillo de los teatros, la muda opacidad de los suspiros de ternura, los zollipos del arrepentimiento; a los regalos de la gula, las indijestas colaciones; al camino en fin, sembrado de falsas rosas, otro sembrado de verdaderas espinas. El orgulloso mandatario aparece de penitente, el ladron se convierte en hombre honrado, el agresor satisface el agravio que hizo, la moda mejor recibida es un escándalo, el baile un abominable pecadero, un sermon bueno o malo *la cosa mas linda* i hasta las hermosas hijas de Eva dejan de

ser lo que son, i dejeneran en sarmientos secos de la viña de Cristo. El fuerte del teatro moderno es ofrecer una contraposicion así en sus cuadros escenarios.

Es verdad que *el buen gusto*, *el gran tono*, *la nueva escuela*, *el progreso*, *la libertad* i demas falanjes arrianas i satánicas del siglo diez i nueve han puesto en miserable estado la cuaresma como todas las costumbres e instituciones llegadas a nuestros dias, despues de haber recibido el homenaje de muchos siglos sucesivos; pero esta novedad no es una moneda corriente, es un secreto en que todos estamos i que nos lo decimos a la oreja, de miedo que nos oigan las paredes. Miéntras tanto, sigue la guerra a los enemigos del alma, confiada a la pública diplomacia; se la hacemos a ellos en cambio de de no tener que hacérnosla nosotros mismos, lo que nos atraeria bien desagradables inconvenientes: a mas de que toda la pólvora que gastamos contra el mundo, el demonio i la carne, se reduce a un cumplimiento con la iglesia, i ya todos sabemos lo que importa un *cumplimiento*.

No es, por cierto, mi intencion predicar a mi auditorio una mas sincera observancia del ayuno, flajelaciones i penitencia de la santa cuaresma: porque soi de opinion (muchos predicadores no están de acuerdo conmigo en este punto) que en tal caso habria yo de empezar por ayunar, flajelarme i penitenciarme: i desgraciadamente ¡pecador de mí! no me siento en la disposicion de dar tan buen ejemplo. Conozco, sí, que es una obra bastante meritoria la mortificacion de nuestra indomable carne, del mismo modo que don José Rivera Indarte conoce que *es una obra santa matar a Rosas*; pero ni yo me resuelvo a sufrir que mi barriga ande pegada al espinazo en satisfaccion de los no indiferentes carguillos que me hormiguean en el cuerpo, ni dicho

señor don José Rivera Indarte se ha de resolver tampoco a matar a don Juan Manuel a trueque de ganar indul-jencias i de que, *ipso facto*, le canonicen. ¡En cuántas anomalías nos hace incurrir nuestra flaqueza!

Si algun lector ha llegado hasta aquí sin fastidiarse tanto como si leyera un artículo sobre ortografía americana, tome su cruz i sígame: ando a la pesca de algunos caracteres cuaresmales.

Ved ahí ese grupo de jóvenes despreocupados, aspirantes a la reputacion de progresistas. Salen del café donde han comido de carne porque en casa acostumbran los viejos comer de viérnes. Entran ahora a la iglesia i todavia van echando pestes contra el ayuno. Paseándose *sans façons* por las naves del santuario, su boca va llena de risa burlona, cáusales estrañeza cuanto ven, como si fuese todo mui nuevo para ellos; i escudriñan con ojos femeninos la concurrencia femenina, ni mas ni ménos que cuando quieren elejir compañera para contradanza. No faltan nunca a las procesiones i maitines; pero siempre colocados en observacion, afirmados sobre el espaldar de un escaño, mirando de mampuesto las convertidas Magdalenas o siguiendo *en amateurs* con pies, manos i cabeza, el compas de los cantos eclesiásticos. La única ceremonia relijiosa en que los novicios del progreso toman parte es la de *las tinieblas*, por darse el placer de tumbar un atril o un confesonario sobre el pobre devoto que se está en un rincon entregado a profundas meditaciones.

¿Hai algun predicador en campaña? Id i tendreis entendido para vuestro gobierno que *el mundo*, primer enemigo de nuestras almas, es el corsé, es la *resbalosa*, es la manga larga, el peinado así i el escote asá. Sabreis cómo el enemigo *demonio* no es el diablo, sino los

futres herejes, *impíos*, ateos, iconoclastas, etcétera, i como el enemigo *carne* no es otro que las *escandalosas mujeres*, en las cuales sacia el orador su indignacion evanjélica. La celestial doctrina del Crucificado se halla reducida, segun el santo varon, a no asistir a los bailes, ni al teatro, ni al paseo, ni a las tertulias, ni a las fiestas profanas, ni a parte ulguna que no sea la iglesia, sus incidencias i dependencias. De modo que no sacamos del sermon sino la consoladora noticia de que, fuera de los umbrales de los templos, no hai a donde volver los ojos, ni donde estarse parado o sentado sin cometer qué sé yo cuántos pecados mortales.

¿Se pone otro ministro a esplicar al pueblo los mandamientos del Decálogo? Lo hace bajo el decente supuesto de que en todo su auditorio no hai uno ni una que no infrinja, por costumbre, los diez cabales. I no presumiendo que en este siglo de maldad haya quien no pierda la inocencia al primer destello de la razon, abre un curso público sobre la teoría del pecado, donde van a satisfacerse mil curiosidades infantiles, para dar lugar a que nazcan otras mucho mas sérias. Por eso, al salir de una de estas funciones, dicen algunas jóvenes: *tan buen predicador! qué claridad para esplicarse!* I en efecto, ha desarrollado su asunto como el profesor mas intelijente; aunque, para que le comprenda el vulgo, no se ha notado en su lenguaje mucha pureza que digamos.

Así como hai hombres que todo el año son buenos por el amor de Dios, así los hai que solo en la cuaresma son ménos malos; porque entónces mas que nunca temen al diablo, de cuya existencia, por fortuna de la sociedad, no tienen la menor duda. Porque eso de existir Dios i gloria les importaria cuatro bledos, sino hubiese en la eternidad un infierno con sus hornillas ardientes, tenazas caldeadas i plomos derretidos. Para

éstos la confesion no es mas que un medio mui barato de desocupar la conciencia, bien así como quien alista una bodega para volver a llenarla de carga.

Ahí sale de la iglesia uno de estos buenos cristianos, es D.... como querais llamarle, que acaba de reconciliarse con Dios i que con mejores ganas se prepara a pelear con todos sus prójimos. Todavia viene santiguándose con agua bendita i salpicando con ella a su rededor para espantar a Satanás, cuya fantasma lleva sin cesar en su imajinacion. Un mendigo le pide al paso su limosna: —*Perdone por amor de Dios*, i sigue adelante murmurando entre dientes la palabra *holgazan*. Mas léjos le encuentra un fraile, de esos que dan caza diariamente a los bienhechores del convento: ahora sí que su corazon se derrite como una mantequilla; ahora sí que no ve holgazaneria i se apresura a dar la mejor moneda que lleva en el bolsillo i a ganar gracias, besando del santo hábito todo lo que se pone a tiro de sus manos i de su boca. El hipócrita se empeña en persuadirse que alcanza con ello la remision del crímen que mas le remuerde. Prosigue su camino: el cartero que le buscaba, le entrega una carta; el buen cristiano la coje i paga el porte con una peseta falsa. Entra a casa: un criado le pide sus cuentas, i a punta-pies i a garrotazos le hace tomar el portante. Así pasa todo el dia. ¿Suena la oracion de la tarde? Vuelta a la iglesia. Le parece que su conciencia va tranquila; pero, ¿por qué ve a Satanás siempre a su lado? Qué temprano empezó para este miserable el infierno!

¿Seguiré bosquejando, imperfectamente se entiende, los infinitos caracteres cuaresmales que tengo en el tintero o concluiré de una vez mi articulejo? Estoi por lo segundo. Nuestra católica sociedad se pone tan *suscep-*

tible en estos cuarenta dias, que hasta de la murmuracion, su ejercicio cotidiano, hace un pecado imperdonable. Lo que en todo el año es inocente i decoroso, resulta ser en la cuaresma una causa gravísima. Maldito lo que entiendo de esto; pero tampoco entiendo muchas cosas que pasan i me callo, vuelven a pasar i yo torno a callar.

(6 de abril de 1844.)

EL PROVINCIANO

EN

SANTIAGO.

El Mahometano tiene que peregrinar una vez en su vida, por lo menos, a la sagrada Meca i visitar los Santos lugares de su creencia i tradiciones. El pintor europeo no es pintor si no ha visitado las capitales de la Italia i los paisajes de la Suiza. El anticuario, para pasar de la clase de simple aficionado, necesita ir a robar algo de las ruinas de Atenas, de los sepulcros de los Faraones, o hacer viaje al Perú a exhumar momias i rejistrar *huacas*. El elegante Santiaguino que no ha ido a Paris a estudiar en su fuente, a ver llenos de vida los tipos de la moda que por acá nos llegan litografiados, debe abandonar toda esperanza de ganar celebridad en su carrera. I cuidado que los que se meten en ésta, rara vez quedan buenos para brillar en otra.

Tan indispensable como estas visitas es la que tenemos que hacer los provincianos a la capital de la república. El que no ha pagado este tributo, sin causa poderosa a estorbarlo, es mirado como un pobre hombre,

como uno de esos individuos-máquinas, que tienen el triste privilejio de no sentir las delicias de la música ni ninguna de las celestes impresiones de lo bello.

En efecto, para que lleguen a viejos los provincianos sin haber tocado la necesidad o venídoles el deseo de dejar su aldea e ir a Santiago, es preciso que sus dias hayan trascurrido bien animal i tontamente; es preciso haber vivido sin saberlo, sin que nunca, permítaseme la espresion, se hayan sorprendido existiendo. Felizmente no tenemos en nuestros pueblos sino uno que otro de estos autómatas; i esos no pertenecen a la época que recorremos. Son, en realidad, los únicos estranjeros que hai entre nosotros, i el lastre inerte que arrastramos en nuestro gran viaje.

Los jóvenes de provincia, que no han sido educados en los colejios de la capital, anhelan visitar ese recinto afortunado, donde una residencia de pocos meses les ha de enseñar mas que todos los cursos que han seguido en su pueblo; donde las luces de la civilizacion, semejantes al fluido resplandeciente del mediodia, todo lo invaden, todo lo trasminan, todo lo inundan i a todo dan animacion de inagotable vida. No sé si me engañe; pero creo haber descubierto en muchos de mis amigos provincianos que se preparaban a dar, por primera vez, una vueltecita por Santiago, cierta placentera confianza, no de satisfacer su simple curiosidad, sino de aprender algo útil, de adquirir conocimientos que instintivamente echaban de menos i de despejar un tanto el espíritu de esa bruma inesplicable en que le vemos envuelto los que le hemos cultivado poco. Ellos han visto que este corto paseo, este lijero *baño de Santiago* ha obrado prodijios en otros: que han vuelto trayéndose, a la vez, graciosas maneras i no poco desarollo intelectual, los mismos que antes no podian desenredarse de su timidez

i encojimiento habituales; timidez i encojimiento que, sea dicho de paso, si una fatalidad ha sancionado ya como característicos del provinciano, casi nunca prueban un mal irremediable, casi siempre no son sino un grósero capullo dentro del cual se hallan los jérmenes de mui preciosos talentos. [Sirva esto de consuelo a quien le plazca, i vamos adelante.]

No le busqueis un tipo a mi viajero; porque declaro que no le tiene. Es un *sui generis* que yo he creado. No es ni chilote, ni penquisto, ni maulino, ni coquimbano: no ha nacido en ningun lugar de ninguna de nuestras provincias. I si hai maliciosos que se lo achaquen a cualquiera de ellas, puede esta protestarle, diciendo lo que Quevedo del hijo que, una vez, quisieron colgarle. Con lo cual será cosa sabida que la criatura es aborto mio; pero que todas han contribuido a formarle.

Va de cuento. Es una noche de ansiedad i de insomnio, la última que pasa el provinciano en su camino a la capital. El dia siguiente va a ser un dia de acontecimientos, de pasmos i grandes novedades, cuya sola imajinaria prevision empieza a aturdirle i agobiarle. Le sucede lo que a todos, que al aproximarse la realizacion de lo que mas ardientemente hemos deseado, se nos ahogan el corazon i el alma en sofocaciones mortales. ¡Malditos engorros, ellos nos confiscan la mitad de la dicha, ellos nos arrebatan la ocasion de saborearla desde que, a la distancia, la vemos venir por nuestro lado! Un minuto ántes de oir, por primera vez, cantar a la señorita Rossi mi corazon parecia inflamado i latia borrascosamente: cuando ella empezó yo estaba casi accidentado.

La primera impresion que recibe nuestro viajero, al acercarse a Santiago, es la aparicion lejana de sus blan-

cas torres, descollando sobre una mancha confusa de objetos que no alcanza a distinguir la simple vista. Colocada, como está, nuestra ciudad reina al pié de los Andes, con cuyas alterosas moles forma un humilde contraste la elevacion pigmea de sus alamedas i de sus mas soberbios edificios; no permitiendo la llanura que la rodea, que desde léjos pueda uno contemplar su vasta estension, el conjunto simétrico de sus divisiones i la variedad de sus pintorescas localidades, el provinciano se aproxima a ella desprevenido, no preparado para recorrer sus interminables calles, para soportar sin aturdirse la sucesion de tan estrañas escenas i para no sucumbir al ruido i batahola de aquel griton i alborotado jentío.

Embebida su atencion en la muchedumbre de viajeros de todas clases que alcanza o encuentra por los callejones donde se ha metido, penetra de repente en los suburbios de la ciudad, en esos hormigueros de democracia, que, siempre en gresca i algazaza, ofrecen de ordinario a las puertas de la capital, las mismas babeles dominicales de los campos de provincia, en que tienen lugar las partidas de chueca o las carreras de caballos.

Acostumbrado el provinciano al yermo de las calles de su villa, al silencio de media noche que al medio dia reina en todas ellas, su estrañeza es indefinible cuando llega, por ejemplo, al *conventillo*, i se ve rodeado de su tremendo tumulto, de su hacina impenetrable de bestias i carretas, de hembras i machos, de cuadrúpedos i bípedos que le obstruyen el paso, le tiran el poncho, le animan el caballo, le gritan, le saludan *a dios ñor quien — cómo quedó su ñaña — a cómo las lanas — dónde dejó la tropa*; haciendo en fin, otras mil diabluras que siempre tienen a mano para conseguir que

se alborote el caballo i que el jinete se vea en amarillos afanes ántes de sosegarle i traerle al buen camino. Infeliz de nuestro amigo si, por no *agarrarse* lo suficiente, viene a tierra al ruido i chifladera de aquella turba beduina, que aplaude el porrazo lo mismo que si fuese un lance de equitacion nunca visto. Todos entónces se le van encima a favorecerle, levantarle i sacudirle: en un dos por tres, le dejan al pobre, aliviado, no precisamente del dolor de sus contusiones, sino del peso de su bolsillo, de sus espuelas, de su sombrero, amen de varias piezas de la montura, que, como lo demas, desaparecen por encanto entre esta jente honradísima.

I luego si el vijilante se presenta en la escena i empieza a averiguar lo que ha motivado aquel escándalo, suele pasar adelante la aventura.

—«Mire usted, vijilante, esclama el provinciano, estos pícaros me han salteado. Haga usted que parezcan mi sombrero, mi dinero . . .»

—«¡Miente!» gritan cien voces a la vez.

—«No le crea usted, ño Juan,» dice uno.

—«No traia sombrero;» asegura el mismo que lo está acariciando bajo el poncho.

—«¿Quiere que le diga, ño Juan? lo que hubo fué que *el hombre* venia galopando i tropezó el caballo i... yo no *vide* mas.»

El vijilante, que ántes de serlo ha tenido que pasar indispensablemente por la escala de espantador de caballos i desnudador de caidos caballeros sabe por esperiencia que negocios como el que se ventila, son otro nudo gordiano sin mas solucion que la consabida. Así, pues, proclamando en alta voz la *lei marcial*, o lo que

es lo mismo, notificando que procederá a resolver el problema del susodicho nudo, si no se disuelve el tumulto, todos se hacen azogue por aquellas madrigueras, menos el provinciano, que todavía tiene que sufrir una *peluca* por haber *galopado a caballo*, en contravencion de las ordenanzas municipales. — *No el cobro a usted la multa*, le dice el juez ecuestre, *porque veo que usted es del campo.* — *Muchas gracias*, contesta a este cumplido nuestro paisano, i coje su camino con Dios i esta primera leccion de mundo recibida.

Pero supongámosle alojado ya en una de esas *casas-omnibus* de las inmediaciones de la alameda, cuyos dueños tienen a bien llamar posadas, i que, si ellos no me lo tienen a mal, yo llamaré ratoneras. Sí, señor: tan ratoneras como las que en Peñaflor ha fabricado el amable don Pedro Valenzuela, para que se aniden de noche los petimetres de Santiago, que, por economía, van a pasar en aquel Eden la *buona vita* i el verano. Supongamos, repito, a nuestro viajero hospedado en una de esas casas, que están a la disposicion de los provincianos i que por su aspecto en jeneral, parecen hechas a propósito para la aclimatacion de sus huéspedes; es decir, para que no tengan que estrañar sus habitaciones natales. Cuatro paredes cubiertas de letreros i jeroglíficos, un techo con cielo raso de telañaras, colgaduras de lo mismo, piso de suelo color plomo i el todo con olor a inmediaciones de cocina; una mesa mas que coja, un catre de madera rezongon i rechinante i dos sillas indíjenas: hé ahí el menaje que se proporciona en Santiago un provinciano neto, quizás por no tener el instinto de buscar otros mejores. Si a estos muebles añadis la carga de baules i la montura, que tambien se coloca dentro para evitar que los perros trunquen sus cueros i correajes, tendreis el total de comodidades de que se

rodea el huésped, para creerse establecido a qué quieres boca.

En este sitio pasa la primera noche. Despues de confiar a su almohada ese vago sentimiento de tristeza que se apodera de nosotros cuando recien llegamos a un punto, donde nada nos pertenece, donde todo no es desconocido, hombres i clima, objetos i costumbres, el provinciano se queda, como un ánjel, profundamente dormido. Pero vencida la fuerza del primer sueño, una pesadilla horrenda le acomete, los rotos del *Conventillo* le asaltan, le cojen, arañan, rasguñan, punzan i desuellan vivo; i él no puede ni dar voces, ni pedir socorro, ni desasirse de aquel enjambre de verdugos. Largo tiempo pasa poseido de estas fantásticas angustias; larga es i furibunda la batalla que sostiene con los agresores, hasta que, al fin, consigue despertar i se siente devorado por una fiebre horrible. Salta de la cama; enciende luz, i se convence de que siempre la mentira es hija de algo. Los bichos del catre i no los del *Conventillo* son los que acaban de darle tormento.

Escusado es decir que el madrugon de nuestro amigo tiene, con tan poderoso motivo, su si es no es de trasnochada. Cuando Dios echa sus luces, ya él se ha echado al cuerpo de doce mates para arriba i el duplo de cigarros por lo ménos. Concluido lo cual se afeita i prepara para salir a *curiosear*, miéntras llegan horas adecuadas a lo que se propone hacer o cumplir.

Grandes, espesas i alborotadas patillas que sirven de marco a una cara rechoncha i tostada; dos cuellos largos, puntiagudos, doblados horizontalmente, formando una peaña sobre la cual descansa toda la cabeza; corbatin de terciopelo; chaleco vistoso por cuya abertura se ostentan la calada camisola i su vivo color rosa, los

botones de brillo i las puntas bordadas de los suspensores; pantalon con peales de tobillo a tobillo; botas de alto taco i bulliciosas; fraque de arrugados faldones i cuya hechura prueba que el sastre se empeñó no poco en imitar la moda que, seis meses há, apareció en la provincia; sombrero negro de felpa, cargado pretenciosamente sobre la oreja derecha, guantes enormes como para manos crecedoras, hé ahí la *decencia* con que el provinciano suele exhibirse, poco despues de amanecer, por las calles de Santiago.

Entre chanzas i veras le han repetido mui amenudo, ántes de partir de casa, la amonestacion siguiente: «Cuidado, amigo; no vaya Ud. a quedarse con la boca de par en par, al ver esas maravillas; mire Ud. que le tomarán, entónces, por un huaso.» De modo que, al echarse por las calles de la capital, a lo que mas atiende es a su boca, temiendo que algun descuido le deje en un insubsanable descubierto. Todo le pasma, todo le admira; la concurrencia, el bullicio, las lindas casas, los nobles edificios, las elevadas torres, las vastas alamedas, las buenas mozas, todo en fin es nuevo i sorprendente para nuestro recien llegado; pero creyendo de conveniencia i de buen tono no dispensar a nada atencion alguna, lleva pintadas en su cara i talante gran indiferencia, mucha seriedad i todo el tufo oficial del juez de primera instancia de su tierra.

En la mayor parte de los pueblos de provincia la vista de una cara nueva es una fiesta que hace furor, i alborota a las jentes lo mismo que a la aristocracia de Santiago, la aparicion en sus salones de algun conde o marques verdadero o apócrifo. Nuestro provinciano, pues, recordando lo que pasa en su pueblo con las caras nuevas, marcha con la aprension de que la suya es tambien mui notable en las calles de la capital i de que

cuantos la encuentran, querrán tener el honor de conocerla i el gusto de saber de dónde ha llegado. Por eso el enfrentaros os fija la vista como para averiguar lo que pensais de su persona; por eso, a fin de pareceros bien, va tan encolado i con todo el aire que estudiosamente se da el que se acomoda para que le retraten; por eso, queriendo conquistar simpatías, le vereis saludar i gastar los cumplidos de *pase Ud.* — *gracias* — *no se incomode Ud.* — con los que van i vienen, sin que le hagan maldito el caso i sin darle muchas veces otra contestacion que la de *vaya Ud. a un demonio.*

Eso sí, con los rotos no capitula jamas. Siempre anda disputándoles la vereda, arrojándoles al medio de la calle i apostrofándoles de *canallas* i *ladrones*: hasta que en una de esas se complotan tres o cuatro; le cargan, le sumen la boya; le dicen *chillanejo bruto* o *colchagüino bestia*, i se queda nuestro amigo con una segunda leccion de mundo, para no olvidarla miéntras ande rodando tierras.

En este dia recorre muchas calles, se acerca a muchas iglesias i conoce de vista una infinidad de objetos, de cuya celebridad ha oido varias veces ocuparse a los vecinos de su villa. Visita el edificio de la Compañia, al que, no pudiendo los clérigos estender por ningun lado, le estan elevando hácia el cielo como quien guia una añosa enredadera de flor de la pasion o de suspiros. Tambien ve las antiguas Aduana i Moneda; cosas que, segun parece, se están refaccionando para que sean la espresion tipo de nuestro progreso: lo nuevo remendando lo viejo; lo viejo apuntalado por lo nuevo: con lo cual se conserva i perpetúa la polilla, lo mismo que si diariamente recibiese las bendiciones del cielo. Todo es progreso. ¡Viva el progreso!

Al dia siguiente se dirije el provinciano al Instituto Nacional, donde tiene un primo hermano para quien trae varias cosas en efectivo i muchos recados de toda la parentela. El portero le dice: *pase Ud., siga ese corredor i pregunte por ahí.* Sigue el corredor, pregunta i un colejial dice que el tal su primo vive en el patio de *allá atras.* Pónese a proseguir el nuevo derroterro: entra en nuevas averiguaciones, i otro buena alhaja le señala una puerta abierta, por la cual penetra el provinciano, que anda ya medio corrido, i se encuentra en un salon con cuarenta o cincuenta niños, en clase; los cuales no bien divisan aquella exótica figura, que echan a reir a pierna suelta. Sale de aquí con viento fresco, i hai todavia inhumanos que le hacen meterse en el comedor i en la capilla. Ello es que no da con el primo a quien busca, sino despues que le han metido donde se les ha antojado, como al que se da por vencido en el juego de adivinanzas, o como al que hacen ir, volver, andar i tornar en el otro de los huevos.

Se despide del pariente i de la casa, dando un abrazo al primero i echando su cordial maldicion a todos los demas que viven en la segunda. Una vez en la calle, toma por la que va a la plaza de la Independencia, cuya pila, portales, palacios, catedral i casa de correos le han recomendado estraordinariamente. Pero el diablo le lleva de la mano. Por mirar en su camino la inmensidad de chiches de una joyeria francesa, no ve la cáscara de melon que unos muchachos han acomodado en la vereda: pisa la trampa, carga el cuerpo, i el resbalon es tan grande, como la caida ruidosa, la befa brutal i tremenda: — *allá va eso* — *casi habia caido* — *venga, lo levantaré*; i mil carcajadas de demonios son el único eco que encuentra la descomunal i provinciana costalada.

Andando los dias, llega uno en que mi querido paisano va por una de las otras calles, como quien dice, *sin destino ni concierto.* Ve venir de frente un hombre; cree reconocerle, i en efecto, es *Don Pedro*; el apreciable Santinguino que, en la primavera última, anduvo comprando bueyes en la provincia de nuestro amigo; el mismo que, en su casa, fué hospedado, servido, celebrado como un padre comendador, no por recomendaciones ni por plata sino porque era forastero i parecia un buen sujeto. ¡Qué encuentro! Al fin tengo un amigo, dice para sí el provinciano. I lleno de alegria, con la mano i brazos estendidos i paso apresurado, se dirije al bienvenido huésped de la casa de su padre. El Santiaguino ha reconocido tambien al *huaso*; el buen tono no permite ser grato a los servicios recibidos en provincia; tampoco seria bien visto que en una calle pública se parase *él* a hablar con *aquel hombre*: todo lo cual considerado, hace su excelencia como que mira hácia atras i pasa rozándose con el recien llegado, sin atender al espresivo *¡Señor Don Pedro!* que este lanza poseido de su indefinible alborozo. Un chasco tan inesperado es para mi amigo una leccion fecunda i preciosa. Desde este instante, el resentimiento anima su coraje i le entona de manera que empieza a brillar en su frente cierto airecillo de dignidad no traido de su tierra. *¡Bribon*, dice pasada su sorpesa, *algun dia volverás a comprar bueyes!*

De este linaje son las caidas i *chambonadas* en que suele incurrir un hijo de las provincias, que por primera vez llega a Santiago. No hai paso que dé, palabra que pronuncie, ropa que vista, ni jénero de cosa en que se meta que no sea para su ruina, que no promueva la burla i la risa de cuantos con él topan. Por eso yo aconsejaria al provinciano que su primera dilijencia, así que se encuentra en la capital, sea de ponerse en rigo-

rosa cuarentena, no haciendo su *entrada en aquel mundo* sino despues de pasar este período de maldicion, mas o ménos largo, segun el carácter i antecedentes del individuo.

Porque, al fin, es cierto que el tal período tiene término. Si el recien llegado hace conocimiento con alguna de esas excelentes familias que abundan en Santiago, debe a ella sus primeras reformas. Las niñas de la casa, que no pueden ver una buena talla cubierta con un feo vestido, se interesan en el arreglo de aquel personal para poder tomar su brazo sin peligro de que por ahí señalen la pareja con el dedo. I bajo la franqueza que desde luego inspira esa especie de inferioridad social en que se halla todo neófito, le advierten: hoi, que ya no se usa la camisa bordada; mañana, que ese frac es espantoso i los pantalones i chaleco malditamente cortados: despues, que la cabeza i patillas necesitan ir a la peluquería, e insensiblemente obran tal revolucion en el alumno, que al cabo de poco tiempo, parece otro i es ya digno de hacer cualquier papel al lado de sus amables protectoras. El primero que se le encarga es, por lo regular, de sustituto, auxiliar o suplefaltas. Sus méritos suelen o nó elevarle al desempeño en propiedad de algun empleo.

¡QUIEN TE VIÓ

Y

QUIEN TE VE!

Pocos pueblos habrán obtenido una infancia tan larga i mas parecida a la decrepitud que la villa de San Francisco de la Selva, hoi ciudad de Copiapó, capital de la provincia de Atacama. Pero tambien es cierto, que mui pocos harán un progreso mas rápido i mas a vista de ojo, que el que en estos últimos años le ha venido la gana de recorrer a nuestro amado rincon. Se puede decir de él lo que del niño, que de repente sufre un jigantesco desarrollo: *se le ve crecer*.

Todos aquellos de mis paisanos, que no quieran hacerse criaturitas de ayer, recordarán lo que era esto, treinta, cuarenta o cincuenta años ha. Un asiento de minas con sus cinco o seis trapiches de oro o plata; i este oro o plata el único aliciente que allá por la muerte de un obispo, solia atraer a algun especulador valiente, como el que en nuestros dias lleva sus añiles i chaquiras mui al interior de las tierras de Arauco.

Los algarrobos, chañares i dadines no solo dividian las propiedades unas de otras, sino que sombreaban las

habitaciones e invadian los patios i aceras de las calles. En la plaza principal crecian, segun es fama, estas plantas indíjenas en la misma paz i libertad que antes que Diego de Almagro viniese desde el Perú a alborotar este entónces silencioso valle.

Un subdelegado de los reyes católicos gobernaba en toda la jurisdiccion de Copiapó, precisamente como gobiernan hoi en Chañarcillo i San Antonio los subdelegados de la república; me esplicaré: tenian el encargo de hacer el bien, dejándoles al mismo tiempo todo el poder, facultades i *multas* para obrar, si querian, el mal. Así es, que siempre era un favor especial i una merced recibida, esto de que no le ahorcaran a usted el dia que usted menos se lo esperase. El pueblo semejaba entónces a un vasto monasterio de ambos sexos, que vivia, comia i dormia a golpe de campana. De madrugada les llamaba a misa el cura: a las doce del dia, tocaba *la agonía de las ollas* el sacristan: a la oracion, vuelta a sonar la campana para que todos fuesen a bostezar en la leyenda i distribucion; i mas tarde, a eso de las diez, se tocaba la *queda*, hora en que el subdelegado mandaba a su jente que se acostase a domir i apagase las luces; so pena de *ocho dias de trabajo en el cuartel* o multa de tantos pesos. Entónces todos sabian que los pesos eran para el subdelegado: hoi nadie puede jurar que conoza, a punto fijo, el abismo donde van a parar.

En aquel tiempo, solo habia algunos ricos i un hormiguero de pobres, tan pobres como Adan. Los primeros formaban la corte del subdelegado: todos eran alféreces reales, maestres de campo i compadres del mandatario, única condecoracion que hasta hoi se conserva con sus preeminencias i propinas: las otras han vuelto a lo que eran, se han vuelto humo.

El solo asunto conocido entónces por *de interes público* i que alcanzaba a conmover la comunidad estraordinariamente, parece haber sido el turno de aguas. Hubo autoridad apedreada por el pueblo, a consecuencia de haberlas distribuido favoreciendo a los ricos; i hubo otra que habiéndolas repartido no al gusto de éstos, necesitó de atacarles con el pueblo hasta incendiar sus sementeras, para plantear la reforma.

No se conocia otra policia que la mui inquisitorial ejercida por el cura de la parroquia; cuyas atribuciones no se limitaban a casarle a usted contra su voluntad, sino que tambien le metia a usted a la cárcel o le desterraba a usted del redil con una escomunion mayor, cuyos olores pasaban a sus descendientes.

Los comendadores de la Merced i guardianes de San Francisco constituian otro poder terrible. De consiguiente, encompadrarse con ellos, se tenia por el gran honor de aquel entónces; recibir sus visitas, por una bendicion de Dios, i no caerles en gracia, por el conjuro, por la piedra mas pesada que podia aplastar a un individuo.

Las reuniones de familia poco se usaban por la noche i solo cuando ocurria un casamiento, un óleo u otro motivo de regocijo, armábanse algunos saraguetes. El minuet ejecutado por la primera notabilidad femenina, regularmente no la mejor moza, abria la sesion; despues de lo cual todas las demas tenian permiso para salir, a su vez, a dar ese paseo donairoso, esa exhibicion de gracias i de belleza a que se halla reducida esta magnífica antigualla. La etiqueta de romper el baile con un minuet aquella que se consideraba reina del estrado, fué por largo tiempo, un motivo de querellas i quejas contra las preferencias. Pero despues se estableció que esta prerogativa la tendria precisamente la mas entrada en años;

con lo que hubo vez que ninguna quiso recibir tan disputados honores. En todos tiempos la mujer ha sido incomprensible.

El ajuar de la pieza principal de una casa consistia en un largo tarimon, con una alfombra por encima i una madriguera de ratones por debajo: sobre el tarimon i a lo largo de la muralla, una fila de cojinillos semi-moriscos con espaldares de zaraza o *zagalejo*, a guisa de colgaduras. Este era el asiento esclusivo de las damas, i ningun hombre, que no fuese fraile de campanillas, podia profanar aquel sagrado. En una de las cabeceras del estrado se arrepollaba sobre una pequeña alfombra la dueña de casa, teniendo siempre a su lado una cajuela cubierta de mosaicos de plata i de concha de perla. Al frente de este aparato se veian un escaño i varios taburetes de madera; tan propiamente madera que solo le faltaba la facultad de arraigarse i retoñarse: aquí se acomodaba el otro sexo. Debajo del escaño i taburetes dormian las palomas caseras; tejian sus telas las arañas; guardaban las chiquillas sus muñecas i las niñas sus zapatos mas usados, i como nunca pasaba por ahí la escoba, no era de admirar que saliese tambien uno que otro chañarcito. Completaba el menaje una mesa enorme, por lo regular de sauce, sobre la cual vivian en perfecta armonía los santos milagrosos de la familia, el mate i el zahumador de plata, un espejo de cajoncito, un florero bien surtido, varias chucherias i el gato regalon de la señora.

Tal era, poco mas o menos, Copiapó en aquellos dias de su larga infancia. Así vejetó por cerca de un siglo, sin que la vida de sus habitantes esperimentase otras crisis que las ocasionadas por algunos descubrimientos de minerales o por los fuertes terremotos que se dejaban sentir aquí de vez en cuando.

La revolucion de la independencia alcanzó a convulsionar estas costumbres i este modo de *estar* de nuestro pueblo, no obstante su aislamiento del teatro de los sucesos i reformas. Ella introdujo cierta fermentacion en la vida de inercia que se llevaba; i como en todo el territorio, los hombres vieron que se podia pensar i obrar, i pensaron i obraron en un círculo mas estenso, que aquel que hasta entónces tenian por descubierto.

Pero es indudable que Copiapó no ha empezado de veras la carrera de los adelantamientos, sino desde diez años a esta parte. La esplotacion de Chañarcillo, San Antonio i demas ricos minerales; la comunicacion frecuente en que hemos entrado con otros pueblos i otros hombres, la inmigracion de arjentinos, i varias circunstancias de importancia han dado gran impulso a nuestra poblacion, comercio, industria i cultura de costumbres; mejoras que lo serian hoi mui débiles, si se hubiesen obtenido por efecto solo de nuestra revolucion civilizadora.

Seis establecimientos de beneficio de minerales de plata, con una maquinaria estrepitosa i cuantiosos capitales, amenazan pulverizar i disolver todos los cerros del departamento. Parece ya una mania la planteacion de estas importantes empresas: unas están en embrion, varias en proyecto. I es verdaderamente pasmoso i mui lisonjero, que mientras mas máquinas hai para devorar metales, mayor número de cajones entra por las puertas de los establecimientos. La concurrencia ha venido a ser un admirable fomento de esta industria.

Todo un intendente dirije en el dia los negocios públicos del departamento; i no hai quizás, en toda su estension, mayores desórdenes que los ocasionados por la imprudencia i donquijotismo de los mismos mandatarios subalternos.

Una poblacion numerosa se halla consagrada a todo jénero de industrias, tanto en esta ciudad como en el resto del valle. Los progresos de la agricultura son verdaderamente increibles, si se atiende a que cinco o seis años ha, yacia en un triste abandono.

El robo i la mendicidad son mui raros; porque el trabajo proporciona a las clases pobres una suficiente subsistencia. La propiedad se halla repartida: hai un sin número de pequeños capitales en activo ejercicio; i los especuladores del comercio mantienen el mercado en la abundancia. Todo es caro; pero nada falta.

Los curas i sacerdotes han renunciado a sostenerse en un prestijio que no puede existir sino fanatizando al pueblo i perpetuándole en la ignorancia. Hoi ya no son temidos, son amados; porque ellos aman a todos, porque favorecen al pobre, hacen dar al rico, abren escuelas, levantan templos i emprenden obras, en que el beneficio de la humanidad es el primer fin i objeto que se proponen. No hago escepciones: pero creo un deber mencionar aquí los nombres del apreciable canónigo don Joaquin Vera i de frai Francisco Bustamante: ambos, por su trabajo, por su desinteres, por sus nobles i evanjélicas virtudes se han hecho acreedores a la gratitud i amor de nuestro pueblo.

Ya no hai tarimas, ni escaños, ni taburetes. Muebles elegantes se han sustituido a esta coleccion de respetables mamarrachos. Los alfombrados de tripe, sofáes i sillas de crin, el mármol i la caoba, los espejos i pianos cubren hoi las piezas de recibo, cuyas paredes tampoco admiten colgaduras de zaraza sino bonitos empapelados.

Nuestra sociedad, cuando quiere serlo, ofrece tantos placeres i atractivos como las mejores de provincia. Solo falta que se use buscarla; que se prefiera el té servido

por una señorita al que preparan los criados en las casas de los solterones, i que despues de cerrar la tienda, donde hemos engañado a medio mundo, busquemos en los estrados quien nos engañe a nosotros. Recuérdense esas bellas temporadas que suelen brillar en la vida *macha* que llevamos, lo mismo que un dia hermoso en invierno encapotado; recuérdense las noches de setiembre, i véase cuánta elegancia, cuánta amabilidad se dejan por ahí, en un olvido indigno, en una inaccion lastimosa.

A vista del contraste entre el Copiapó que fué i el que vemos, tienen mucha razon algunos para esclamar, llevándose ambas manos a la cabeza: *¡Quien te vió i quien te ve!*

(10 de abril de 1845.)

EL

PROVINCIANO RENEGADO.

Entre las muchas cosas que para ser entendidas necesitan ser esplicadas, debo contar i cuento el epígrafe de este artículo. Hablando *diccionariamente* tanto vale ello como decir *el provinciano que renuncia la lei de Jesucristo*; pero no es este mi asunto, porque, a Dios gracias, uno de los mas bellos negocios que por estos mundos hacemos todos, es tratar de persuadirnos unos a los otros que nos mantenemos en ella. Que ninguno crea a ninguno, es otra cosa.

El provinciano que se va a vivir a la capital, renunciando su provincia, la provincia de sus padres, en la cual nació i le criaron; hé ahí lo que, si no digo, he querido decir en mi epígrafe: ese es el tema de lo que por ahora salga.

El hijo de provincia, que es dueño de un caudal viejo i tradicional, de capitales acumulados poco a poco por él o sus antecesores, rara vez o nunca abandona el pais de su cuna. Sus relaciones i negocios son ya raices que le ligan decididamente a este suelo; i se hacen invencibles sus simpatias por los fundos heredados o por los que le deben su creacion i cultivo. Los árboles a

cuya sombra jugueteó cuando niño, los plantíos que ha formado, los brutos que ha domesticado, los inquilinos que le han servido, la gratitud de cuantos han recibido sus favores son conquistas a que si alguna vez renuncia, no es sino contrariando las mas fuertes i gratas de sus afecciones. Por eso se ven, en casi todos los pueblos de provincia, alguna o algunas de esas antiguas i ricas familias, cuyos apellidos, ni por vástagos se han trasplantado jamas fuera de sus alrededores.

La clase media tampoco produce provincianos renegados. Ningun individuo de ella deja de estar, poco mas o ménos, contento de su estado; ninguno descubre otro horizonte de vida que el de la que lleva; ninguno ambiciona sino mui modestamente, i todos tienen el instinto de sostenerse en su mediocridad, de no aventurar cosa alguna por la simple esperanza de mejorar de suerte. Si hai hombres felices en la tierra, búsqueseles en la clase media de las sociedades.

Los proletarios no emigran a la capital sino por el hambre, o por haber cometido algun delito en su provincia. Las vejaciones consiguientes a su enrolamiento en las guardias cívicas, enrolamiento que en nuestros pueblos se practica con todo el rigor de un caso de lei marcial, obligan a los individuos de esta clase a desertar de su pueblo, i a meterse en Santiago, donde no les persiguen en complot los cabos, sarjentos i oficiales del batallon o escuadron en cuyas filas le han enrolado.

Los que, en provincia, se hacen repentinamente ricos, emprenden indefectiblemente esta misma emigracion. Son bien conocidas i harto justificadas las causas que les obligan a este *reniego*. La primera hacer su gusto; la segunda comprar hacienda, casa, chacra i quinta; la tercera rodar coche; la cuarta exhibirse; la quinta poner

a cubierto sus capitales de los ataques del gobernador, subdelegados e inspectores de su departamento, que si no son amigos suyos, le declaran guerra a muerte, le sacan contribuciones i le imponen multas i penas hasta por los bostezos i eructos que se le vienen, sin poderlos evitar o contener.

Pero entre estas causas, i las mil i mas que justifican semejante desercion, hai una, quizá i la mas poderosa de todas, en la que segun parece poco se han fijado los curiosos antes que yo. Tengo para mí que ella es el *secreto* de estos emigrantes.

El que repentinamente se hace rico, no es sino despues de haber probado, por muchos tiempos, la desgracia de ser pobre. La fortuna se burla del hombre dándole por lo regular, a manos llenas, cuando los trabajos i los años le han maltratado de modo que ya los goces de la vida no le saben mas que a totora. En sus muchas épocas de escasez, el rico improvisado necesitó que uno le habilitara en sus empresas, que otro le amparase con su crédito, que éste le consiguiese esperas, que el otro le prestase su dinero. El rico improvisado, antes de serlo, tuvo camaradas, tuvo compañeros de infortunio, tuvo amigos que partieron con él su pan i su bolsa. Sus hermanos nunca le cerraron las puertas aunque, como él, eran pobres: varios parientes le ayudaron si no con plata con buenos consejos; i unas cuantas tias viejas le repetian a menudo la profecia de que Dios les habria, al fin, de oir sus oraciones i habria de darle un tesoro el dia ménos pensado. El rico improvisado, cuando llega a serlo, se encuentra como nos encontramos todos los pobres, cargado de esa inmensa deuda de gratitud, a parte del dinero, que es tan difícil cancelar con la plata. ¿Qué sucede, pues, cuando un hombre de estos mejora de fortuna, encontrando el tesoro

que por tantos años ha perseguido? Un juicio final, un concurso de innumerables acreedores, un improtestable pedir i cobrar de servicios insolutos. Los acreedores por dinero efectivo son entónces unas ovejas; las demas son inexorables. El amigo quiere plata; el patron usurero, plata; el antiguo aparcero, compañía; el pariente una fianza; el hermano interes en la negociacion; los camaradas mantel largo i francachela; i las tias viejas, rapé, cofias i pelucas. A todos se les hace su gusto, todos quedan contentos, ninguno tiene de qué quejarse. Pero a poco andar, el uno quiebra, el otro pierde al juego capital i ganancias, el hermano se fundió, el pariente se fué; i tornan a pedir i vuelven a llorar hasta volver a obtener, sin que el recien afortunado pueda verle otro término, que el de su fortuna, a tan furioso demandar.

Esta conjuracion es, a mi ver, la que hace emigrar a Santiago tantos capitalistas hijos de provincia.

Hablo aquí de los que lejítimamente i por medios conocidos adquieren sus riquezas, que en cuanto a los que de repente aparecen millonarios, contándole al vecino que ni han heredado, ni hallado ningun entierro, ni recibido talegos por milagro, sino solo administrando rentas, esos se meten a la capital como quien se mete a un bosque, huyendo de las malas lenguas, de las calumnias de unos i de la envidia de otros.

¿Qué le pasa al provinciano rico al encontrarse en sus nuevos hogares? Los primeros que le visitan son los médicos. Lo mismo es adquirir un caudal, que la compensacion infalible de la vida humana nos pone en la otra alforja alguna dolencia, alguna fístola incurable u otra servidumbre de este carácter. Cuando no hai eso por casualidad, la susodicha compensacion, como si fuese cosa viva, se vale del cambio de temperamento para

convertir el cuerpo del *renegado* en la mansion predilecta de todos los constipados, indijestiones, cólicos i reumatismos endémicos i epidémicos, conocidos bajo el cielo de Santiago.

Luego que mejora, i digo *mejora* porque nunca consigue verse sano, compra la hacienda, la chacra i la quinta. La primera se arrienda i en la segunda se acomoda con su familia i es de notar que por magnífico que sea el edificio, tal es la lobreguez, el silencio que allí reinan, que mas que casa, parece un magnífico sepulcro. En la morada santiaguina de un provinciano, nunca resplandecen las bujías de una fiesta ni se oye el alegre ruido de un sarao. Cualquiera diria que estas jentes, al irse a la capital, se retiran del mundo.

Si la emigracion ha sido *con familia i todo*, los niños luego se aclimatan en los colejios; pero el resto de los individuos de ella se agostan i marchitan, como esos arbustos tropicales recien trasplantados a donde reinan las nevascas de los polos. La mujer siempre suspira por los parientes que dejó, por las amigas de su niñez, por la franca cordialidad de las relaciones a que tuvo que renunciar. Las nuevamente adquiridas en Santiago, la torturan con su insipidez i ceremoniales; cada visita que debe, es una cuesta arriba que tiene que subir, cada salon en que ha de entrar es un hostil i rigoroso exámen a que se va a esponer. En la sociedad de provincia ocupaba el primer rango; en la nueva, alguno mui secundario, i muchas veces mas le valiera no ocupar ninguno.

Una vez completamente instalado el desertor de su provincia, entabla el negocio de banquero i se echa al campo de la usura, cosa que entiende espantosamente bien para los que toman sus capitales. Para concluir un contrato de éstos con cualquiera de ellos, es preciso

que el ajente o corredor se les presente a horas en que la dijestion esté hecha; que vuelva dos o tres veces a saber la resolucion; que ofrezca una letanía de fiadores, i por último, que asista a la redaccion de una boleta de escritura pública cuyas innumerables cláusulas i amarras forman un enmarañamiento semejante al que, de maromas, cables, aparejos i garruchas, ostenta un navío de tres puentes. No hai ejemplo de que un usurero *renegado* haya perdido un medio real por un desliz de confianza. De aquí nace que ellos son el último enemigo en cuyos brazos se echan los apurados, la víspera de zamparse en el pozo mas hondo.

Estos ricos emigrados, aunque en sus provincias i en sus pobrezas hayan sido mas liberales que una sociedad patriótica, luego que se establecen en Santiago se hacen mas pelucones que el liberal que alcanza a ser ministro. El gabinete nunca deja de darles la única colocacion que pueden tener en los negocios públicos: se rodea de ellos, como se rodea de murallones inconmovibles i de estacadas intraspasables, el militar que quiere defender la posesion del terreno que ocupa. Como hombres de estado son un verdadero cal i canto.

Al lado de esta recomendacion tienen el defecto de ser mui ingratos para con su provincia, de la que si se acuerdan alguna vez, es con la misma vergüenza que les causa la memoria de haber sido pobres.

Cuando cualquiera de ellos sale de la capital para ir como de paseo a su pueblo renunciado, prepárense todos sus paisanos a oir el relato del honorable papel que hace en la corte, de las categorias que van todas las noches a darle tertulia, de su alto influjo i del placer que el gobierno, la lejislatura, el clero i las cortes de justicia tienen en darle gusto. A un bobo le promete

hacerle gobernador así que vuelva a Santiago; a otro le jura que le dará la renta de aduanas, el estanco o el destino que elija, entre los vacantes, i no vacantes del departamento: no hai leso que no se ponga, i a quien él no ponga, bajo su proteccion. ¿Le refiere, algun su amigo, que acaba de perder con la mayor injusticia su pleito en primera instancia i que al dia siguiente va a entablar apelacion? — *Apele usted con toda confianza, apele usted*, le repite enfurecido: *yo le ensenaré al juecesito a dar sentencias. Escribiré a Novoa, a Vial del Rio...* — *Pero, mi don Timoteo*, le interrumpe el litigante, *mi asunto irá a la Corte de Apelaciones, i esos caballeros son de la otra. — No importa, las dos son mias, cuento con ellas. Apele usted no mas, que yo cojo el negocio de mi cuenta. Ya verá usted la reprimenda que le viene al tal juez. Lo he de fregar...*

I en efecto, mediante la influencia del provinciano *grajo*, la sentencia apelada se revoca .... en cuanto por ella no fué condenado en costas el apelante.

Por lo demas, es jente con quien se puede vivir con gusto. Porque con no ocuparla, ni verla, ni toparla, ni entablar jénero de negocio con ella; ni hacer caso de ella, ni esperar nada de olla, es incapaz de hacer mal a nadie ni de perjudicar a usted en el valor de un cuartillo.

(23 de abril de 1845.)

LOS CHISMOSOS.

Son una manera de jente poeta, cuyo Apolo es el diablo. El diablo les inspira, el diablo les ha destacado entre nosotros: son unos jenios, no son cualquier cosa. Si topais, por ahí, con alguno de ellos, santiguaos i echad a andar, como si encontraseis a un espía en tiempo en que los pelucones, por hallarse con el agua a la barba, han declarado la patria en peligro.

El chismoso es un animal que se cria con el hombre lo mismo que el vallico se cria con el trigo. Como el gato le alhaga i le rasguña, como el raton le mina, como la polilla le carcome, como la mosca le zumba, como la chinche le quita el sueño, como el cuervo le saca los ojos i como el asno da le coz, cuando menos motivos hai para ello.

Invisible en sus maniobras, es la realidad de la fábula del duende de las viejas: desde su escondite alborota i alarma con sus pedradas a todo un barrio; llena de temor i sobresalto a toda una familia.

Es un ventrílocuo, que hace salir su propia voz, sus propias mentiras, sus propias calumnias de la boca de

tu amigo, para persuadirte que éste te despedaza: mas tarde su voz la pone en tí i envenena al otro.

Es un correo, cuya balija llega siempre henchida de correspondencia contajiada. Un *mui señor mio* que os den a leer de lo que viene dentro, ya teneis el pus en el alma. ¡Ai del que recibe cartas por la mala del chismoso! Si son de algun amigo, sabrá que le traiciona; si de su mujer, que le engaña; si del deudor, que está fallido; si de su querida, que le da calabazas; si de un ministro de Estado, que su conducta no inspira confianza; si del médico, que haga su testamento; i si las recibe del mismo cielo, sabrá el infeliz que es imposible llegar hasta él, porque los diablos le han tomado todas las avenidas.. Lo que os trae el chismoso, os quita hasta la esperanza: ese es su instinto, su talento.

Es inútil pretender escapársele si consigue que su víctima le escuche la primera *embajada*: en esto se parece al mal venéreo, que una vez contraido, se va a los huesos, no hai quimagogo que lo saque. I no es esto un misterio que digamos; porque regularmente el chismoso o chismosos que toman a uno por su cuenta, son el amigo o amigos que le tratan mas de cerca, que están con él a toda hora, le sacan los pelitos del frac, le adivinan el pensamiento i le roban, al fin, la confianza. Él chismoso fascina a su hombre, como el zorro a su presa, como cualquier demonio a las almas: por eso he dicho que es un jenio, mui bellaco se entiende.

Si os preguntan ¿quién es vuestro chismoso? —*No es el amigo con quien mas me quiero*, contestad, *sino el amigo que al parecer, mas me quiere.* Precisamente acertareis como adivino.

Pero ¿cómo distinguir al chismoso? Nada mas fácil. ¿Os refiere alguno *privadamente* (esto es esencial) cosas

que despues de saberlas, quisierais no haberlas sabido; o cosas que con saberlas nada habreis ganado i otro habrá perdido? Ese es chismoso. ¿Os dan en reserva una noticia que os desazona, que os quita el sosiego, que os alarma sin que de ello resulte que podais evitar un mal, alejar un riesgo, huir de un peligro? Esos son chismosos. ¿Van a casa de usted, de oficio i a deshoras, a contarle que Fulano ha echado pestes contra usted? Chismosos. ¿Se le meten a usted hasta el dormitorio a prevenirle, *para su gobierno*, que no se confie mucho de Juan de los Palotes? ¿Le dan a usted a saber, sin objeto, los vicios i defectos del vecino? ¿Le venden a usted el favor de noticiarle, *como amigo*, lo que hai en tal negocio, *para que no le sorprendan*? ¿Tratan de obtener algo de usted, desollando, *bajo protesta de imparcialidad*, a algun prójimo? Todos ellos son chismosos i de lo fino.

¿Es usted jefe de provincia? Dios le asista. Si usted cae en la flaqueza de caerles en gracia, ya no hai dias tranquilos para usted; se lo comieron. Si usted les desecha i desprecia, hombre al agua. No tarda en saber el ministerio que usted es indigno de su confianza, que le traiciona; que en casa de usted se habla horiblemente contra las personas del gobierno; que se halla usted de uña i carne con los pipiolos, i que esta canalla está haciendo de las suyas. El ministerio, en cuya *boca de leon* nunca se echan los chismes como en saco roto, le hace a usted entender de un modo indirecto que *todo lo sabe* i que es preciso variar de conducta; es decir que es preciso que un chismoso, por lo ménos, ocupe al lado de usted un puesto de confianza. Porque es cosa averiguada, que de cada diez chismosos de un pueblo, nueve son bestialmente pelucones; i como aspirantes al título de *hombres de órden*, la echan de ministeriales.

¿Es usted jefe del departamento? Pues todos los dias recibirá usted *chismes oficiales*. El subdelegado número tantos le dice a usted, *en cumplimiento de su deber*, que en casa del vecino perejano (el subdelegado le aborrece cordialmente porque el pobre es cuyano) hai muchos desórdenes nocturnos, ocultacion de robos, borracheras, juegos prohibidos i diabluras; pero que no siendo posible sorprenderle *infraganti*, pide a usted autorizacion para condenar todas las puertas i ventanas de aquella casa dejando solo una tronera en la pared para que por allí, no mas, se gobierne tan peligroso vecino.

El otro subdelegado oficia, *en descargo de su conciencia*, que en su jurisdiccion tratan ilícitamente don Manuel i la Juanita (ninfa cruel para el subdelegado); que el escándalo es horible i las quejas del vecindario numerosas; pide facultades para perseguir, por caridad se entiende, no por envidia, al dichoso don Manuel hasta sacarle del camino de su perdicion.

El tercer subdelegado, que tambien tiene a quien hacer flacos servicios, i que no está contento con varios, porque no le sacan el sombrero ni le besan los pies, informa a usted de que aquello está convertido en chingana; que los ladrones, borrachos i vagos forman una falanje inatacable con solo las penas de los bandos de policía, i que es necesario poner la subdelegacion bajo las rigorosas ordenanzas de Chañarcillo; es decir, que se declare la subdelegacion en estado de sitio. Todos estos son chismes. Si usted les concediese algo de los disparates que solicitan, harian correr la voz en sus jurisdicciones de que era usted el que había lanzado el rayo, i los subdelegados serian los primeros en decir, en clamar contra la *barbaridad* de perseguir tanto a las jentes.

¿No usted mandatario? Me alegro. Así está usted mas libre de que las zumbadoras moscas hagan de usted su miel, i se le peguen. Pero ya *le hallarán a usted beneficio*; le han de picar, pierda usted cuidado.

Escusada cosa es preguntar a nadie en Copiapó, si tiene pleito desde que sea notorio que tiene *algo*. Chismoso habrá entónces, que vaya a decirle al juez que la parte tal va a reclamar su implicancia; i sale de allí para asegurar a ambas que pierden el pleito i que lo sabe de buena tinta: les da a entender, en confianza, que el juez se lo ha dicho en confianza, o que al juez *se le ha salido cierta espresion . . . que le da mala espina.* Con esto basta i sobra para que el pleito siga ventilándose, mas que entre los litigantes, entre el juez i los litigantes.

Pero, me dirá alguno: *Yo estoi libre de esa jente. No peleo con nadie, no visito a nadie: me acuesto temprano...* — ¿Se acuesta usted temprano? no me diga usted más. El chismoso de su barrio dice que de noche anda usted en malos pasos, i que con razon sus negocios marchan tan mal. Si a renglon seguido madruga usted i sale a cualquier cosa, Dios le libre de topar con el chismoso. Al instante le embromará: *Vamos, confiéselo usted*, *se quedó dormido . . . Bien me lo decia nuestro vecino . . . i yo ¡tan bobo! defendiendo la contraria. — Pero si he salido a caminar la leche — No me venga usted a mí con leches . . . lo sé todo . . . no hai otra cosa en el pueblo. ¡Si tiene usted un vecino que le aguaita . . .!*

En valde pretende usted justificarse. A las doce del dia ya todo el pueblo sabrá que usted salió a la madrugada de tal casa, o que le vieron saltar la muralla i le han conocido, aunque usted se puso a estraviar calles.

Si el chismoso no puede hacer su rocio personalmente, porque teme esponer el bulto, se vale de un pasquin para hacer llegar sus mentiras donde pone los puntos. Si le despiden de una casa, deja pasar unos dias, i luego con cualquir pretesto se presenta en ella. Si le confunden i le pillan en uno de sus enredos, se humilla como el perro, pide vilmente perdon, serena así la borrasca i se queda mui fresco.

Los chismosos, en fin, aborrecen la imprenta, como aborrecen la luz del dia los murciélagos, como el diablo aborrece la verdad i como varios infelices aborrecen, con tanta razon, al *Copiapino.*

(9 de mayo de 1846.)

LOS CANGALLEROS.

Hablando francamente, no solo lós hai para las minas ricas; el fisco los tiene, i mui honrados: todos se hacen un honor de cangallarle sus rentas, i él se hace un deber de cangallar las de todo el mundo. La historia de un contrabando es para morir de risa; i el contrabandista, si no es pillado, nunca corre otro riesgo que el de pasar, en lo sucesivo, por hombre vivo i de talento, calidad que, sea dicho de paso, no siempre es una recomendacion en el alto concepto de muchos necios.

En punto, pues, a cangalla i cangalleros, soi de opinion que ántes de hacer aspavientos i de fijar nuestras horrorizadas miradas en Chañarcillo; ántes de ir a ver esas cosas en los buitrones, las busquemos tambien en otras partes, que no dejará de haberlas.

¿Quién no le celebra la gracia al pasajero que lleva o trae un baul de correspondencia, sin pagar el porte a los gringos de los vapores? ¿Quién no obliga a su amigo a que nos ayude a cangallar esta miseria, con la honesta disculpa de evitar el estravío de las cartas?

¿Cuántos cangalleros hai para cualquiera de nuestros comerciantes? En primer lugar, los ratones del buque

que le trae su negocio, le comen los mas ricos pañolones i fulares: luego despues, los ratones de las bodegas de este puerto le devoran sus bultos enteros de mercaderias, las maderas i aun llegan a tragarse las cajas de fierro estos malditos animales: por último, los bueyes de las carretas i las mulas de las tropas ¿qué hacen? le entregan aquí, en arena limpia i bien acondicionada, el mismo o mayor peso que el que, en trigo, harinas i frejoles, recibieron en el puerto. Todo esto, en rigor, es cangalla.

I el agua ¿quién es el tonto que no se la quita al vecino? ¿No se juega, en Copiapó, *el turno de aguas*, como los muchachos juegan al *cobra allí?* No se la robo yo a usted, porque el de mas arriba me la roba a mí?

Vamos a un baile, a un baile por suscripcion; i sin contar con los cangalleros de amor que hormiguearán en él ¿cuántos, sin haber querido suscribirse a los gastos de la fiesta, están allí bebiéndoselo todo, bailándoselo todo, como quien goza del beneficio de una mina sin concurrir a la habilitacion del trabajo? Así va el mundo, cada cual cangallea con mas o ménos decencia, por mas que nos parezca lo contrario.

Pero los cangalleros célebres, los que por ahora, están en la berlina son los de metales; tipo atacameño, jente cuya habilidad industrial, si hoi merece la tolerancia del subdelegado de Chañarcillo, habria merecido monumentos en la antigua Esparta, i mereceria la admiracion de todos si saliese, por esos mundos, a exhibir su admirable juego de manos.

Atendiendo a que el mundo nunca anduvo ni mejor ni peor de lo que anda ahora, debe convenirse en que hubo cangalleros desde el momento mismo que apare-

cieron las minas *en boya;* i probablemente, miéntras Dios permita que así las tengamos, ha de hacer el diablo que haya quien las robe: no será poco conseguir si se evita que se lo lleven todo.

El beneficio de una mina participia, no sé cuánto, del carácter de un casual hallazgo; no lleva en sí el respeto que las leyes i la tradicion consagran al *tuyo* i *mio:* el vulgo cree instintivamente que porque el hombre no ha sudado la gota gorda para conseguirle; porque ha ganado esa fortuna jugando a las minas, que, hasta cierto punto, es lo mismo que jugar a los *chícharos,* hai un derecho a cobrarle o quitarle el barato: i de aquí nace quizás el poco escrúpulo i harto descaro con que se le disputa al minero el goce esclusivo de su descubrimiento. Al mas incorrejible cangallero de metales quede serle mui repugnante el robo de una talega de pesos; miéntras que ni venialmente le perecerá que peca, llevándose todo un alcance de triplicada importancia.

Varias causas locales i entre ellas la de haber fomentado, hasta pocos años há, muchos hombres de *pro,* este sistema de raterías i la de haber circulado en el mercado, durante un largo período, las piedras ricas robadas, como otra moneda corriente, han hecho que la autoridad i la opinion poco ilustrada miren, aun en el dia, con cierta induljencia, tan degradante negocio. Hombres hai que tendrian por bien dados doscientos azotes al que robase un caballo, i que llamarian verdugo al juez que sumariase siquiera a un jefe de una mazorca de cangalleros. Talvez en esto consiste que, cuando por un compromiso invencible, es preciso averiguar judicialmente un robo de metales, la justicia se empeña mas que el ladron en enbromar el negocio i alejar la formacion de un proceso. Seria una barbaridad enjuiciar al que no robó sino metales.

La especie cangallera se divide en tres castas. El cangallero *ratero*, el cangallero *marchante* i el cangallero *patron* o *habilitador.*

La primera es numerosa, i reina entre sus individuos el mismo espíritu de familia i de fraternidad que entre los jitanos. Tienen, como éstos, un idioma suyo, un plan de señales telegráficas por cuyo medio se conocen, se tratan i se avisan, en un dos por tres, los peligros que hai al frente, el negocio que hai que hacer o el golpe que hai que dar. Gastan el uniforme de coton largo, ceñidor i calzoncillos anchos i un culero de parecidas dimensiones a los faldones de nuestros actuales fraques. Antes llevaban bonete de media luna, moño largo i hojotas; pero estas piezas, siendo inútiles para el *oficio*, han caido en desuso: las otras siguen vistiéndolas porque son sus indispensables instrumentos. Quíteseles el ceñidor i el culero, los bolsillos del coton i del mameluco corto, i harán tanta cangalla como si les amarrasen las manos. Cualquiera de ellos que, en este punto, intentase introducir reformas, seria escomulgado del cuerpo, por relajado; se le perseguiria como atentador a los fueros i garantías de la comunidad, i solo la fuga pondria en salvo su maldecido bulto contra las zumbas, provocaciones i serios compromisos a que diariamente estaria espuesto.

El cangallero *ratero* no hace un misterio de su oficio, sino cuando quiere averiguarlo la justicia. Por lo demas, no se empeña en ocultarlo a nadie: su patron o su mayordomo puede vijilarle con toda la desconfianza insultante del que custodia a un presidario, seguro de no ofenderle. Miéntras mas obstáculos se oponen a su inevitable rapacidad, mas descargada queda su conciencia con el vencimiento: así la adquisicion le parece mas lejítima. El mayordomo dice, en su interior, al can-

gallero: *Voi a que no me robas;* i éste, que ve el afan del otro, responde, sonriendo: *Pobre chorlito, en tu primera pestañada pierdes la apuesta.*

Si por una casualidad, mas rara que un alcance en *veta de atravieso*, llega el *ratero* a ser sorprendido en el acto de hacer volar la primera piedra rica a algunos de sus abismales bolsillos, entónces se avergüenza i se aflije hasta dar lástima; pero no sufre así por haber sido pillado en un hurto, sino porque su poca destreza le hará merecer las zumbas de toda la órden. Si a consecuencia de su chambonada es apaleado por el mayordomo, todos los cofrades aplauden la zurra, diciendo, *bien hecho por torpe*, como otros dirian: *bien hecho por ladron* o *por pícaro.*

Mucho tiempo ha de trascurrir i hábiles maniobras ha de hacer el cangallero que ha caido en una desgracia de este jénero, para que vuelva a merecer las consideraciones de los demas. Un hombre poco diestro es ruinoso i compromete los progresos de la industria en jeneral, descubriendo alguno de los lances u operaciones maestras e infalibles de su misteriosa táctica, i dando lugar a que los Argos prevengan el golpe, oponiéndole la correspondiente contra. El primer bobo que se dejó atisbar que envolvia una piedra en la manga del coton, al tiempo de arremangársela, ha causado mas perjuicios a los intereses de esta jente, que todas las medidas tomadas por el reglamento de Chañarcillo contra ella.

Sus sesiones son públicss en las cocinas de las faenas pero están reducidas a darse cuenta mútuamente de las maniobras mas recomendables por sus resultados i limpieza, de los *marchantes* que van a llegar, de las minas en que hai beneficio *tapado*, de las otras en que seria *favorable* buscar concierto; i todo esto es hablado i dis-

cutido en jerigonza i sazonado con chistes mas o menos groseros, que promueven carcajadas salvajes. Estas reuniones son la escuela, donde los neófitos se inician en el idioma, i a poco mas andar, en toda la inmoralidad del cangallero.

Toda la casta es invenciblemente decidida por la embriaguez i mas que por la embriaguez por el juego: antes renunciarían a la cangalla que a la práctica de estos vicios; i mucho menos en Chañarcillo, donde la policia le ha agregado el aliciente de obligar a jugar i beber en un secreto misterioso, que en sí vale todo un encanto. Primer gusto, emborracharse: segundo gusto, infrinjir una ordenanza nécia; i tercer gusto, reirse del juez tan bobo como la ordenanza.

El cangallero ratero tiene sus principios de moral, a su manera. Solo la maña es reconocida por él como medio *lejítimo* de apropiarse el metal ajeno: qualquier otro recurso es degradante, i no usado sino por la plebe de esta cásta.

Antes se dejará arrancar los dientes que el secreto de sus sociedades i cómplices: la delacion es delito de infamia i de muerte.

Si va a la cárcel por jugador o por ébrio (ya es sabido que nadie va allí por cangallero), i si no tiene con qué pagar la multa, no hai cuidado: algun hermano le adelantará dinero hasta la próxima quiebra en la Descubridora o Valenciana.

En otro artículo trataremos de las otras castas.

(7 de junio de 1845.)

ARTICULO

QUE NO ME COMPROMETE CON ALMA VIVIENTE.

¿Qué estas escribiendo, Jotabeche de los demonios?

— Hombre, llegas a tiempo: voi a leerte la conclusion de mi artículo *los cangalleros.* Les toca a los *cangalleros marchantes* i a los *cangalleros patrones.*

— ¿Quieres, Jotabeche, que carguen contigo todos los diablos? ¿No ves que vas a atacar a una porcion considerable de hombres honrados?

— No te canses, yo no ataco a nadie. Yo no hago mas que cortar i coser sayos....

— Que se los pone el que gusta, bien está. Pero si sigues hablando de *cangalleros*, te digo que vas a comprometerte. No hagas eso.

— I entónces, ¿sobre qué cosa escribo un folletin? Si andamos con *miedos*, te juro que no habrá paño para mi pobre tijera.

— ¿Quieres un folletin que no te comprometa con alma viviente? Hélo aquí.

I mi amigo, sacando del bolsillo delantero de su levita un manuscrito, lo echó sobre la mesa, me apretó la mano i se fué. El manuscrito decia así:

LAS AMAS DE MIS HIJOS.

Todos dicen que es mui frájil la mujer, i a la verdad que este dicho, tan jeneralmente propalado, no es para que un marido, como yo, se duerma en esas pajas a pierna suelta: porque, al fin, si ello es mentira, hai que tener presente que ninguna deja de ser hija de algo. Pero suponiendo a la mujer débil i flaca, yo sostendré, sobre las barbas de mi abuelo, que el hombre le gana en esto, así como ella le pierde en varios otros casos. I de no esplíqueseme ¿cómo es que el hombre llega a casarse sabiendo que va a tener mujer, que ésta va a tener hijos, que éstos van a tener amas i que éstas tendrán una lejion de diablos dentro del cuerpo? No lo comprendo. No sé como hai quien busque mujer en estos tiempos, siendo mas que nunca la mujer un mal no bien venido; un mal que no viene solo. Lo mismo fué casarme que me llené de mujeres hasta las pestañas; prendió esta planta i se reprodujo como la *corre-vuela* en las huertas i el *boton de oro* en los jardines. Voi a mi cuento.

No es mi ánimo apartar a ninguno de los lazos del matrimonio, lazos sagrados por mas que muchos crean que los tiende el maldito: al contrario, quisiera que nadie escapara de ellos; quisiera ver a todos mis amigos casados; que al fin, si he de tenerlos, tambien tengo mis razones para desear que sean mas bien hombres de estado que bueyes sueltos de los que bien se lamen.

Digo, pues, que me casé con la mujer que tengo i añadiré de paso, que he jurado no volverme a casar con otra, aunque enviude en tiempo hábil sobreviviendo a

mi actual mitad, que, de veras, es una perla: el matrimonio es un juego de azar i en ningun juego me ha gustado buscar desquite. A poco andar hubo mas que probabilidades de que mi esposa daria a luz un *manifiesto*; i en efecto, a los diez meses i un dia de nuestra bendecida union, nació un chico precioso, rechoncho, de ojos verdes, que todas las vecinas que le vieron, declaráronle un vivo trasunto de su padre; esto es, de un servidor de usted.

Yo no cabia en mí de gozo. El primer hijo que tiene un hombre le hace salir de sus casillas; si entónces no hai razon para que uno se vuelva loco, es porque no está en nuestra constitucion perder el juicio de contento. Mi mujer no estaba para ménos. Poseida de ternura me dijo, al siguiente dia de su parto, que iba a criar a su hijo; que antes moriria que consentir en entregarle a otra mujer para su lactancia. Yo, que con la paternidad se me habia puesto el corazon como una manteca, no oí con ojos enjutos esta declaracion solemne; felicité a mi mujer por sus resoluciones, i, no sin peligro de su débil salud, tuvo que escucharme, con este motivo, la lectura de varias pájinas del *Emilio*, que andaba en mi faltriquera desde que la sentí con dolores.

Hablando francamente, el estado matrimonial no carece de nada para lo que hace un martirio; pero tambien tiene delicias, que jamas probará (¡atended bien a esto, solterones calaveras!) que jamas probará, digo, quien no entregue la cerviz al santo yugo. ¿Cuál de vosotros habrá sido tan feliz como yo, cuando en aquel tiempo volvia a casa, cargaba a mi hijo que, durante seis meses, no lloró sino para llamar a su madre? Sí: en todo este período fuí la criatura mas dichosa de la tierra. Al lado de mi mujer i de Juanito, sentí, por primera vez, que la ociosidad podia ser una ocupacion agradable.

Pasados esos seis meses no sucedió, por desgracia, lo mismo. Mi mujer empezó a sentir un lijero dolor en el vacio (es de advertir que siendo soltera habia padecido habitualmente del mal *flato*); dolorcito lento, que solia correrle por la espalda para volver a fijarse siempre en el lugar donde apareció al principio. Cuando ella me confió sus alarmas, creí tranquilizarla recordándole su achaque de soltera i prometiéndole que todos los dias saldriamos a hacer ejercicio. Pero en uno de estos llegó a casa cierta vecina de esperiencia a quien mi mujer reveló su dolorcillo.

— «¡Malo! le contestó la médica. Ese es el chiquillo. Es preciso que deje de mamarte. ¡El pulmon, niña! ¡cuidado con el pulmon!

— «Pero si me duele aquí i me corre por todo esto.

— «¡No le hace, así empieza. No fué necesario mas para que fulanita, que era de mejor contestura que la tuya, se picase a calentura. Estás mui flaca: tu chiquillo es un gran mamon; i si no buscas ama hoi mismo, mas tarde será despues.»

Esta conversacion asustó no poco a mi mujer. Cuando yo la supe me asusté tambien, i llamé médico. El doctor vino, pulsó, preguntó, dijo varias medias palabras, en suma dió a entender que seria mejor buscar ama para Juanito.

Ese mismo dia puse manos a la obra; i encontré la mujer precisa, con muchas recomendaciones: moza, robusta, buen jenio; eso sí, con un hijo que ya gateaba lo mismo que un sapo. No importa el niño, dije para mí; sanidad es lo que se quiere, i con él i demas trebejos me la llevé a casa incontinenti.

La primera noche fué horrenda. Juanito no queria

estar sino con la madre; lloraba si le acostaban en la cuna; lloraba si le mecian, i se despedazaba si el ama queria atraerle con mimos cariñosos. Era una protesta que el niño hacia contra las medidas tomadas a su respecto. El otro chico nos aturdia con sus gritos, mi mujer no hallaba que hacerse, el ama en su interior maldecia su suerte; yo que no habia podido acostarme, aunque mui rendido por los trajines de aquel maldito dia, pedia a Dios paciencia i por primera vez le ví el reverso al matrimonio. Varios dias i noches continuaron bajo el mismo órden, o mas bien, bajo el mismo desórden de cosas, hasta que mi hijo fué mas racional, que así llamamos al que se resigna a sufrir los entuertos que le hacemos.

A los tres dias de estar en casa el ama, me dijo que tenia otro niño mayorcito en poder de una tia, la cual le mandaba prevenir que le recojiese por no sé qué motivos i razones. ¿Qué hacer? Venga el otro chico. Desgraciadamente ya no gateaba, sino que corria como un rayo para no dejar ni vidrio por quebrar, ni trasto por mover, ni cosa por despedazar. A estos dos niños, se agregó luego una muchacha como de diez años, que el ama pidió se le dejase a su lado para que le ayudara a cargar al nuestro. Mas tarde presentóse todos los dias a la hora de comer, una tia de cierta edad que habia criado al ama, i hubimos de consentir en darle un plato de comida: por una nada no nos vino a costar esta gracia, al fin del mes, una docena de cucharas. Una noche que fuí a ver a mi hijo ántes de acostarme, topéme de manos a boca con un hombre de poncho, medio a medio del patio, — ¿Qué es esto? quién es usted? — ¿Yo... señor? me contestó sorprendido. — Si es mi hermano, gritó el ama desde su cuarto.

— Mujer, le dije furioso: yo no permito hombres en

mi casa; esta es mucha desvergüenza. — Esta es otra, ahora. Pues entónces, si no quiere que me vengan a ver los de casa, con irme se acabó un cuento. — Ahora mismo. Mándate cambiar.»

A la bulla salió mi mujer, lloró mi hijo, lloraron los otros, vino el criado, cayó casi mala mi señora, el ama se rebelaba con *mis calumnias* i al fin tuve que rogarle por Dios, que se sosegase i no me guardara rencor. El llanto de mi hijo me habia puesto manso como un cordero.

Corrieron los dias i ya no hubo uno solo en que dejásemos de sufrir algo. Los chiquillos del barrio venian a buscar a los de casa, donde habiéndome descubierto un cajon de monos que me quedaba desde que fuí comerciante, todos se surtian de juguetes i trompetillas; todos los barrabaces, atraidos por este cebo, se dieron un *rendez-vous* en mi hogar doméstico. El ama i su sirvientilla fomentaban estas puebladas infantiles para divertir a Juanito, quien habia tomado tal cariño a la condenada mujer, que no hacia maldito el caso de sus padres. Mi hijo se vengaba de nosotros obligándonos a sufrir un infierno.

En estas i otras, tornó mi mujer a andar en meses mayores. El pelo se me erizaba al imajinarme cual seria la batahola, cuando hubiese de venir a casa otra ama que la de Juanito. I hai que prevenir que, a boca de todas las señoras intelijentes, ésta era la mejor ama del mundo!

Llegó la tempestad que esperaba. La señora se dispuso una noche a un nuevo parto, i yo apénas me resolví a oir sus dolores desde una pieza inmediata, sumido en una poltrona i en bien tristes reflexiones. ¡Noche azarosa! Al fin, viniendo el dia salió mi suegra del cuarto de la enferma, anunciándome *otro hombrecito*. —

Gracias a Dios! esclamé viendo terminada la tortura de mi esposa, i solo entónces me resolví a meterme en la cama.

Pero, apénas habia empezado a desnudarme, héte aquí otra vez a la misma mi suegra, que me grita, tirándome de una oreja: *Demonio, mellizos...*! *son mellizos...*! *una mujercita más!* No sé lo que pasó por mí en ese momento. El gozo descollaba, segun recuerdo, entre mil impresiones diversas; mas lo cierto es que despues me abismó la siguiente reflexion: *¡Dos amas mas...! ¡seis chiquillos más! ¿en qué pequé, Dios del cielo?*

Mi primera dilijencia, despues de la de ver mis nuevos polluelos, fué sondear las intenciones de mi mujer respecto a su lactancia: la encontré dispuesta a dar de mamar a la niñita. Pero aqui acudió la vecina médica i acudieron todas a hacerme cargos. *¿Quiere usted matarla?* me decia una: *no faltaba más*, *por ningun pienso*, esclamaba la suegra: *¡qué antigüedad! ¿dónde se ha visto?* argüia nna solterona *amodernada.*

No hubo otro remedio que buscar dos amas. Fué imposible hallarlas sin hijos, sin tias i sin *hermano.* Una de las que contraté tenia un chico, i su marido, que dormia en casa todas las noches; la otra era madre de dos niños, hembra i macho; así fueron rogadas, i con todo este tren se instalaron en casa.

Figúrese el lector la barahunda de mi ántes *silencioso albergue.* Los llantos, gritos i chillidos de los chiquillos que se divertian o se peleaban, en el patio interior, formaban un ruido, igual al de las flautas de un órgano cuyo mecanismo se ha desorganizado completamente. Las tres amas estaban en guerra abierta; la chismografía en su punto; ésta pellizcaba a los hijos de la otra; los mios, que nunca pude ver limpios ni sentirles un olor agradable, como el olor de Juanito en sus primeros seis

meses, eran los mas llorones; sus ropitas las vestian los niños de las amas: las prendas de plata desaparecian; los muebles se arruinaban; la suciedad era inagotable, i para coronar la obra mi hijita se enfermó luego i resolvió dejarnos para siempre. Consultado al principio el médico, resultó que habia estado mamando leche de embarazada. Hubo que echar a la ama i buscar otra, la cual no resultó mejor que la saliente; porque a los pocos dias, la niñita se reventó toda i vino a morir como un Lázaro de llagada. El otro mellizo (nunca pudimos averiguar el cómo) se quebró del espinacito i ha quedado curcuncho ¡ridículo para siempre! Mi mujer se enfermó, entónces tambien, de un pecho: fué necesario que sufriese operacion dolorosa, operacion que de buena gana habria querido yo verla practicada en mi suegra o en las otras mujeres que decidieron llenar mi casa de amas, matar a mi hija, quebrar a mi hijo i enfermar a mi esposa.

Así he seguido sufriendo hasta no ha mucho, que ha dejado ésta de tenerlos. Los que me quedan vivos me consumen mas en médicos i purgantes que en alimentos i ropa: tienen todos los resabios, enfermedades i mañas de las mujeres que les criaron. Las primeras palabras que pronunciaron sus labios inocentes no fueron *papá* i *mamita*, sino *p* . . . i otras mas repugnantes. Juanito no va a la escuela sino cuando su ama deja de escondérmelo. El curcunchito me alarma mas que todos, porque ya descubre mala índole i toda la tenacidad de un asno. Los demas me quieren ménos que a esas malditas, de quienes mamaron la leche.»

Este es el artículo que me entregó mi amigo; i al publicarlo se lo agradezco.

(12 de julio de 1845.)

EL ULTIMO JEFE ESPAÑOL EN ARAUCO.

I.

La independencia de Chile, no era ya una cuestion en la época que voi a recordar a mis lectores. Nuestros bravos habian batido i desalojado de todas partes a los españoles, soldados tan valientes como desgraciados no tanto por sus derrotas cuanto por haberles ligado el honor a la mas indigna de las causas.

Todos los pueblos al norte del Maule empezaban a organizar su administracion política, envueltos en esa especie de desórden i alborotos producidos por la estrañeza de su nueva vida, por la inesperiencia de las nuevas instituciones i por el carácter i hábitos guerreros contraidos en catorce años de campañas, combates, derrotas i victorias. La misma provincia de Concepcion, que durante ese largo período la habian talado ambos ejércitos, incendiado i saqueado los salvajes i montoneros; este pueblo heróico, que no salvó del furor de la revolucion, sino la feracidad de sus campos i la espesura de sus bosques, parecia revivir i convalecer, semejante al soldado cuyas heridas mortales empiezan a ci-

catrizar despues de una curacion larga, dificil i penosa. Benavides, el mas formidable de los verdugos que, en aquellos tiempos, devastaron esta provincia, habia subido a la horca, en la plaza principal de Santiago, el 23 de Febrero de 1822.

Sin embargo, aun quedaban en uno i otro lado del Bio-Bio, varias guerrillas de realistas; bien así como esas nubecillas perdidas que vagan por la atmósfera inmediatamente despues de las borascas.

Una de estas bandas, comandada por el Coronel Pico, era la mas numerosa i temible. Su jefe añadia a la bravura, la dureza sanguinaria a que se habia habituado, en muchos años de esa guerra a muerte que se hicieron, a lo último, los campeones de Fernando i los independientes. Varias tribus Araucanas, aliadas suyas, le acompañaban en sus correrias, halagadas por el incentivo del robo i de la matanza. La guerrilla de Pico, ni daba ni pedia cuartel: el incendio i toda clase de atrocidades dejaban marcados los sitios de sus campamentos, los teatros de sus ataques i las huellas de sus marchas i contramarchas. En aquella fecha ya no se trataba de defender o de reconquistar al pais. Una rabia infernal, la sed de sangre i de venganza, el instinto esterminador del tigre mantenia la lucha i ajitaba a los combatientes.

Pico era un español de 40 años, alto, robusto, de rostro atezado i de maneras i hábitos salvajes, lo mismo que la vida que llevaba i la profesion que ejercia. Su mirar misántropo descubria al montonero: dos hondas cicatrices desfiguraban notablemente los perfiles naturales de su cara: sus fuerzas habrian hecho honor a cualquiera otro hijo de Castilla, a cualquier cacique araucano; i eran ellas el único prestijio que mantenia alguna subordinacion en la horda que se hallaba bajo sus ór-

denes. Desconfiado por carácter, mas bien por las circunstancias i hombres de que se veia rodeado, no tenia otro amigo que un perro, al cual no obstante habia puesto el nombre de «Insurjente»; i era este animal su sola guardia cuando dormia, la sola escolta que cerca del español marchaba.

El 31 de Agosto de 1824, acampó esta montonera en Quilapalo, lugar inmediato a la cordillera i al oríjen del caudaloso Bio-bio. Habiendo concluido la estacion de las lluvias, Pico se proponia activar las hostilidades i aventurarlo todo por conseguir, si no una capitulacion que no se atrevia a esperar, una salida por mar del territorio de Chile, donde ya no le quedaban sino peligros infructuosos que correr. No se habia puesto a precio su cabeza; pero cualquiera se hubiera recomendado en gran manera, presentándola, despues de una victoria o a consecuencia de una traicion, a los jefes i autoridades patriotas: en este punto, Pico conocia mejor que nadie su posicion azarosa.

Las aguas de Julio i Agosto no habian permitido la la movilidad de la guerrilla ni el recibo de comunicaciones de los pocos amigos que quedaban a Pico en el territorio ocupado por los independientes. Ignoraba el número i puntos en que se hallaban éstos, la fuerza de las plazas i cuantas mas circunstancias era preciso saber para obrar con probabilidades de acierto. A fin de obtener estas noticias, despachó por una i otra banda del Bio-bio, varios espias i correos, i determinó esperar su vuelta en el campamento que ese dia habia tomado.

Cien infantes, único resto del lucido ejército que bajo las órdenes de Osorio, fué victorioso en Cancharayada i vencido en Maipo, cubiertos con piezas andrajosas de todos los uniformes usados por ambos ejércitos

durante la guerra de la independencia, formaba la flor de la guerrilla de Pico. Estos ocuparon, en Quilapalo, los escombros de una choza, antigua morada, al parecer, de algun vaquero, por los majadales que aun se veian a sus alrededores. Las tribus araucanas tomaron alojamiento mas a campo raso i en diferentes puntos. Su algazara, gritos i ahullidos resonaban dia i noche en los bosques, como si les hubiesen invadido millares de bestias feroces.

Pico tomó posesion de un rancho desamparado, que a distancia de una cuadra, a retaguardia de la línea daba su frente a ésta i su espalda a un huerto cercado de una palizada de troncos de roble. La humilde habitacion no tenia mas que una entrada sin puerta, circunstancia que pareció doblemente peligrosa al coronel español para el caso de una sorpresa. Sin embargo, como nunca acostumbraba manifestar temores o desconfianza delante de sus aliados i subalternos, mandó colocar su cama en uno de los rincones del rancho sobre un catre de palos, que, en un abrir i cerrar de ojos, tejieron con *boqui* dos de sus asistentes. Alli recibió a sus amigos i dió órdenes a sus oficiales.

Llegó la noche i mas tarde la hora de retreta. Pico, despues de establecer en persona varios puestos a vanguardia i retaguardia del campamento; despues de recorrer todos los puntos donde creyó conveniente presentarse, se retiró a su alojamiento sin llevar mas compañero que a su inseparable *Insurjente.* Le quitó el freno a su caballo, amarróle ensillado a uno de los palos del rancho; puso un gran poncho a la puerta a guisa de colgadura, animó el fuego i tomando en seguida un enorme cuchillo, metióse bajo del catre i abrió en la *quincha* un agujero capaz de dar salida a un hombre echándose por él a la rastra. Seguro así de una reti-

rada por el lado del huerto, se fué a la cama despues de quitarse las espuelas, hacer la señal de la cruz sobre su frente i besar la de su rosario. El *Insurjente* se acurrucó entónces al pié del catre, en el hoyo de un hogar apagado despues de una larga fecha e inmediato al que, en esa noche, echaba una agradable llamarada.

A estas o parecidas precauciones daba Pico la preferencia sobre las centinelas i guardias que aparentaba no creerlas necesarias. Sus guerrilleros nunca le juzgaron por ello, sino como doblemente impávido i valiente.

II.

¿Conoceis las orillas del Bio-bio i las de sus tributarios Laja, Duqueco i Vergara? ¿No las conoceis? Lo siento. Allí está el Paraiso. Porque el Paraiso no es una creacion fantástica: es la naturaleza vírjen, la naturaleza con sus rios, bosques, lagos, montañas i cascadas, con sus aves i bestias salvajes, con sus perfumes i el ruido armonioso de sus movimientos i vida. Si hubo otro Paraiso que este, en vano se esforzará el poeta en imajinarlo mas encantador i delicioso.

Las vastas comarcas que bañan i recorren aquellos rios, han sido, durante tres siglos, el teatro de la guerra entre los Araucanos i sus conquistadores, o mas bien, entre los Araucanos i los que han pretendido conquistarles. ¡Vano empeño, único imposible que han encontrado sobre la tierra la fuerza, la maña i el valor! Pero esta guerra no ha podido destruir sino a los hombres: las bellezas i gracias naturales del territorio permanecen en su estado primitivo, en su lozania admirable. Lo único que, a duras penas, ha logrado establecer allí la civilizacion, es una línea de fortalezas en las cuales se mantiene hasta hoi encerrada, como si le hubiese

puesto sitio, esa naturaleza invencible que tan inútilmente pretende rendir i avasallar.

En la época de mi relacion, casi todas estas fortalezas se hallaban en ruinas, a consecuencia de haber sido tomadas i perdidas sucesivamente por ambos partidos belijerantes. Al fin de la lucha, en 1824, los independientes sufrian dentro de ellas diarios asaltos de de los salvajes i montoneros que se paseaban por los llanos, bosques i guaridas de que están rodeadas aquellas plazas.

Luis Salazar, guerrillero patriota, ocupaba con los suyos, el 2 de Setiembre de 1824, la de Nacimiento, una de las mas introducidas en la tierra de Arauco. Salazar habia nacido como todos los soldados que le acompañaban, bajo los muros de estas fortalezas, lo que escusa a todo el mundo de averiguar si eran o nó valientes. Nacimiento se ha hecho célebre por el continjente de leones con que se suscribió para sostener la lucha gloriosa de nuestra independencia.

Recien amanecia: Salazar, de pié sobre la muralla oriental del recinto, dirijia investigadores miradas hácia las márjenes opuestas del Bio-bio i del Vergara que confluyen en aquel punto. Cerca del comandante dió un ruidoso bostezo un centinela, que llamó así la atencion de su jefe obligándole a preguntarle:

—¿Qué tal noche, Coronado?

—Ni mas ni ménos que las otras, mi comandante. Mucho frio, mucha vijilancia, ni un trago, ni un solo godo al frente para calentar el cuerpo.

—Luego los tendrás encima...

—O ellos me trendrán a mí, mi comandante.

— Están en Quilapalo desde ántes de ayer. Siniago, que acaba de pasarse, me da la noticia...

— ¿Siniago, mi comandante? ¿el que ahora há dos años se pasó a los godos cuando nos quitaron en San Cárlos la caballada?

— El mismo. El centinela hizo un jesto mui feo, meneando la cabeza a uno i otro lado. Salazar continuó: segun éste dice, el canalla de Pico se dirije a atacarnos con mas de cuatrocientos hombres entre indios. i españoles. Nosotros somos treinta i dos... no hai esperanzas de refuerzos...

— Es verdad: no somos muchos, dijo el centinela algo pensativo, escarbando suavemente el suelo con la punta de su sable desenvainado.

De repente, al cabo de un rato de silencio, la respiracion de Coronado se ajitó visiblemente, alzóse con orgullo su cabeza, brillaba en sus ojos un rabioso coraje, su rostro tomaba gradualmente un color oscuro de de sangre i se sacudia su labio superior cubierto apénas del bozo de los veinte años.

— Mi comandante, gritó frenético el jóven centinela: es preciso que ese demonio muera.

— ¿Quién?

— El godo Pico; lo juro por la madre que me parió. El infame va a ver que no se necesita sino una vida para acabar con la suya. El diablo ha de cargar con él o conmigo, o con él i conmigo, nada me importa...

— Coronado ¿estás loco?

— Sí, mi comandante. Si no lo mato, muero de rabia: siento una gana irresistible de cortarle la cabeza... i se la cortaré al maturrango pícaro, como hai Dios en el cielo.

—Pero ¿dónde, muchacho bárbaro?

—En medio de sus matuchos, mi comandante. Pues qué ¿hai algun mar, entre ese godo cochino i yo, que me impida alcanzarle con mi puñal?

—Las treinta lanzas de Pico juguetearian en el aire con tu cadáver, como esas golondrinas, que ahí ves, se disputan la caza de un insecto. Mejor seria . . .

—No comandante. Si usted no pone a mi disposicion cuatro soldados bien montados, me tiro al foso, i moriré como un mentecato, porque usted no ha querido que muera como un valiente.

—Bien te conozco, amigo mio: Lorenzo Coronado es el mas bravo de cuantos encierran i han visto nacer estas murallas. Pero temo que vayas a morir inútilmente . . . Díme, muchacho, ¿qué piensas hacer?

—A punto fijo, no pienso otra cosa que matar al godo. En cuanto a la eleccion de los medios . . . Dígame usted, mi comandante, ¿cree usted que Siniago venga pasado? ¿él, que no ha mucho se fué a los enemigos? Que me enmielen si no es un espía de Pico, a quien ha estado sirviendo de asistente: por lo tanto es preciso asegurarle. Mire usted, mi comandante: voi a decir a Siniago que mi intencion es matar a Pico a donde le halle, donde le encuentre; que para ejecutar mi propósito, necesito que él mismo me dé su opinion i consejo sobre el mejor medio de obtener el éxito, perdiendo o salvando yo la vida, que esto no entrará en cuenta: pero que si yerro el golpe, si escapa de mi puñal el godo brujo, cuatro balas harán *pasarse*, al amigo Siniago, a los infiernos. Buen cuidado tendrá con esto de endilgarme a la empresa de un modo infalible. Obtenidas las noticias que quiero, me voi con mis cuatro hombres a Quilapalo, cuyos rincones conozco lo mismo

que las melladuras de este sable, mejor que las troneras de la plaza Nacimiento. Si alguno ha de morir, no serán los compañeros que le pido a usted, mi comandante.

—¡Dios te guie! esclamó Salazar, arrojando un profundo sollozo i estrechando en sus brazos al centinela. Salazar se despedia así de aquella interesante víctima, como el sacerdote se despide de un condenado a muerte, cuando, al pié del suplicio, se lo reclama el verdugo.

Al ponerse el sol, salian cinco jinetes a gran galope por el puente levadizo de la fortaleza; desfilaron por la izquierda sobre el Vergara, i despues de pasar este rio en un barquichuelo, Salazar les vió desaparecer en las montañas de Negrete.

III.

Era poco ántes de la media noche del 3 al 4 de setiembre. A dos tiros de fusil del campamento de Pico, cuatro hombres estaban agazapados entre unos espesos matorrales. Uno de los mojinetes del rancho de este jefe, se divisaba desde aquel punto, como una sombra triangular mas negra que la oscuridad de la noche. La guerrilla, que habia recibido órden de ponerse en marcha sobre *Santa Bárbara*, a la madrugada inmediata, dormia silenciosa en el campo. Pico roncaba en su cama poseido del primer sueño; pero un ladrido del *Insurjente* le hizo saltar al suelo i tomar sus armas. Puso el oido: no distinguió ningun ruido sospechoso. Sin embargo, el perro dirijiendo su hocico hácia el huerto, no cesaba de refunfuñar instintivamente.

— Algun perro indio quiere robarme mi caballo, dijo Pico; i salió del rancho embozándose en un desmedido *calamaco*.

Poco despues volvió tiritando de frio.

— Por mi abuelo, dijo mirando al perro, que si vuelves a darme otra falsa alarma, te ahorco con este lazo en ese tijeral. Echó en seguida leña a su fuego, secóse los piés humecidos e iba nuevamente a acostarse, cuando el *Insurjente* tornó a ladrar con mayor fuerza, como si estuviese mas próximo el motivo de su estrañeza. Pico le hizo rodar de un puntapié hasta las cenizas del fogon. El animal, convencido con esto de que sus avisos eran impertinentes, se hizo un rollo en el suelo; i, como su amo, quedóse mui pronto dormido en un sueño profundo.

Aún ardian los tizones que el jefe guerillero añadió al acostarse, i su luz alumbraba escasamente el rancho. Un hombre, de cabeza i piés cubiertos, entreabrió la cortina que pendia en la puerta, i sin hacer mas ruido que una hormiga, siguió adelante hasta ponerse a dos varas de la cama de Pico. Sáltale encima el perro de éste; pero el bruto se ensarta en un largo puñal que le recibe por la mitad del cuerpo: su grito de ataque se confunde con los ahogados aullidos de la muerte. Un instante despues, Pico i el agresor luchan cuerpo a cuerpo, aquel por tomar sus armas, éste por herir con la suya: el español da voces i recibe puñaladas. Hubo un momento en que a impulsos de un rodillazo que dió a su contrario en el éstómago, se vió libre de sus forzudos brazos; i aprovechándole, metióse, herido i atolondrado, bajo el catre buscando el agujero practicado, tres noches ántes, en la *quincha.* Pero el atrevido independiente volvió a la carga i a cojerle con furor frenético: sus cuerpos rodaron juntos en el nuevo terreno, juntos se arrastraron i juntos salieron por la brecha. El último campeon de Fernando en las tierras de Arauco, lanzó, al fin, un quejido de muerte, al perderse en su garganta el puñal patriótico.

A este tiempo toda la guerilla se hallaba en movimiento. Alarmada por las voces estrañas que se habian oido en el campamento, la confusion llegó a su colmo con algunos tiros que salieron en ese mismo instante de unos matorrales de la izquierda. Todos fijaron su atencion en aquel punto: nadie daba razon de lo que era, aunque ninguno dejaba de repetir: *¡La patria! ¡el enemigo! ¡el enemigo!*

Coronado, llevando en la mano izquierda, de los cabellos, la cabeza ensangrentada de Pico, se retiró del campo, por entre los guerrilleros, que aterrados, considerándose rodeados de patriotas, no atinaban mas que a montar a caballo i ganar el bosque.

Una hora despues, los cinco nacimientanos que se habian reunido en un punto señalado, galopaban de vuelta de la espedicion heróica; i espantados de la magnitud de su triunfo, iban en pos de Coronado sin atreverse a averiguarle si era o nó cierto que llevaba la cabeza de Pico a la grupa.

¡Coronado i sus compañeros eran hombres del pueblo!

¡Viva el pueblo!

(18 de setiembre de 1845.)

LAS SALIDAS A PASEOS.

Para qué es decir sino la verdad; esto de pasearse no es todavia, en Copiapó, mas que un estranjerismo, una moda a que resisten el gusto e inercia jeneral de las jentes. La *siesta*, esa modorra de la hartura, tiene aun sus devotos i prosélitos: ella es la que sostiene la lucha contra el eficaz dijestivo de salir, despues de comer, a dar una vueltecita.

Bien es cierto tambien que, en punto a dijestivos tomados en mesa i de sobre mesa, estamos al corriente de los paises mas civilizados: el jerez, oporto, san Vicente i otros *majistrales* nos aseguran de cólicos lo mismo que la *sociedad del órden* nos asegura contra la anarquia, la *sociedad demócrata* contra el despotismo del gobierno i la señal de la cruz contra el espíritu de ambas.

No encontrareis, pues, paseantes por la tarde a cada paso: si veis, a esas horas, dirijirse de a tres, cuatro o cinco caballeros hácia este lado o el otro i os imajinais que van por pasearse, seguidles para convenceros de que han echado a andar, porque solo andando pueden ponerse donde se toma café i se da tertulia.

Ese buen mozo que, a puestas de sol, monta a caballo i sale a rodear por los estramuros, tampoco anda haciendo ejercicio: anda haciendo raya; es un halcon en busca de su presa.

—I ¿los que, con la fresca, van a la Chimba? me preguntareis: mucho ménos. Nadie iria a la Chimba, a ninguna hora, si no hubiese allí tantas niñas que ver, tanto mate que tomar, tantas flores que recibir. El hombre que pasa de cierta edad, no pasa de San Francisco para abajo, aunque le conviden a un ambigú sin obligarle a la suscripcion. — «Esto es bueno para los mozos; ya no estoi para ello,» contestaria al que le propusiese emprender el viaje.

Si entra un forastero a Copiapó sin saber el dia en que vive, cosa que mui bien le puede suceder viniendo del puerto i perdiendo el juicio con el polvo de Ramadilla; si entra en Copiapó, repito, i ve por las calles que van i vienen muchas señoras con sombreros o pañuelos blancos a la cabeza como si anduviesen de paseo, diga entónces el forastero: *hoi es domingo, hoi es fiesta;* porque es seguro que en ningun otro dia se las verá en la calle. Pasearse en dia de trabajo es un despropósito; se esponen a cojer un constipado i a que *las vayan a ver. ¡Jesus, qué dirán, que andamos de ociosas!*

Vista esta tibieza, esta *no costumbre* de salir a tomar el aire, nuestra ilustre municipalidad no ha querido proyectar una alameda, un paseo público entre las muchas mejoras de comodidad i ornato que lleva proyectadas hasta la presente fecha; mejoras que, gracias a Dios, tienen a Copiapó como un chiche para los que con la imajinacion se las pintan ya plantificadas. Véase, si no: los caminos, ahí están, de bien en mejor bajo el sistema conservador. Como es un recreo transitar por

ellos, los dueños de los desiertos por donde pasan, se dejan pedir un real por cada mula, burro o caballo que tiene el placer de morirse de hambre i de sed por esos secadales.

Nuestro hospital es el mejor del universo: se puede apostar ocho a uno a que no alcanzará a morir en él ningun enfermo. I aunque por ahora no tiene mas que una cama, ha sido un excelente acuerdo colocar en ella el proyecto.

El bosque de sauces que se ha plantado en la vega, segun la opinion de uno de nuestros gobernadores mas antiguos, va a dar, en mui corto tiempo, una renta anual de diez mil pesos en maderas, está al producir sus resultados; solo se espera que el plantaje escape de los burros.

El pueblo de Chañarcillo i su recova, es cosa concluida. Ya no tienen que pensar en el *pueblo* sino los que se han quedado con todo pronto para edificar en sus sitios.

La reforma del *riego turnal* se ha verificado con éxito. Nadie se queja de agravio, cada cual sigue tomando toda el agua que puede, con el injenio que Dios le ha dado.

En cuanto al *nuevo panteon*, tenemos lo esencial: el reglamento i la tarifa de sepultura. Falta lo demas, inclusive la eleccion de sitio; pero eso es lo de ménos. Lo importante es saber cuánto nos llevan por enterrarnos; para, si no nos acomoda el precio, irnos a morir a otra parte.

Esto dicho, vuelvo a mi epígrafe.

Pero si no hai quien salga a pasearse por las calles, no hai quien no guste de los paseos al campo. En la

actual temporada se halla en voga, aun entre nuestros mui caseros comerciantes, darse algunos dias de este agradable asueto. La primavera ha puesto en movimiento a las jentes, que han querido ver lo que una jeneracion casi nunca ve, en Copiapó, dos distintas ocasiones: los campos, cerros i quebradas tapizados de innumerables flores. Nuestros áridos peñascos, esta naturaleza muerta que si alguna idea inspira, si algo moral espresa es la desnudez del desengaño, el despecho de una *intendencia* frustrada o de una eleccion perdida, verla ahora engalanada con todos los colores de las flores i exhalando ricos perfumes, no parece sino la obra de un encanto, la obra de un gobierno cuando se le pone cubrir de sueldos, honores i divisas a un infeliz en dos patas.

La señal convenida de que va a salir una familia al campo, es una carreta entoldada i encortinada a la puerta. Las cortinas han de ser colchas i sobrecamas viejas: si no, no hai caso, no está bueno el paseo. Esta carreta ¡que inmensidad de cosas contiene! es una arca que en vez de llevar el cargamento del patriarca Noé encierra todas las especies de trastos, utensilios, muebles, legumbres, golosinas, servicios i comistrajos de la casa, con mas algunos ejemplares de amas, cocineras, niños, criados, perros, chanchitos, pavos, gallinas, corderos i demas animales domésticos. Los almofreces, petacas, baules, canastos, sacos i paquetes forman un hacinamiento abismal, un océano revuelto, un laberinto, un pleito sustanciado en Freirina, una sociedad política que se propone sostener a un ministro porque le creen todavía mui léjos de caer, para dejar de hacerle la corte.

Sin embargo, la dueña de casa está en todo, i como el ministo de estado, es la única que ve claro en la mescolanza i que posee la hebra del ovillo. — *Mira*,

carretero, estas petacas, lo primero: llevan cosas de quebrar. — Deja ese almofrex para que vaya encima. — Los sacos de verduras es preciso quitarlos de ahí. — Despacio, esa canasta va con huevos. — ¡Niños, cuidado con los bueyes . . .! — Que me traigan los tarros de dulces. — Muchacha (a la crida), *la ropa de los chiquillos. — Ña Juana* (a la cocinera) *no se le olvide la parrilla. — Ah! se me olvidaba: esa cajita en que va la jeringa . . . Pero, nó: yo la llevaré en el birlocho, no sea que se ofrezca . . .* — *Pero, mujer,* le dice el marido, *i los fiambres para el almuerzo, ¿dónde irán? — ¿Qué sabes tú? los llevará el muchacho por delante.*

— *Ya me voi,* grita el carretero empuñando la larga picana. — *Aguárdese un poquito . . . ¿Qué se nos queda? vean, niñas, si se olvida alguna cosa. — Nada, mamita: todo está acomodado.*

A la sazon, ya han entrado en la carreta los individuos arriba mencionados. Las criadas gritan, chillan i rien a carcajadas; los niños riñen; las voces de mando no se oyen, i los bueyes, que toman la bulla por una órden de marcha, se ponen en repentino movimiento. Aquí los sustos, los ayes i las esclamaciones ruidosas. En medio de la algazara i barahunda, los reniegos del carretero resuenan como el trueno en las tempestades. El infeliz maldice a los bueyes, a la madre de los bueyes i a la suya, a todos por parejo; i de tal manera, que los *jesuses* i los *¡ai, Dios mio!* se oyen por todas partes.

Al fin, los bueyes se sosiegan, acomódanse los viajeros, se hacen los últimos encargos i recomendaciones de la señora; i parte esta primera division, al ruido de alegres adioses i del rechinamiento del carro.

Tan bulliciosos aprestos han hecho salir a las puertas de calle a todo el vecindario i parar a los transeuntes.

La salida de la familia i amigos de la familia no causa un alboroto tan *demócratico.* Al ver esos semblantes animados por la alegria, ese exceso de vida que ajita a todos los individuos que se preparan para la marcha, esas bromas que se dirijen i alegres dichos que se improvisan, se siente uno tentado de llamar la atencion, pedir la palabra i pronunciar un discurso, diciendo: *Señores: esta reunion espontánea, este numeroso concurso animado de los sentimientos del mas puro.... etcetera, etcetera, etcetera.*

No sigo el discurso temiendo que el entusiasmo me arrebate i me haga conducir a mis lectores a *sentarse bajo la frondosa sombra del árbol de la libertad, que prospera fecundo i siempre creciente en ópimos frutos.*

Tampoco sigo a la familia que va de paseo en birlochos i carretas. Mi propósito se reduce a charlar sobre su salida. Ahora hablemos del paseo a burro.

Decididamente, el burro es un animal de órden, por mas que sus desgracias i sus servicios siempre mal pagados, le den cierto tinte de animal de oposicion. Esto es hablando de los burros de otras partes. En cuanto a los de Copiapó, son tantas las prerogativas i consideraciones de que gozan, son de suyo tan de soberbio carácter i han recibido del clima, o quien sabe de qué, dotes tan brillantes, que forman una clase separada, una familia aristocrática de la especie. ¿Dónde mas que aquí consumen miel i panales, alfalfa i cebada los burros? ¿En qué otra parte son cuidados, cargados i conducidos por ciertas mujeres, que, aunque bajo mas de un aspecto no pertenecen al bello sexo, jamas usan de otro castigo en sus piaras que los talonazos i pellizcones? ¿Dónde, como en Copiapó, puede contar el burrero que ha alquilado sus asnos, no para cargar leña

ni basuras, sino para que salgan a paseo, cabalgándoles las alegres buenas mozas i los almibarados elegantes? ¿Qué diversion mas completa, qué fiesta mas cumplida, qué humorada mas *reida* que un paseo a burro?

Lo mismo es proponerle i prepararle, que cuantos entran por el partido empiezan a celebrarle a carcajadas. Por lo regular estas cabalgaduras son el episodio de las salidas al campo; son el paseo de los paseos. En ellos la jente se propone reirse unos de otros sin ceremonia, correr algunas leguas i darse no pocos porrazos de cómicas consecuencias.

Al rayar el dia convenido, el burrero entra con su piara en el patio de la casa punto de partida. Los rebuznos, ese *canto del dichoso*, esa voz enérjica i patente como un *viva el pueblo* de la rotería de Santiago, despierta a los del paseo que, a medio vestir, salen o se asoman a ver o a elojiar sus respectivas caballerias. Todos quieren ensillar los mejores, ¡imposible! no hai uno mejor que otro, todos los burros son iguales, ante la lei. Sin embargo, la galanteria examina, pregunta i descubre aquellos que se recomiendan por su buen jenio i andar de aguililla: en éstos van las damas, sobre sendos sillones, que si no son viejos i apolillados no sirven para el paseo. El burro mas liberal i vivaracho, de quien se sospecha que pueda interrumpir el órden i atacar la moral pública, se le entrega al mas jinete i de mejores puños, para que haciendo de fiscal, oportunamente le refrene si se anda con personalidades: esta clase de calaveras-asnos se distinguen de los demas, por sus cabezas pilonas, rabos cortados u otras mutilaciones atraidas por sus excesos.

Terminados los aprestos, adornados con cencerros los cuellos de los burros, henchidas de víveres i de bo-

tellas las alforjas, llenas de risas las bocas de los que van i de lágrimas los ojos de los niños que se quedan, llega la hora de montar sobre los mansos animales, que se dejan poner, cargar i conducir con esa deferencia encantadora de un batallon de guardias cívicas, en dias de elecciones.

Los caballeros, al partir, se dividen en dos porciones: unos echan adelante para servir de guias, otros van a retaguardia arreando, con no mui inocentes estímulos, las cabalgaduras de las niñas. La alegria jeneral es una locura carnavalesca: todos gritan de vicio, todos rien con una gana progresiva, a cada paso que dan, a cada mirada que reciben, a cada *figura a burro*, que se les presenta: nadie ve a nadie sino caricaturado.

Aquí va uno de piernas largas, caballero en un burro de piernas cortas, formando un grupo, no de burro i jinete, sino de burro en seis patas. Mas allá cayó otro burro por la lei de gravedad del que lleva encima. La montura de éste, habiéndose resbalado hácia atras i ofendido con la cincha los respetos del celoso animal, le obliga a reclamar con repetidos corcovos que se le trate mas debidamente i que solo se le haga servir en el objeto para que fué alquilado. Las niñas van comprando sitio de cuadra en cuadra i cayendo, jamas a su gusto; pero siempre al de todos: nunca como el gato, siempre como carruaje que se vuelca. El burro *peligroso*, que por prudencia le hacen marchar de avanzada, señala cada minuto de tiempo con una de sus estrofas recitada i da muestras inequívocas de sus anárquicas intenciones. Todo estimula a perder el juicio de gusto.

Vienen despues los sabrosos tragos i la grata fermentacion en que ponen a las juveniles cabezas: vienen esos momentos en que el hombre encuentra en su vida

un paraiso, i en su ser otro ser, que unas gotas de licor despiertan; esos momentos en que soñamos mil encantos sin dormir, i cuyos mil encantos desaparecen despues que realmente dormimos.

A los tragos de la marcha siguen los del almuerzo, que ha de tener lugar a la sombra de algun enorme peñasco, sobre una mesa a la altura de la boca, puestos los comensales de barriga. Los fiambres se han revolcado, el jamon tiene una escarcha de tierra, el pan se ha humedecido, no se se sabe si con agua o con el sudor del burro; pero todo está delicioso, todo se encuentra en regla. Ya se ve, el apetito, a no haber otra cosa con que acudirle, era espuesto que cargase con alguna de las cabalgaduras.

Nada seria, me decia yo en uno de estos paseos, que le echaran a uno a pasear, si la cosa fuese a burro.

(29 de noviembre de 1845.)

EL LIBERAL DE JOTABECHE.

De dos cosas puede cada cual alabarse sin misericordia, sin temor de ofender a Dios con una mentira, ni agraviar a la modestia, esponiéndose a pasar por bobo: en primer lugar de ser *honrado*, i en segundo de ser *liberal*. Es entendido que nadia ha de ganar a nadie en estos dos puntos. *El que diga que es mas honrado que yo, miente*; tal es el reto que hace a cuantos encuentra cada hijo de vecino. *El que diga que es mas liberal que yo, remiente*; replica el ministerio a la oposicion i la oposicion al ministerio a cada encontron que se dan por esos diarios i gacetas. De manera que la honradez i las ideas liberales son como las demas cosas que todos tenemos i de las cuales gozamos sin quitárselas a nadie; el aire, el viento, el vacío i otros bienes comunes a la honrada i liberal especie humana.

En materia de honradez, si se ha de hablar de la que tenemos puesta en circulacion, es punto delicado: las conveniencias socialcs han declarado este negocio un misterio improfanable, un *sancta sanctorum*; porque, la verdad sea dicha, peor seria menearlo. Está si suficientemente averiguado que todos tenemos muchísima, i que nunca dejaremos de tenerla, gracias a la estricta economía con que la usamos.

Paso, pues, de prisa por este tema, como quien atraviesa un camino plagado de ladrones o una callejuela inmunda i pestilente; i póngome a discurrir sobre lo de *liberal*, seguro de no faltar a ningun debido respeto. Porque es mi ánimo dejar a todos, los ministros de estado inclusive, tan liberales como quieran serlo.

El liberalismo, si es una virtud, es una virtud de nuestros dias; es el *voto* que hace furor en este siglo, como lo hizo el de tomar la cruz en tiempo de las cruzadas. En aquel entónces juraban los hombres degollar turcos, visitar los santos lugares, la tierra de los milagros. Hoi los liberales no nos proponemos fines tan cristianos, es verdad; pero mas humanitarios i socialistas, sí. Juramos atacar a los pelucones, a esos turcos ceñudos i renegados que están en posesion de mil preciosas reliquias, las cuales si parasen en nuestro poder, redundarian en honra i gloria del *progreso*, que es la vida perdurable que buscamos en la guerra santa que sostenemos.

En aquellos tiempos el mundo cristiano se conmovia i alborotaba cuando los Papas o sus legados predicaban una nueva cruzada, por diabólicamente mal que hubiese salido el cristianismo en la anterior campaña: en los tiempos de ahora, el mundo liberal se ajita i conmueve cuando, en época electoral, algun Bernardo o *L'Ermite* les muestra el estandarte de la Cruz del año 28, en que fueron crucificados los pelucones para resucitar poco despues, i dominarnos hasta la consumacion de los siglos, por lo visto.

El liberalismo es una virtud que profesamos como los hermanos franciscos profesan las de mendicidad i probeza, miéntras no alcanzan una guardianía o el provincialato. Es un voto temporal que hacemos, a manera

de esas *promesas* de los beatos por las cuales se obligan a vestir de jerga i sayal, hasta obtener la sanidad de alguna dolencia. Por lo comun, la dolencia de que queremos sanar vistiendo de liberales, es el deseo de servir al pais en un empleo i otras dolamas, que, por pertenecer al linaje de las *enfermedades secretas*, tenemos rubor de confesarlas.

El liberal i el empleado se escluyen uno a otro, como se escluyen las partes de una disyuntiva, son un vél vél sin medio. El empleo mata las ideas liberales como la uña mata la pulga, la trampa al raton i el pecado mortal el alma.

I sin embargo, semejante a la mariposa que jira al rededor de la llama hasta morir en ella, el liberalismo revolotea cacareando al rededor del empleo hasta que cae en él i se consume.

Es el empleo al liberal lo que el matrimonio al calavera, su reforma, su *asentar de juicio*, su muerte.

La administracion pasada, que Dios mantenga con este nombre, creyó que callaria el liberalismo encerrándole, espantándole i torciéndole el pescuezo. Imposible; los liberales casi se la comieron viva. La presente, con mejor conocimiento del corazon liberal, que en nada se diferencia del corazon humano, siempre que, a los principios, se puso alguno a meterle ruido de importancia, le dió la mamadera; i asunto concluido, liberalismo acabado: los gritones liberales quedaron para miéntras vivan (con empleo se entiende), enrolados entre los hombres de juicio, no oliendo ni hediendo sino a empleados.

Es verdad que nuestra administracion, por mas conservadora que se diga, no ha conservado esta regla últimamente mas que para aplicarla en ciertos casos.

A falta de *calladeras*, recurrió al viento fresco de las *estraordinarias*, que son capaces de conservar el órden, el ministerio i al mismo diablo entre nosotros.

Con todo (¡una triste disgresion!), el poder benéfico del sistema conservador no alcanza a conservar en vida a nuestros grandes hombres, no pudo conservarnos al eminente Egaña! Hai pérdidas tan de veras sensibles que a veces deseariamos fuese un error lo que el egoismo social llama una regla: *nadie hace falta en el mundo*.

Vuelvo a mi asunto. Las ideas liberales tan lejos están de ser ideas innatas, que vienen i se van de nuestras cabezas segun las épocas, lo mismo que las golondrinas emigran o vuelven a los tejados, segun las estaciones. No habiendo elecciones, no hai para qué buscar ideas liberales; andan en la hacienda, en las minas: duermen por ahi como picaflores en el invierno o quizá no están en ninguna parte. Pero apénas calienta el sol electoral ¡Dios nos proteja! las ideas, principios i fines liberales nos invaden en enjambre, por lejiones i en una fermentacion infernalmente bullidora. Entónces cada cabeza liberal es un jardin en el aire de bellos i patrióticos pensamientos. La libertad en todas sus advocaciones, los héroes de la independencia, la democracia, el progreso, la sangre de Chacabuco, las masas del *pueblo*; este *pueblo* víctima de la jendarmeria, este *pueblo* que nada tiene que envidiar (en punto de honradez sobre todo) a los fundadores de la antigua Roma; la ilustracion i cuanto hai de grande, de eminente i de moda para la prosperidad de las sociedades, todo, todo se nos mete en el cráneo, i hace el diablo con nosotros de las suyas. Hasta al clero i la relijion católica-apostólica-romana tocan algo, i se pone con ellos a partir de un confite el liberalismo, no obstante la preocupacion de tenerlos por inamalgamables.

El liberal es rigorosamente ortodojo: adora a alguna imájen, idolatra algun principio de carne i hueso. El liberal sin su candidato es un ente de razon; no puede haberlo, como no puede haber portugues sin su San Anton, cuerpo sin alma, ni beata sin padre de espíritu. Bien es cierto tambien que hai liberales que se tienen a sí mismos por candidatos; pero lo esencial es que desde un principio digamos, *yo soi de don fulano*, *yo trabajo por don mengano, viva don Juan de los Palotes.* Esto es lo que se llama reconocer bandera. Regularmente los candidatos de los liberalos son algunos personajes que fueron santos milagrosos en un tiempo; que sufrieron el martirio en la administracion de los diez años: pero que, en el dia, mas bien son hombres para Plutarco que para nuestra época.

No es indispensable que el liberal sea pobre; hai liberales ricos. Pero el pobre ha de ser liberal indefectiblemente; i de aquí viene nuestro descrédito, de aquí resulta tambien que el partido no se acabará nunca, por desgracia. ¿Se arruina un comerciante? se echa en nuestros brazos. ¿Arrojan a un empleado de su puesto *por sospechas* de que es un pícaro? se hace un liberal *ipso facto.* ¿Le quitan los galones a un militar por mala cabeza? le tendremos de liberal frenético. ¿Hai un fraile corrompido? se declara capellan nuestro, en el momento. ¿Tiene usted algun hijo cavalera? nosotros tendremos un predicador de los derechos del hombre. En suma, nuestro partido es el *rendez-vous* de todos los desgraciados, es una coleccion completa de todo jénero de averias humanas.

Felizmente, en esta última crísis electoral mucha parte de esta jente se ha alistado entre los *hombres de órden*, razon por la cual ha sido tan numerosa en todas partes la sociedad de este nombre.

El fuerte del liberal es la prensa: su pluma hace destrozos. Por lo comun abre la campaña desarrollando sus *principios* i teorias en largos i sempiternos artículos, los cuales no son leídos por los que lo entienden, ni entendidos por los que nos hacemos un deber de deletrearlos. Esto empieza así un año ántes de las elecciones. Luego despues ataca el liberal directamente las arbitrariedades del ministerio i la persona de algun ministro, que está cometiendo la bárbara tiranía de sostenerse en su puesto jugando a todas malicias, ni mas ni ménos que lo haria el ministro mas liberal del mundo, si hai ministros liberales en el mundo.

La lucha se encarniza con los escritores ministeriales sobre infraccion mas o ménos clara del código fundamental, i sobre la influencia indebida que la autoridad ejerce en las elecciones. Pero hasta aquí la victoria no se decide por uno ni otro bando: ambos tienen razon, ambos la sostienen: porque así se los está asegurando tarde i mañana a los dos, la coqueta opinion pública.

Tal incertidumbre no conviene al ministerio; es preciso sacar al liberalismo de este campo, i atraerle a otro, que le aproxime mas al convencimiento i a la cárcel. Al efecto, cualquier campeon ministerial toma la pluma i dice en el diario de mas crédito que *el escritor fulano, anarquista de profesion, es un ladron: que tal dia robó en tal parte esto, aquello i lo otro de mas allá.*

¡Adios causa liberal! Ya con esto nuestro escritor pierde el rumbo, i no se contrae sino a la vindicacion de su nombre. Los *principios*, la libertad, el pueblo i la iglesia católica van a un rincon, para ocupar la prensa con la biografia del patriota del año diez i del hombre honrado a todas luces.

Esta diversion ministerial trae las represalias, i hai

la de Dios es Cristo. Publícanse vida i milagros de los escritores del gobierno, vida i milagros de los ministros, horrores i blasfemias contra la tiranía del poder. Aquí se los queria ver el ministerio.

Es espantosa la licencia de la prensa.

— Los pelucones se asustan. — La sociedad del órden se reune. — El pueblo silba. — El diablo mete la pata; i la mañana ménos pensada amanecen los escritores liberales en la cárcel cuyas puertas, en tales épocas, se mantienen de par en par, como las del templo de Jano en tiempo de guerra i zafarrancho.

Declarada la patria en peligro, viene el estado de sitio i se van los liberales a tomar aires marítimos i a publicar sus manifiestos a otra parte. Estos escritores apesadumbran mucho a los señores ministros.

¡Anda! ¡anda! le dice el destino al judío errante. *Escriban! escriban!* les dice la causa liberal a sus campeones. Con lo cual cada dia son mas estupendas nuestras derrotas, a Dios gracias.

(8 de julio de 1846.)

FRANCISCO MONTERO.

(RECUERDOS DEL AÑO 1820.)

Célebres escritores de mi pais i de mi tiempo suelen tomarse el laudable trabajo de referirnos las hazañas i altos hechos de los jefes de nuestra independencia; en vida si ocupan puestos elevados, en muerte si con ella han salido del infortunio.

Yo, hombre del vulgo, soldado raso en nuestras filas de escritores, acostumbro elejir mis héroes entre los soldados rasos de esa guerra gloriosa. Los que fueron sus grandes caudillos pueden contar con que alguien consignará la memoria de sus virtudes, por lo ménos en una necrolojía; yo quiero hacer este estéril obsequio a los *rotos* que, con el fusil o la lanza se atrajeron entónces la admiracion de sus mitades, no dejando otro monumento de su bravura, que las leyendas de los vivaques del ejército de la república.

Hace dos años, revelé a muchos de mis lectores la olvidada existencia del impávido Lorenzo Coronado: hoi que, como entónces, bailarémos i beberémos en los

festines cívicos, propongo un bríndis a la memoria de otro de esos leones famosos en los escuadrones de la *patria.*

En los últimos meses de 1820 tenia lugar una pelea encarnizada, un duelo a muerte entre los vencidos i los vencedores de los llanos de Maipú. El palenque de estas escenas sangrientas era la provincia de Concepcion.

Benavides, Zapata, Pico i otros realistas recorrian aquellos campos, i no daban cuartel a enemigos ni a neutrales.

Los patriotas Prieto, Arriagada, Boile, Viel, Elizalde, Torres i Garcia defendian las orillas al Norte del Ñuble i del Itata, para impedir que los vencedores del Pangal invadieran mas territorio con sus asoladoras indiadas.

Las vegas de Talcahuano, hoi cubiertas de cuanto bello i rico pueden dispensar a la tierra la naturaleza i la paz, se veian en esos meses cubiertas de cadáveres i de todos los destrozos de la guerra. Allí se acuchillaban, cada madrugada, los bandidos de Benavides que ocupaban a Concepcion i un puñado de valientes que, a las órdenes del valiente sin par don Ramon Freire, se habian encerrado en Talcahuano, despues de disputarle al montonero realista los palmos de terreno, diezmándole sus batallones i sus inagotables bandas de salvajes araucanos.

Los Perales, punto medio entre ambas ciudades, lo era de estos diarios encuentros. A veces los patriotas sableaban a los enemigos hasta las alturas de Chepe i Gavilan: otras, éstos perseguian a los nuestros hasta los mismo fosos i puentes levadizos de sus reductos.

Muchos meses se pasaron en tan tristes fatigas. El hambre i cuantas calamidadas lleva consigo un sitio rigoroso, ejercian su desesperante dominio en Talcahuano: con sangre habia que conquistar una res o un alimento cualquiera: las caballerias mal paradas poco auxilio prestaban a los jinetes; el desaliento ya empezaba a aparecer en los semblantes. En todos los corrillos se vertian quejas insultantes contra el gobierno de Santiago que así abandonaba en el sur nuestras esqueletadas divisiones.

Por otra parte, cansado Benavides de asaltos i escaramuzas siempre funestas a los suyos, habia reducido las operaciones del sitio a una inaccion harto vijilante, esperándolo todo del desaliento que de este modo introducia en los sitiados; mas de quince dias se pasaron sin que los patriotas tuviesen la ocasion de hacer un prisionero que les comunicara las noticias que apetecian.

Caia la tarde del 22 de diciembre. El jeneral Freíre rodeado de Larenas, Diaz, Cruz, Rivera i Picarte, afirmado en una culebrina abocada hácia Perales en una tronera de la fortaleza, dirijia silenciosas i alternativas miradas al campo enemigo i a la entrada del puerto que señala la pintoresca Quiriquina. ¡Ni una vela de Valparaiso!... ningun movimiento en los reales contrarios!

—Esto es peor que la muerte! dijo sin dirijir la palabra a nadie. Por mi honor, señores, añadió hablando a sus camaradas, que estoi decidido a no morir de hambre en este limbo. Mañana hemos de comer en Concepcion o en los infiernos.

I el coraje animaba las facciones del guerrero mas

gallardo i valiente de aquellos dias. Despues de algunos momentos de silencio, esclamó:

—¡Un prisionero!... cómo hacer un prisionero! Si supiésemos dónde se hallan las otras divisiones!... ¿qué es de Prieto, de Arriagada, de ese prometido refuerzo?... ¡O quizá habrán avanzado estos pícaros montoneros hasta el Maule!... Caramba! daria mi mejor caballo por un prisionero!

—Elijo el tordillo-negro, mi jeneral; salió una voz de algunos pasos a retaguardia.

—Cómo, cabo Montero, gritó Freire, ¿me cojeis la palabra?

—Por el hambre que corre, mi jeneral, que mañana habré ganado o estaré descansando con el catalan Molina, que despedazaron esos perros. Oh! esa me la deben, los cobardes!

—Está dicho. Mañana sereis sarjento o alma del purgatorio. Os conozco, tigre de *cazadores.*

—El caballo es para mí, mi jeneral: pido la jineta para otro.

—Será de quien gusteis. Pero yo necesito un prisionero que no valga ménos que mi caballo. Necesito un oficial de esos ladrones.

—Se hará la dilijencia, mi jeneral.

I llevando a la gorra el reves de su mano derecha, jiró sobre la izquierda i echó a andar con marcial desenvoltura el cabo Francisco Montero.

Tiraban el cañonazo de retreta, i por el porton de la fortaleza salieron al campo dos cazadores montados, despues de rendir, por santo, al oficial de guardia, el teniente Búlnes:

UN GODO QUE VALGA MI CABALLO.

Blanqueando venia la aurora de la madrugada siguiente. Profundo era el silencio de las *Vegas;* triste aquella hora solemne, que festeja con alborozo la creacion entera, i que entónces solo la saludaban los últimos ronquidos de las ranas de los charcos inmediatos a la punta de *los Perales.*

A dos cuadras de este sitio, hácia Concepcion, se veia un rancho pajizo. Los vientos i el abandono habian desguarnecido casi del todo su techo, i estropeado sus costados de quincha.

Dos hombres estaban dentro, armados de sables desnudos i largos puñales al cinto. El uno permanecia inmóvil asomando la cabeza por un agujero del rancho que daba vista al camino de Concepcion, el otro concluia un cigarrillo teniendo de las bridas dos caballos ensillados i acariciándoles la tusa cuando querian moverse.

—Toma el pucho, Pancho, dijo el de las bridas al atalaya. Vénte aquí: déjame el puesto por un rato.

—Apaga, diablo, tu humareda, le contestó Montero: la descubierta está sobre nosotros.

— I ¿qué tenemos? ¿caballería o infantería?

—Una i otra . . . Cuatro . . . cinco jinetes . . . Una mitad de fusileros con un oficial . . . ¡Oh! tenemos un teniente por lo ménos. Las cosas van a qué pides boca.

—I el resultado será que nos hagan añicos. De veras, Pancho, que me has metido en un berenjenal.

—A caballo, hijo mio. Así que yo te haya cortado al matucho, le cojes por el cuello o la cintura, i vuelas.

Te juro por las entrañas de mi abuelo que no han de tocarte un pelo. Animo, i sígueme.

La descubierta de Benavides se hallaba a pocos pasos del rancho, cuando le cargaron dos demonios que de allí salieron. El caballo de Montero arrolla la cabeza del piquete de infanteria: el otro sienta el suyo a los piés del oficial, le echa garra, pica las espuelas i parte con toda la velocidad que éstas i el terror daban al bruto. Montero, semejante a una lejion de furiosos, reparte por do quier golpes incurables, i no trata de retirarse sino cuando cree a su compañero a una distancia en que no puede ser alcanzado i atacado para libertar la presa.

Buen trecho tuvo que sostener la retirada de éste, sufriendo la tenaz persecucion de los tiros de los infantes i sablazos de los jinetes; la sangre le corria por el rostro; un balazo le tenia dormida una pierna. Pero él habia desmontado a dos soldados i los otros tres no le entregaban el cuerpo, contentándose con retarle i cargarle mui respetuosamente, cuando el cabo echaba a correr delante de ellos. Al fin, se convencieron de que mejor les estaba quedarse dueños del campo i dejar perdido lo perdido. Entónces Montero alcanzó a su halcon; montaron su prisionero a la grupa, i un cuarto de hora despues recibia el jeneral Freire un capitan español por su caballo.

Es un hecho que en la tarde de ese dia hubo un combate sangriento entre las caballerias de ambas bandas: nuestros cazadores quedaron con la victoria. Al dia siguiente, el 24 de diciembre, los sitiados de Talcahuano entraban triunfantes por la alameda de Concepcion: Zapata era batido i muerto en las inmediaciones de Chillan.

CONCLUSION.

Despues de esta época se encuentra una laguna en la vida de mi héroe. Parece que aliado del cacique Venancio recorrió por muchos años las tierras de Arauco i las pampas patagónicas, haciéndose mas i mas célebre por su bravura. Cuando llegó a su ocaso, fué tan brillante como en toda su carrera.

Un dia de años pasados, se presentó en la guardia de prevencion de batallon *Suipacha* acuartelado en Buenos Aires, un coronel que se anunció portador de un pliego para el comandante de aquel cuerpo, i fué introducido a su presencia.

Cincuenta años de edad, cuerpo alto, seco i huesudo, bigotes canos i cerdosos, vestido algo anticuado, charreteras mohosas i una espada de poco comunes dimensiones daban a este individuo un aire mas bien respetable que ridículo.

Pasados los saludos acostumbrados, leyó el comandante el pliego que se le entregaba, salió fuera i volvió a entrar despues de algunos minutos.

Un peloton de fusileros descansó armas a la puerta.

—¿Sois vos el coronel don Francisco Montero? preguntó el comandante al viejo militar que hemos descrito.

—Servidor de Chile i vuestro.

—Gracias. ¿Conoceis el contenido del pliego que os han encargado para mí?

—Me han dicho que era una órden para que me alojarais.

—Estais equivocado, coronel, i lo siento. Dignaos para la vista por él.

—No sé leér, comandante.

— Pues, entónces, oid.

I éste leyó:

Viva la Confederacion Arjentina! — Cuartel jeneral en Buenos Aires, etc., etc. — El comandante del batallon Suipacha hará fusilar en el acto al portador de este pliego, el titulado coronel Francisco Montero: así conviene al órden. — Dios i libertad.

El comandante calló la firma, i añadió:

— Disponeos, coronel. La tropa esperará cinco minutos vuestras órdenes.

Montero estaba pálido cuando acabó aquella lectura. Un ruidoso suspiro salió de su ancho pecho; una enorme lágrima se deslizó por su mejilla. El leon se veia irremisiblemente arrinconado por los perros.

Notando, entretanto, el comandante que su reo empezaba a encresparse como un tigre que se dispone a la matanza, le ordenó imperiosamente que entregara la espada.

— Decidme antes, le replicó Montero, ¿estais resuelto a cumplir esta órden de asesinarme?

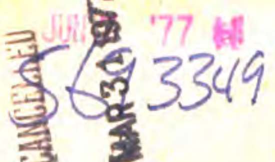
— I ¿os parece, coronel, que querré verme mañana en vuestro actual conflicto?

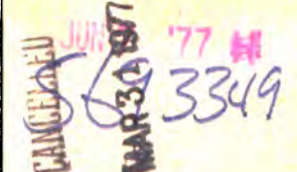
— Si es así, defendeos. La espada de Francisco Montero será de quien le acabe.

I sacándola, cayó como una centella sobre aquel jefe i cuantos acudieron en su auxilio. Montero, en medio de una confusion de gritos de alarma i ayes de moribundos, atravesado el pecho de un balazo, rodó por el suelo abrazado de su tizona.

(18 de setiembre de 1847.)

IMPRENTA DE F. A. BROCKHAUS, LEIPZIG.


CANCELLED
MAR 30 1977
'77
563349


JUN '77
CANCELLED
MAR 30 1977
569334

